This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 1612.24

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SA1612.24
10-0

MIS CARTAS.

A. Sanjenis.

MEMORIAS DE LA REVOLUCION

DE

1895

POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA.

1900.

Imprenta "El Comercio," Martí núm. 4

SAGUA LA GRANDE.

MIS CARTAS.

A. Sanjenis.

MEMORIAS DE LA REVOLUCION.

DE

1895

POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA.

1900.
Imprenta "El Comercio," Martí número 4.
SAGUA LA GRANDE.

SA1612.24

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Dedicatoria

á mi querido hermano Pequin

Por espacio de mucho tiempo estuve acariciando la idea de que un dia podría dedicarte como recuerdo los apuntes de mi vida de la guerra, es decir, mi diario de operaciones, más no contaba que ésta era una empresa árdua por las dificultades con que tropezábamos muchas veces en el campo de la revolución. Cuando tenias tinta no encontrabas papel, y á lo mejor, una sorpresa te hacía botar una y otra para atender á más importantes é interesantes que haceres.

Sin embargo, debido á mi constancia y el gran empeño que tenía en escribir algo de lo que me ocurria, puede conseguirlo por espacio de dos años largos; pero un día, en que el cansancio me rindió, fuí sorprendido en las costaneras de la Ciénega de Zapáta (Yaguaramas) por las fuerzas de la Guardia Civil que mandaba el Tte. Coronel. D. Luis Lopez Mijáres, y sus soldados me ocuparon mi equipo: milagrosamente salvé la vida, que no fué poca dicha, más no así sucedió con aquellos apuntes que no hubiera dado por ningún dinero y que cayeron en poder del enemigo. Entonces desistí de la empresa;

ya no era posible comenzar ni continuar; todo mi trabajo habia desaparecido con la pólvora de los tiros de mausser que aquel día me dispararon.

Pero no fuí todo lo fatal que pude ser: mi pobre asistente, que hacia raciones por aquellos momentos, me guardaba en su cartera algunos apuntes, y entre ellos mi libreta de correspondencias; por eso puedo hoy dedicarte mis cartas nuevamente, en la seguridad de que no todas habras tenido ocasión de recibirlas.

Por lo que verás, mis cartas no son de interés general, y solo tienen por objeto te sirvan de simple recuerdo de la guerra de nuestra Independencia.

Sabes demasiado cuanta razón tengo, pues, para exijirte que solo tú las leas, pues por mal escritas que ellas vayan no te asombrará, una vez que conoces cuantos motivos tengo también para no saber escribir

En ellas no esperes tampoco encontrar las miserias de la guerra, ni los trapos sucios de nuestra revolución. Aquellas y éstos, como el ódio y la venganza, entiendo, á mi juicio, deben sepultarse para siempre en el profundo sepulcro del olvido eterno. Por que si bien es cierto que podrían apreciarse más nuestras virtudes,s se conocieran las terribles luchas interiores que nos hacian más penosa nuestra vida de angustias y de sobresaltos, no lo és menos que dejariamos abierto un campo muy extenso á la crítica de nuestros enemigos y á la censura de nuestra índole, y hasta de nuestra raza, y como nosotros no tenemos la culpa de que nos descubriéra Colón, debemos conformarnos con tener de bueno sólo lo único que de Indio en nuestra sangre nos queda

La generalidad de los que no conocen nuestra guerra creén que el enemigo, con su más ó menos constante persecusión, causaba nuestra inquietud y que solo á su tenacidad debiamos nuestras perturbaciones y males: viniendo á resultar precisamente todo lo contrario la mayor de las veces, pues para éste, cualquiera que fueran sus condiciones y las nuestras, casi siempre teniamos una solución, que con la misma facilidad que la concebiamos la

poniamos en planta. Nuestra táctica era tan especial que en ella se estrellaban todas las del Ejército regular.

Así que lo que allí causaba el verdadero mal que sentiamos, no era el *soldado*, como vulgarmente llamábamos al enemigo. Lo causaban los horrores y los estragos individuales en la guerra: la epidémia, el abandono, el hambre, la miseria, la desnudéz, la lucha por la vida, los dolores que nos aquejaban, el spleen, las decepciones, el hastío, las privaciones y las inconsecuencias todas que traen consigo las Revoluciones, por la diversidad de génios y caractéres que se cruzan y el exceso de vanidad que produce la ignorancia unida á la envidia y el egoismo, que allí muchas veces se anteponía al patriotismo.

Bién; estas son las causas que nos afectaban, que nos dañaban física y moralmente, por lo que necesitabamos poseer una fuerza de voluntad incontrastable para evitar que los efectos de esas causas nos arrastraran hasta el abismo y nos lanzáran al precipicio de la denigración por cualquiera de los caminos del envilecimiento. Por eso, al sostenimiento constante de esas luchas, es á lo que verdaderamente debiamos llamar *heróismo:* allí, en la mejor escuela de la vida y de la humanidad, donde unicamente se aprende á conocer la hipocresía y maldad con que está revestido el hombre en la sociedad que ha creado. Donde lo conocemos en bruto, sin máscara, sin ambájes, tal cual la naturaleza lo prodigó, mostrando cada cual el instinto de ferocidad que heredó y que le caracteriza; donde nos dábamos cuenta de las verdades y de las mentiras; donde simplemente llegábamos á convencernos del miserable tiempo que se pierde cuando, con afanado ahínco, nos desvelábamos tanto por medio del sacrificio, de lo único real y verdadero para sostener y prolongar lo más inútil, lo más insignificante, lo mas ridiculo; las inicuas exigencias de una sociedad que tanto nos preocupa y mortifica por las fantasias que la sostienen, (todo en contra del derecho humano), es decir; lo más falso contrariando siempre á lo más real, lo ficticio sobrepuesto á lo natural.

Difícil es pensar, pues, que un hombre como yo, á quien podrás llamar desengañado, pero nunca desencantado, le hayan hecho efecto los males de que adolecía su país, y se lanzara, para evitarlos simplemente por medio de su Independencia, á una Revolución, que si bien es verdad que la entendió necesaria, la creyó siempre desastrosa.

Con ello vendré á demostrarte que obré con criterio propio y que solo obedecí á los exclusivos dictados de mi conciencia, único juéz, única religión, única consejera leal que me guía en todos los actos de mi vida pública y privada. Ella pronto me indicó que era mi deber acudir al llamamiento que la Pátria hacía á sus hijos, y yó me encontré entre el número de los que carecian de una disculpa justa con que exponer las causas de un retraimiento, y mirando la guerra tal cual era, adivinando todos sus horrores, con toda la premeditación necesaria, á ella vine, y como no traía ni tengo pretensiones, la acepté con todas sus amarguras y calamidades, por lo que me siento, sinó felíz, satisfecho, por haber cumplido con el deber, que, como ya te he dicho, no me ha impuesto nadie más que mi conciencia, que es mi Dios.

....

Por otra parte; ¿porqué cuando podemos difrutar de la única y verdadera felicidad que puede proporcionársenos en el corto camino de una vida que pasa tan vertiginosamente, nos detenemos y nos condenamos á privarnos de esa felicidad material por la carencia en el objeto que nos la proporciona, de lo que tan injustamente exije la maldita sociedad en que nacimos?

¿Porqué hemos de convertirnos en mónstruos para las mujeres empeñándonos en hacerles practicar una teoria que para el hombre es impracticable, olvidando que por nuestro idéntico organismo tienen que sentir nuestras mismas necesidades?

Hacemos leyes y ponemos jueces para condenar y castigar el crímen, y convertimos una parte de la huma-

nidad en asesinos de la otra, para la cual no tenemos ni jueces ni condenas.

Sustentamos la idea de libertad, y por nuestro ideal sacrificamos pueblos, vidas y haciendas; y al fín, la esclava tierra de la pátria amada arroja sus cadenas opresoras, y por encima de ruinas, de escombros y de muertos cruza sonriente; al luto, al llanto y al dolor lo sustituyen las decoraciones que simbolizan la libertad y el derecho.

Y para la débil esclava que forma el bello séxo, para la que nos dá el sér, para la que constituye el único ideal real y verdadero en el mundo, y por la que tanto nos sacrificamos, no hay *héroes ni libertades:* para esas pobres é infelices no tenemos más que exigencias, y aquellos que mas alardeamos de reclamar derechos y libertades, somos los más fieles perseverantes en el mantenimiento inquebrantable de la más estúpida y ridícula esclavitud de esta mitad de nuestra vida (la mujer) á la que tan vanamente pretendemos embargar, no ya solo los derechos humanitarios, sinó hasta lo más sagrado, lo más íntimo é inviolable: su conciencia y sus pensamientos.

No queremos convencernos del derecho que también tienen á las libertades todas que disfruta el hombre; de que esas maldecidas exigencias, hijas de un egoismo ridículo é imbécil, son más que injustas, imposibles por impracticables, y causas únicas de todas las perturbaciones que nos proporcionan, desde el momento en que no pueden cumplir nuestras absurdas pretensiones, porque ello sería contrariar á la naturaleza de que han sido formadas.

A lo que tan comunmente llamamos desengaños y decepciones, con los que tanto nos hacen sufrir, y los horribles estragos que nos producen los malditos celos que tanto nos efectan y tan graves males no ocasionan, por efectos de los cuales levantamos odiosas calumnias cometemos crímenes tremendos y causamos, las mas de las veces, desgracias tan grandes como trascendentales,no nos los proporcionan nuestras mujeres, sinó esos imposibles á que queremos someterlas. Luego, nosotros somos

los verdaderos creadores de esos males, que sobre nosotros mismos recaen y solo á nosotros perjudican.

Admitamos á la mujer con sus naturales condiciones, concedámosle todos sus derechos, démosle toda la libertad que exigen su corazón y su cabeza y conformémonos con todos sus defectos.

No le pidamos nada que no tenga, no le exijamos nada que no sienta; procuremos que todo lo que de ella obtengamos sea esencialmente expontáneo y nos ahorraremos un sin fin de contrariedades que son las causas que producen nuestra infelicidad

De esta manera si tienes la dicha de encontrar una mujer que piense como tú (cosa por lo regular difícil,) casi podrás llamarte dichoso en materias de amor; pero si por desgracia (que es lo más fácil,) tu mujer ó tu amante no piensa como tú, no te engañará, no te preocupará jamás, no te causará decepciones ni te hará sufrir, con todo lo cual te ahorrarás toda esa série de males que, muchas veces, nos cuesta el juicio y hasta la vida: no podrás tampoco culparla porque ella se te ha brindado, y tú la has aceptado tal cual era; no pudiendo ser responsable de su construcción, y no podrá jamás prescindir de su manera de ser, porque con esa manera de ser nació.

Por lo que verás, su maldad no consiste en ser mala; consistiría en querer aparentar ser de la manera que tú se lo exijiéras, todo lo contrario á su naturaleza; tendría que fingir para complacerte y agradar, y el papel de hipócrita que tendría que desempeñar quizás no podría representarlo toda la vida por lo difícil de la empresa. El dia que tuvieras oportunidad de conocer la realidad, vendrías á sufrir lo que se llama comunmente el *desengaño* y con él todos los males que trae consigo.

De manera que podremos lamentar todo lo que tú quieras la desgracia de dar con una mujer mala, y más, si resulta ésta ser la que ha llamado nuestra atención haciéndonos sentir el amor; pero nunca que esa lamentación pasara los umbrales de nuestra tranquilidad moral y material y causara en nuestro organismo los trastornos, los

dolores y los eternos sufrimientos que, en mayoría, padecemos

Lo mismo resulta con todas las cosas del mundo. Todos luchamos en la vida en pos de la felicidad.

Por la felicidad de la Patria se lanza un pueblo á la guerra.

Por la felicidad de la vida se desvela el hombre desde que nace.

Y si esta felicidad pocas veces se alcanza, ¿por qué no hemos de buscar la mejor manera de pasar la vida, cangeando los trastornos, los disgustos, los martirios y las ambiciones que padecemos durante la misma, por el placer, la satisfacción, la alegría, el regocijo y la conformidad, que es la base de la felicidad dedicándonos mas que á buscarla á ser verdaderamente felices? Esto lo conseguiremos, sin duda, tratando al hombre tal cual es, tomando á la mujer como Dios la ha hecho y no como nosotros queremos que sea; penetrando en la sociedad, siempre en guardia, dispuestos á hacer frente á sus asquerosidades para que no nos sorprendan, conformándonos con las miserias que encierra el mundo, tratando á la humanidad como la humanidad está formada y no haciéndonos de ella, ni de nada en el mundo, las ilusiones que siempre preceden á los desengaños, que tantos infortunios nos proporcionan.

El Autor.

Carta núm. 1.

Cerca de dos meses llevábamos del nuevo año de 1895. los mismos que en medio de mi mas completa felicidad, me encontraba gozando de las delicias que el trabajo me ofrecía; y digo delicias porque era de los hombres que enamorados de su profesión ú oficio encontraban verdadero placer cuando en él se entretenian. Ya sabes que despues de hombre, y por necesidad, tuve que aprender á maestro de azúcar. Para mí la casa de caldera de un Central azucarero ha sido siempre mi mejor teatro, sus maquinarias, aparatos y tuberias la mejor de las decoraciones, los estrepitosos ruidos del choque de los hierros y el constante silbar de las llaves de vapor la mejor orquesta; ese ir y venir, ese subir y bajar de hombres en traje de honrados obreros, la mas sublime confusión de gentes, que en la lucha por la vida pasan los años dedicados exclusivamente al sostenimiento de sus familiares.

Uno de estos dias estando reclinado al barandaje del tacho de punto á mi cargo, en el Central *San Lino*, de los hermanos Montalvo, en Cienfuegos, donde estaba aquel año colocado, y debido á que la situación que en aquella soberbia casa de caldera ocupaba dicho tacho, me permitía mirar hácia el batey, observé cierto movimiento extraordinario entre las gentes de la estera; no dejó de llamarme la atención y á la primera oportunidad hube de en-

terarme de lo que ocurría. Llegaba la alarmante noticia de la proximidad á la finca del tristemente célebre bandido Matagás, con una gruesa partida á su mando, que venia con dirección á ella, y con el propósito de robar y matar á todo el mundo,

Te confieso que me alarmó lo bastante, para preocuparme algo, el tal noticion; mas no al estremo de asustarme. Seguia el correi de gentes de un lugar para otro y en los rostros de todos se veia que algo estraño ocurria.

En aquel recinto de hombres del trabajo no habia un político, y nadie adivinaba que pudiera tratarse de algo relacionado con la guerra, en la que, te aseguro, no pensaba ninguno por aquellos momentos y no porque no fueran patriotas; era que allí no habia mas que soldados del mañana.

Continuaban la duda y la confusión, todos nos preguntabamos y ninguno podia satisfacer nuestra curiosidad. Hubo quien trepado en lo mas elevado de los edificios y en los miradores de la finca divisara allá, á lo lejos, un enorme grupo de hombres montados, que en revuelta masa se movían, sin dirijirse á punto fijo.

Pasaron dos, tres y cuatro horas, y en tanto el teléfono no cesaba de trasmitir partes. En esto, veo que se sacan de la casa de vivienda un sin número de remigtons mohosos y se colocan en el carrito del pasaje, con intención, seguro, de ponerlos en salvamento remitiéndolos á Rodas. De pronto los vuelvo á ver con mas prontitud recojer de nuevo y repartir en distintos lugares, y mas tarde, nos sorprende á todos la llegada de un tren expreso, que nos trajo como cuarenta voluntarios y diez guardias civiles del poblado del Lechuzo Venia á su frente el Comandante Bonet del Ejército Español. "A perseguir á esos bandidos," era solo lo que se oía; "á ellos que son unos cobardes, unos canallas."

Formada la pequeña fuerza en el batey, fué obsequiada, tal vez para animarlos, con un buen trago de aguardiente; despues tomó la palabra el Sr. Bonet y les dijo:

SEÑORES:

"Por primera vez en mi vida me voy á batir al frente "de fuerzas irregulares del país, y espero me desmostra- "réis que sabeis llevar con honra el honroso traje militar "que vestís. Esos son unos bandidos, unos cobardes, y "necesitamos castigarlos duramente; ¡á ellos!"

El jefe de los voluntarios que lo era un tal Collantes, que ya tenia *ciento veinte* libras de vapor á lo menos, mandaba la vanguardia, y al partir para el campo de batalla, pregunta al Sr. Bonet lo siguiente: Mi Comandante ¿á todo el que encuentre á mi paso, lo mato? No, señor Capitán; le dijo con tono en estremo suave: á todos no; podria V. encontrar á un buen hombre.

Salió la fuerza, y mientras seguia el rastro de Matagás, nosotros nos quedamos haciendo cada cual su comentario.

Serian las tres de la tarde cuando el teléfono se encargó de comunicarnos que perseguidos y perseguidores se batian en los "Conucos de Santiago." Poco despues, aparece un tren, un carro y varios voluntarios, que eran portadores de algunos muertos y otros tantos heridos.

¡Gran sorpresa! ¡no eran bandidos! Eran cubanos que se levantaron en armas contra el Gobierno de España. Se oian ya los nombres de Pedroso, Aguirre, Juan G. Gomez, Arango y otros. Tambien venia con ellos Matagás, pero no ya como bandido, sino como Jefe de un movimiento politico, mejor dicho, como instrumento que usaban los revolucionarios para levantar la guerra por la Independencia.

Mas tarde corria de mano en mano una preciosa escarapela cubana; era la primera que tenia el gusto de ver. Excuso decirte que ya no hubo que preguntar más: aquellos eran los primeros insurrectos del noventa y cinco, que aparecian en las Villas. Aquel, el primer encuentro entre revolucionarios y españoles.

Lo reñido del combate, asi como sobre en quienes recayó la victoria, nunca lo he podido averiguar; tan diver-

sos han sido los comentarios. Lo único que sí puedo decirte es que al siguiente dia se presentaba en "San Lino" el joven Alfredo Arango, á quien me dispuse ir á saludar y á quien ofrecí mis servicios. El camino de este tomaron muchos y la tranquilidad ó la apatía, no se que decirte, se estableció de nuevo en todo aquel territorio. Con tal motivo se celebraron fiestas reales en Rodas, en honor al éxito de las armas españolas. Hubieron condecoraciones, bailes, premios, recompensas &. Yo continué en mis quehaceres, luchando con los hierros, el azúcar y el vapor, aunque bastante preocupado con los sucesos que acababan de desarrollarse.

Mas, siguieron las impresiones y hasta nosotros llegaba el sordo rugir del movimiento revolucionario que ya en Matanzas, con Coloma, ya en Oriente, con Massó, se hacia sentir.

¡Que serie de confusiones luchaban también en mi cerebro!. Tú sabes que jamás dediqué un momento de mi vida á la política; que nunca fuí ni conservador, ni autonomista, ni reformista, ni nada; pero siempre que se trataba de la guerra, en tiempo de paz, decía, y era lo único que decía: "cuando venga, si viene por la Independencia, el cubano que á ella no vaya, no habrá cumplido con su deber"

Luego solo me restaba averiguar si era en verdad la revolución la que estallaba, y si ésta tenia fundamento: al estudio de ésto dediqué después largas horas que robaba al sueño. El temor á un fracaso era mi caballo de batalla.

No pasaron muchos dias sin que un episodio curiosisimo viniera de nuevo á perturbarnos, ó mejor dicho, á alarmarnos.

Yo hacía el cuarto de m drugada. Habitaba en el Central la familia de un colono que tenia dos hijas y que eran sumamente amigas mias las que, puedes creer que sin el menor interés, me eran muy apreciadas por los estremos que conmigo usaban.

En contra de mi costumbre me hallaba departiendo

á las ocho de la noche con uno de mis compañeros en el departamento de Centrífugas: precisamente tratábamos de la guerra, cuando grandes gritos de auxilio vinieron á distraernos. Acto contínuo el terror cundió por todo el batey, y la casa de caldera y los tachos se abandonaron; las máquinas se pararon; todo el mundo corría y gritaba. Las cornetas de un destacamento que ya de antemano existia en la finca, con motivo de los sucesos del veinticuatro, elevaban al aire su toque de llamada y tropa á la carrera, y en la finca todo era yá confusión y desconcierto. En tanto, nada se veia y nada se oia.

"¡Que han empezado por el alambique!", dijo una voz llena de horror. ¡Ahorita volamos!, dijo otra; unos corrian hacia acá, otros hacia allá, y ninguno se entendia ni sabia que hacer. Yo no tuve más que una ocurrencia, que en el acto puse en planta: acudir á casa de mis amigas y prestarles mi ayuda. Sabia que su papá se encontraba fuera, y al pensar que se hallaban solas, quise protejerlas con mi compañia. Al llegar, solo les dije:—"vámonos, salgan antes de que sea tarde;"-¿que pasa, Sanjenís?, me decian llorando; nada, siganme, no perdamos tiempo, (pensaba refugiarme con ellas en la represa). Cuando á esto se disponian llenas de miedo y de sorpresa, llegaba un amigo nuestro y nos decía: no hay novedad, Sres. Ya algo calmados oimos el relato del episodio.

Un gallego, peón del alambique, al tratar de pasar de un curbato á otro, cayó dentro de uno y la fermentación de la batición le estaba asfixiando; el otro gallego, su compañero, que estaba acostado y lo sintió caer y gritar; sin mas esplicaciones salió desnudo y corriendo al medio del batey, pidiendo auxilio á grandes voces, La gente, al ver tal actitud, corria la voz y estendia la alarma. Todos, que estábamos aún bajo la impresión de los acontecimientos del veinte y cuatro, creiamos haber visto ya á Matagás, y hasta al mismo Satanás, con sus partidas dentro del batey, y en disposición de *comernos*, por lo que restablecida la calma todo fué una risa y despues cada cual se retiraba.

Carta núm. 2.

Pasaron luego los meses de Marzo, Abril y Mayo, terminó la soberbia zafra del noventa y cinco, y yo *puse el timón de mi barco* á la Perla del Sur.

¡Que mar de fondo bullía en toda la población! Cuanto se conspiraba y que á lo vivo! ¡Que agitación se notaba entre los elementos nuestros! Cu nto laborantismo!

Una noche me encuentro un amigo que, sin mas esplicación, me dice: Chico, que hay, ¿tú te levantas también? Pero ¿cómo, de qué se trata? Tú sabes que acabo de llegar de la finca donde trabajaba y estoy ciego, nada sé; oriéntame algo y podré contestarte. [1] Cómo, ¿no sabes nada? pues aquí hay preparado un gran levantamiento compuesto de setecientos hombres armados, al mando de Antonio Reguera [2], en Cruces otro de quinientos que mandará Alfredo Rego, (á quien te presentaré esta noche, pues se encuentra entre nosotros) y en Santa Clara otro al mando de Amieva. Un dia dado y en combinación nos levantaremos; se dice que éste dia será el quince de este mes de Junio, de manera que dentro de medio mes.

Yo que conocia á mi podre amigo Ortíz y sabia que era un vehemente patriota y que dado el entusiasmo que

[1] Ese patriota amigo, tan entusiasta, tuvo la desgracia de pertenecer al número de las víctimas del machete del guerrillero canalla: fué mach teado en una carga en Santa Clara.

[2] Que murió deportado.

sentia estaba medio loco, le temí y solo le dije: —Chico, yo creo que esas cosas deben de pensarse mucho antes de hacerlas para que despúes no le pese á uno, asi mas adelante, ó quizás mañana, te contestaré; por lo pronto solo te suplico me presentes á Alfredo Rego, que quiero conocerlo. Nos citamos para las siete de aquella noche en el parque ó plaza de Cienfuegos.

Dos dias antes habia recibido una carta de un rico veguero de Manicaragua donde me proponia un ventajosísimo negocio con sus vegas, negocio que acepté y por lo tanto allá tenia que dirijirme en breve.

Llegó la noche y nadie faltó á la cita; un poco despues llegó el Sr. Rego, á quien tuve el gusto de ser presentado. Hombre algo ó mucho mas formal que Ortiz y de distintas condiciones, no tuve inconveniente de ponerme en inteligencia con él. Me habló del levantamiento, medio que me arengó, para lo cual tenia facilidad de palabra, era muy entusiasta, simpático y tenía argumentos preciosos para convertir al mas retraido. Le hice una proposición y me la aceptó. Despues nos despedimos y ya no nos vimos mas hasta que fuí insurrecto.

Trabajaba yo en los veguerios de Manicaragua donde me proponía, de antemano, establecer un Central, en el cual pretendia reunir todas las colonias de las cercanias, con el fin de hacer una sola todas las pequeñas escojidas de tabaco de los distintos dueños, y con tal motivo, reunia gran número de individuos vegueros en el referido titulado Central. Entre estos habia muchos que eran voluntarios y por lo tanto, tenian armas, caballos y equipos. Todos me respetaban y querian mucho; en su mayoria eran isleños, y como hombres de esta clase de trabajadores, carecian en absoluto de ideal político.

Yo me encargaba de instruirles algo en las razones que tenia Cubā para irse á las armas contra el Gobierno y trataba de inculcarles la idea de la guerra, como haciendoles el corazón para cuando llegara el momento de mi proposición al Sr. Rego, que fué la siguiente; Tan pronto saliera éste con sus quinientos hombres de Cruces ó

Lajas, ir en mi busca en la seguridad de que me le incorporaria con toda aquella gente, que unos por embullo y otros por fuerza ó compromiso me seguirian y por lo menos seriamos dueños de sus armas y equipos de voluntarios. Pero, desgraciadamente, no sucedió asi. Rego salió, pero los quinientos hombres se redujeron á cinco. De lo de Reguera no hubo nada y al pobre Amieva le pasó lo que á Rego; lo dejaron solo. En esta situación y ya dado el primer paso, no pudieron hacer nada mas que esconderse en las lomas de Hanabanilla, donde permaneció Rego por espacio de algun tiempo organizando y reuniendo la gente que á montones se le incorporaba despues, pero desarmada.

En tanto. yo esperaba órdenes (era quinto; si hubiera tenido la experiencia que de la guerra tengo hoy, que te hago el cuento, ¡cuantas cosas podria haber hecho!)

Insistía en mis propósitos de educar aquellas gentes y ya con Rego, ya solo, dar mi golpe, pero un dia y cuando menos lo esperaba, con motivo del levantamiento en Camajuaní de mi buen amigo tambien, Rafael Casallas, (que murió al nacer,) llaman á los voluntarios á Managua y me los desarman. Con ello fracasó mi plan, pues los que venian del campamento de Rego me decian que no podian salir á operaciones por falta de armas y que Rego recibia muy mal al que se le incorporaba desarmado. En este caso ¿qué hacer con irme al campo con doscientos hombres en estas condiciones? nada, habia que esperar otra oportunidad.

Terminé mi trabajo. gané mi buen peso, la gente toda se regó y yo volví á Cienfuegos á orientarme de nuevo. Peor situación; ¡que atmósfera, que ir y venir de militares, cuanta intransigencia; cuan derecho y con que tino tenia uno que andar para no ser preso por politica ó enredado en cualquier lío!

Pronto me dí cuenta de todo y tome una resolución. Allí tenia un amigo establecido [un mal cubano, pero un buen amigo] Necesitaba acreditar alguna ocupación

la ciudad y aproveché la oportunidad de que era su giro el mio. Le propuse sociedad y me la aceptó—ya tenia casa y negocio, y, por tanto, pretesto para vivir allí. Esploré su opinión política [desgraciadamente no era la mia, por cuya razón tenia que andar con *piés de plomo.*)

Dediqué, después algunos dias al estudio del movimiento de la revolución, y ya que la crei seria y formal, pensé que no debia perder tiempo en tomar la resolución definitiva de marcharme al campo. Pero tenia una ambición, que no tengo inconveniente en confesarte: no queria marcharme á la guerra sin prestigio y sin elementos; yo creia serviría para Jefe, y no estimaba ni patriota, ni oportuno, marcharme solo. Pretendía levantar una partida, y aquí en las Villas ya no habia tiempo, por el estremo de vigilancia que se notaba por parte de los españoles. No me quedaba, pues, otro remedio que marchar á Vuelta-Abajo para lograr mi objeto; allí había mas tranquilidad.

Asi fué que cuando menos lo esperaba mi sócio, le dije que me iba para México, que de allí mis familiares me hacian grandes proposiciones mercantiles, que no queria ni debia despreciar; éste fué el único y el mas pronto pretesto que encontré para que no pusiera escusa a mi separación, y dos dias mas tarde llegaba á la Habana con todos mis intereses en el bolsillo

Carta núm. 3.

Cuando la revolución se extendia en una gran parte de la Isla y muchos de sus hijos marchaban triunfantes, llenos de entusiasmo y valor á invadir las Villas y las Provincias Occidentales á las órdenes de los Generales Gomez y Maceo, despertando con sus atronadores gritos de libertad á aquellos mansos pueblos donde el patriotismo dormia bajo el yugo del cacique, y alumbraban con la tea que aplicaban á los campos y á los pueblos por donde pasaban, el camino de la libertad, fué cuando empezó la guerra.

Fué cuando el verdadero pueblo de Cuba creyó en ella, fué cuando no se pensó mas en que se trataba de lijeras perturbaciones ni de revueltas informales. La revolución LO era una ilusión, era la realidad. No eran los aventureros de Gomez y Roloff, no eran los emigrados Sanchez y Martí, ni los negros Maceo y Crombét, como nos decian los españoles: era el pueblo esclavo de Cuba que estaba dispuesto á desaparecer antes de continuar bajo el dominio de España. Se habia establecido en todos los corazones de los cubanos en armas el lema del gran patricta: "Independencia ó muerte." Se habia jurado levantar nuestra bandera tricolor aun cuando fuese sobre las ruinas de Cuba: sobre sus cenizas naceria nuestro pueblo independiente.

Avanzaban rapidamente las huestes cubanas. Ya se

habian librado sangrientos combates como el de Jovito y Peralejo y las filas libertadoras engrosaban de una manera asombrosa.

Como en la Vuelta-Abajo no se esperaba la guerra y las Villas respondieron tan bien, pudo ser la Invasión todo lo gloriosa que fué. Ni aquellos pueblos ni aquellas gentes estaban preparados para la defensa y muy poco ó nada podian resistir.

Y aun cuando ya en ciertos lugares se conspiraba en contra de España, la opinión de esta era que la Invasión no pasaría de las Villas donde quedaría sofocada por el refuerzo de los veinte y cinco mil hombres que en aquella época se esperaban, y vinieron,

Mientras los Generales Gomez y Maceo se llenaban cada dia de mayores glorias continuando su avance invasor, yo con mis propósitos determiné marchar á Guanajay donde comencé á explorar los ánimos de mis paisanos y pronto pude ver que algo se podía hacer contando con algunos de confianza.

Un antiguo amigo fué con el primero que me franqueé. Bien pude felicitarme de mi elección, porque éste, aunque tenía serios compromisos familiares y mercantiles, aprobó mis planes, y como era un buen patriota, comenzamos á trabajar.

Yo me encargaba de excitar los ánimos con mi laborantismo, él elegía el personal como mas conocedor de éste, por lo que no tardó en reclutar alguno.

Durante la semana que allí permanecí, con motivo de dos viajes que á caballo dimos rumbo á Quiebra-Hacha, por cuyos al rededores gestionábamos vernos con Perico Delgado para combinar mejor nuestros planes y dar un buen golpe al levantarnos en armas, hubimos de llamar la atención y acaso, te aseguro, que ya se empezaba á desconfiar de mí, que despues de cinco años de ausencia venia de repente, salia al campo y no se me veia el objeto de mi estancia, pues allí no tenia ni familiares ni negocio alguno.

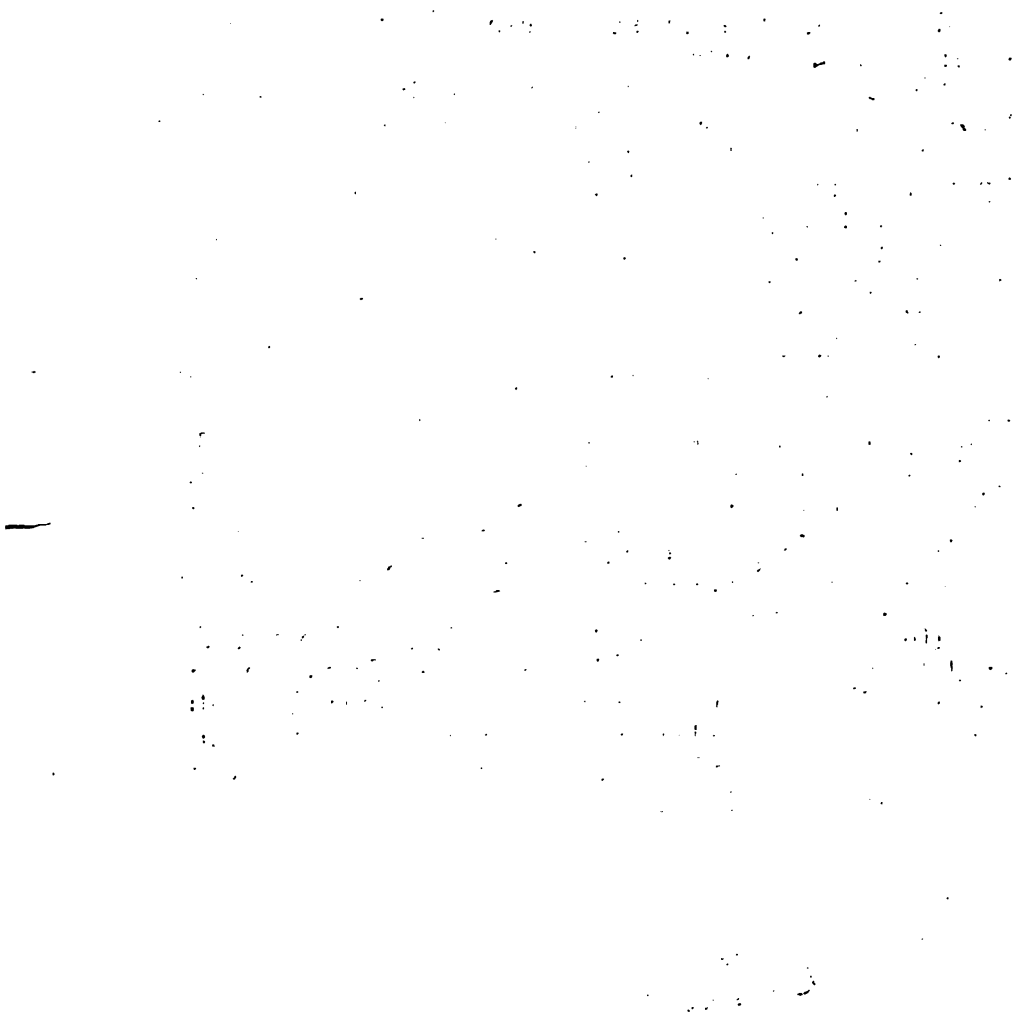
Un día me dice un amigo, español por cierto, y á quien distinguia bastante:

"Me he enterado, sin que sepa decirte quién ni por-
"qué, que hay quién siga todos tus pasos, creo se sospe-
"cha de tí por que te suponen revolucionario, y te lo digo
"por que á mi mismo me han preguntado si conozco el
"objeto de tu llegada."

Le demostré que no comprendía lo que me pasaba: pero que pronto se convencerian que nada pensaba con relación á la revolución.

Enseguida consulté con mi amigo de confianza y convinimos en que yo me marchara á la Habana donde esperaria su aviso, en vista de que mi presencia allí se hacía sospechosa; mas como habiamos calculado que en todo aquel mes no podia llevarse á cabo el levantamiento, se me ocurrió la idea de ir á Méjico, ver la familia,que hacia tiempo no lo hacia, despedirme de ella, quizás para siempre, y acabar de despistar al enemigo que tanto se iba fijando en mis pasos.

Una vez en la Habana, le escribí á mi amigo consultándole el proyecto y, como lo aprobó, quedamos en que yo daria el paseo, que siempre seria de quince á veinte dias, mientras él con los suyos ultimaba el plan del levantamiento. Cuando fuera oportuna mi presencia en Guanajay él me avisaria.



Carta núm. 4.

Estaba finalizando el mes de Octubre cuando preparé mi viaje y aprovechando la salida del hermoso vapor Panamá, el veinte y siete á las cinco de la tarde abandoné á Cuba. Tres dias mas tarde me hallaba en el seno de mi familia en la tierra mejicana.

Ya recordarás la sorpresa que causó á todos V.ds. mi repentino viaje, pués mientras unos me hacian en el campo de la guerra, otros no acertaban á comprender mi silencio.

No podia tener un juicio cierto de lo que haria, pues dependia de la carta que de Guanajay recibiera.

No te extrañe, pues, mi actitud reservada sobre este asunto, que como no habrás olvidado, á nadie comuniqué mis proyectos; siempre me inclinaba á demostrar á todos que mi viaje era definitivo y no temporal, pero si vuelves tu memoria á aquellos tiempos recordarás la poca alegria que yo difrutāba, el apocamiento que padecia, el decaimiento de mi ánimo, y aquel carácter algo excéntrico que con frecuencia tenia.

Y no era para menos si te das cuenta de aquella situación. Sentir brotar en mi corazón los impulsos del patriotismo. Ver llegar á aquella ciudad los grupos de cubanos que emigraban por temor á la guerra, y que con ellos se me confundiera era en éstremo sensible para mí.

No quería participar, ni aún á tí, lo que me pasaba; por un lado me daba vergüenza que lo creyeras *fábula;* por otro, no quería que en tu cerebro germinara, como en el mio, el microbio del separatismo.

Celebraba que fueras patriota, que sintieras lo que por Cuba, indudablemente, sentias, pero no queria que como yo fueras fanático.

Por otra parte no deseaba que participaras de mis sufrimientos.

En cuanto á la familia, consegui lo que siempre pensé, que fué tenerlos engañados hasta el último momento, asi les ahorré un sinnúmero de malos ratos y disgustos.

Pero en vano pasaban los dias: no me cansaba de escribir á Cuba á mi amigo, á la vez lo hacia á New York, á Tampa, á Cayo Hueso, en cuyos lugares tenia relaciones; nadie me contestaba, presumia que mi plan habia fracasado y trataba de combinar uno nuevo. Pensé en ser expedicionario y con tal motivo lo gestionaba por cartas para orientarme; la cabeza se me deshacia, vivia abochornado, le huia á los grupos de cubanos, temia me preguntaran á qué fuí allí, donde veia el triste papel que hacían los cubanos que llegaban, y me irritaba el pensar que con ellos me confundieran. Admiraba á los que como tú y otros trabajaban en favor de la causa, pero yo no podía imitarlos.

Ustedes tenian disculpa, la revolución los pilló allí; en cambio yo habia salido de Cuba en plena guerra. Llegué á figurar que cuando iba por la calle todo el mundo se fijaba en mi y que me reprochaban; en fin, mi situación era horrible; mi amigo no me escribia y no acertaba á pensar cual fuera la causa.

En vano ustedes me buscaban distracciones, solo las encontraba escribiendo como un loco, mis escritos no tenían más que un fin: disculpar mi permanencia en esa y mi ausencia de Cuba; trataba de convencerme yo mismo del porqué no estaba aun en los campos de la guerra donde tan valientemente se batian mis hermanos. Sin embargo, recordarás que no me faltó fuerza de voluntad

para asistir á todo, pudiendo callar mis sufrimientos, pudiendo ocultarlo todo hasta que llegó el dia que determiné partir.

Ya no podia esperar mas, sentia sobre mi conciencia un peso grandisimo; el mas criminal de los hombres no hubiera sufrido mis desesperaciones ni hubiera estado jamás tan intranquilo. En mi interior habia una voz sorda que me arrastraba hacia la revolución, era la voz de mi conciencia de cubano, era el deber que se sobreponia á todas mis pasiones

Carta núm. 5.

Pasaron cerca de dos meses, se habia prolongado demasiado la estancia que me fijara y que extendi con motivo de pasar *Noche-Buena* al lado de los familiares; pero no creas que fué este siempre mi plan, ya te convencerás en mis cartas posteriores cual fué la causa de esta prórroga y los dobles motivos que tuve para crearme una situación más dificil.

Quise buscar un entretenimiento que hiciera mas llevadera mi vida de espera y encontré un doble martirio: nueva série de cavilaciones me habia echado encima: por ir en busca de la dicha me encontré con la mayor de mis desgracias.

Vino á interrumpir mi vida de ansiedad y de angustia el amor, sentido de una manera extraordinaria.

Te confieso que no habia amado nunca, lo sentí allí aquella vez por la primera en mi vida. *Estaba loco*, porque ese amor tan firme se estrellaba en lo imposible.

En aquellos tan críticos momentos de mi existencia, en que no me debia á nadie mas que á mi patria, me interrumpe la marcha de mis precupaciones y propósitos el episodio mas triste y misterioso, mas raro y trascendental que jamás me ha ocurrido en los veinte y ocho años de mi edad.

Necesité entonces hacer uso de toda mi fuerza de voluntad, de toda mi abnegación, tuve que despedazar mi

corazón, hacerlo doblegar ante el deber para conseguir mis fines.

¡Posponer el amor al patriotismo! que rudo trabajo, cuantos sacrificios, cuantos sufrimientos, cuantos lances terribles, que luchas mas tremendas!

Amor, cariño, afecto, porvenir, juventud, ilusiones, contra todo habia que combatir: por encima de todo eso estaba la patria.

¿Crees que lo conseguí?

¡Si; no lo dudes. La guerra y sus estragos lo han borrado todo, y al fin logré sepultar para siempre en el fondo de mi alma los recuerdos de aquel repentino, pero vehementísimo amor.

En mis otras cartas encontrarás un simple relato de aquel episodio, que hoy recuerdo como un sueño y por lo tanto me parece inverosimil.

Carta núm. 6.

Recuerda que finalizaba el mes de Octubre cuando á bordo del hermoso Vapor Panamá arribaba á las playas mexicanas, que fuí cariñosamente recibido por Vdes. y objeto de toda clase de atenciones por parte de aquella culta sociedad meridana.

Las buenas condiciones de sus gentes me agradaron mucho, pudiendo observar cuanto se interesaban por que yo me decidiera por vivir allí; así llegaron á inspirarme vivas simpatias. Pero en vano fueron todos los esfuerzos, nada llenaba mis aspiraciones puesto que éstas estaban en Cuba.

En tanto un sin número de emigrados cubanos se desembarcaban á diario en los muelles del puerto, que después se desesperaban buscando trabajo.

Muy pronto la nostalgia y la tristeza se apoderaron de mi ánimo, sin que ninguno de Vdes. pudiera concebir cual fuera la causa que me las proporcionara.

No habrás olvidado cuanto trataron de distraerme, pero sin resultado.

Me dí cuenta de la especie de enfermedad que padecia y la temí.

Entonce s quise remediarla y á ello me dispuse buscando una dist racción para que me fuera más llevadera mi vida de esp era y de inquietud.

Una noche, la recuerdo perfectamente, era de las tristes y aburridas que allí pasé; en compañía de mi hermano Guillermo paseaba sin saber al punto fijo á que nos dirigiamos al llegar á una de las esquinas que hace frente á la plaza de la Independencia, nos encontramos con tres mujeres que vestían riguroso luto, entre las cuales sobresalia una, esbelta y hermosísima, cuyo blanco rostro con sus preciosos ojos negros, resaltaba en el oscuro traje como expléndido lucero en medio de aquel cielo que figurabame su elegantisimo cuerpo.

¡Que interesante me fué aquella mujer! Que impresión causó en todo mi organismo!; me sentí estremecer, sus ojos, aquellos seductores y lujuriosos ojos, me clavaron sus miradas, y esas miradas que no acerté á comprender llegaron hasta el fondo de mi alma

Después me sentí enfermo.....; era que me habia enamorado.

Quise seguirla y me arrepentí, habia venido á mi mente el recuerdo de mi Cuba, pensé que no me debia y solo quise saber por mi acompañante, quien era y como se llamaba: "Esa es la mujer mas bonita de Mérida," me dijo mi hermano, "su nombre..... (1).....

Pasaron varios dias sin que la viera y casi llegué á creer que al nuevo encuentro podria dominarme, por lo tanto me disponia á luchar ventajosamente con ella y sus preciosos ojos.

Llegaba por entonces á Mérida una compañia dramática italiana dirijida, si mal no recuerdo, por Meacci. Estaba señalada para aquella noche á que voy á referirme el magnifico drama de Echegaray titulado "La Honra"; soberbia crítica á la sociedad maldita que encubre tantas y tantisimas mentiras. Vil precio que pone, exije y cobra un avaro criminal á cambio de una engañada protección. Digna actitud de un caballero cuando vé que su honra se le roba y pisotea.

---

(1) No quiero decirtelo yo, porque no se si la compadezco ó la respeto, pero en lo sucesivo cuando te hable de ella, la conocerás por Estrella.)

Entró la noche y al teatro nos dirijimos casi todos los de casa. Era tanta la concurrencia que cansado de ver entrar familias y de llenarse palcos y butacas, ya no quitaba mi vista del telón y me entretenia leyendo los anuncios que mostraba del comercio de aquella capital.

Comienza el acto y al concluir estaba emocionadisimo, no sé porque causa me hizo gran efecto aquella lucha de honra, de sociedad, de amor y de dignidad.

Volví entonces la cara á un palco de los que quedaban á mis espaldas y hube de fijarme que un par de jemelos me tenian clavados; no pude precisar quien los dirijia por la distancia y la escaséz de mi vista y á averiguarlo me dispuse, tomé la escalera y subí al segundo piso. Era ella, qué al verme se levanta y sale á mi encuentro, tal vez con el prétesto de tomar un poco de aire, pues el calor que hacia era sofocante. Nos enfrentamos nuevamente mas de cerca, nuestras miradas se volvieron á cruzar, y te juro que le tomé miedo; volví á bajar y entonces por aquella noche, no quise volverla á ver.

Por primera vez en mi vida me desvelaba una mujer, no pude conciliar el sueño y su imagen no se apartaba un momento de mi mente. No quise volver al teatro, le huia y por toda distracción me impuse en lo sucesivo, mi diario paseo á la plaza donde pasaba largas horas.

Pero llegó otra noche que no pude desairar una invitación y quedé comprometido á axistir á una función de aficionados infantiles del pais. Allí estaba de nuevo aquella *Estrella* que la Providencia ó la casualidad ó el destino ponia tan amenudo en mi camino.

Su actitud fué tal al verme que yó me preguntaba, ¿qué se propondría aquella mujer? qué cosa nos reservaba el porvenir? Algo extraordinario debia de ocurrirnos cuando tanto nos impresionábamos una y otro cada vez que nuestros ojos se encontraban.

La casualidad, sin duda, quiso que nuestros asientos casi quedaran lateralmente, si bien yo ocupaba la derecha de las hileras y ella la izquierda, por lo que debido á esa situación pudimos mirarnos con algún disimulo, que yo

buscaba pero que á ella no preocupaba, y bien puedo asegurarte que ambos ignorábamos lo que en las tablas sucedia, asi como lo que después supe, que el público se habia fijado lo bastante para criticar nuestra ridicula actitud.

El tipo de aquella mujer encantadora era sublime, alta, bella y elegantisima, esbelta, blanca como el mármol, sus mejillas levemente sonrosad s, su frente altiva y grande, revelando poseer un mundo de inteligencia, un tesoro de amor. Sus negros cabellos abundantes, aquel conjunto especialísimo de su lin la boca y blancos y diminutos dientes, verdadero nido de gracia; una sola de sus sonrisas era un premio que nadie se merecia Aquel semblante tan hechicero, tan sencillo y tan respetuoso y franco á la vez, que no solo me indicaba ser un genio, sinó poseer un corazón lleno de ternura, u n alma generosa estraña á las demàs mujeres, una cosa sobre natural, un aire inmortal sagrado, un tipo en fin indudablemente divino: mas que una mujer, un angel.

Yo acostumbrado á no amar, yo que habia sido siempre un gran crítico de todos los enamorados, temblaba al pensar que pudiera enamorarme de aquella lindísima mujer que tánto me gustaba; conocia perfectamente que era una desgracia apasionarse en la situación que yo atrevesaba; pero no podia dejar de admirar á aquella estrella que se habia colocado en mi camino—siempre, deseaba verla y al mirarla me estremecia, tal era la impresión que me habia causado su belleza y hermosura tan proporcionada.

Aquella noche dichosa no pude atender á nada de lo que se puso en escena, solo me ocupé de verla á ella, fué aquello una imprudencia, mejor dicho, una declaración amorosa en pleno público.

Terminada la función nos saludamos ligeramente por primera vez y ya no necesitamos hablarnos para entendernos. Insensiblemente me sentía arrastrar hácia á aquella encantadora mujer que trastornaba mi espiritu y llevaba trazas de apoderarse de mi corazón.

Desde la siguiente noche la veía diariamente, unas veces en la plaza de la Independencia y otras por las ca-

lles y paseos. El ligero roce de nuestros cuerpos al cruzarnos, el continuo mirar que nos traiamos y el suave perfume con que me embriagaba cada vez que á ella me acercaba, se encargaron de una vez, de hacerme decir: Ya no era posible resistir más, la amaba con toda mi alma y necesitaba decírselo.

No quise que nadie me la presentase y una noche al cruzar por la puerta de su casa, donde la encontré hermosa como nunca, en el interesantisimo traje de bata, la dije, despues de saludarla:

"Cuanto placer sentiría si V. aceptara este ramo de nardos en cuyo tronco va envuelta una carta para V."

"Con mucho gusto," me contestó, aceptando.

Volví de nuevo á saludarla ligeramente y despues de darle las gracias, y anticiparme á decirle que era muy dichoso, me alejé.

En mi carta le decia:

"Estrella: mis ojos le habrán "dicho lo que mis labios le repetirán si V. me lo permi- "tiera.

"Que la amo mucho, muchísimo.

"Por tanto, sea V. franca, prescinda de las formas "ridículas de la sociedad, y si acepta mi cariño, como es- "pero, no prolongue mis ansias, porque si sus labios se "atreven á mentir, no lo habrán conseguido sus lindos "ojos que os han denunciado."

A la siguiente noche volví á verla, estaba encantadora, vestia bata de color acero con cabos negros.

Mi corazón no cabia en mi pecho, temblaba porque aquella, su contestación, era para mí una terrible sentencia, puesto que no sabia que preferir, si que me aceptara ó que me despreciara.

Llegó el momento, pues: me acerqué, saludéla con respeto y cortesía, y me dijo, extendiendo su preciosa mano, en la que me entregaba una carta, "tome V.", y desenvolviendo su pañuelo cuidadosamente me entregó una carta, diciéndome:

—Yo le voy á pedir á V. un gran favor.

—Puede V. pedirme la vida, estoy á su disposición.

—Gracias, procure V. buscar un amigo que le presente á mi papá para que pueda V. visitar amistosamente mi casa.

—V. quizás no sepa que yo soy aquí la más vieja, y de consiguiente la que gobierna y dirije la casa, por lo que tengo que dar ejemplo á mis hermanitas, no trastornando el órden que tenemos. Quiero que no sepa papá que soy amiga de V. sin haberlo sido antes de él.

El amigo con quien V. andaba anoche, puede presentarlo.

Y no crea V. que sean escrúpulos mios, no, en primera así debe ser; en segunda, vea V. la clase de vecinos que tenemos. No han salido mas cabezas á las puertas y ventanas por que no las hay. Estan pendientes del mas mínimo movimiento de mi casa y como somos tres señoritas y solo vienen á dormir mi hermano y mi papá, tengo que llevar un buen órden para evitar críticas.

—Señorita, yo he tenido mucho gusto en apreciar la franqueza que me ha disimulado al hablarme de ésta manera, y puede contar con que será complacida cual lo desea, ya que he tenido la satisfaccion de ser tratado por V. tan sinceramente, por cuya amabilidad no tendré jamás palabras con que demostrar á V. mi agradecimiento.

Despedime de ella respetuosamente y salí lleno de placer por que sin leer la carta, sentí que me quemaba de amor.

Su carta decia:

"Mi caro admirador;

"Ante todo debo esponerle mi mas cumplido agrade-
"cimiento por haberse fijado en mí, y luego llenar su pe-
"dido con mi repuesta. Esta, ¿acaso no la ha adivina-
"do.....?

ESTRELLA.

Cuando lei su carta y me convenci que podia contar con su amor, fué tanta mi felicidad que le tomé miedo, pero un temor inesplicable, un presentimiento horrible

venia á mi mente y sin saber porqué sentia deseos de arrepentirme de haberla declarado mi amor.

Tanto imaginé que la iba á querer, tan grandioso me parecia mi amor que no me hallaba con valor para comenzar unas relaciones que quien sabe, si ocasionarian un cambio terrible en mis ideas y en mi organismo, por lo que determiné escribirle la siguiente carta que por la noche le entregué.

"Estrella.

"Tu carta cuanta felicidad me ha dado, no me canso "de leerla, no acierto á comprender su grandisima impor- "tancia, lo que significa para mí. ¡Cuantas veces la he "besado!

"¡Cuan grande es mi orgullo! ¡Que satisfaccion mas "sublime! pensar que tú me amas, que tú, lindisima Es- "trella de mi vida,serás mia. ¡Oh! no creo que tanta dicha "pueda ser real y verdadera, necesito que me lo repitas "millones de veces, dime por Dios, ¿será ésto la ilu- "sión de un falso sueño? Dimelo de una manera que lo "pueda comprender un hombre que en estos momentos "de tan supremas delicias ha cambiado la razón por la fe- "licidad.

"Pero si cuando vuelva en mi me encuentro de "nuevo con tu amor, entonces me preocuparé mucho, "muchisimo, por que no encontraré jamás. ocasion para "poderte demostrar mi gratitud por el grandísimo é in- "merecido bien que me proporcionas al corresponder á "mi desesperado amor.

"Ahora permiteme que trate de otra cosa, aunque no "quisiera mas que hablarte de mi amor, pero es necesario "ó á lo menos yo lo creo así.

"Como que es imposible que me ames como yo á "tí, y pensando en que mas tarde ó mas temprano te "habrás de informar de mi personalidad, y como no te "he sido presentado aún sino por mi mismo, justo es "que ahora con tiempo y en obsequio tuyo, por que te "adoro muchisimo, á fin de evitarte la gran decepcion que

"pudieras sufrir mañana, cuando quizás (sin que sea va-
"nidad) hayan preso en tu corazón, las raices de mi
"amor, voy á informarte sobre mi posicion material y so
"cial, sobre la escasez de mi instruccion y educacion y de
"algo que te esplique mi presencia en Mexico.

"Con ello no solo me daré á conocer de tí, sinó que
"podrás apreciar el tamaño de mi atrevimiento y lo gran-
"de de mis pretensiones al aspirar à poseer el amor de una
"mujer superiorísima en todos conceptos á un hombre de
"mi esfera.

"Sin que me tildes de modesto empiezo.

"Soy sumamente pobre, constituyendo mi única for-
"tuna, la que me produce mi trabajo personal.

"Ignoro que lugar me destinará esta sociedad que
"desconozco, no adorna mi apellido título alguno, mi
"instrucción y educación aquellas que he podido adquirir
"en el camino de mi vida por el mundo.

"Ahora mis sentimientos estan al nivel con mi única
"exclusiva y sacratísima religión ..... mi conciencia.

"Cuando estalló la sangrienta guerra que hoy invade
"los campos de mi desgraciado pais, regandolos con el
"mas precioso rocio que pudiera recibir la sangre de los
"heróicos hijos de mi bendita tierra, me hallaba trabajan-
"do tranquilo en busca del soñado porvenir que siempre
"he anhelado conquistar por medio del trabajo y la hon-
"radez.

"Con el grito de guerra se derrumbaron los cimien-
"tos levantados á costa de desvelos y sacrificios, sepultan-
"do en la hecatombe aquellas risueñas esperanzas de o-
"tros tiempos.

"El grito de guerra fué aterrador y desastroso para
"nuestra tierra, pero noble, generoso y digno.

—"No se debe pensar en porvenir cuando no se tiene
"patria.

Por eso todo lo olvidé y desprecié y desde ese dia era
"yo un soldado de la patria.

"Las circunstancias me han hecho rodar y á traves
"de ellas aqui me tienes de paso, transitoriamente, por

"que á la revolución me debo antes que á nadie, por dig-
"nidad, por decoro, por vergüenza, por patriotismo y por
"sentimiento.

"Bien, ahora que ya sabes algo de mi, imagínate la
"lucha tan tremenda que existirá en mi pecho sostenida
"por el amor, el cariño y el deber.

"Tú, mi madre y mi patria confunden tanto mis ideas
"que sufro y siento crueles desesperaciones.

"¡Si pudiera abrirte mi pecho para que leyeras en el
"interior de mi corazon esta lucha horrible que sosten-
"go por ustedes tres, sin que pueda conocer cual es la
"que tiene en mi mas influencia! ¡Oh! pero mi fuerza de
"voluntad es grande, como grandes son mis sentimientos
"patrios.

"Ahora toca hablar á ti: ya te dejo para no cansar-
"te, solo quiero que sepas que cualquiera que sea el jui-
"cio que formes de mi, ahora que me conoces, cualquiera
"la opinion, cualquiera la resolución que tomes, serás el
"hermoso lucero que me guiará no solo aquí durante mi-
"propio y temporal destierro, sinó allá en medio de los
"intrincados montes de mi Cuba adorada, cuando me en
"cuentre confundido entre las masas de héroes que alli
"se sacrifican por hacer patria.

"Alli si llegara á formar parte del sin número de
"mártires del deber, mi último adios seria para mi madre
"mi último suspiro para mi patria y el último recuerdo
"que se desprendiera de mi corazon el de tu imágen, Es-
"trella de mi vida, porque con ella impresa moriria."

Un momento despues de entregarle mi carta, salió y tomó el Urbano, yo á la vez tambien lo hice sentándome á su lado. Mira, me dijo, no pases mañana por casa y si lo haces que no te estrañe ver la puerta y ventanas cerradas, pues por hablar contigo, he tenido que tolerar otras cosas que no acostumbraba, asi te lo advierto para que no te sorprenda. No sabes cuanto sufro por la poca libertad con que puedo contar para verte y hablarte.

—Todo eso está muy bien, me lo esplico, pero dime entonces como y cuando vas á contestarme la carta que hace un momento te he entregado y cuya contestacion tanto me interesa?

—Pues muy bien y no es preciso esperar mucho para que yo te conteste, ahora mismo si lo quieres.

—¿Y cómo?

—Pues muy sencillamente

—¿Ya la leiste?

—Y ¿será posible que creas que yo pueda haber salido de casa á paseo sin antes haberla leido?

—Como no? la falta de oportunidad, hasta de tiempo, teniendo en cuenta lo larga que era.

—Puedes estar convencido de que la he leido á pesar de tener, como lo viste, visita Le dí una disculpa, me fuí á mi cuarto y me enteré de ella, y para que te cersiores con solo dos palabras que te diré ahora mismo te la contestaré.

—No comprendo como pueda ser tan lacónica la contesta de una carta tan larga.

—Ya verás ahora, deja que no nos miren estos imprudentes que tenemos sentados á nuestro frente que se fijan tanto en nosotros.

—¿Pero crees que me conformaré con dos simples palabras por influyentes que fueran, como contestación á mi carta?

—Supongo que no, pero la esencia de mi contestación, el resúmen de mi carta, con solo dos palabras basta Aparte te escribiré, aunque no olvides que en casa á pesar del lujo que ves, no somos mas que nosotras tres, las damas y las sirvientas y apenas si tenemos lugar para nada.

—Bueno: acaba de calmar mi impaciencia y dime esas dos benditas palabras.

—Espera que llegue el carro à la plaza, al bajar me das la mano y entonces te las diré.

Pronto llegamos, le ofrecí mi mano para bajarla y apretándomela, me dijo: *Ahora despues que he leido tu carta, te amo mas.*

Acto continuo nos separamos, porque asi eran sus deseos.

Yo permanecí por espacio de media hora sin levantar mi vista del suelo. Nunca imaginé que aquellas palabras tan sencillas significaran para mi tanta dicha, y no sabia porque confundir esta con alguna desgracia, porque verdaderamente mi amor iba á nacer en medio de atroces sufrimientos y mientras mas crecia le temia mas sin esplicarmelo.

Poco despues ambos nos retiramos.

A la siguiente noche y cuando me detuve en la puerta de su casa, fué esta su primer pregunta.

¿Ya fuiste á conocer al viejo?

No, me ha faltado la oportunidad.

Ocúpate de ello, mira que hasta que no seas amigo de él no lo podrás ser oficialmente mio.

Media hora mas tarde fuimos á la plaza y allí tuve ocasión de ser presentado al viejo por un hermano mio.

Grandes simpatias demostró por mi en el momento como que paseamos juntos.

Cuando se despidió y se fué me dijo Estrella.

Ya ves, ya estoy tranquila.

Carta núm. 7.

Las copias de mis otras cartas ¡cuanto siento no tenerlas! Recuerda que te dije perdí mi archivo en campaña En ellas hubieras tenido ocasión de oirme hablar con el alma, pues asi lo hice siempre á aquella mujer que llegué á querer con todo mi corazón.

Pero, ¿crees que una vez dueño de su amor fuí feliz?

Si, en un sentido, porque los sufrimientos en el amor son los goces del alma.

Desde entonces comenzó mi vida de angustias, sufrí horriblemente, todo en mi alrededor bullía: amor, celos, misterios, enigmas, emociones, sorpresas, desesperación, calmas, ilusiones, odio, compromisos, deberes, patriotismo, obligaciones, indecisión, trastorno y locura, porque creo que llegué á perder el juicio

Pasaron los primeros felices dias de mis amores, en los que pude observar, aparte del cariño profundo que me profesaba mi adorada, lo apàtica que era para contestar mis cartas, que, como las olas del mar,se alcanzaban unas á otras, y sin que de ninguna obtuviera su contestación. Es verdad que á diário nos veiamos y que hablábamos mucho, pero no era precisamente hablar en nuestras cartas lo que yo deseaba, sinó conservarlas como recuerdos de nuestros amores, escribía tan bien, tenia una letra inglesa tan clara y tan buena que apreciaba una de sus cartas como prenda de alta estima; pero llegué á conmover

la tanto con mis escritos que obtuve otra suya y que pue do reproducirtela.

"Mi caro amigo: no es cierto, no, ángel mio, que ne· "gras sombras cubrirán nuestros ensueños, sinó que, por "lo contrario, el dia llegará, no hay que dudarlo, en que "luminoso hemos de ver y respirar en el seno del hogar "felicidad eterna y amor eterno también"

ESTRELLA.

Cuanto tiempo segui luchando y con que empeño para obtener una nueva carta; todo fué en vano; esa, su segunda, fué tambien su última.

¿Por qué siendo mi novia no queria escribirme?

Llegó el momento en que era preciso visitarla (á lo menos asi yo lo deseaba;) se lo propuse y no me lo aceptó.

Una noche me dijo, ya en la plaza, "hoy no nos paseamos juntos, para no llamar la atención á papá, pues ayer me estuvo dando guasa contigo, á qu en llama el *cubano grande.*"

"Bien y que, le dije: si no es hoy, será mañana, lo tiene que saber de todos modos."

"¡Oh! no, yo pienso ocultárselo todo lo posible, aunque tengamos que privarnos del placer de vernos y hablarnos diariamente, y te esplicaré la causa que á ello me obliga antes que vayas á comentarla á tu juicio, pues voy notando que tienes un carácter algo ágrio, aunque te esfuerzas en demostrarme, como lo haces, que todo eres amabilidad.

Ya sabes, porque te lo he dicho, lo mucho que á mi padre cuido y quiero: su avanzada edad y su delicadísimo estado por la falta de salud, hace que le dedique congusto toda mi existencia si es posible.

Un dia en que estaba muy aflijido por la pérdida inesperada de su fiel compañera, mi pobre y difunta madre, traté de consolarlo y solo lo conseguí jurandole no lo abandonaría nunca para lo cual renunciaba gustosa á la vida del matrimonio mientras conservara un minuto de su existencia; pero entonces no soñaba con que otro dia, un hombre, que eres tú, habia de ponerse en mi camino;

no habia amado nunca y por lo tanto comprenderás que fácil me fué hacer aquella santa promesa que estimo todo lo sagrada cuanto que invoqué el inolvidable nombre de mi madre que tanto respeto.

¡Cuán impulsada estuve á despreciarte el dia que recibí tu primer carta! ¡Cuán duro me era romper el santo compromiso que contraje con mi padre! más no fué posible, tú fuiste para mi superior á todo por encima de ellos pasé, porque me inspiraste lo que nunca en mi alma habia sentido, un amor extraordinario, una cosa desconocida, eras mi único dueño

¿Cómo crees posible que hoy tenga valor para decirle á mi pobre padre que he faltado a mi promesa?

Máxime cuando podemos amarnos sín que él se dé cuenta, si somos prudentes y tenemos un poco de paciencia."

Fué tan grande su argumento que pudo convencerme, por lo que acepté la nueva condición que me ponía.

Habia entrado el mes de Diciembre y una de sus tardes hermosísimas fuí invitado por ella á paseo por uno de los barrios de la ciudad, situado á media legua de la misma. A la hora convenida me dirijí á la Central de los Urbanos, entre los cuales buscaba uno que dijera: "Imsimna," y fijándose en mí el conductor de uno dedichos carros, cuyo letrero decia: "Molas," me dijo:

"Sr.: el carro que V. busca es aquel que está en la otra vía." Le dí maquinalmente las gracias, no sin preocuparme de aquella especie de adivinanza por parte del conductor, pues no me explicaba cómo pudo saber donde yo me dirijia."

Efectivamente, ya en el referido carro se encontraban mis amigas, pues á Estrella la acompañaban sus dos hermanas. Al cabo de una hora en la que el Urbano se encargó de atravesar una parte de la ciudad, nos bajamos frente á una Iglesia de la que salía un hermosisimo paseo.

¡Que tarde mas feliz aquella en que paseaba llevando de mi brazo la lindisima mujer por quien tanto amor

sentia, que tanta lujuria me inspiraba, que tantas ilusiones me hacía forjar!.

La tarde avanzaba rapidamente, las horas, como todas las que se pasan agradables, volaban, y en tanto nosotros nos alejábamos por aquella especie de carretera, en medio de selvas que se prestaban á dejarnos jurar y jurar en silencio y ocultos que nunca nos olvidariamos; pero pronto oscureció y hubo que regresar. En la marcha la noche nos sorprende, suelen ser las noches tan protectoras del amor que creo aquella se anticipó.

Hubo un momento de silencio, sus compañeras inocentemente se adelantan y tras ellas, dos rostros que se acercan, dos tiernas miradas que se cruzan, dos labios ardientes que se juntan y un beso sublime y amoroso que resuena.

Después, ni una palabra más, séres que enmudecen, corazones que palpitan y recuerdos que se graban para siempre.

Habiamos llegado de nuevo al carrito que una hora mas tarde nos devolvia á la ciudad.

Pasaron dos dias sin que nos volvieramos á ver.

Serian las once de la mañana de un Lunes, cuando atravesaba por el frente de la plaza de la Catedral y al divisar tres mujeres que vestian de luto, traté de aligerar el paso logrando darles alcance en los momentos en que tomaban un carro que tuve lugar de leer su inscripción; decía, "Cementerio."

No eran otras sinó mi querida Estrella y sus hermanas, pues siempre andaban juntas y vestidas iguales por lo que me era facil conocerlas de lejos.

Como de costumbre las saludé cariñosamente y cual fué mi sorpresa al saber que se dirijian á aquella hora y en aquel dia, que no era de difuntos, al Cementerio.

Ofrecile, pues, en particular á mi Estrella acompañarlas al santo lugar, lo que no aceptó, diciéndome; ¿No comprendes que perturbarias ese único momento sagrado para mi en que solo quiero, porqué asi lo acostumbro,

dedicarlo à la memoria de mi madre y á sus sacratísimos restos?

Perdóname, pues, que te diga que no vengas, te quiero mucho y llamarias mi atención, no podría orar con el respeto y la devoción que la tumba de mi madre me merece; y ella, quiero que lo sepas, constituye mi única religión, porque yo no creo ni en Dios, ni en la Iglesia, ni en los santos, ni en los curas, y por eso no habras visto en mi casa ni una imágen que no sea la de ella, ni á mi, me habrás visto jamás visitar un templo. Si yo fuera católica, allí donde orara no estarías tú, te lo prohibiría.

Una vez mas causaba aquella mujer mi admiración, todo en ella era extraño, y hé ahí mi carácter, sus excentricidades me gustaban.

Excuso decirte que me dispuse á complacerla desistiendo de ir en su grata compañia.

He de advertirte que esta operación que yo ignoraba la repetia todos los Lunes.

Un dia, que no recuerdo, me molestó mucho una de sus genialidades, me mortificó á su gusto y casi hasta me enfermé, todo lo cual dió lugar á que le escribiera una carta muy fuerte en que parece que la llegué á herir demasiado. Mi carta siento no poder copiartela. Despues fuí á verla, al llegar me dijo:

—¿Ya se te quitó el mal humor de anoche?

—Sí.

—Pues yo todo el dia he estado con espleen, no solo porque te dejé enfermo, sinó por que hoy fué dia de ir al Cementerio y pasé un rato mal con los recuerdos de mi pobre madre.

—Pero bueno, ¿ya tú no estás molesta conmigo?

—Sí, y lo estaré, porque lo que me has dicho en tu carta no te lo perdonaré nunca.

—Entonces no te han bastado mis esplicaciones.

—No tienen razón de ser en este caso.

—Si aquello fué la primera impresión, despues te he demostrado que he alejado de mi mente todos esos horro-

res. La falta existe y por eso no desaparecerá mi disgusto, desde el momento en que has sido capaz de imaginarte tantos absurdos y no solo los has acariciado, sino que has tenido el sarcasmo de decirmelo.

—Bueno, Estrella, es preciso que te coloques en mi lugar, que te des cuenta de mi situación y me perdones otra vez; comprende que un hombre loco de amor como estoy yo no puede ser responsable de sus actos, cuando estos son hijos de una desesperada pasión como tú sabes que es la mia, la cual podrá mortificarte, no lo dudo, pero no deja de servirte de testimonio de lo mucho que te quiero y que te adoro.

—Perfectamente lo comprendo así, pero que quieres, esa no es mi manera de ser, yo pienso distinto á tí.

—Por eso yo necesitaría para no darte que sentir, bien educarme en tu escuela, bien que me educaras á tu modo de ser; recuerda que antes de conocerte reconocí en tí la superioridad de tu talento.

—No soy tan tonta, para creer eso, con que no te empeñes en querer que aparezca inferior tu inteligencia á la mia, solo te concedo que me creas una mujer viva, y lo suficientemente culta para alternar en la sociedad tan limitada en que nací.

—Bueno, por eso te lo exijo y te lo suplico, perdona mis ofensas, que bien sabes no nacen de mis sentimientos.

—No y no.

—¡Estrella, vida mia! no des lugar á que yo invoque el nombre de tu.....

—Cállate, ya te he perdonado, no por que lo mereces, sinó por mí, que no sabré nunca negarte nada que me pidas.

Pedile su mano que estreché y besé, preguntándole despues:

—¿Por qué no me quieres siquiera la mitad de lo que yo á tí?

—Mira, tú me querrás á mi con mas arrebato, con mas desesperación, con verdadera locura porque asi te lo

conozco, y por eso me mortificas tanto. En cambio yo te quiero con mas calma, con prudencia,sin apasionamien to, con sosiego. En esta diferenc'a mi amor lleva la ventaja, porque será mas firme, mas sólido, mas duradero, porque á medida que el tiempo pasa, crece, porque con él aumenta la ilusión y el cariño que te tengo y que confio llegará á ser tan grande como no habrá en el mundo otro igual.

Tú por lo contrario, y para desgracia mia, sinó llegas á perder por completo el juicio por mi, llegaràs á perder tus ilusiones y cuando de tus ojos desaparezca esa lujuria que yo te adivino, cuando hayas satisfecho tu ambición de amor, ¡pobre de mí! que descenderé tanto para tí que del hastío que te ocasione nacerá el desprecio. Entónces yo seré la que sufriré porque te estaré amando mas que á mi vida, porque serás tú lo que mas quiera en el mundo. Y sinó mira ya muy pronto las consecuencias de tu amor y la del mio. Mientras yo me ocupaba de pensar en tí y buscaba la oportunidad de pasar esta noche un rato á tu lado con el fin de proporcionarnos un cortísimo instante de felicidad, tú te ocupabas de hacer la carta que tanto me ha disgustado y sembrabas entre nosotros la discordia.

—Bueno, Estrella linda, demos por terminada la cuestión una vez que ya me perdonaste. Yo trataré de dominarme y de quererte con la calma que tú me lo pides.

Pasando á otra cosa, dime, ¿no me has escrito?

—Nó, no te escribiré más.

—Vaya, buscabas una disculpa y eres tan lista que pien sas aprovechar esta. Debias contestarme tú tambien fuerte; me gustaría leer una carta tuya en que se reflejara tu braveza.

—No: yo me habia hecho la idea de escribirte una vez mas que otra, pero desisto para evitar un nuevo disgusto. No quiero que te acostumbres á establecer discordias conmigo porque me harias sufrir mas de lo que me haces hoy. Eres tan susceptible que me parece que temblaria al escribirte de nuevo por temor á que te enojaras en algo que inconsciente te dijera.

Y es preciso, caballerito mio, que no se acostumbre V, á hacer esclusivamente sus deseos. piense q. tiene que complacer á su Estrella que desde hoy se ocupará mucho en estudiarle á V. para evitar disgustarle.

Y como que nuestra conversación se ha estendido mucho, hora es ya de que nos separemos porque se aproxima la llegada del viejo. Adios, ¿vend rás mañana?

—Sí, adios!

Carta núm. 8.

Dias mas tarde llegaban los natales de un amigo nuestro de aquella sociedad, para el que fuimos invitados y donde se nos obsequiaba con dulces, licores y una expléndida reunión. A esta asistió Estrella que por entonces solo llevaba medio luto y como este era de un lejano familiar, no tuvo inconveniente en acudir alli, tal vez mas bien por complacerme, que por sus deseos de divertirse, pues yo tampoco falté.

Eran sus propósitos, como ya sabes, de no hacer público nuestros amores y yo que me hallaba siempre muy dispuesto á complacerla traté en lo posible cumplirlos.

¡Que feliz me contaba cuando la tenía entre mis brazos!

Llegó el momento de pasar al lujoso comedor donde nos esperaba la expléndida mesa destinada á los dulces y licores.

Ignoraba las costumbres de estos dias en aquel pais y limité mis cortesias simplemente á ofrecerle mi brazo á Estrella y dejarla en la mesa. Despues volví al salón y mientras daba tiempo á que terminaran de obsequiar á las damas, me entretenia en acariciar las ilusiones que me brindaba mi amor.

Pero ¡oh ignorancia! habia cometido inconscientemente uno de los actos mas despreciables que pudiera ob-

servarse con una mujer segun la costumbre de aquella sociedad. . . . . .

Allí el que llevaba á una jóven á la mesa tenia que servirla, atenderla y darla conversación, y despues volverla á ofrecer su brazo para retirarla.

Yo en cambio solo la llevé, despues la dejé, y he ahí el desprecio, el insulto y mi falta.

Terminó el obsequio, y el jóven que á su lado atendia á su compañera, que se habia encargado de atenderla á ella tambien, la trajo de nuevo al salón, con lo cual me sorprendió, sacándome de mis encantos ilusorios, la presencia de mi Estrella.

Sentéme á su lado y al encontrarla sumamente grave, le pregunté que le ocurria, á lo que me contestó que debiamos pasearnos y hablariamos. La complací y empezó. "Me alegro que tan á tiempo te conozca, no imaginaba nunca que tuvieras tal valor ó mejor dicho, que conmigo usaras este proceder, no obstante, te repito que me alegro; mañana, quizás muy pronto, sabrás quien soy yo."

Nada te entiendo, hija mia, explícate, por Dios, que me siento morir de confusión é incertidumbre, ¿de qué me hablas? contéstame pronto.

Entonces me esplicó el objeto de su disgusto; probéle mi inocencia, demostréle que obré inconsciente, y nada le bastaba: me trató con dureza, me hizo sufrir horriblemente; parecia gozarse en mis martirios clavando en mi pecho su primera daga con aquella amenaza incomprensible, "mañana, ó quizás pronto, sabrás quien soy yo."

¿Qué pensaría hacer? De qué se trataria? En qué consistiria la amenaza feroz de aquella mujer?

Entró en el cuarto y pasó una hora sin salir. Mientras, yo loco y desesperado no comprendia lo que significaba aquella actitud. Entonces ví que al lado de su hermana mayor, á quien conocerás por "Laura," habia un asiento desocupado, dirigíme á él y me senté.

Laura, le dije; ¡que injusta es su hermana!

Me hace sufrir horriblemente y creo que ha querido probarme, pero ¡es tan terr ble el tratamiento.!

· Vd; háblele, supliquele y ruéguele, que de Vd. mi salvación
· lo ha contado todo, le he dicho que no sea niña, · ganado por sus violencias y la he hecho compren· en cuanta dureza lo ha tratado tan injustamente y · ro todo desaparezca, para lo cual voy en su busca.

Enseguida salió Estrella, la ofrecí de nuevo mi bra· y me dijo: "Perdóname, comprendo que he sido dema· ado fuerte; la pobre Láura tambien te quiere ya, sabe demasiado cuanto te amo y se ha interesado mucho en reconciliarnos; baila la mitad de esta pieza que han empezado á tocar con ella, en prueba de gratitud, despues nos marcharemos y mañana ven temprano á casa y hablaremos. Asi lo hice y poco despues terminó la reunión.

Láura no hizo mas que ratificarme lo mucho que Estrella me queria.

A la noche siguiente el carrito de "Molas" se encargó de dejarme junto á ella.

Visitábala en aquellos momentos uno de sus furibundos enamorados; y digo uno, porque tenia muchos, entre ellos, algunos riquísimos y de aquella buena sociedad. Pero habia algo de particular en aquella mujer; no quiso nunca á nadie, segun me decia, á pesar de las continuas declaraciones de amor que le sucedian.

El señor que la visitaba (y digo señor por que no era muy jóven, aunque si muy rico) hubo de comprender que entre nosotros existia algo, y pronto nos dejó.

¡Que conversación tan elocuente y tan agradable la de aquella mujer! Trataba de darme las satisfacciones que creyó justas por su actitud conmigo la anterior noche.

Ya podrás imaginar como se explicaria una jóven enamorada tambien é ilustradísima, de veinte y dos años de edad y que reunia todas las buenas cualidades de una dama de salón.

Hablaba con una dulzura especialísima, era seria, muy seria, y sin embargo tenia un trato agradabilísimo; cantaba admirablemente, recitaba con verdadero estilo, bordaba á las *mil maravillas*, pintaba con verdadero

gusto (pues tuve ocasión de ver ciertos trabajos] hechos por ella) tocaba el piano divinamente y era una excelente bailadora.

Para su traje de casa usaba unas elegantísimas batas y chinelas de pana negra bordadas en oro, las que hacian mas lindos sus diminutos piés, que por lo regular cubrian oscuras y finísimas medias.

Su hermosísima cabellera negra y espesa con frecuencia caía sobre sus bien formadas espaldas que con gracia recibian aquella cascada de ondulante pelo.

Su frente siempre despejada mostraba el claro talento que guardaba y su preciosa boca, cuando sonreía, dejaba ver aquellos nacarados dientes pequeños y unidos que complètaban el conjunto de su tipo de señora nacida para el lujo y creada para el orgullo del que fuera su dueño.

En fin, todo en ella y en su casa era caprichoso, sorprendente, soberbio, expléndido.

De aquellos muebles perfectamente adornados y desplegados en correcta formación, así como de aquellas elegantes cortinas que cubrian ligeramente su lujosísimo cuarto, brotaban los suaves olores de las delicadísimas esencias que ella usaba, y que parecian estar impregnadas en todos los objetos que la rodeaban.

Todo ésto figúrate cuán agradable me hacia la permanencia en aquella casa donde yo no respiraba mas que el ambiente del placer y del amor.

Dos noches mas tarde, llegaba el 24 de Diciembre (Noche Buena), para mi sublime, encantadora, completamente feliz.

Despues de comer con mi familia le dediqué á mi Estrella largas horas, que, embriagados amorosamente, pasaron con la rapidez del rayo.

Pero dime, Estrella de mi vida ¿porque no te decides por lo menos á escribirme? Ygnoras cuanto aprecio esos documentos queridisimos que son para mí testimonios de tu amor?

—Mira, me dice: En primera, no olvides cuanto sentiria ser sorprendida por mi papá en el momento en que

á eso me dedicara. En segunda ten presente, como yá te habrás fijado, que en nuestra casa no hay ninguna clase de criados para el servicio, que somos las tres solitas, que tenemos muchas ocupaciones, y, por lo tant,o que no puedo disponer de horas desocupadas que necesitaria para dedicarlas á decirte lo que nunca me cansaré de repetirte: que te amo mucho. Luego, yó soy la que hago de vieja en casa, tengo hermanitas y no quiero dar mal ejemplo con sostener relaciones ocultas, y ya ves que no puedo prescindir de llevarlas contigo, pero quiero disimularlas todo lo posible.

"Oh! por Diós, mi Estrella adorada!, esas no son disculpas cuando se tienen verdaderos deseos en complacer á uno; algo extraño ocurre en tí que te obliga á privarme de ese gusto y ese algo, en el que yó creo adivinar un misterio, es lo que empieza á hacerme un efecto verdaderamente desagradable, mas que por otra cosa, por la poca franqueza que conmigo empleas.

Escríbeme, por Diós, ángel mio, y todas mis preocupaciones habrán desaparecido."

Pero mis súplicas eran en vano; me iba convenciendo con bastante rapidéz del carácter fuerte que tenia y de la firmeza inquebrantable de su voluntad ó de sus propósitos.

Después de aquella noche me enfermé, eran muchas mis luchas interiores, en mi cerebro no cabian las ideas que me asaltaban y casi no acertaba á plantear lo que tan aglomeradamente concebia.

Cuando la volví á ver fuí por ella invitado á pasar juntos las primeras horas de una hermosisima mañana y me obsequió con un preciosisimo recuerdo. Era éste una cartera de bolsillo con fondo de pana color marrón y en la que se leian mis iniciales artist camente bordadas con hilo de oro y adornadas con preciosisimos dibujos.

Ésta, me dijo, la usas en mi recuerdo, pero quiero que en ella guardes esos dos anillos de oro que tú úsas y que con seguridad habrán pertenecido á alguna

bella que has amado antes que á mi. No quiero verlos, no quiero que los botes, pero sí que en mi presencia no los lleves, porque soy en estremo celosísima."

Te advierto, querido hermano, que la he complacido en esto tambien. Su cartera la conservo y dentro de la misma, desde aquel felicísimo dia, estan guardados los dos anillos,

Pasé tan bien aquel rato que llegada la noche repetí mi visita, pero, sin saber á aque atribuirlo, la encontré tríste como nunca, una tristeza especial y rara en ella. Adivinaba que algo grave le pasaba, que sufria horriblemen te, que queria decirmelo y no podia ó no se atrevia.

Aprovechando aquella situación volví con mis insistencias diciéndole: dime, Estrella, ¿me has escrito esta noche?

—No.

—Pero dime entonces, ¿qué piensas hacer de mí? Explicame lo que te pasa, no me martirices de esa manera, concluye de una vez conmigo, que me haces sufrir horriblemente con tus misterios, con la especialidad de tu carácter.

No puedo escribirte, me dijo seriamente. Entonces no me lo niegues, le dije en tono tambien serio y altanero. (Era la primera que con ella usaba este estilo)

En tu vida hay un misterio, tu existencia encierra en el mundo algún enigma que yo no acierto á conocer. Sé franca, ten valor, dame de una vez la felicidad ó la desdicha.

Mira, me dijo: prométeme no preguntarme mas nunca porque no te escribo y te diré algo que te consolará.

Si te lo prometo.

Bueno, no te escribo porque yo no soy hipócrita, por que no puedo mentir y no tengo valor para decirte la verdad de mi situación. Asi te suplico por tu amor, por lo mas que ames en el mundo no me preguntes nunca mas cual es la causa, no me hagas sufrir con ello, compadece te de mi, que soy muy desgraciada. Amame mucho, si, pero con mas calma; yo no deseo que me quieras, como lo

haces, con tanta desesperación; con un poquito menos de vehemencia, con mas asiento, para que puedas mas fácilmente afirmarme el amor inmenso que yo adivino sientes en tu pecho.

Todo eso tambien te lo prometo, pero es preciso te dispongas á recibir mi última carta.

En esa conformidad quedamos y nos despedimos.

Al siguiente dia escribí esta carta que por la noche le entregué:

"Estrella, vida mia: lo he adivinado todo .. todo "....todo .....pero no te impacientes, ten valor, ahora "que te considero desgraciada, te amo mas que nunca, te "quiero mas que á mi vida.

"No temas, pues, ya á nada, escríbeme.

"Haz desaparecer todas tus preocupaciones, porque "lo sé todo.

"Yo como tú sufro horriblemente; más, necesito de "tí, sálvame para que yo te pueda salvar, y contesta á mi "siguiente pregunta:

"¿Que haré para dominar los impulsos de mi destro- "zado corazón ante la horrible y abominable presencia "del hombre infame y criminal que.....

"Yo haré lo que me digas, pero te juro que estoy loco "y solo tú podrás salvarme."

Yo habia pasado una noche de fiebre; no sé porque inspiración celeste adivinaba lo que sucedía, que era para mi desgracia grave, muy grave.

Cuando le entregué mi carta la visité cortamente, pues sufria mas que ella al pensar cuan doloroso le seria leer mi escrito, por lo que me retiré mas temprano que nunca. Deseaba que volara el tiempo para saber el resultado de aquel documento que acababa de entregarle y que debió parecerle horrible porque era el resultado de la explosión de mi cerebro.

Pronto pude verla, pero en los momentos en que se dirijía á su nueva morada (pues habian cambiado de residencia;) traté de fijarme en la impresión que le causara mi presencia nuevamente y pude observar que no quería

que nuestros ojos se encontraran. No me saludó, al pasar frente á mi volvió su rostro, que pude ver demacrado y triste; seguí sus pasos hasta darle alcance, y una vez conseguido, saludéla. Ligeramente me contestó; le acompañaba una amiga, y á su pesar, no pudo disimular su disgusto.

Llegamos á la nueva casa y me ordenó pasara, lo que no acepté, y como insistiera entonces con verdadero empeño, le dije: bien, si asi lo deseas te complaceré; mas si crees que mi presencia te mortificaría podia evitarlo retirándome.

No, al contrario, pasa que quiero hablarte aunque sea solo un momento, porque estoy medio mala.

Senteme, pues, y luego que hubo de marcharse la visita se dirigió á mi en esta forma:

Dime ¿cómo has tenido valor para escribirme esa tu última carta ayer, y presentarte hoy aquí? ¿Crees que no tengo corazón, crees que soy insensible ..... .Mira, te lo suplico, hazme el favor de no escribirme otra vez, no quiero que me veas mas la cara, ni que te ocupes mas de mí; pero antes es preciso que sepas una cosa, porque ya no es posible contenerme.

No pienses jamás que..... pueda haber sido el criminal. El, como yo, es también víctima.

No te entiendo una palabra; por Dios, querida Estrella, hoy mas que nunca me confundes, cada vez veo mas misterios en tu vida, ten piedad de mi que estoy desesperado.

Yo soy la que ya no tengo cerebro, ni lágrimas, por que ya he vertido muchas, yo soy la digna de compasión, yo soy la que estoy loca, yo soy la que voy á reventar de tanto y tanto sufrir, véte y no me veas mas .....
....adios .....

Lloraba amargamente cuando se marchó.

Al verme solo, tomé mi sombrero y salí de aquella casa con el corazón destrozado. ¡Que instante mas desagradable pasé aquella memorable noche!

Maquinalmente me ví en la plaza donde se me ocu-

rrió volver á casa y escribir á Estrella una terrible carta, que no puedo reproducírtela porque no concluí; estaba á medias, la tinta y las lágrimas en ella se confundian. Si fuera posible el repetirte lo que ya le tenia dicho, no necesitarias mas para juzgar cual sería mi estado.

Yo mismo me espanto hoy al recordar con tristeza las amarguísimas horas de aquella trágica noche.

Y te digo que no concluí mi carta porque fuí sorprendido por mi hermano Guillermo que me dijo:

La casualidad me hizo pasar en este momento por frente á la casa de Estrella: sentí que de uno de los postigos de su casa me silbaban; volví la cara, y al verla en él, allí me dirijí.

Digame si V. sabe de su hermano, me preguntó.

No, le contesté simplemente

Pues hágame el favor de buscarlo, y á la vez le dirá que necesito verle esta noche sin falta; que aquí, donde V. me deja, lo espero y que no me retiraré mientras no tenga el gusto de verlo.

Le ofrecí complacerla, y ahora que te encuentro, despues de haberte buscado por el Casino y la Plaza, cumplo sus deseos.

Rompí rápidamente mi comenzada carta en mil pedazos, volté la pluma, la tinta, y me dirijí al lugar de aquella tambien misteriosa é inesperada cita.

Efectivamente, en el postigo de su casa me aguardaba impaciente aquella Estrella *que tan iluminado me tenia.*

Angel mio, perdóname por Dios, he pasado un rato muy desagradable pensando en tí, en lo que te he hecho: comprendo cuanto te hago sufrir, perdóname, te repito, no me hagas caso que estoy loca, y quiero que cesen tus angustias.

Todo esto me lo decia con mi mano entre las suyas, que por momentos besaba.

Te amo mas que nunca, lo acabo de saber en este instante, no puedo contenerme, me temo mucho; pero entra que estoy sola, aunque no me des la felicidad que po-

drias proporcionarme, porque no me la merezco; pasa que te espero impaciente y apasionada.

A que decirte lo que allí pasó; ya podrás imaginartelo. Un reloj que dá las once, una puerta que se abre y que se cierra, dos amantes que se besan y las sombras de una noche silenciosa que los cubre.

.....

Al siguiente dia que la volví á ver me dijo:

Mañana á las diez ó sea así que haya almorzado, estaré sola de nuevo, y quiero volverte á ver, despues podrás marcharte tranquilo á tu tierra porque sé que esos son tus deseos y allí te llama el deber. Para entonces procuraré tener mas valor, necesito decírtelo todo ..... todo .....todo, y entre ese todo, y á pesar de todo, que jamás podremos ser felices. Ya bastante te he hecho sufrir desde que me conociste: tu vida es un martirio, asi lo he comprendido. Ojalá no hubieras venido nunca á mi pais y serias mas dichoso.

Como la cita era á las diez, tuve que ir antes de almorzar, pues en casa se acostumbraba á hacerlo á las diez y media. Llegué y pasé, y como estaba sola, pronto comenzó nuestra conversación.

Sé ahora consecuente conmigo, ábreme las puertas de tu corazón y dímelo todo ten confianza en mí que te amo mucho; vamos, empieza.

Yo mismo le temía á aquella declaración, que debia ser terrible, y que te juro adivinaba; casi ya me pesaba haber hecho llegar hasta allí el interés de mis investigaciones; hubiera preferido continuar ignorándolo todo para sufrir menos

¿Cómo te encuentro tan demacrado; estás enfermo?

No, supongo que será porque aún no me he desayunado, y de ahí mi mal color. Ademas, hace dias que se me ha escapado el apetito y pudiera ser tambien que la falta de alimentación me saliera á la cara.

Pues debes hacer por comer, y cuidarte mucho; no eres capaz de figurarte cuan distinto estás hoy del dia en que te conocí tan grueso y tan rosado; pero como pu-

diera suceder que yo tuviera la culpa, me callo.

Es muy fácil que alguien, que no soy yo, sea la causa de mi atraso, pero eso debe preocuparte poco; vamos al grano, que el tiempo, cuando estamos juntos, vuela mas rápido. y podría tambien suceder que un nuevo visitante nos interrumpiera y nos quitara esta magnifica oportunidad que tienes para decirme lo que sabes tanto me interesa saber.

Espera que venga mi hermana Laura; ella cuidará en la puerta y entonces que estaré mas valiente tendré el valor que necesito (y que ahora sin ella no tengo,) para decirte lo que ha de poner término á la situación en que el amor nos ha venido á colocar.

Llegó por fin Laura, me saludó con el cariño que me profesaba y ocupó la puerta. (Parece conocía el plan de batalla,)

Vamos, ya tienes de guardia y cerca de nosotros á nuestra buena Laura, anímate y empieza.

¡Oh! no puedo, vete, sin saberlo me es imposible, me ahogo, sufro horriblemente.

¿Por qué, ¡Dios mio! cuando mi sacrificio no sufrí y hoy sufro tanto? ¡Ah! era que entónces no amaba á nadie y hoy te amo á tí.

Ten resignación, mujer, por Dios; yo que me siento morir te escucho y tendré valor, te lo juro, para soportar todo lo terrible que sea tu confesión.

Tomó mi mano, que besó y me dijo:

Bien, piensa imaginariamente en que mi situación es angustiadísima y triste, y cuando asi lo hayas hecho, avísame.

Pensé por un momento en un porción de horrores y mis cabellos se erizaron; despues le contesté: yá.

Se levantó y me dijo: pues mucho mas terrible y triste todavia es la situación de tu Estrella, que te adora con el alma.

Se echó á llorar, sentóse sobre mis piernas y sus labios se juntaron con mi frente. Despues sobre mi pecho caian sus lágrimas.

En tanto, yo nada podia decirle.....

De pronto se levantó loca, tomó de nuevo mis manos que guardó entre las suyas é incorporada sobre mi, me dice: júrame que no me olvidarás nunca, que volverás á verme.

Sí, te lo juro.

En cambio yo te prometo que si del crimen necesito, del crimen me valdré, y tú y yo, pese á quien pese, seremos algun dia dichosos y eternamente felices.

Es verdad todo....todo .....todo lo que en aquella terrible carta me decias: habias adivinado. Adios ..... vete y no vuelvas; yo te iré á buscar cuando esté libre.

Nuestros labios de nuevo volvieron á chocar, y ya enjugadas nuestras lágrimas, ella subía á su habitación, yo me despedí de Laura, quien tambien me prodigaba sus consuelos, ofreciendome ser nuestra protectora y la segunda madre de mi queridísima y desgraciada Estrella.

Por aquellos dias preparaba mi viaje de regreso á Cuba y como me quedaba tan corto tiempo en aquel pais quise volverla á ver y por medio de Laura lo conseguí.

A su lado de nuevo, me dice: sé franco tú tambien, amigo y contestame, ¿crees que soy la verdadera culpable?

No, por lo contrario, creo que eres la única víctima, pero necesito saber para mi convencimiento, cual fué el móvil del crímen, si algun amor pasajero, si un momento de debilidad propio de tu sexo, ó para mayor desgracia, la maldita necesidad.

¡Oh! no culpes á nadie mas que á mi misma porque al verdadero criminal, ¡oh horror! á ese no podrás culparlo porque sabes que yo lo quiero mucho y no podré maldecirlo nunca ....., respétalo tú tambien como lo respeta tu Estrella. Son muy cortos los dias de su vida y no debemos agriarlos.

Bueno, no hablemos mas de esto.

Si, aún me falta que averiguar algo para terminar, perdóname, sé cuanto te dolerá mi pregunta, pero necesito saberlo.

¿Acaso para mi mayor infortunio, del crimen de tu amor brotó algun fruto?

Cállate, por Dios, que me hieres duramente; del crimen, del robo de mi honra, no existe mas que el profundo odio que he guardado al que se prestó á ejecutarlo, aunque como ya te he dicho es víctima tambien.

Cree que le amo y mi odio es eterno, me produce asco y me repugna tanto que ansío la dulce hora de la venganza para entonces cebarme en su martirio como la leona en su presa, porque te juro que me ama con delirio, porque se encela hasta con mi misma sombra.

Bien, ahora que todo lo sé me marcho [figúrate cómo!] con el alma despedazada, con mi corazón destrozado, pero en la completa seguridad de que pronto habrán cesado todas mis luchas, todos mis martirios, todos mis sufrimientos. En los verdes campos de mi querida Cuba probablemente habré de sepultar conmigo todos tus recuerdos, y entonces dejaré de ser un desdichado para entrar, sinó de lleno en la felicidad, por lo menos en la tranquilidad eterna.

Aquellos clarines que en mi tierra á estas horas tocan al combate me llaman hace tiempo, y hora es ya de que deba de acudir. Dime, pues, ¡adios!

Espera ..... toma, y sacando de su pecho una cadena de oro de la cual pendía un relicario que guardaba algunas pequeñas hebras de su hermosa caballera negra, me lo cuelga ella misma del cuello y besándola, me dijo: para que te acuerdes de mi cada vez que la veas. No la estimes por su valor, hazlo por lo mucho que yo la aprecio; los cabellos que contiene formaron parte de mi pelo, mas la prenda la usaba como recuerdo de mi madre; úsala, pues, tú como recuerdo de tu Estrella.

Despues me obsequió con su retrato (este en miniatura, y el de mi madre y su cadena, con cuanta satisfacción puedo decirte hoy, que en la paz escribo esta, que fueron las únicas reliquias que hicieron toda la campaña colgando de mi cuello, sobre mi pecho, que con ellas me

hubieran sepultado, mas como afortunadamente asi no ha sido, continúan una y otras, juntos, como siempre á mi corazón.

El dia que tenga la dicha de verte tendré el doble gusto de mostrártelos; la cadena intacta, en los retratos apenas se distinguen las facciones, pues aunque los conservaba dentro de gamuza, fué tanto el agua que en campaña recibieron que la humedad se encargó de apagar aquellos rostros que tan vivos conservo en mi alma; el de Estrella y el de mi querida madre.

Un fuerte abrazo con prolongadísimos besos puso fin á aquella despedida, que aun no sabia si seria la última.

Carta núm. 9.

Seria la una del día cuando me dirijí á casa

Concluian en esos momentos de almorzar, pues se habian cansado de esperarme y sin acertar cual pudiera ser la causa de mi entretenimiento, resolvieron no aguardarme más, en contra de lo que tenían por costumbre.

Quizás venga á tu memoria algo de lo que sucedió á mi llegada, pues si mal no recuerdo te lo contaron después.

Habia visita: acompañaba á mi buena y cariñosa hermana Maria una amiga que con ella almorzaba aquel día. Yo no pude ni saludarla; lo que me pasaba no lo sé, si que no podia hablar, que mis ojos se me humedecian, que mi corazón palpitaba con mas prontitud, que estaba pálido y estremadamente sério, que mis modales eran ordinarios, que iba de un lado para otro sin objeto alguno y que á nadie miraba ni hablaba.

Me senté á la mesa; apenas si probé algo é hice señas y me sirvieron café.

Sufria horriblemente: aquella confesión, la situación de Estrella y la mia me desesperaban.

¡Alabado sea Dios!, dijo mi hermana asombrada al verme.

¡Que cara! repuso mi pobre madre.

¿Qué te pasa, chico? repitió Maria.

Algun disgusto que le habrá ocurrido, contestó mi madre. No le preguntes nada, hija; déjalo.

La infeliz yo creo me conoció el mal efecto que me hacía la inocencia de mi hermana, y quiso ahorrarme ese nuevo martirio.

Pronto dejé la mesa y volví á salir, no habia hablado una palabra.

Terminé en aquel dia los preparativos de mi viaje. Por la noche le dediqué mi visita de despedida á Estrella, pues al siguiente dia debia abandonar á Méjico

Al entrar me encontré inesperadamente con su padre, que sumamente atento me recibía: pensé retroceder, no queria verle, pero al fin, hice un esfuerzo y me senté despues de saludarle.

Pues, señ r, le dije, he venido á tener el gusto de despedirme de ustedes; mañana me embarco para Cuba, sintiendo dejar á esta tierra que he llegado à querer como mi patria.

Hablamos de otros particulares y ella, Estrella, que notó mi desagrado, me invitó á ver antes de irme los altos de la nueva morada.

Acepté, pues, y nos pusimos en marcha.

Subió primero Laura, despues su otra hermanita, enseguida Estrella y despues yo. El viejo pretestó estar cansado para subir las escaleras.

¡Cuanto sentí haber subido á aquella mansión de amores criminales!

Cuantos lujosísimos muebles que harto sabia el papel que allí desempeñaban!

De pronto se adelanta Estrella, toma el cuadro de un retrato que sobre el espaldar de un sofá descansaba y lo vuelve.....aquel retrato era el de un hombre que no quise ver ni quiero conocer nunca.

Entonces volvió á mi lado y me dijo: perdoname, no lo pensé, quise proporcionarte mejor rato y ¡maldita de mi! que me olvidaba .....

.....

Bajéme enseguida y despedíme de una manera aristócrata [estaba el viejo y asi tenia que ser,] pero no sin antes decirle á Estrella que en las primeras horas de la

...dia volveria á verla, y que entonces
...ese la última vez.
...la siguiente mañana un coche me deja-
...de su casa. Ya me esperaba y al sentir-
...rir.
...me vió sus brazos rodearon mi cuello, m is
...iaron su despejada frente. Sus ojos estaban
...llorar; mas triste y mas deseperada que nun-
...aba de exijirme y de ofrecerme promesas de
...no.
...uerda que me has dicho que me amarias siempre,
... me olvidarias, que en la guerra te cuidarás; no ol-
...que si mueres yó no se que será de mí, de tu Estre-
...te ama de todo corazón. ¿No es verdad que me
...es en tu alma?

Sí y por eso me marcho mas tranquilo. Te llevo ... mi corazón. Resignate, pués, á dejarme partir; allá me ...speran los azares de la guerra. Ni el ruido del cañón ni ...l rugir de las descargas haran que te olvide, te lo juro. Si muero cuenta, no con el primer suspiro que será para mi Patria, pero sí con el último, que llegará sín duda don de quiera que tú estes

A diós, pues, angel mio; dame tu último beso.....
Dame tú ahora, mi amor, tu último abrazo.....

.....

Cuatro horas después de haber vuelto la espalda á aquella mujer que tanto adoraba, el ferro carril de Mérida se encargaba de dejarme en puerto.

Con el corazón destrozado, mi ánimo abatido y mi es piritu todo lo apocado que puedes imaginarte, en cicunstancias hijas de las agitaciones é impresiones de aquellos dias tan terribles para mi en que luchaban en mi cerebro tantas cosas á la véz, tomé el "Saratoga" que me alejó de aquellas playas, sabe Diós hasta cuando.

Carta núm. 10.

Pasó despues mucho tiempo, mucho, sin que de ella supiera y un dia (ya era veterano) quise escribirle á mi Estrella la siguiente carta, que no se si llegó á recibir.

Ejército Libertador.—4º *Cuerpo*,—2ª *División*,—2ª *Brigada*,—*Cienfuegos.*—Octubre 2 de 1896.

"A mi buena Estrella:

¿Por qué no escribirte cuando eres mi mejor amiga? aquella à quien mas distingo; á quien estimo cariñosamente, en quien tanto pienso y á quien tantos recuerdos dedico cada un minuto de mi vida?

Si volvieran aquellos felices dias en que tan dichoso me contaba en tu pais y á tu lado, ¡que grata sería la existencia mia!

Tus recuerdos, único sosten de mis consuelos, unidos á esa grandísima fé patria, con que yo alimento mi espíritu, son los pedestales donde descansa esa grandísima esperanza que me hace vivir y que me permite sufrir gozando los rigores sin cuento que nos anticipa Cuba libertada, como pago á nuestro heroismo y á nuestros inmensos sacrificios.

Pero el dia llegará, no lo dudo, sinó que por lo contrario lo espero, como tú me lo has dicho antes, en que luminoso he de ver y respirar en el seno de nuestro hogar felicidad eterna y quizas.....si amor eterno tambien.

¡Con cuantas ansias espero ese dia tan dichoso! ¡Cuanto ambiciono volver de nuevo á pisar el suelo que te vió nacer y entre las caricias santas de mi pobre madre, escuchar tus palabras cadenciosas como símbolo afectuosísimo de tu verdadera amistad!

Quizás si á tus manos no llegue esta carta que con tanto gusto te escribo desde estas selvas cubana, un dia tempestuoso, triste como mi ánimo y bajo el techo de una vieja y rota casa de campaña. Sírveme de mesa la cubierta de un libro, único que poseo, destinado á asentar el Diario de Operaciones del batallón de Infantería á que pertenezco, y el que por mi empleo de Ayudante tengo que llevar y llenar; de asiento la única y fiel consecuente amiga, compañera inseparable de mi vida guerrera, mi hamaca, que ya vieja y rota tambien me implora su relevo, haciéndome sentir hasta el fondo de mi alma sus quejidos lastimeros como precursores que son del triste dia en que tenga que abandonarla. Dios sabe hasta cuando. Entonces en vez de consultar con ella en mis noches de insomnio tendré que hacerlo con el duro, pero sagrado suelo de mi Cuba adorada.

Quizás tambien si esta que es mi primera carta, sea la última, por eso, aún cuando moleste tu atención quiero enviarte este simple recuerdo, así jamas dudarás que aquí donde humea todavia la llama encendida el veinte y cuatro de Febrero del noventa y cinco por nuestro inolvidable redentor José Martí, y donde los enemigos de mi patria querida no han podido apagar aún con los estruendos de sus cañones, los clamores de nuestra anhelada libertad, tienes, puedes decirlo con jactancia, tu mejor amigo,"

El catorce de Julio de mil ochocientos noventa y siete volví á escribirle esta que te copio:

"ESTRELLA:

Al fin vuelvo á escribirte, ¿qué quieres? No son bastantes aún los rigores de la guerra, son pocos mis sufrimientos, y en vano, todos mis pesares, todo es nada para que te pueda olvidar.

¿qué no recordar los deliciosos ratos que el pasa-
mundó y con ellos hacer calmar en algo el hastío
vida de campaña nos ofrece?
no lo dudes, mientras existan los latidos de mi co-
existirá mi amor y existiendo éste: ¿como no pen-
tí? Como no escribirte? Como no soñar despierto
mido que te veo, que estoy á tu lado y hasta que
lo confundirse tu aliento con el mio?

En esos ratos de felicidad suprema en que solo vivo
ca tí, soy dichoso; durante ellos olvido todas mis penas,
saparecen todas mis angustias y se alivian todos mis
olores; mas, cuando vuelvo á la realidad, cuando pienso
en el presente, y no te veo, y recuerdo que un charco in-
menso nos separa, que estoy lejos, muy lejos y que no pue
do correr á decirte siquiera una vez mas que te amo, de-
cae mi espíritu, desfallece mi alma y mis ojos inyectados
de desesperación tratan de ocultar lo que yo no puedo ne-
gar ..... mis lágrimas, lágrimas que vierto sobre campos
ensangrentados; lágrimas que, como no corren ni salen,
duelen y consumen la existencia mia. Pero pronto el
clásico estampido del cañon y las detonaciones de los
maussers, al unísono de la presencia del enemigo, me ha-
cen dejarte. Entonces te dejo, pero te dejo cerca, muy
cerca, por si en aquella próxima tragedia me toca morir,
que vengas pronto para darte mi último adios. En tanto
esto sucede goza tú y aumenta tus placeres, que con que
yo solo sufra, basta.

Cuando todo haya concluido, cuando hayan cesado
nuestras luchas, si sobrevivo á los acontecimientos futu-
ros entonces gozaremos tú y yo.

¡Oh cuanto horror me causa pensar en la consecuen-
cia que pudiera traerme una ausencia tan larga y tu si-
lencio tan profundo!

Quien sabe que será de mi si al rendir mi comisión
sagrada me encuentro con nuevos desengaños. Y como
no lo sé, pues, la suerte decidirá de la situación de tu ami-
go.

Despues de haberle escrito esta carta y de la cual como de ninguna obtuve contestación, supe de Estrella por una tuya que recibí y entre cuyos párrafos habia uno que decia; y como lo recuerdo te lo repito:

"*Estrella marchó á Nueva-York, le acompañaban su papá y su..... el viaje creo sea de recreo, pues pronto piensan regresar, hubo su escandalito.*"

Ya podrás imaginarte el efecto que tu carta me hizo; cuanto hubiera deseado en aquellos momentos el empuje de una gruesa columna enemiga que me hub era arrastrado en su camino

¡Cuanto maldije mi desventura!

Pero pronto volvieron á mi mente los recuerdos del pasado. Me acordé que ella era víctima, la amaba tanto que queria excusarla, busqué una disculpa y la encontré, ella no era dueña de sí; no debo juzgarla, dejésmola, pues quizás á la vez que yo liberte á mi patria se liberte ella tambien.

Pero entonces no me preocupaba ya su conducta, sinó su deshonra ante la sociedad y de ahi que te escribiera la siguiente carta en contestación á la tuya del veinte y seis de Junio, que tampoco sé si llegaste á recibir.

"Agosto doce de mil ochocientos noventa y siete. Campos gloriosos de la infeliz Cuba. En Campaña.

"Mi querido hermano: Grande alegria y profunda tristeza á la vez he experimentado al recibir tu carta. La primera te la explicaré; hacía un año que no sabia de Vds.

' La segunda; el pensar en la distancia que nos separa, los dese s de verlos y abrazarlos á todos y los recuer dos gratísimos de ese bendecido Mérida donde habré de sepultar para siempre aquellas vivas ilusiones que al brotar de mis mas puros sentimientos, nacieron para morir á poco, dejándome duelo perpetuo y dolores continuos.

"¡Malditas apariencias! Terribles dudas que parece solo se han creado para establecer intranquilidades y martirios eternos.

"¡Oh! pero el tiempo desapasionado juzgador de los hombres y del mundo, será el encargado de desenmasca-

rarlo todo, y entonces víctimas y victimarios, calumnias y calumniadores quedarán de relieve á la faz del mundo para que la opinión de los ligeros pensadores de vuelva honras que pisoteó ó sentencie á morir sin consuelo á amores que nacieron desgraciados. Tambien se afecta mi corazón de hierro Son tantos los golpes que recibe que en momentos causa mi aflicción. Sin embargo, estos ratos tan desagradables en la vida, cual los buenos en la guerra, pasan.

' Procura ver á Estrella, visítala en mi nombre y saludala afectuosamente cuando retorne de su viaje de recreo. Quiero que le hagas saber que siempre la tengo presente y que nunca la olvido.

"Celebro infinito todos vuestros adelantos, trabajad con fé y progresad; aprovechad vuestra juventud y el tiempo; no olvideis que las oportunidades que una vez se pierden tardan mucho y con dificultades se reconquistan. No haceros nunca ilusiones, despreciad todo género de vanidades, aborreced las apariencias todas, alejaos de las injustas exigencias de la sociedad maldita, que en el mundo todo es una farsa, que no hay amigos, ni humanidad, que el hombre segun lo enseña á conocer la escuela de la guerra, es imposible definirlo y dista mucho de ser el hombre que ustedes conocen.

"De la guerra solo te diré que continuamos en la lucha por la libertad de la patria.

"Las probabilidades de que España decrete la Autonomia y la reciente muerte del hombre que fué su *titulada* primer cabeza, el eminente estadista Cánovas del Castillo, constituye un gran paso de avance para nosotros que, como siempre, no transigiremos sinó con la Independencia absoluta de Cuba.

"Hazle presente á nuestro amigo Gerardo de Manzanilla mis recuerdos. Dile que ya los *gachupines* estan de capa caida, que muy en breve en Cuba al igual que en su pais, tendremos patria por esfuerzos propios."

En el sentido de mi carta te habras fijado y sin duda que adivinarás cuanto me inclinaba á hacer desaparecer

de tu opinión, como de la de mis amigos y parientes, el mal concepto que de Estrella hubiereis formado.

Yo sentia tanto como sus desgracias que estas se conocieran, pues aunque no pensé nunca que pudiera ella ser en ningun tiempo mi esposa ante la sociedad, ante los hombres y ante la Iglesia, si que fuera mi compañera eterna ante Dios, aún cuando tuviera que apartarme del mundo, porque éste nos rechazára; yo del mismo y de sus falsedades huiria con gusto porque al lado de mi Estrella adorada sentia la única verdadera é innegable felicidad moral y material que existe en nuestra transitoria vida.

Algunos meses despues vino de esa nuestro hermano Pancho que tambien quiso con nosotros compartir los rigores de la revolución.

No tuve valor para preguntarle por Estrella, mas él una tarde me la nombró. lo ignoraba todo, y al comenzar á hacer una pequeña relación de su pésima conducta y sus escándalos, le volví la espalda como para que notara mis pocos deseos de oir su relato fatal; parece que asi lo comprendió y mas nunca hablamos de Estrella, ni él ni yo.

Pero no fué esa la última noticia desagradable que de ella tuve como lo verás en los desagradables párrafos que te reproduzco de una carta de nuestro hermano Guillermo.

"Ya Estrella no vive aqui, ella y toda su familia se han mudado para Filadelfia donde se casó su pequeña hermanita, y cuya dirección te mando."

"Aqui estaban ya bastante mal vistas por los escándalos de Estrella.

"En nuestra sociedad ya han sido rechazadas."

Con todas estas noticias ya puedes figurarte á cuantas pruebas he tenido que ser sometido. Sin embargo, lee la última carta que dirijí á la nueva residencia, mas no á Estrella, sino á Laura, ya dentro del Armisticio último que puso fin á nuestra guerra.

"Distinguidísima amiga Laura: Las grandes emociones son como las grandes desgracias; necesitan desahogo

para calmar lo que nos hace experimentar ese insondable abismo del corazón humano.

"Yo hoy, Teniente Coronel del Ejército Libertador de Cuba, con la paz que nuestros aliados, los americanos, han concertado con la doventurada España y en medio de mi gran desgracia, me encuentro atravesando uno de los momentos mas felices de mi vida, puesto que se alcanzará el sublime ideal, la Independencia de Cuba, mi patria adorada.

"¡Oh!, querida amiga, cuanto envidio la suerte de los que por ella murieron cubiertos de gloria. Esos fueron mas dichosos que yo. Esos no ven como yo, ni el aplomado cielo que me cubre, ni aquella luminosa Estrella de irrealizables ensueños.

"¡Que injusta es la providencia divina! A cuantas madres privó de sus hijos! Cuanta viudez nos produjo! y sin embargo, á los que pudo dar la felicidad con la muerte, condena á vivir eternamente esclavos del dolor.

"Ayer supe el enlace de tu hermanita y hoy te escribo para que en mi nombre le dés mi enhorabuena, y digas que hago votos para que su felicidad sea eterna como mi desgracia, que deseo no se perturben nunca las tranquilidades de su hogar

"A Estrella que ¿para qué voy á escribirle?; solo salúdala y dile que si ella no ha sabido ó no ha querido alumbrarme el camino único de mi felicidad, hay otra Estrella mas hermosa que ella, mas sublime, mas grandiosa y á quien adoro muchísimo más; á la que mil veces ofrecí mi vida y á la que tengo dedicada mi existencia entera; que no me niega la dicha como ella y que si no me alumbra el camino de esta es por que de ella no depende; en cambio, me ilumina el camino de la gloria, el camino del orgullo y el camino de la satisfacción eterna.

"Esa es la Estrella solitaria de nuestra victoriosa bandera, que hoy ondéa gallarda y hermosa en la tierra de tu amigo,"

No quiero decirte ya una palabra mas de esa mujer, aquí termina, pues, el episodio amoroso de que te he habla-

do tu opinión, como de la de mis a
mal concepto que de Estrella hubier

Yo sentia tanto como sus desg
nocieran, pues aunque no pensé nu
ser en ningun tiempo mi esposa ant
hombres y ante la Iglesia, si que
eterna ante Dios, aún cuando tuvi
mundo, porque éste nos rechazára
falsedades huiria con gusto porqu
adorada sentia la única verdade
moral y material que existe en nu

Algunos meses despues vino
Pancho que tambien quiso con n
gores de la revolución.

No tuve valor para pregunt
una tarde me la nombró. lo ign
á hacer una pequeña relación
sus escándalos, le volví la esp
mis pocos deseos de oir su rela
comprendió y mas nunca habl
yo.

Pero no fué esa la última
ella tuve como lo verás en lo
te reproduzco de una carta d
mo.

"Ya Estrella no vive aq
han mudado para Filadelfia
hermanita, y cuya dirección

"Aqui estaban ya bast
dalos de Estrella.

"En nuestra sociedad

Con todas estas notici
tas pruebas he tenido que
la última carta que dirijí
Estrella, sino á Laura, ya
que puso fin á nuestra g

"Distinguidísima am
nes son como las grande

úm. 11.

nis anteriores que e
que yo habia fijad
o.
ta como en todos los
triste á la vez. Era
l lado de mis familia
legria que esperimenta
séres que tanto me qu
e me ocasionaba el peu
hacia colocar en una s

coji aquella noche que re

comencé á hacer los prep
io para ello emplear el ma
quería enterar á nadie hasta
a á fin de no prolongar el di
ocasionar á todos por su r
uy fácil volver.
cupación aquel dia fué dirijirn
de los vapores americanos á
no para la Habana. Era el Sar
na me quedaba aun y te confies
si bien es verdad que mucho dese
milia y de mis amigos, mucho m

do, prometiéndote hacer cuanto p
que he de conseguirlo; seguiré re
ro no como tales, sinó simplem
amorcillos que se encuentran en
tud.

Ese fué tu último consejo
lo. Ella asi lo ha querido.

...n con
...clase de
...isiera re-
...ble dia de
... duda de si
... pasaporte y á
...nigo Cloridano
... donde vivia el
... pregunta me dijo:
...o que V. me ha
...abia venido á Méjico
...cer sin tomar parte
...n nuestros hermanos
...inación, si és que mar
...e de esa manera tendré
... hasta la Habana donde
...ercantiles.
...eos nos despedimos hasta
... volvi á casa, y habilité mi
... que sin duda pensaba me
...a que iba á emprender.
... supremo, dia en que salia el
...doné la cama, tomé un co-
...s rapidamente las diligencias
... el tiempo de que podia dis-
...que el ferrocarril que nos con-
...nueve de la mañana.
...eridad que tuve que hacer es-
...r, mi ánimo estaba completa-
...ovia la soberbia fuerza de volun-
...sido disponer.

Mi primera despedida fué la de Estrella, lo que allí pasó ya te lo conté.

Mi segunda la tuya y la de Antonio, á quienes recuerdo sorprendido, tu tambien debes recordar lo q. hablamos.

Sufrí mucho cuando me ofreciste recomendaciones para Vera Cruz, lo ignorabas todo, perdóname, fuí muy discreto contigo, pero obedecía á que no quería que sufrieras tu tambien.

Despues me despedí de Guillermo á quien solo dije: *Chico*, me voy, adios.

Acudí á mi sublime abnegación y tuve valor para despedirme tambien de mamá y de María.

Lo que pasó entre nosotros tres, ellas y yó lo sabemos y aunque nunca podremos olvidarlo, yó no puedo describirlo.

Besé aquellos chiquillos de María que tan queridos me son, y volví la espalda, á aquellas mujeres con el llanto en los ojos y el dolor en el alma.

Me dirijí á la estación y ya me esperabas tú y Betancourt; nada pudimos hablar, en ese instante la salida del tren que anunció el silvido de la locomotora, se encargó de separarnos y esta de llevarme al puerto.

Lo que despues pasé en esa ya me lo contarás cuando de nuevo, tenga el placer de abrazar á todos los que en aquellas inolvidables dias abrazé en despedida.

Tuve que pasar aquella tarde, que me fué tan triste, contemplando las enfurecidas olas del mar en la playa de Progreso, allí solo, y lleno de preocupaciones me sorprendió la noche, sin que llegara el Saratoga.

Me recojí temprano y aunque no pude conciliar el sueño, á las primeras horas de la mañana estaba en pié Ya había llegado el hermoso vapor y un momento despues nos encontramos formando parte de su pasage mi amigo Betancourt y yo.

Fué en vano las comodidades y buenas condiciones que el Saratoga ofrecía en sus cámaras de primera, para evitar que yo hiciera un viaje fatal; me mareé mucho por lo que hice casi toda la travesía acostado.

moverse menos,
ara Nueva-York un
el encontrarme al lado ... dada esa familiari-
valor por libertar á mi ... ado se viaja, pronto
Como poco tenia ... as, nos comunicamos
equipaje, tiempo me s...
cordar el estado de m... mpeñar una comisión
salida. ...va-York y debia em-
¡Despedirme de ... expedición que saliera.
los volvería á ver! ...e vino al mando del Ge
No me faltab...
ello me disponia ... ciando la idea de ser su
Betancourt con ... gué hasta á ofrecérselo;
Cónsul Español ... venir á las órdenes del
Mi amigo q... llaba mas. En esto co-
¿Cómo, pie... y corté mi conversación
Sí, le cont... á la Habana me sentía
tratado habra...
á quedarme ... comunicó el camarero que
activa en la s...
en los camp... se á subir para no bajar mas.
Pues ... ontananza se divisaban las
cha V. en ... s primeras que se ven, al igual
la honra ... s al mar.
me llevar... ras se aumentaban las bellezas
Una ... ba.
nueva v... opa del buque y mientras este
Ya ... nareo, pensaba si saguia á Nue-
peque... en la Habana.
serviri... no ya en el peligro sino en la *im-*
L... espedicionario, opté por incorpo-
vapo... andoselo así á mi amigo de idea
che ...
que ... y á la vista de las fortalezas de la
pone... os de nuestros cómodos asientos y
du... andaje del buque, contemplàbamos
... defensas.
fue ... al laborantísmo cubano que existe en
m...
ta...

ligero, venia con algunas ilusiones, confieso que entristeza ver aun por donde quiera que miraba á la ra española, bajo cuya sombra se cometian tantos osos crímenes.

Pensaba en la sangre que tendríamos que derramar ocupar aquellas fortalezas y en la inmensa dicha sería para mí, si viera algun dia ondear en ellas nues- pabellón de libertad.

De pronto y ya en bahía quedó como clavado el Sa- ga. Allí nos esperaban botes, lanchas, remolcadores &

Me dirijí al jóven Capitan del buque, con quien ya abía cruzado varias palabras durante el viaje y le dije:

Sr, adios, mucho celebraré que la dicha siempre le acompañe.

Sr., me contestó, yo tambien deseo bien á V. y que le vuelva á ver pronto; probablemente V. marchará á pelear en favor de su Patria, y yo le ofrezco que cuando cumpla en el servicio de mi pais, que será pronto, los ayudaré á ustedes porque soy muy amigo de las grandes y nobles ideas de libertad y justicia.

Y enseñandome una bonita espada, me dijo: con esta pienso contribuir á la Independencia de Cuba, atravesando el pecho á muchos de vuestros enemigos Adios.

Le dí las gracias en nombre de mi patria y hermanos.

Despues me despedí de mi nuevo amigo Lamadrid á quien ofrecí q. nos veríamos en el campo de la revloución

En esto me llama mi amigo Betancourt que ya tenia un bote, á quien acompañé á tierra.

Nos separamos en la calle del Obispo, no sin antes quedar citados para el siguiente dia que debiamos almorzar juntos en un restaurant que está situado en la calle de Mercaderes y cuyo nombre no recuerdo

En seguida me dirijí al Hotel "Ramona" donde me de iqué al descanso.

A las once de la mañana del siguiente dia nos encontrabamos almorzando mi amigo Betancourt y yo.

Durante el almuerzo hablamos poco, yo le decía, te envidio, chico, vuelves de nuevo á Méjico, allí donde me

dejo tantas afecciones, donde me quedan recuerdos tan tristes y tan agradables.

Yo á tí tambien te envidio, se cual es tu resolución, la misma que desgraciadamente no puedo imitar.

Poco despues un fuerto abrazo nos separó, ya no era facil volvernos á encontrar

Tomé la calle de O'Reilly donde compré varios objetos para la campaña que en breve pensaba emprender, dirijiéndome luego hácia varios centros de conspiración con el objeto de orientarme sobre el movimiento revolucionario.

Carta número 12.

Pronto supe el rápido avance de los Generales Gomez y Maceo con sus valientes soldados á la Provincia de la Habana.

En menos de un mes ¡qué transformación más grande! La Habana y Pinar del Rio no eran los mismos pueblos que yo habia dejado; eran un manantial de soldados y cañones. Fuí á tomar el tren para dirigirme á Guanajay y enterarme qué era de mi amigo y compañero de planes de levantamiento, de quien no habia tenido más noticias, y no lo pude efectuar, pues no salia tren aquel dia á causa de haberlo descarrilado el dia antes los insurrectos.

A la mañana siguiente me fuí á Marianao y allí tomé una *guagua* que me llevó á mi pueblo.

Durante el viage pude informarme algo sobre el terror que reinaba, impuesto nó ya sólo por las huestes cubanas, sinó por las columnas españolas.

Al llegar á Guanajay ¡cuánto asombro! ¡Qué cambio! ¡Qué raro era el que á la derecha de su sombrero no llevaba una escarapela española! ¡Cuánto barullo! ¡Cuánto laborantismo!

Pero todo eso me sorprendió poco, comparado con la sorpresa que me causó cuando al dirigirme á la casa de mi amigo Ricardo Valdés, á quien habia dejado encargado del levantamiento, me enteré de que estaba en la Cárcel.

A *Caco* (que así lo llamábamos todos) lo habian preso. (*)

Me ví confuso por un momento: ya me parecía que yo también lo estaba.

Pensé que debia informarme de algo, viendo si podia hablarle, y así lo hice, confiando en que su cuñado que era entonces *Alcaide de la Cárcel* así me lo permitiría.

Tomé toda la calle de San Fernando y poco después

(*) Luego que recuperó su libertad se incorporó á Maceo en Pinar del Rio y poco después murió de hambre comido por los bichos.

hablaba con *Caco*, quien me enteró de la miserable venta de que había sido víctima.

Todo había fracasado, pues, y yo corria un gran peligro permaneciendo en el pueblo. Sin embargo, confiaba en mi sigilo y astucia y traté de tomar el hilo por donde se había roto, mas todo fuè en balde; el terror se había apoderado de los afiliados y hasta me huian.

A los dos dias de estar en el pueblo me sorprende aun en mi cuarto, situado en el Hotel "Amèrica" mi amigo Ramón Lascaibar y me dice:

"Si no tienes nada urgente que requiera tu presencia en Guanajay, te aconsejo que te vayas, pero enseguida, pues me consta que te van á prender por sospechoso en polítca.

Sin embargo, traté de disimular el mal efecto que me habia hecho su advertencia y le dije: "Precisamente hoy me marcho, pero de todos modos te agradezco tu oportuno aviso que prueba la sinceridad de la amistad que me tienes."

Esta noticia me hizo tomar una grave y pronta resolución, cual fué la de marcharme al campo sin armas y sin gente, en previsión de que podia caer de un momento á otro prisionero.

Así lo hice, por lo menos lo intenté; de nadie me despedí, tomé de nuevo la *guagua* de Marianao, abandonando á Guanajay con mis planes y paisanos.

Carta número 13.

Serían las nueve de la mañana cuando salí del pueblo.

Al llegar á la loma del Blanquizal, reconocí á un antiguo amigo que también habia tomado la guagua en Guanajay, pero que yo no me habia dado cuenta de quién era.

Después de saludarlo comenzamos á hablar de los asuntos del dia y entre otras cosas me dijo:

—Donde se va á levantar una buena partida, es en Hoyo Colorado, de hoy á mañana.

Nada le contesté para no llamarle la atención, pero sí me dí cuenta de la noticia.

Yo, á fin de no soltar prendas, hablé poco de la guerra y solo fingía tener mucho miedo á los insurrectos.

Al llegar al pueblo del Caimito, tropezamos con una columna española que á las órdenes del General Aldecoa marchaba hácia la Habana.

Salió la columna detrás nosotros, y al tratar el cochero de pasarla por lo despacio que ésta caminaba, se lo prohibieron pretestando que el polvo que levantaban los caballos y las ruedas molestaba á los *infelices* soldados.

Llegamos al fin á Hoyo Colorado; ya mi amigo se habia bajado en el Caimito, yo pensé hacer lo mismo en este otro pueblo, pero, temí marcarme mucho haciéndolo en presencia de la columna, que no sabia si continuaba ó nó la marcha á aquella hora.

Pronto unos y otros seguimos el viaje y como á medio kilómetro del poblado que dejábamos, le dije al cochero: detenga V. la guagua que yo me vuelvo hácia atrás, porque yo no doy este viaje tan incómodo y expuesto á la vez, por ir tras la columna española.

Asi lo hizo: bajé mi pequeña maleta, y *á patitas* me

volví á Hoyo Colorado, donde abrigaba la esperanza del anunciado levantamiento que me habia dicho mi amigo.

Llegué al pueblo, me dirijí á la fonda "La Paila," tomé un cuarto y de él no bajé hasta que fué bien de noche: entonces comí y como nada veia que fuera estraño, me decidí á pasear solo el pueblo.

No hube de andar mucho cuando de pronto me sorprenden dos hombres armados, montados y con unas cintas azules muy largas en los sombreros, diciéndome:

—Joven, ¿usted quiere incorporarse á las filas cubanas?

Veamos cómo—les dije.

—Pues muy bien; le llevamos á usted donde nuestro Jefe que está aquí cerca y allí convienen ustedes la manera de hacerlo.

—Vamos, pues, que precisamente yo necesito ver al Jefe de ustedes.

—Síganos entonces.

Unos cuarenta cordeles tuve que caminar para llegar á una casa de guano donde se hallaban unos veinte hombres, bien vestidos y armados, comiendo unos y durmiendo otros, completamente despreocupados y bien desordenados.

Los caballos ensillados todos al lado de la casa, comiendo al parecer maíz en abundancia.

Allí no había familia ni muebles; verdaderamente era un campamento insurrecto.

La pareja que me llevó me invitó á café, que tomé, y como se cansara de buscar al Jefe, me dijo: "volvamos para el pueblo que ya sé donde lo encontraremos."

Así lo hicimos, y en una sitiería muy próxima á Hoyo Colorado, lo sorprendimos en una *parranda*.

Allí fuí presentado á él, que lo era un joven trigueño, que dijo llamarse Villanueva, que era de Oriente y que venía de explorador del General Gomez.

Parecía bastante tratable y fino, me atendió muy bien y me invitó á bailar.

Le dí las gracias y le supliquè me concediera una entrevista, á lo que accedió, saliendo ambos para el patio.

—"Yo vengo á ponerme incondicionalmente al servicio "de la Revolución; así espero que Vd., si no le sirve de mo- "lestia, me indicará la mejor manera de hacerlo, advir- "tiéndole que desearía operar á las órdenes del General "Gomez, por cuya razón estaría con gusto con Vd. hasta "tener esa oportunidad."

—Yo soy Teniente de sus fuerzas y me alegro mucho de su incorporación; pero como que Vd. no tiene ni armas ni caballo, vamos á hacer una cosa.

Usted se queda esta noche en la posada donde está parando y mañana á las siete yo lo voy á buscar; le llevaré un buen caballo y un buen rifle, y tal vez si mañana mismo tenga que mandar una comisión donde está el General Gomez y la aprovechará Vd. para incorporarse á él.

Al hacerle yo una observación sobre la tropa que había pasado aquel dia con el General español Aldecoa, que muy bien podría regresar ó contramarchar y desbaratarnos el plan de mi incorporación, me dijo:

—No, no tenga Vd. miedo, esa tropa no regresa tan pronto, vá para la Habana, y además yo le tengo puestos esploradores.

Así lo hice; me despedí de él, que se quedó creido que yo era algún gran personage y me dispuse á esperar la cita que me dió.

Aquella noche compré un hule que debía servirme para cubrir mi maletín y enseguida me recogí á mi habitación, donde me puse á escribirte á tí y á mamá, ya dando por hecha mi incorporación.

Después me acosté sin que pudiera dormir, hasta la madrugada del siguiente dia, en que me despertó un fuerte y repetido tiroteo acompañado de grande y escandaloso vocerío.

Pronto me levanté, y al asomarme al postigo que daba al fondo de la posada, de donde se divisaban varias calles, pude observar que caballerias de la Guardia Civil y Orden Público de la Habana aplanaban á los pobres pacíficos para que éstos descubrieran dónde estaban los insurrectos.

Cuando me dí cuenta de lo que ocurría, tomé las cartas que la noche anterior había escrito y las quemé, deshice el lio que formaba mi maletín, tiré el hule por la ventana que cayó sobre el techo de una casa y me volví á acostar, á esperar la calma.

Luego pensé que retenerme en el cuarto más de lo natural era llamar la atención y resolví bajar haciéndome todo el sorprendido por los sucesos de la mañana.

Al llegar á la tienda se dirije á mí un Teniente Coronel del Ejército con una pareja de Orden Público y me dice:

—¿Tiene Vd. sus documentos?

—Si, señor; se los mostré.

—Bien ¿y á dónde se dirije Vd?

—A la Habana.

—Y ¿en qué se ocupa Vd?

—Soy viajante.

—Si supiera Vd. (*aquí una lindura*) que tiene Vd. más cara de pillo que de otra cosa.

Y ¿cuándo se marcha Vd?—Tan pronto llegue de Guanajay los coches ó las guaguas.

—Vaya, pues, marche Vd. con Dios ó con el diablo.

—Muchas gracias, le contesté. Eso fué lo bastante para que yo pasara un buen susto y para que el pueblo se me aglomerara.

No tardó en llegar un coche, que tomé, en el cual ya estaba un joven que á Marianao se dirigía.

Poco después salimos de Hoyo Colorado.

Lo que allí habia ocurrido ya lo supondrás; la columna tuvo confidencias buenas y regresó cayendo de sorpresa sobre el pueblo.

Afortunadamente los pocos insurrectos que allí había pudieron escapar felizmente, sucediendo como sucedía casi siempre, que los pobres pacíficos eran los que pagaban, pues al salir yo, noté y me fijé bien, que pasaban de 150 los que en un portal tenian detenidos para juzgarlos después como mejor les pareciera.

No supe más nunca de Villanueva ni de Hoyo Colorado.

Carta número 14.

Llegué á Arroyo Arenas en unión de mi compañero de viage, joven á quien nunca había visto, pero que me agradaba; tenía un semblante simpático y tipo de estudiante.

Allí le invité á almorzar, lo que aceptó, y lo hicimos juntos.

Después seguimos nuestro viaje, durante el cual me llamó la atención un lío que el joven llevaba y que trataba de ocultar no todo lo bastante para que yo comprendiera que era una capa de agua.

Esta prenda, en un joven estudiante, en tiempo de frio, no dejó de llamar mi atención y picar mi curiosidad al extremo de echarme á reir, preguntándole:

—¿Qué guarda Vd. en ese lío?—Una capa de agua, me dijo.

—¿Piensa Vd. montar á caballo?

—No, vine hoy á Hoyo Colorado y como llovizna á menudo en estos tiempos de frio, tenía que andar por la calle y la traje porque me es más cómodo que el paraguas.

Volví á reirme y entonces, me dijo, sonriéndose también:

—¿De qué se rie Vd. y por qué le llama la atención mi capa?

—Mire, joven, Vd. es un niño, pero yo tengo en Vd. confianza por que su semblante así me la inspira.

A Vd. le ha pasado lo que á mí; yo venía á incorporarme á Hoyo Colorado y esa maldita tropa me ha desbaratado mi plan, y á Vd. le ha ocurrido igual: sea franco, seamos amigos desde este momento y naveguemos juntos en el mismo barco.

—Ya que Vd. ha sido franco conmigo, yo no puedo dejar de serlo con Vd; es verdad, yo también venía á incorporarme y mi plan como el suyo ha fracasado.

—Veamos, pues, cómo combinamos otro nosotros dos.

—¿De donde es Vd?

—Soy de la Habana.

—Entonces allí no le faltarà quien nos oriente y encamine; lleguemos á ella.

Una vez en la Habana, buscamos un hotel apropósito. Nos hospedamos en el "Aurora," donde pasamos la noche combinando planes, pues uno y otro estábamos decididos á incorporarnos á la carrera.

A la mañana siguiente nos dirijimos á Guanabacoa, donde según informes habia un reclutador.

En vano nos pasamos dos dias en dicho pueblo; no aparecia el hombre, por el hecho, según nos habian dicho, de estar ya en el campo.

Regresamos á la Habana y fuimos á ver á otro joven que debia incorporarse pronto también, porque según mi amigo estaba comprometido.

Este nos dijo que al otro dia tomáramos el tren de Batabanó, y allí nos juntaríamos para embarcarnos á la Colonia, de donde iríamos á una finca donde su hermano el Dr. Rubio iba á levantarse con una buena partida.

Nosotros, llenos de alegria aquella noche última que pensábamos pasar en la Habana, la aprovechamos bien, pues estuvimos de rumba toda ella.

Llegó la hora, tomamos el tren y en Batabanó nos unimos los tres.

Ya en el vapor "Lersundi", que hacía esta travesía, vino una órden de la Habana á su Capitán, en la que le mandaban no salir ni despachar pasage particular, pues necesitaban el Vapor para conducir tropas á Pinar del Rio.

En tal virtud el Capitán nos informó de lo que ocurría y tuvimos que abandonar el Vapor.

¡Cuán grande fué nuestra confusión entonces!

No sabíamos qué hacer.

Esperando un dia y otro pasamos cuatro en esta situación, hasta que resolvimos tomar un balandro fletado.

Al efecto vimos á un patrón que nos pidió treinta centenes; se los ofrecimos, convinimos que el viaje fuera

por la noche, y á la hora de embarcarnos se nos arrepintió, pretestando que era de mucho peligro llevar un pasaje sospechoso.

Excuso decirte que el patrón era gallego, ó *rayos*, más animal que un burro y no quisimos ni entrar en discusiones.

Ya se habian fijado mucho en nosotros las autoridades, y para desorientarlas se me ocurrió hacer lo siguiente aquella mísma noche.

Me dirijí á la Comandancia Militar y encontrándome allí al Jefe del pueblo, le dije:

—Sr.: nosotros tres somos pasageros que hace tres ó cuatro dias esperamos el "Lersundi" para llegar á Pinar del Rio donde tenemos nuestras familias.

La única via de comunicación es la del correo que trae y lleva el vaporcito oficial. ¿No podría Vd. recomendar á su Capitán nos permitiera que fuésemos en él hasta la Coloma?

—Si, señor, con mucho gusto: tiró de la gaveta de su bufete, escribió en una tarjeta y me la entregó.

Le dí las gracias en nombre de todos y nos marchamos á ver al Capitàn del vaporcito del correo, á quien encontramos en el café, y le saludamos haciéndole á la vez entrega de la tarjeta.

El referido Capitán, de la manera más grosera del mundo, rompe á nuestra vista la tarjeta y con despótico y brutal estilo nos dice:

—Este Sr. será el Comandante Militar del pueblo, pero yo soy el Comandante del barco-correo, y allí mando yo; y como yo soy el que mando, no admito á nadie y á paisanos mucho menos; así, hemos concluido.

Nosotros, figúrate; ante tanta estupidéz, casi casi lo que nos dió fué ganas de reir, por lo que también sin discutir nada, le volvimos la espalda á aquella fiera marina.

Ya no era posible continuar más allí, por lo que resolvimos regresar á la Habana y buscar nuevas oportunidades.

Así lo hicimos, llegando á ésta bastante desconcertados.

Los tres amigos éramos inseparables; por la noche necesitamos distraernos y nos fuimos al Teatro. Allí vimos uno de los hermanos de mis compañeros que nos sorprendió diciéndonos:

—¡Ya sabe el Jefe de Policía que ustedes se han incorporado á las fuerzas cubanas! Nada más les digo, para que no se dejen prender.

—Pero si nó ha sido posible. Y le contamos todo lo ocurrido.

—Entonces, nos dijo el nuevo compañero. ¿Ustedes saben por donde se pueden ir?

—¿Por donde?

—Por la guagua de San José de las Lajas, que por ahí se fueron hoy cinco.

—Pues listo, mañana á las seis la tomamos en el café Marte y Belona.—Convenido.

Nos separamos para no llamar la atención, hasta el siguiente dia á la hora de la cita.

A las cinco y media ya estabámos juntos esperando la salida de la guagua; pero en vano esperábamos.

La tarde anterior no había llegado la referida guagua, á causa de haberle quitado los caballos cerca de San José, los insurrectos.

—¡Oh fatalidad!

Yo no aguanto más ni espero más; me voy solo, caballeros, les dije.

Sálvese el que pueda y váyase cada cual por donde más le convenga ó por donde mejor encuentre.

Me despedí de ellos á quienes no he vuelto á ver más.

Enseguida consulté el reloj, ví que aun había tiempo de tomar el tren de Cienfuegos, y me decidí á hacerlo.

Llegué al café "Luz" y estando tomando, me saluda un antiguo compañero de trabajo.

—¡Hola, chico! ¡Yo te hacía en Méjico!

—Sí, acabo de llegar.

—Y ¿hácia donde te dirijes?

—Me voy á San Luis donde pienso colocarme si encuentro alguna vacante en la casa de calderas.

—A propósito, ¿deseas colocarte?

—Sí.

—Pues vé al Aguacate, que en el ingenio "Rosario" acabo yo de dejar una plaza de segundo.

—¿Y por qué saliste tú?

—Por no convenirme debido á que el ingenio está amenazado de ser quemado por los insurrectos y yo no quiero que me den machete.

—Pues yo voy hoy mismo, por lo cual nos despediremos.

—Sí, que el tren está próximo á salir.

—Buen viaje y adiós.

Una hora después estaba en el Aguacate.

Allí encontré empleados á antiguos compañeros, entre ellos al Maestro de azúcar que era muy amigo y á quien después de saludarle, le dije:

—Augusto, vengo en busca de un destino que acaba de dejar Villegas.

—Cuenta con él, si el dueño se decide á moler, que lo dudo por que está amenazado.

—Bien, de todos modos me quedo, vamos para el Ingenio.

Carta número 15.

Hermosísima finca "El Rosario" situada á dos cuadras del poblado del Aguacate.

Hacía por aquel año de diez á doce mil bocoyes.

Su batey quedaba por la noche completamente cerrado, y lo guarnecían 25 soldados, nó recuerdo de qué batallón.

Tenía de Administrador un súbdito francés que simpatizaba mucho con la revolución, así como casi todos sus empleados.

Ya podrás figurarte cuanto me alegré llegar allí donde creí que fuera segura mi incorporación, pues esperaba de un momento á otro un ataque al Ingenio, y esa era la mejor ocasión.

Pero pasaron cinco dias sin que nada ocurriera, y ya le habían preguntado al Administrador que quién era yo.

Cuando lo supe, llamé á mi amigo Augusto y le dije:

—Voy á franquearme contigo, en quien desde luego tengo confianza.

Yo no he venido aquí en busca de destino alguno, sinó por ésto; y le hice la relación de todos mis sucesos anteriores.

—Bien, ahora yo te voy á dar un consejo.

Que te vayas de aquí, porque sé que has caido en sospechas y te vigilan mucho, tanto que me temo que de un momento á otro te prendan.

Aquí está la Guardia Civil cometiendo muchos abusos y no hay que dudar esto que te acabo de decir.

Tomé su consejo, y aquel mismo dia me dirijí á Cienfuegos, nó por la Empresa de Cárdenas y Júcaro, sinó por vapor, para lo cual tuve que tomar otra vez el tren á Batabanó, en la Habana.

Al llegar á San Felipe, observé que el tren demoraba

más que lo de costumbre, y me dispuse á averiguar lo que sucedía; pronto me enteré de que en la tarde anterior había ocurrido una gran catástrofe en la vía.

El tren de carga que iba para Batabanó escoltado por tropas y voluntarios, al mando de un Comandante del Ejército español, habia sido descarrilado, asaltado, atacado y quemado por los insurrectos, y con ese motivo no podía continuar el tren en donde yo iba.

Allí permanecimos dia y medio, teniendo que dormir aquella noche sobre los bancos del ferro-carril porque en San Felipe ni hay posada ni tenia conocimiento.

Al amanecer del dia siguiente, llegaba el tren de auxilio con los heridos y los muertos, entre los cuales ví al Comandante, despedazado á machetazos.

Convoyaba los muertos y heridos un Teniente de Voluntarios llamado Monasterio, á quien horrorizaba oir hablar por las formas *feroces* en que lo hacía.

Una de sus *bellezas* era la siguiente:

Si yo fuera Martinez Campos, estaría arrancando cabezas de cubanos mientras hubiera madres que los parieran.

Aquí mismo (seguía diciendo.)

Estoy mirando caras en que reboza la satisfaccion y la alegría por este destrozo que han realizado esos bárbaros.

El andén estaba lleno de cubanos, que la curiosidad á unos y la necesidad de esperar el tren á otros, los había llevado allí á aquella hora.

Más de diez y ocho muertos y otros tantos heridos acababan de desembarcar.

Soldado ví que no tenia manos, y á otros completamente sin cabezas.

Las bajas todas fueron ocasionadas por machete: ni un solo herido venía de balas.

Mientras se llevaba á cabo el entierro y llegaba ó nó el tren que debía conducirnos á Batabanó, yo, en unión de cuatro compañeros de viaje, nos dirijimos por la linea á Batabanó, á pié.

No dejamos de tener nuestros tropiezos en el camino, y nó con insurrectos (que ojalá hubiera sido) sinó con los soldados de las guarniciones.

Al llegar al lugar del descarrilamiento, fué cuando más nos sorprendimos.

Trece carros quemados y la máquina volcada; al rededor, cadáveres de insurrectos picoteados después de muertos, y á los cuales empezaban á comer las auras.

Dos horas más tarde tomábamos el vapor en Batabanó, que al siguiente dia nos dejó en Cienfuegos.

A mi llegada á la Perla del Sur, me escondí lo bastante para que no se publicara mi regreso.

Tratè de ver á varios amigos, á quienes invitaba á marchar al campo, invitación que no me aceptó nadie.

Pronto me orienté, me dí cuenta de la situación, y un amigo, el Sr. Leonard, me facilitó un magnífico caballo, en el que debía incorporarme, favor que califiqué de valiosísimo y servicio en extremo comprometido.

Carta número 16.

La situación era tan delicada, quise antes de separado el terreno por si caía prisionero en mi poder disculpar mi aparición nuevamente en os y encontrar fácil defensa.

tal motivo, me fuí á casa de los señores García ó do y Compañía, entonces primer cacique de Cienfue- donde tenía un buen amigo, aunque muy español.

Después de saludarle voví la conversación, y hube de zar mi objeto, cual era el decirle que había venido de ico en busca de gente trabajadora, para establecer en rias fincas colonias de caña, y que con tal motivo me di- ia á Manicaragua donde esperaba conquistar á muchos abajadores ya conocidos.

Ya esto me servía de defensa y recomendación si algo me sucedía, pues en la casa dicha era lo bastante conocido para que respondieran por mí.

Se necesitaba por entonces sacar pases extendidos por los Comandantes Militares, y á eso me dispuse.

Llegué á la Comandancia, pedí un pase para Manicaragua, me pidió un sargento mis documentos, le mostré mi reciente pasaporte de Méjico, me dijo que eso no servía y que á mi no me daba pase.

Entonces entraba el Comandante Militar, al que pedí permiso para hablarle.

—*Qué se le ofrece á Vd.* (me contestó con tono grosero.)

—Que el sargento dice que este documento no sirve, y que no me dá el pase que yo necesito para ir hoy á Manicaragua.

—¡A Manicaragua!

—Si, señor, á Manicaragua.

—Y ¿usted sabe dónde queda Manicaragua y cómo está Manicaragua?

—Si, señor; pero tengo necesidad de llegar á ese lugar y por mucho que sea el peligro que corra con los insurrectos, no desistiré del viaje, á ménos que las autoridades indebidamente me lo prohiban.

—*Despáchele Vd. el pase: á mí qué me importa que le ahorquen á Vd.*

Todo esto con estilo el más despótico.

Al fin tomé mi pase, y á terminar los preparativos de mi viaje me dispuse.

Dos cosas ya te he dicho que eran mi temor mayor.

Uno, ser prisionero; otro, marcharme al campo sin fuerzas y sin armas; de ahí todas mis precauciones y todos mis planes.

Pero la fatalidad me perseguía, y aún cuando las contrariedades con que siempre tropezaba eran muchas, no desistía de mis propósitos.

Llevar gente no era posible, lo que quería decir que tenía que empezar la campaña de soldado de fila en la primera fuerza que encontrara.

A un amigo á quien habia dado la comisión de comprarme un rifle, un revólver, un machete, una capa, una hamaca y una frazada, debo ese gran favor.

Este mismo amigo (que después se incorporó y en el primer fuego que tuvo murió de un balazo) se encargó no sólo de hacerme esta compra que me importó setentiún pesos, oro, con 200 cápsulas, sinó que combinó con un carbonero la manera de sacarlo todo y depositarlo en un sitio de Caunao, donde con un papel mio, ó á mí, se me entregaría.

Carta número 17.

A las seis de una mañana hermosa y tranquila, montado en el caballo que mi amigo me regaló, salía sólo, por toda la calzada de Dolores.

Crucé frente al fuerte donde pedían los pases y nadie me detuvo.

Continué mi marcha sin novedad hasta Caunao.

Allí me demoró un Capitán de la Guardia Civil, que me hizo las siguientes preguntas.

—¿Dónde vá Vd?

—A Manicaragua.

—¿Trae Vd. pase?

—Si, señor, le dije mostrándoselo.

—Le van á quitar á Vd. hasta los zapatos.

—¡Cómo! ¿Tan mala cree Vd. que está la cosa?

—Ya lo creo, no ha de caminar Vd. média legua sin que se encuentre con esos bandidos.

—¿Y no podría Vd. hacerme el favor de facilitarme una ó dos parejas de sus guardias para que me acompañen?

—¡Hombre! ¿Usted está en su juicio?

—Pero, señor, si yo no conozco esta situación, si vengo de Méjico, no sé bien lo que sucede todavía.

—Lo mejor que Vd. hace es esperar que salga una columna y con ella marchar.

—¿Y cuándo saldrá esa columna?

—Quizá dentro de cuatro ó cinco dias.

—No me es posible esperar tanto; dentro de ese plazo tengo yo que estar en la Habana.

—Pues nada, por mí marche Vd.; yo no le detengo, solo sentiría que le pasara algo y por eso se lo prevengo.

—Nada, pues, confiando en mi suerte sigo mi marcha y veremos si á la vuelta tengo algo que contarle.

Me despedí de aquel bonachón Capitán y *me hice á la vela.*

No hacía un cuarto de hora que habia abandonado á

Caunao, cuando veo de pronto que me salen cuatro hombres rewolver en mano.

—¡Alto ahí, pacífico!

Detuve mi caballo y mientras el uno me arrebató el sombrero, los otros me pedian el saco, el caballo y la montura.

Ya habrás conocido á mis asaltantes; esos cuatro hombres eran insurrectos.

Con mucha calma les dije: "bien, no se apuren ustedes, hablemos primero, yo quiero que ustedes me conozcan, sepan quien soy yo y á lo que vengo, para que después vean si me pueden despojar de todo."

—¿Y Vd. quién es y dónde va? me dice uno medio gago.

Les dí mi nombre que confundieron con *Sanguily*, y les dije que necesitaba ver enseguida al Jefe más próximo.

Esto fué lo bastante para que me llevaran en palmas donde el entonces Coronel Alfredo Rego, no sin antes pasar un buen susto con el enemigo.

Eramos cinco y solo tres llevaban rewólver calibre 38.

Al cruzar entre Cumanayagua y el ingenio Cantabria, nos alcanzó una caballería enemiga que nos cargó por espacio de una hora, pues en vista de la poca resistencia que podíamos hacer, hicieron verdaderos esfuerzos por capturarnos.

Cuando ya vieron que sus caballos eran impotentes para seguir á los nuestros, que más que caballos parecian galgos, empezaron á disparar sus armas, sin que nada les diera resultado.

Después de una muy ruda carrera, llegamos á una loma con los caballos cansados, pero afortunadamente ya no nos seguía el enemigo.

Así fué mi primer encuentro.

Ya repuestos nuestros caballos, continuamos la marcha acampándonos por la noche en un bohío de guano próximo á una casa también de guano, pero donde habitaba una familia.

Los campesinos todos se volvian locos por atenderme, pues parece que mi traje nuevo de casimir, mis espe-

juelos y buen sombrero, les indicaba que era algún alto personaje, por lo que no se cansaban de tener cumplidos conmigo.

A aquella hora, en esa casa mataron un lechón, que después con algunas viandas nos comimos.

Esa fué la primer comida que hice en el monte.

Llegó la hora de dormir, y no lo quise hacer allí sinó en el bohío, donde una yagua fué mi primera cama.

Recuerdo que lo hice perfectamente; la carrera del dia, el susto que pasé y el cambio repentino de vida, me produjeron el suficiente cansancio para rendirme.

A la mañana siguiente, después de haber sido obsequiado por los campesinos aquellos con el clásico café, emprendimos la marcha rumbo á Manzanillo, lugar donde tenia el Coronel Alfredo Rego su Cuartel general.

Mi caballo, con la carrera del dia anterior habia perdido sus bríos, y más nunca volvió á recuperarlos y poco después murió.

Cansados de subir y bajar infinidad de lomas y de cruzar veredas y callejones, de romper maniguas y zarzales, llegamos al Manzanillo.

Serían las tres de la tarde. El campamento estaba rodeado de lomas en una hermosa planície, en cuyo centro habia una casa de guano en la que también habitaba una familia.

Al acercarnos á una entrada, nos dan el ¡alto, quien vá! al que como es natural había que contestar enseguida con la voz de "¡Cuba!"

—¿Qué fuerza?

—Rego.

—Avance uno para ser reconocido.

Se adelantó uno de mis acompañantes hasta la guardia.

Después nos mandaron continuar y penetramos en el Campamento.

Una vez allí, se nos demoró lo necesario para pasar aviso al *Jefe de dia*, á fin de que éste viniera á reconocerme y á disponer mi llegada hasta el Cuartel general.

Poco después llegó un Teniente con el que crucé varias palabras, después de las cuales me ordenó le siguiera.

Durante la marcha por el Campamento, pude observar el orden que reinaba en todo, y lo que más me llamó la atención fué el respeto que había á los Jefes de las fuerzas.

Llegamos al fin al Cuartel, en el que sobresalía una hermosísima bandera cubana, que me llenó de alegría y despertó más mi entusiasmo.

Allí, en aquel pedazo de terreno llano, en medio de tantas lomas, en aquel rincón escondido del mundo abundaban corpulentos árboles frutales, á cuyas sombras se mecían infinidad de hamacas de soldados que descansaban.

Allí, sobre bien acondicionadas tierras se veían extensos boniatales y grandes tablas de maíz, yuca y otras viandas; había vacas, puercos, gallinas ect.

Tan pronto nos divisaron de cerca, salió á recibirnos el Oficial de servicio, joven atento y fino, perteneciente á la Sociedad cienfueguera. Una vez que nos saludamos, me llevó á la presencia del Coronel Alfredo Rego, que entonces guardaba cama de resultas de una herida de bala que días antes había recibido en el fuego del Hanabanilla, dos dias después de haber puesto en libertad á 16 prisioneros españoles, que él en persona se encargó de devolver al Jefe español de Cumanayagua.

Al entrar en la habitación, vi la figura de un hombre que á juzgar por su rostro demacrado y pálido sufria mucho; ese era el Coronel Rego.

—Saluda con respeto y admiración al Jefe y al amigo Rego, su antiguo compañero de conspiración.

—Yo también le recibo á Vd. cariñosamente y en prueba de ello venga un abrazo.

Nos estrechamos un momento y después comenzó nuestra larga conversación, que yo no puedo describirte por lo extensa que fué, y porque ya supondrás poco más ó menos las preguntas que de parte á parte nos hicimos.

Lamento, me decía Rego, entre otras cosas, que Vd.

no haya venido cuatro meses antes; con seguridad hoy sería Vd. Coronel, digo, si no lo hubieran matado.

Entonces le conté mis contínuos fracasos, que desde luego le convencieron de que no fué hija de mi apatía la demora involuntaria de mi incorporación.

Le repito que siento su demora, por que Vd. tiene condiciones para Jefe, y ha llegado á la hora en que no es fácil conceder grados de repente y sin realizar hechos de armas, por cuanto ya tenemos una organización bastante regular que lo prohibe.

Sin embargo, trabaje Vd., haga Vd. méritos y posible es que yo haga mucho en su obsequio.

Por lo pronto aclimátese Vd. unos dias á mi lado, descanse de sus fatigas de ayer y ya nos pondremos de acuerdo para ver donde lo destino.

Le indiqué donde tenia mis habilitaciones de campaña, y dispuso Rego que una pareja fuera en su busca, y miéntras, me ofreció su propia hamaca, armas etc.

Ya puedes figurarte cuánto estrañaba yo aquella vida de cuartel en el monte.

Te confieso que me causaron tristeza las primeras 24 horas que allí permanecí.

Al siguiente dia, en que regresó la pareja que había ido en busca de mis equipos, me trae la fatal noticia de que éstos habian caido en poder del enemigo, y el carbonero que se encargó de sacarlos del pueblo, habia sido sorprendido con dichas prendas y por lo tanto puesto á la disposición del Comandante Militar de Cienfuegos.

Ya no tuve esperanza de habilitarme sabe Dios hasta cuando.

—Dos dias después me llama Rego y me dice:

—En vista de que yo estoy con permiso para curarme, y por cuya razón no tengo mando de fuerzas por ahora, le aconsejo acepte la plaza de Sub-Delegado de Hacienda de Cienfuegos, que es un destino aunque civil, de categoría de Capitán.

Si Vd. me permite, Coronel, que le sea franco, he de de-

cirle que acepto mejor un puesto de soldado, que ningún otro civil de mayor categoría.

No sé si será que soy *quinto*, pero en verdad me parece que los hombres que están en mis condiciones, sirven mejor para manejar el machete y la tercerola, que el dinero de la Hacienda de la Revolución.

Como no acepté, me prometió complacerme y me incorporó á su escolta de soldado, aunque me guardaba las consideraciones de Ayudante, por lo que le hacía alguno que otro trabajo de oficina.

Pasaron varios dias y al amanecer de uno muy lluvioso sentimos descargas de fusilería á gran distancia.

Pronto se mandaron exploradores, que regresaron más tarde anunciándonos, en unión del Prefecto, la proximidad del enemigo.

Nos pusimos en movimiento y se tomaron precauciones; pero todo sin resultado, por que el enemigo continuó su marcha hácia Cumanayagua.

El Prefecto, que lo era un anciano bastante fuerte, al verme, preguntó cómo me llamaba y me reconoció; era un antiguo amigo que me estimaba mucho, y á quien yo había tratado bastante antes de la guerra, en su ingenio, pues era hacendado.

Ya sabrás cual era la misión de éste; lo que significaba la plaza de Prefecto.

Eran una especie de Alcaldes ó Jueces de un partido ó territorio, que á la vez servían en las fuerzas á sus órdenes de exploradores á las fuerzas en operaciones.

Ellos se ocupaban de conseguir ganado, de cuidar depósitos de caballos inútiles para reponerlos, de facilitar prácticos, de proveer hospitales, de componer equipos, de mandar á fabricar sudaderos, en fin, de un sin número de obligaciones, para auxiliar siempre á las fuerzas militares en operaciones, y á las comisiones de tránsito.

Estos hombres, que muchas veces prestaban tantos y tan buenos servicios á la Revolución, y que corrian tantoó más riesgo que los que operaban, eran en la mayoría

mal vistos y censurados por lo que con frecuencia se les calificaba de *majás*.

Esta palabra *majá*, es entre nosotros tan chocante como repulsiva; se le aplicaba á los insurrectos que temían á las balas y que no les gustaba andar con la fuerza que operaba, sinó de sitio en sitio, comiendo, enamorando ó durmiendo.

Bien: en la fecha de que te hablo, yo ni conocía la misión del Prefecto, ni lo que significaba la palabra *majá*, que después se generalizó tanto.

Mi amigo el Prefecto me rogó tanto que fuera su Secretario, que llegó hasta á influir con Rego para que me lo ordenara.

Rego, que veía con pena que yo desempeñara un puesto de soldado en que tenía que atender á mí y á mi caballo, juzgándome un hombre en extremo delicado, sentía verme bañar mi bestia, cortarle forraje, buscar la comida, cocinarla, ect.; por todo lo cual pensando que escaparía más cómodo con el Prefecto, me dijo un día.

—Prepárese para que vaya con el Prefecto y le sirva de Secretario por convenir así á la Revolución, una vez que usted es un hombre de pluma. Allí estará usted bien; él tiene familia y piensa traerla al monte, y usted no tendrá que pasar muchos trabajos.

—Coronel, como quiera que yo me he puesto á sus órdenes, obedezco lo que se me manda aun cuando no sea de mi gusto.

Y accediendo á sus instrucciones, marché aquel mismo dia con el Prefecto.

Carta número 18.

Yo no podía ser exigente y sí demostrar á Rego mi gratitud por sus consideraciones.

Emprendimos la marcha que rendimos á la una de aquella noche, bastante oscura.

La Prefectura estaba situada en el centro de un espeso monte y en la parte más elevada de una loma.

Allí sí que en verdad no era fácil nos sorprendiera el enemigo, no era muy fácil tampoco poder soportar la vida.

Tan pendiente era el lugar donde estábamos situados que para caminar teníamos que irnos apoyando de los árboles pequeños y de los ramajes.

Allí todavía no había casa, ni familia, ni nada, más que leña y jutias.

La soledad era completa; así que caía la tarde se me aglomeraban todos los recuerdos del pasado y caía en una constante preocupación que me abatía.

Mis compañeros lo eran los empleados de la Prefectura; un joven expedicionario muy cobarde y un pardo que era el que salía á cojer las jutías y traer alguna que otra vianda, que comíamos con miel de abejas, que era lo que más abundaba.

Creo que pasaron de seis los dias que allí permanecí arreglándole los libros al Prefecto; fué allí donde he pasado la primer hambre de mi vida, y donde primeramente sentí la nostalgia del monte.

En esos dias hubo una especie de temporal, y recuerdo perfectamente que cuando comenzó á llover serían las tres de la tarde, hora en que recogí una hamaca que ya había conseguido y la cubrí con naranjas.

Con el agua, ni se podía salir en busca de nada por que era muy fuerte, ni se pudo hacer candela, de manera

que no quedó más remedio que esperar; pero la cosa iba larga y no solamente no había donde guarecerse de la lluvia, sinó que el frio empezaba á hacerse sentir.

El Prefecto estaba fuera y yo con aquellos dos compañeros apenas hablaba.

Tal era el estado de apocamiento en que se encontraba uno de ellos, que lo sorprendí en el momento en que se disponía á quitarse la vida, colgándose de un árbol.

Al preguntarle por qué tomaba esa determinación, me dijo que porque estaba muy aburrido de la vida del monte, y que no podía ya con la tristeza que se había apoderado de su alma.

No sea usted tonto, tenga usted fé y paciencia, que esto no ha de durar toda la vida.

Al fin, le dí un poco de ánimo y por aquella vez lo salvé de la muerte.

Empezaba á oscurecer y la tormenta amenazaba ser cada vez más fuerte; pronto el viento y la oscuridad nos envolvió.

En tanto, yo no acertaba cómo iba á dormir. Me resignaba á no comer hasta que no escampara, pero á lo que no me encontraba dispuesto era á no dormir y más una noche como aquella.

Allí no había ni yaguas, ni guano, ni yo tenía capa ni nada con que cubrir mi hamaca.

Pude resistir de pié, hecho una estátua y muerto de frío á consecuencia del agua y del viento, hasta las doce de la noche próximamente, hora en que estaba rendido y convencido ya de que no escamparía y que de todos modos estábamos mojados la hamaca y yo con toda mi ropa, me dispuse á tenderla y sobre ella por lo menos sentarme, resuelto á soportar todo lo que la naturaleza quisiera enviarme.

Así lo hice y á tientas busqué dos palos que la claridad de los relámpagos me permitieron ver, y amarré mi hamaca.

Tal era mi hastío y mi cansancio, que á pesar de lo

molesto que ya podrás imaginar estaría, á cada momento me quedaba embelesado.

Al amanecer del siguiente, observé que la tempestad tenía más bien trazas de continuar que de abonanzar; sin embargo, esperé hasta las doce y al ver que de nuevo tomaba impulsos, invité á mis dos compañeros y nos marchamos al sitio más próximo, donde, con seguridad, comeríamos y dormiríamos, aunque con algún peligro.

Así lo hicimos, no sin antes caernos más de veinte veces cuesta abajo.

Al fin tomamos nuestros caballos, que ensillamos con las monturas empapadas, y todos hechos unas sopas, hambriemtos y muertos de frío, nos dirijimos al primer sitio.

Llegamos con la buena suerte de que había que comer, y lo que es más, mucha voluntad para servirnos.

Mi desayuno fué una jícara de harina de maíz con leche, mientras preparaban boniatos y carne de puerco que en abundancia habia.

La familia que habitaba la casa, la componía una vieja, dos muchachas, el padre y tres hijos.

Pronto nos brindaron ropas, que aceptamos mientras se secaba al fuego la nuestra.

Casi una semana duró el temporal, que allí pasamos hasta que el tiempo levantó, y sin que nos molestara el enemigo.

Después de demostrar á aquella familia nuestra gratitud, nos despedimos y volvimos á la Prefectura.

Allí me encontré á D. Juan, el Prefecto, al que dije que no continuaba desempeñando el destino de Secretario, y con tal motivo escribí al Coronel Rego la siguiente carta:

"Mi respetable Coronel:

Creo que los hombres como yo, jóvenes y fuertes, no son los llamados á desempeñar estos destinos. Entiendo que sirvo para algo más útil y que estos puestos deben reservarse á los inválidos en campaña. Así, si usted no lo toma á insubordinación, sírvase complacerme remitién-

dome la autorización para ingresar en las fuerzas militares.

P. y L. ect.

Esperé tres dias, y como no recibiera contestación alguna, resolví marcharme en busca de una fuerza, para lo cual hablé en esta forma al Prefecto amigo:

—D. Juan, yo no puedo seguir aquí, porque creo que no no debo continuar de Secretario de una Prefectura; yo no sabía lo que ésto significaba porque entendía que nosotros también andábamos junto con la fuerza que operaba y que pelearíamos como ellos; pero al ver que no es así y que esta es una vida de *majá*, estoy decidido á marcharme hoy mismo: así le suplico me dé Vd. un práctico que me lleve en busca de la fuerza que esté más próxima.

El pobre viejo, comprendiendo la falta que le hacía mi compañía, trató de atraerma de nuevo, pero una vez convencido de que no era posible conquistarme, me ofreció él en persona acompañarme hasta el encuentro de una fuerza.

Aquel día abandonè la Prefectura en la creencia de que no volvería más á ella.

Carta número 19.

Emprendimos nuestra marcha rumbo á Santa Clara, y á poco que salimos nos encontramos con los exploradores del segundo contingente que marchaba hácia Occidente á las órdenes de los Generales Angel Guerra y Quintín Banderas, y ya informados de que las fuerzas estaban acampadas en la *Loma del Ternero*, allá nos dirijimos.

Unos cuatro mil hombres componían el contingente, de las armas de caballería é infantería; allí conocí á los Jefes Guerra y Banderas, á los Coroneles Cayito Alvarez y á los Nuñez (Antonio y Vicente) además un sin número de Oficiales, todos para mí desconocidos.

Fuí presentado al General Guerra en particular, que me recibió atentamente, diciéndome que se alegraba de mi compañía por que necesitaba de mis servicios.

Llegó la hora de almorzar y me invitó; aquel dia no comimos porque el almuerzo fué como á las cuatro de la tarde, en abundancia.

Serían las nueve cuando el toque de silencio dado por su corneta de órdenes, nos indicaba que había que callarse y recojerse.

Durante el dia, yo me pasé horas enteras contemplanda á aquellos que á pié y descalzos, venían desde Oriente, y que con tanto entusiasmo se dirijían á Occidente.

Antes del toque de silencio, era un verdadero hormiguero de hombres lo que parecía el Campamento; los unos en busca de carne, los otros, de leña etc.

Las reses por aquella época abundaban, así que no se pasaba hambre.

Al siguiente dia, muy temprano, el toque de diana se encargó de despertarnos y poco después regresaban los exploradores, trayéndonos la noticia de la proximidad del enemigo.

Los Generales Guerra y Banderas tomaron sus pre-

cauciones, quedando el primero al frente del Campamento, mientras el General Banderas tomaba la brillante posición que brindan las lomas conocidas por el *Ternero*, con su veterana infantería oriental.

Los Coroneles Cayito Alvarez, y Nuñez, al frente de sus Regimientos de Caballería, salieron á alcanzar las tropas enemigas, con el fin de atraerlas hácia las lomas y batirlas después en combinación con nuestra infantería.

Poco después, un nutrido fuego de ambas partes resonaba en el espacio, funcionando con bastante rapidez la artillería española, cuyos proyectiles dirigía en dirección á las posiciones que ocupaba el General Banderas con sus infantes.

De aquel, que fué mi bautizo de guerra, por ser el primer fuego formal en que me encontraba, solo puedo decirte que quedé admirado de la serenidad y valentía de nuestros soldados, de la disciplina y organización de aquel montón de hombres en los momentos del combate, y de la disposición de nuestros Jefes en momentos que yo juzgaba muy difíciles.

Durante el fuego, permanecí al lado del General Guerra que apenas si se movía, aún cuando no dejaba de dar órdenes.

Más de cuatro horas duró el combate, que terminó á causa de haberse retirado el enemigo hácia el mismo lugar de donde saliera; San Juan de las Yeras.

Las fuerzas todas volvieron á ocupar sus Campamentos, y procedióse á la cura de nuestros heridos y al enterramiento de nuestros muertos.

Durante la noche quedaron convenientemente curados y colocados en sus camillas. (Estas las formaban sus hamacas amarradas á gruesos palos de 5 varas de largo.)

Yo no me cansaba de oir los comentarios del fuego, hechos al gusto de cada cual, y solo te diré que ni me impresioné, ni sentí miedo, por lo que desde aquel dia me creí más propio para desempeñar empleos militares que destinos civiles, como lo había pensado.

A la mañana del siguiente dia, después de la clásica

diana que tanto me alegraba oir, nos indica el corneta la órden de formación para emprender marcha.

Como la fuerza era muy grande, la confusión reinaba; había mucha impedimenta y aún no estaban listas las camillas que teníamos que llevar á lugar seguro.

La impedimenta la componían más de seiscientos hombres, y por ésta, sinó lo sabes, se entiende los desarmados, las acémilas, y los caballos que se llevan para repuesto; por lo regular de algún Jefe.

No habíamos acabado de formar ordenadamente la columna, cuando nos anuncian de nuevo los exploradores que el enemigo avanzaba hácia nosotros.

Entonces fué cuando entró el verdadero movimiento.

El General Guerra, machete en mano, comenzó á organizar á planazos aquellos grupos de hombres que iban y venían.

Como en estos casos lo que más importa poner en salvamento son los heridos, ahí verías cómo el General en cinco minutos consiguió ordenar la marcha de las camillas, con su escolta y cargadores.

Todo se hacía á la vez, el General Banderas ordenó la marcha, los Coroneles Cayito Alvarez y Nuñez salieron como el dia antes á batir al enemigo, y las camillas rumbo opuesto se dirijían hácia el primer hospital.

Yo estuve fatal también, por que siendo mis deseos acompañar al General Guerra con quien había simpatizado mucho, y marchar á Pinar del Rio en el segundo contingente, tuve que contramarchar por haberlo dispuesto así el mismo General, en el momento de la salida, en que la confusión reinaba.

El, siempre incómodo y acalorado, tal vez por la gran responsabilidad que tenía de llevar á Occidente aquel refuerzo, parece que no encontrando por el momento uno para hacerle cargo de los heridos, se le ocurrió sin más explicaciones decirme, tal vez porque me creyó médico, ó que por mis espejuelos supuso que fuera propio para el caso:

—"*Usted, Licenciado, me responde de esos heridos*;

vaya con ellos y cuando estén buenos, incorpórese al Teniente Coronel Dominguez y váyanme á buscar á Pinar del Rio."

Yo, casi quinto todavía, figúrate, nada repliqué, sinó que por el contrario, aún disgustado, marché al lado de las camillas que ya andaban en marcha.

¿Cuál sería mi misión, me pregunté muchas veces yo mismo?

¿Qué haría con los heridos y dónde los llevaría?

¿Cómo curaría á aquel Teniente Coronel Dominguez, tan mal herido, y á quien tanto me había recomendado el General, por ser la confianza del General Banderas?

Adelanté el paso de mi caballo para ver con el práctico las instrucciones que tenía, y ¡cuál fué mi alegría cuando ví que éste lo era el Prefecto D. Juan, mi viejo amigo!

Ya había salvado la situación, pues él me esplicaría lo que tenía que hacer.

—D. Juan—le dije—el General Guerra me dijo al salir que me encargaba de los heridos y me hacía responsable de ellos, sin pensar el General que ni yo soy médico, ni tengo práctica en estas cosas.

Así, hágame Vd. el favor de explicarme qué hago.

—Mira, no te apures, yo soy el práctico y pienso llevarlos á la Prefectura, donde con yaguas y guano haré un hospitalito para meter á estos pobres (eran quince.) Allí yo buscaré pacíficos que me traigan leche y comida para ellos; creo que podré conseguír medicinas, y con ellos viene también un muchacho que me dejó el General Quintín, que entiende mucho de medicina, pues es practicante.

Esta escolta que traemos con su Jefe el Capitán Joaquín, regresa tan pronto me deje en lugar seguro, y ya verás como antes de un mes tenemos curados á estos infelices, y entonces con el Teniente Coronel Dominguez, que es un buen hombre, te vas para Pinar del Rio.

Con no pocas dificultades tropezamos, pero al fin llegamos al lugar antes dicho.

Aquella noche llovió y como aún no estaba hecha la casita, excuso decirte que los heridos todos se empaparon.

Dos dias más tarde habían muerto seis, entre ellos el pobre y valiente Teniente Coronel Dominguez, quien en su agonía me llamaba y me decía: "*Médico, por su madre, cúreme, no me deje morir, mire que yo puedo ser muy útil á la Patria.*"

Yo, por no desconsolarlo, le decía que no temiera, que yo le curaba, ocultándole que no era tal médico, para que, aunque muriera, pues no estaba en mis manos el salvarlo, á lo menos que lo hiciera con esperanzas.

Su muerte fué desesperada, en medio de gritos y de lágrimas; su herida era terrible.

Cuando lo hirieron, yo ví al General Banderas que lo lloró, cual si se le hubiera muerto un hijo.

El mismo dia que lo enterré me marché de aquel lugar que tan triste me era.

Me puse de acuerdo con D. Juan; él se encargó de atender á los demás heridos, cuyo fin desconocí después, y yo con un práctico emprendí marcha por el rastro del contingente para alcanzar al General Guerra y sus fuerzas.

Carta número 20.

Llevábamos unas ocho horas de camino, cuando de pronto nos encontramos con las fuerzas del Coronel Cayito Alvarez, que retrocedía hácia la Brigada de Cienfuegos, y por sus soldados pude enterarme de lo que había ocurrido tres dias después de nuestra separación.

No llegó por fin á batirse la tropa el dia en que nos separamos, pues parece que al darse cuenta de que iban de marcha, trataron de atajarlos por otro lugar y así resultó.

Al llegar el contingente al punto conocido por *Olallita*, se encontró con tropas enemigas que le atacaron en combinación, y el desguaso fué considerable de parte á parte.

Hubo sus perturbaciones, sus disgustos, y de ahí que el Coronel Cayito contramarchara con gran número de soldados, sin que por eso dejaran de avanzar los Generales Guerra y Banderas.

Al encontrarse en la Provincia de la Habana el contingente con el General Máximo Gomez, tuvieron un gran encuentro con fuerzas enemigas de la Habana, y de cuyo fuego solo puedo decirte que en él murió de un balazo el bizarro General Angel Guerra.

Yo me incorporé á Cayito en vista del descalabro sufrido en las fuerzas, y por seguir los consejos de éste, que me decía no era posible seguir un rastro tan comprometido, contramarchè.

Al pasar por la Brigada de Villa Clara, me encontré allí á un antiguo amigo, soldado también, y entre varias cosas, después de saludarnos, me dijo: ¿sabes quien está con el Jefe de esta Brigada?

—¿Quién? le pregunté.

—Nuestro amigo Daniel Gispert.

—Hombre, me alegro de la noticia, y en este momento pido permiso para ir á verlo.

Como me fué concedido, salí con un práctico y me dirijí hácia el Cuartel General de la Brigada.

Este estaba situado en las lomas del Cordovanal y el Jefe interino de las mismas lo era el Coronel José B. Alemán, pues el efectivo estaba con el General Gomez; era el Brigadier Juan B. Zayas.

Cerca de tres dias tardamos para llegar, durante los cuales acampábamos en los sitios donde la comida y las atenciones no faltaban todavía.

Una mañana, poco antes de almorzar, penetramos en el Campamento de Alemán.

El Jefe de su escolta, entonces Teniente Guerén, se encargó de presentarme ante el amigo y paisano Daniel, á quien sorprendí con mi presencia.

Daniel me recibió muy cariñosamente, y me presentó al Coronel Alemán, á quien yo conocía de vista en Santa Clara, y de quien fuí objeto también de toda clase de consideraciones.

Después que almorzamos juntos, comenzó nuestra íntima conversación, y de ahí que conociera primero cómo fué su incorporación, y después cómo la suerte le ayudó tanto, pues ya era Coronel, y desempeñaba el puesto de Jefe de Sanidad de la Brigada.

Así que se recibió de Médico, allá por el mes de Junio ó Julio del 95, se incorporó á la Revolución, por San Gil, ingresando en la fuerza que salió mandando Rafael Casallas, también amigo mio que tuvo la desgracia de morir en su primer encuentro, ó sea dos dias después de haberse levantado en Camajuaní, con más de 300 hombres, en el fuego de San José (ingenio) en los momentos en que se dirijía á tomar el pueblo de Placetas.

En aquella época en que salió al campo Daniel, casi no había médicos y de ahí que le tocara el segundo puesto en el escalafón de las Villas.

Por eso tuvo fácil ascenso, y pronto llegó á Coronel de Sanidad.

Aquel jovencito, raquítico y tímido que nosotros conocíamos, estaba convertido en un hombre fuerte, sério,

de gran carácter, virtuoso y generoso como siempre fué; pronto se conquistó un puesto, prestigio y nombre, pues era bien querido de todos y había demostrado ser muy patriota.

Con respecto á sus condiciones militares, como á su valor, nada puedo decirte porque poco tiempo estuvimos juntos; pero supongo que era de los valientes, por dignidad y vergüenza.

En una de nuestras conversaciones me dijo:

He tratado de investigar qué concepto le has merecido al Coronel Alemán, y me lleno de satisfacción al poderte manifestar que le has caido bien: así, te aconsejo resuelvas quedarte á sus órdenes, que tengo la seguridad que tus méritos y tu carácter, contribuirán á que á su lado progreses para bien tuyo y de la Patria, que necesita hombres de tus condiciones.

Ten paciencia y espera que llegue la ocasión de que puedas demostrar tus aptitudes, y miéntras, confórmate con servir en su escolta, que es la única fuerza que manda en estos momentos debido á que el resto de la Brigada está para Occidente, y á que en estos momentos desempeña una comisión importante del Gobierno.

Así lo hice y quedé á las órdenes del Coronel Alemán.

Poco tiempo permanecí á sus órdenes, durante el cual desempeñé varias comisiones que me confió, y de cuyo servicio debió quedar conforme ó satisfecho, á juzgar por el grado de Alferez que más tarde me confirió.

Un dia tuvimos noticias del regreso del General Gomez á las Villas, y con tal motivo nos dispusimos á recibirle en su marcha, pudiendo darle alcance en Manajanabo, donde lo encontramos acampado con unos mil hombres que regresaban de la Invasión.

Aquel dia conocí á nuestro viejo General en Jefe Máximo Gomez, que me sorprendió al contemplar una naturaleza tan fuerte en un hombre tan anciano.

Venía herido ligeramente en un pié, y tenía siempre muy mal humor.

Su carácter era en extremo ágrio, por lo que todos le temíamos y le respetábamos extraordinariamente.

Yo me había hecho la idea antes de incorporarme de que tendría el valor suficiente para abrazar al General Gomez el dia que con él me encontrara, para demostrarle mi cariño, admiración y respeto; pero te juro que cuando por primera vez le ví y sus ojos de chispas se encontraron con los mios, me sentí como magnetizado sin que ni siquiera pudiera moverme.

Comprendí el efecto que me había hecho y no me atreví á nada que no fuera á contemplarlo desde un lugar donde no me viera.

Con este motivo, pude oir las palabras textuales que por aquellos momentos dirijía al Coronel Alemán.

"*Ya tienen los cubanos su bandera bien puesta en el Cabo de San Antonio, gracias á Maceo y á ese muchacho Zayas que es otro héroe, que tanto me han ayudado.*

Si los cubanos se la dejan quitar de allí, tendré que volver á decir lo que dije una vez en la guerra pasada, que no eran dignos de tener patria."

Aquella misma noche dispuso el General que fuerzas en combinación, al mando de Leoncio Vidal, Esquerrá y otros, atacaran á la Ciudad de Santa Clara y la tomaran.

Como al Coronel Alemán no le tocó ir por tener que tratar de varios asuntos con el General Gomez, no fué tampoco su escolta, y de consiguiente no pude tomar parte en la acción.

Pasó aquella noche y después supimos la entrada en la Ciudad de las fuerzas cubanas, sin que afortunadamente fuera satisfactoria del todo, por cuanto se perdieron varios nombres, entre los cuales estaba el intrépido y arrojado Leoncio Vidal que ya era Coronel, y que murió en el mismo Parque Central atravesado de bala.

Se saquearon y se quemaron algunas casas, y no dejó de tener para la Revolución gran importancia dicha operación.

Reunidas las fuerzas nuevamente, trató y hasta lo llegó á decir el General, que él en persona iba á entrar de

nuevo para reducir á cenizas á la antiguaCiudad, cosa que no efectuó después, teniendo en cuenta que gran parte de sus soldados tenían allí sus familiares, pues he de decirte sin pasión, que de Villa Clara, hasta las mujeres se han distinguido por su indiscutible patriotismo.

Durante la guerra, apenas si allí quedó jóven, y si alguno no salió prestaba importantísimos servicios, salvo raras excepciones.

Bien: el General tuvo confidencias de que el enemigo en gran número se preparaba á atacarle en combinación, y dispuso la marcha hácia Sancti Spíritus, donde había pensado situar su Cuartel, como centro de las Villas más aparente para dirijir la fuerte campaña que pensaba emprender en ellas, á fin de distraer fuerzas enemigas de Occidente, donde tenían bien apurados á los invasores.

Desde entonces empezó la verdadera guerra en las Villas, porque tras él echaron infinidad de columnas.

Antes de continuar el General su marcha, había nombrado Jefe de la Brigada de Cienfuegos al Coronel Alemín, á quien recomendó mucho la pronta organización de la misma.

Con tal motivo empezó Alemán á organizar Regimientos, á uno de los cuales me destinó.

Durante mi permanencia al lado del Coronel, pude adquirir algunos conocimientos, tanto militares como de cierta práctica que se necesita para la vida de la guera de revolución, como para el trato con nuestra clase de soldados.

Nunca á su lado tuve ningún fuego de consideración, por cuanto que con su pequeña escolta no podía resistir grandes combates.

De alguno podría hacerte sin embargo la relación, así como de ciertos episodios sublimes de nuestra vida de guerra.

Mas como la memoria no me acompaña, y perdí aquellos preciosos datos que conservaba en mi diario de operaciones, confórmate con que te vaya narrando á grandes rasgos mi vida en campaña.

Carta número 21.

Con el General habían regresado varias fuerzas, cuyos Jefes fueron también destinados en la nueva organización.

Al Regimiento *Villa Clara* fué al que me destinaron con el grado de Teniente, y el empleo de ayudante personal del Coronel Andrés Fonseca.

He de decirte algo de este valiente hombre, que tantas pruebas dió de su patriotismo y arrojo.

Era blanco, de bastante escasa instrucción, muy modesto y sumamente amable.

Tenía el gran defecto para Jefe de quererse muy poco; era de los que pensaba que nunca iba á morir, y que él solo podía batirse con una columna. Era, en fin, lo que bien puede llamarse un valiente exagerado. Algunos Jefes decían de él y de sus fuerzas cuando se dirijía á un lugar, *ahí va la carne de cañón.*

Tenía un corazón de oro, perdonaba á los prisioneros que hacía al enemigo, y hacía cuanto bien podía, ya á sus soldados, ya á los pacíficos

Desde luego que habrás imaginado que mi vida debía ser distinta, desde el momento en que pertenecía á un Regimiento, que estaba destinado á una zona donde las operaciones eran constantes y comprometidas.

Mi vida fué desde entonces más activa, mis responsabilidades eran mayores, y mis quehaceres no pocos.

Aquel hombre incansable no dormía nunca en un mismo lugar, y siempre nos traía al trote de una operación para otra.

Entonces fué cuando comencé á sufrir y á sentir los rigores de la guerra, pasando de todo lo malo que en ella era preciso.

El Coronel me trataba bien, seguro de que mi comportamiento así se lo exigía, pues no recuerdo nunca que haya estado descontento de mis servicios.

Una mañana marchábamos rumbo á San Juan de las Yeras, en busca de ganado.

Nuestra descubierta se encuentra con el enemigo y retrocede á comunicárnoslo.

El Coronel dispuso contramarcha para tomar la posición de una loma conocida por la *Jutía*, donde nos colocamos en tres fracciones de á cincuenta hombres, cuyo total componían las fuerzas de nuestro Regimiento.

Pronto nos alcanzó el enemigo, colocó sus líneas de fuego, dispuso su plan de batalla y empezó el combate.

Mandaba la columna española el Coronel Segura, que nos hizo catorce disparos de cañón sobre nuestras posiciones.

El fuego graneado de nuestra gente hacía blanco seguro sobre aquella masa humana que teníamos de frente, mientras sus descargas de fusilería atronaban el espacio.

Los cubanos, aunque éramos de caballería, ésta la habíamos dejado detrás de la loma, y peleábamos acostados sobre el espartillo, ú ocultos tras las grandes piedras que nos servían de trincheras.

Cuando se nos concluyó el parque, tocó formación el Coronel y montamos.

Entonces, en lugar de retirarnos, como habíamos supuesto todos, nos manda cargar al machete, al alegre compás del cornetín que sin cesar tocaba á la carga.

¡Al machete!—gritábamos todos llenos de entusiasmo y decididos, cuando al poco rato, cuando el enemigo se apercibió del toque, y de nuestra intención, formó de repente el cuadro contra caballería, y casi nos asesina á balazos, por la que tuvimos que retroceder, no sin intimidarlos lo bastante, al extremo de hacerles contramarchar también, para lo cual hicieron una retirada escalonada y por compañías.

Las bajas de ellos, aunque supongo fueran considerables por nuestros certeros tiros, nunca las supe, mas sí te puedo decir que las nuestras fueron pocas, entre las cuales estaba un Comandante, el del primer Escuadrón.

El fuego duró unas seis horas, y nuestras bajas todas

consistieron en heridas leves y graves. No tuvimos ningún muerto.

Este fuego me hizo comprender perfectamente, que si por cada mil balas que se dispararán hicieran un muerto, ya no habría gente en el mundo con las guerras habidas hasta la fecha.

Yo calculo que los españoles dispararan unos 40,000 tiros aquel día, y no nos mataron á nadie.

Nosotros, terminado el fuego, convoyamos nuestros heridos y nos acampamos en la Majagua, finca donde habia aún una hermosa sitiería.

Al siguiente dia continuamos nuestra marcha en busca del ganado.

Asómbrate de nuestras operaciones; esta vez no iban veinte balas por todas, en los 150 hombres que componíamos el Regimiento, y nuestra operación de aquel dia consistió en sacar ganado de la zona de San Juan.

Afortunadamente lo efectuamos sin novedad, y más de 200 reses depositamos en distintos lugares para el consumo de nuestras fuerzas.

Por la noche llegó una comisión del pueblo de Cruces y nos trajo parque, poco más ó menos unos dos mil tiros.

El hecho de conducir el ganado hácia las lomas, nos obligó á acampar nos por el *Ingenito* cerca de Maniçaragua, y con motivo de la extracción del ganado, nos perseguían dos columnas bien nutridas de soldados.

Dos dias hacía que las confidencias, los pacíficos y los exploradores tenian medio loco al Coronel, avisándole el riesgo que corría en aquel lugar poco apropósito para la defensa de fuerzas de caballería, como eran las que él mandaba.

En vista de todo lo cual me dijo el Coronel:

—Teniente, monte Vd. y el Teniente Ortiz (que éramos sus ayudantes,) venga el Capitán Rojas con una pareja y vámonos nosotros á esplorar esa tropa, á ver si acaba de venir ó nó, porque ya me tienen aburrido con tantos avisos.

Así lo hicimos, y tomando todo el camino real de Managua, nos dirijimos rumbo á Barajagua.

Delante marchaba la pareja, y tras ella el Coronel, el Capitán Rojas, mi antiguo amigo y compañero Francisco Ortiz (ya Teniente también, y de quien recordarás te he hablado cuando conspiràbamos en Cienfuegos) él, y yo.

Total de armas, dos tercerolas y tres rewólvers, pues Fonseca no usó nunca más armas que un machete, con el que hizo la guerra de los diez años.

Caminaríamos dos kilómetros próximamente, cuando en una loma nos tropezamos con la vanguardia del enemigo, en los momentos en que ambos la subíamos, ellos por el lado opuesto á nosotros.

La maldita loma fué la causa de que ni unos ni otros nos viéramos, y de ahí la gran sorpresa para ellos y para nosotros que éramos tan pocos.

Dada aquella situación no había que discutir el plan de batalla.

Declararse en precipitada fuga era la solución del problema.

La pareja disparó sus armas y nosotros nuestros rewólvers, casi en los pechos de los soldados enemigos que nos contestaron con una lluvia de balas, no sin sorprenderse lo bastante para que se contuvieran algo, sorpresa que nosotros aprovechamos para virar nuestros caballos y despedirlos hácia el Campamento.

Como en éste se sintieron los tiros, tomaron enseguida precauciones y se colocaron líneas de fuego, mientras nosotros pasábamos los grandes apuros.

Yo no te sé esplicar cómo se escapó el Coronel, Ortiz y la pareja; solo te puedo decir que al volver mi caballo, que por fortuna como el de los otros compañeros era bueno, le solté las riendas, le clavé mis espuelas y no corría sinó que volaba tras del Capitán Rojas que era muy práctico y se había botado fuera del camino Real, donde más dirijía sus disparos el enemigo, que ya rehecho, avanzaba gritando y diciéndonos atrocidades para confundirnos y que nos rindiéramos.

Por las sabanas donde se dirijió el Capitan había muchas matas de guayaba quemadas, y éstas, ó mejor dicho sus gajos, á la altura de mi cara, me iban dando grandes latigazos, á medida que cruzaba mi compañero, por lo que, con el fin de no perder ó romper los espejuelos, cometí la barbaridad de colocar sobre mis ojos el sombrero, lo que desde luego me quitó la vista y no pude ver por donde había doblado mi acompañante que era el práctico.

Este, que conocía el terreno, había tomado un portillo por el cual se íba directo al campamento, así que cuando víne á ver, me encontré que mi caballo pechaba fuertemente con una cerca de alambre que le hizo caer, y por encima de él me botó como una pelota.

En este momento rompían el fuego nuestras líneas colocadas en batalla, sobre nuestros perseguidores, que habían seguido tras el Coronel, la pareja y Ortiz, por el camino Real.

Como yo había cargado sobre la derecha, á poco que sentí la voz del enemigo detrás de mi compañero y ya había corrido como un kilómetro pór dentro de los guayabales, cuando caí, éstos, que me cubrían, permitían que el enemigo no me viera y que yo tuviera tiempo, mientras en el campamento peleaban, de levantar mi caballo, todo herido del alambre, desenredarlo, picar un portillo nuevo, montar y retirarme, sin más novedad que el fuerte golpe que recibí sobre el costado izquierdo.

Un momento después, me incorporaba á mi fuerza, que se iba retirando hácia las lomas.

Allí ví también sin novedad á todos mis compañeros de exploración.

El enemigo no abandonó el camino real, y continuó su marcha á Managua.

Nosotros nos dirijimos á Pueblo Viejo, donde nos encontramos con el Coronel Alemán, que nos recomendó defendiéramos una entrada que se dirijía á donde tenía varios heridos y algunos talleres, por si al siguiente dia venía el enemigo.

Al otro dia vimos regresar la columna, que fué su-

friendo nuestros tiroteos durante su marcha hasta San Juan.

Por aquellos lugares pasamos varios dias, descansando nuestra caballería.

Allá por los últimos dias del mes de Abril emprendimos marcha como á las doce de la noche, dirijiéndonos rumbo á Ranchuelo.

Cuando salió el sol, nos vimos dentro de cañaverales y en medio de los fuertes del Guayo, que tan pronto nos divisaron comenzaron á hacer sus disparos.

Nosotros, cual si poco nos importara todo, continuamos nuestra marcha hácia el Rubí, donde almorzamos repartidos en aquella rica y extensa sitieria.

Al regreso volvimos por el Guayo, y entonces incendiamos todos aquellos hermosos campos de caña, apesar del fuego que de los fuertes nos hacían y el cual solo nos ocasionó la muerte de un caballo.

Nuestra operación fué solo de quema, y tuvo mérito, por cuanto se realizó á las once de la mañana y á la vista de los enemigos, que por cobardes no nos perseguian.

Aunque no me gustaba hacer daño y nunca fuí partidario de la destrucción, te confieso que gozaba quemando caña à fuego vivo. El traquío que ella produce, las grandes llamaradas que brotan, y el denso humo que cubre el cielo, unido al escándalo y vocerío de la fuerza, forma un conjunto tal que á todos nos entusiasmaba y hacía que los tiros del enemigo no nos preocuparan.

Después de nuestra obra nos acampamos en el Jíbaro.

Allí tuvimos confidencias de que por la mañana había salido de Cruces una columna con mucha guerrilla, por lo cual levantamos el campamento y nos fuimos á tomar una posición muy estratégica que nos brindaba la loma "La Sierra," lugar por donde podia pasar el enemigo.

Tan pronto subimos lo divisamos, y así que se acercó le rompimos el fuego.

El enemigo bastante en número y en miedo, se defendía como siempre lo hacía tenazmente, repartiendo balas y cañonazos por los cuatro costados; su caballería avan-

zaba tan tímidamente, que no se separaba dos cordeles de la infantería, y á la menor amenaza de cargarle retrocedía.

Aquel dia, más que peleando, estuvo cazando.

Nuestros caballos, como de costumbre, puestos en salvamento unos, y amenazando la carga otros.

Cada vez que el enemigo se desplegaba en batalla, tocaba nuestra corneta á la carga, y con solo avanzar los nuestros medio cordel, formaba el cuadro. Entonces, de las posiciones que ocupábamos los que estábamos boca abajo sobre las yerbas, medio emboscados en lo más alto de la loma, hacíamos nuestras descargas sobre el cuadro, hasta hacerlo desbaratar de nuevo.

Yo había conseguido un Maüser de infantería, de un muchacho que se lo había quitado á un soldado en el pueblo, y me dí mucho gusto cazando soldados.

Te aseguro que dada mi posición, las buenas condiciones del armamento, la proximidad del contrario y con la abundancia de parque que de ésta clase tenía, le ocasioné considerables bajas á la tropa, pues no disparaba un tiro sin que advirtiera algún desconcierto en el montón á donde lo dirigía.

En esta situación permanecimos cerca de tres horas.

El enemigo tuvo por conveniente retirarse á Potrerillo, donde pernoctó aquella noche.

Nosotros tuvimos seis bajas, consistentes en 2 muertos y 4 heridos.

Nos acampamos bien cerca de ellos, al extremo que ambas cornetas se oían en nuestros campamentos.

Supimos después que muy temprano emprendieron marcha á Cruces, á causa del gran número de camillas que llevaban.

Por esta época, ya te he dicho que había todavía bastantes sitierías, en las cuales pasábamos grandes y agradables ratos.

Nuestras pobres campesinas tenían una dósis de patriotismo extraordinario, y me causaba mucho entusiasmo verlas tan cubanas.

Siempre nos recibían con alguna escarapela cubana, ó con una estrella de cinco puntas como adorno, bien colocadas en el pecho, bien en la cabeza.

De todo lo que tenian nos brindaban, á cualquier hora que llegábamos nos hacían de comer, y en muchas ocasiones hasta proyectaban un *guateque*, que siempre se efectuaba y en el que no faltaba nunca el clásico lechón asado.

Una noche que llegamos á Potrerillo, nos enteramos que próximo á San Juan de las Yeras había un baile de pacíficos.

Potrerillo era un pequeño poblado, que tan pronto era de nosotros como de los españoles, es decir, que en esta fecha á que me refiero pertenecía al que primero lo ocupara.

Fué quemado por nosotros á las órdenes del Coronel Alemán, cuando lo defendía un Cuartel de la Guardia Civil que allí estaba.

Después de esa operación, se han librado allí un sin número de pequeños fuegos, ha habido sorpresas de ambas partes, y nó pocos insurrectos fueron víctimas de ellas.

Allí vivian unas catorce ó quince familias de pacíficos, entre las cuales estaba la de un amigo y paisano nuestro, á quien de seguro recordarás y de quien te hablaré estensamente en otra carta. Manuel Peyán [á] El Curito.

Siguiendo mi relación sobre el baile de pacíficos, te diré que llegamos á la loma de la Piedra, unos tres cordeles del pueblo de San Juan; la noche estaba bien oscura y en aquel pueblo, cuando no había tropas, por lo menos tenía la guerrilla local, voluntarios, movilizados etc.

Eramos como catorce y serían las once de la noche.

Muchas muchachas bonitas, algunas viejas y no pocos jóvenes del pueblo, cada cual con su novia.

Al llegar nosotros se sorprendieron, porque no estaban acostumbrados á vernos tan cerca del pueblo.

La música era un órgano pequeño y un solo timbal, además un güiro rayado.

Después de saludar á todas, nos invitaron á café, que tomamos.

Nosotros habíamos puesto una pareja casi frente al fuerte de salida del poblado, y ya habíamos hecho un reconocimiento, antes de llegar, por si había alguna emboscada ó lazo preparado de antemano.

Volvió de nuevo el órgano á tocar, mandado por el Coronel que también iba; yo me dirijí á una *guajirita* á quien le pedí una danza, contestándome que nó, porque las tenía todas con su novio que era un pacífico.

Yo me quedé callado; prudente y justiciero á la vez, no insistí y me senté, pero lo mismo le pasaba á los demás. con la sola diferencia de que allí nadie fué tan prudente como yo, pues todos empezaron á decir que aquellos eran unos españoles y los novios voluntarios, y que había que *arrancárselas á todos.*

Ya puedes figurarte la que se armó; unos jóvenes buscaron la cerca y fueron á dar al pueblo, denunciándonos á la vez.

Las muchachas llorando unas, gritando otras, y alguna que otra vieja echándonos pestes.

El amo de la casa suplicándonos nos marchásemos, por lo próximo que estaban los fuertes, y á todas estas nosotros sin hacer nada ni cometer acto ninguno amenazador.

Tal era el miedo ó terror que nos tenía la gente del pueblo.

De pronto, y en los momentos en que pensábamos marcharnos porque así lo había ordenado el Coronel Fonseca, rompen el fuego los fuertes todos á la vez y se forma una alarma en el pueblo horrible, pues ya contaban que estábamos dentro saqueando y matando.

El músico dejó el órgano, y las familias abandonaron la casa, hácia la cual dirijían sus disparos los soldados.

Entonces nuestra gente, entre la cual no faltó algún tropa, echaron mano al órgano, lo colocaron sobre una béstia que allí había y se lo llevaron.

Yo había marchado á buscar la pareja de guardias

para retirarnos, no sin antes dirijir algunos disparos hácia el pueblo para acabarlos de alarmar.

Pronto nos retiramos y á las tres de la mañana estábamos tocando el órgano en *Potrerillo*.

Al siguiente dia nos echaron tropas detrás que fué un contento, mientras nosotros tomábamos posición en la célebre loma *La Jutia*, que después se le quedó el nombre de la *loma de Fonseca*, por los continuos fuegos que en ella teníamos á las órdenes de este Jefe.

Como á las dos de la tarde nos alcanzó el enemigo, que nos atacó de una manera decisiva, pero nuestras posiciones eran inexpugnables, y con tal motivo comenzó á funcionar su artillería, mientras nosotros tocábamos explén-didos danzones y polkas con el órgano.

Aquel contraste era sublime, música por un lado, ayes de dolor de aquellos que iban cayendo por otro, el estampido del cañón, el estruendo de las descargas de fusilería y el fuego á discreción de nuestras filas por otro, formaba el conjunto más especial que puedes imaginarte.

De pronto cesa el fuego de artilleria, después que habían hecho diez y ocho disparos, y comienza la columna á retirarse.

Nosotros permanecíamos en nuestras posiciones, donde enterramos nuestros muertos que fueron siete: allí curamos catorce heridos que después fueron conducidos en camillas dos, y el resto montados hasta el hospital.

Este lo componía una casa de tabaco grande, sin más muebles que los palos donde amarrar las hamacas de los enfermos.

Sin embargo, ojalá siempre lo hubiéramos podido conservar así; allí no se mojaban, había medicinas, médico ó practicante, y la comida mala ó buena no faltaba por estos tiempos todavía.

Nunca pude averiguar las bajas fijas del enemigo, pues unos me decían que 25, otros que 40 etc.

He de advertirte que en vista de la gran impedimenta que nos era el órgano, lo depositamos en un rancho que creimos lo bastante oculto para que no lo recuperara el

enemigo, pero que al fin fué denunciado y se apoderaron de él como á los cuatro meses.

A los pocos dias de este suceso, recibimos órdenes del Coronel Alemán, Jefe de la Brigada, para que asistiéramos á una reconcentración en su Cuartel, situado cerca de Manicaragua.

Así lo hicimos y nos reunimos unos mil hombres próximamente.

Estaba en las Villas el Brigadier Zayas, y convino con Alemán en atacar á la vez dos pueblos, uno la Esperanza, que atacaría él, y otro Ranchuelo á cargo de Alemán.

El objeto de Zayas era llamar la atención al enemigo en las Villas, para que le dejaran el paso franco hácia Occidente, donde de nuevo se dirijía en cumplimiento de una órden del General Gomez, viaje que le costó la muerte en la provincia de la Habana al valeroso Zayas.

A las ocho de la noche emprendimos la marcha; por cierto que para mí fué bien pesada, debido á grandes vómitos que sufrí en el camino, que concluyeron por debilitarme tanto, que apenas podía guardar el equilibrio sobre el caballo.

Al fin llegamos á los alrededores del poblado, y fueron tantas las dificultades con que tropezamos; que fracasó nuestro empeño, teniendo que contramarchar, por sernos imposible entrar debído á lo bien defendido que se encontraba el pueblo, y á la falta de confidencias y prácticas.

Sin embargo, Ranchuelo fué tiroteado por todos los lugares, y esto bastó para llamar la atención al enemigo y cundir la alarma suficiente de los vecinos.

Miéntras, allá á lo lejos, vimos el resplandor que ofrecía el fuego pegado á varias casas de la Esperanza, por las fuerzas de Santa Clara.

Carta número 22.

Las fuerzas volvieron cada una á su lugar, y el General Zayas emprendió su marcha á Occidente.

Nosotros nos quedamos con nuestro Regimiento *Villa Clara*, á las órdenes del valiente aunque temerario Coronel Fonseca.

Con Alemán había venido el Teniente Coronel Cárlos Mendieta, quien quedó incorporado al Regimiento.

Este joven de la Habana, era y lo es, pues vive en la actualidad, un buen Jefe, excelente amigo, generoso compañero y un valiente militar: simpatizó mucho con todos nosotros por su carácter amable y bondadoso.

Quedamos acampados en el ingenio *Teresa* todo aquel dia, durante el cual se habló y se discutió y comentó tanto la fracasada operación de la noche anterior, que el resultado fué que nos llenamos no sé si de amor propio ó entusiasmo; el caso fué que quedó acordado atacar solo por nuestra cuenta al poblado de Cruces, para lo cual se mandaron exploradores al efecto.

Era la noche del 6 de Mayo del 96. Como á las 7 de la tarde llegaron los exploradores manifestándonos que en Cruces no había más fuerza que las de las guarniciones, las guerrillas locales.

A esa hora se tocó formación sin tener para nada en cuenta la mala noche pasada anteriormente, el dia de fatiga que habíamos llevado, y que el enemigo debía estar alerta con la alarma de Ranchuelo y la entrada en la Esperanza.

Formada la fuerza en cuadro y al frente de sus Escuadrones los Comandantes Arbolaez, Roque, Mamerto Romero y Leal, tomó la palabra el Teniente Coronel Cárlos Mendieta y arengó de tal manera á nuestros soldados, que cada uno se sintió valer como cinco y de ahí que

nuestro Regimiento de 150 hombres nos pareciera que equivalía á 800.

Emprendimos la marcha, y á las doce en punto de la noche llegamos á la vista de Cruces.

Dispuso el Coronel dejásemos la caballería protegida por una guardia de ocho hombres, y con el resto, formados en dos filas de infantería tomó la dirección del pueblo, marchando él á la cabeza.

Llevabámos dos ó tres prácticos, que picando el alambre nos hicieron saltar la zanja que alrededor del pueblo habían hecho, y machete en mano, y silenciosamente, avanzábamos por las calles del pueblo, cual si hubiésemos penetrado en un Campamento cubano.

La palabra-consigna que teníamos era *machete*, y las instrucciones eran las de no hacer fuego, sinó atacar al arma blanca al enemigo que nos saliera.

Respetar las mujeres, los niños y los pacíficos.

Si los fuertes se entregaban, perdonar á los prisioneros y no quemar nada, mas si había resistencia, reducirlo todo á cenizas.

Nadie nos sintió hasta llegar á la Plaza de Armas, donde desde una esquina nos dieron el ¡alto, quién vive! que contestamos todos á una

"*¡Cuba libre!*"

Tal cual si fueran tocados por un resorte, empezaron á hacernos fuego de todas direcciones, y pronto nos vimos envueltos entre la lluvia de balas del enemigo y las llamaradas del incendio que pegábamos á cuanta casa pudimos llegar.

La confusión reinó enseguida entre españoles, insurrectos y pacíficos, y ya no se oían más que gritos, tiros, y vivas á Cuba y á España.

Desde una de las boca-calles nos dispararon varios cañonazos de bala rasa que barrían lo que á su paso encontraban.

Los toques de cornetas eran tantos y tan repetidos, que nadie los entendía.

Las guerrillas enemigas montadas recorrían las ca-

lles, haciendo fuego á discreción, y á momentos chocaban con los mismos soldados españoles emboscados en las boca-calles.

Yo recuerdo que pude forzar una puerta con la culata de mi rifle, encontrándome con una pobre madre que en sus brazos me mostraba una tierna criatura. Se me arrodilló y me suplicaba que no le hiciera daño.

Entonces le dije, no tema Vd. señora, que nosotros la respetaremos, pero hágame Vd. el favor de darme el aceite de carbón que tenga, que es lo que necesito.

Enseguida me dió un litro y una lámpara.

Cuando á salir me dispuse, como había dejado la puerta abierta, entraba uno de nuestros soldados que como no me conoció, me dió el alto, y como me sorprendió se me había olvidado la consigna, y solo puedo decirte que poco faltó para que me despachara de un machetazo, pues la sala estaba à oscuras.

Una vez que nos reconocimos, salimos á prender fuego á la casa de la esquina que era una ferretería.

Yo regaba las puertas con el aceite de carbón, mientras él pegaba el fósforo.

Así que la puerta hizo luz, nos empiezan á mandar descargas de fusilería, lo menos de una Compañía, que yo supongo estaba emboscada ó atrincherada, resultando que nunca corrí más liviano, pues para saltar las barandas que separan un portal de otro, no ponía ni las manos para apoyarme, hasta que gané la esquina y me puse á cubierto de las balas.

Allí, echado á un lado, me encontré un herido que me dijo:—¡Hermano, no me deje, por Dios, que me han herido!

Entonces fuí en busca de gente, y vine con cuatro compañeros; le echamos mano uno por cada brazo y pierna, mientras yo le levantaba la cabeza.

Cruzamos bien la primera cuadra, pero al llegar á la esquina, la candela de una tienda que ardía por los cuatro costados nos alumbró demasiado y sobre nosotros cayó otra lluvia de balas con las que hirieron á dos de los cargadores.

Esto fué causa de que no pudiéramos continuar sin más gente.

Volví en busca de otros compañeros y me encontré que traían tres ó cuatro heridos más.

Yo que no era práctico en el pueblo, insistía en buscar á los nuestros que regados aquí y allá habian puesto en planta un plan de ataque y de defensa á su juicio.

Al fin me encontré al Coronel, le dije donde tenía un herido y lo que me ocurría, y á planazos hizo que tres ó cuatro que venían de retirada lo recogieran.

Ya comprendiendo yo que había que ser fuerte en esos momentos, empecé también á repartir planazos y pronto sacamos fuera los heridos que tuvimos, menos al Comandante Mamerto Romero, que fué herido en la cabeza dentro de una tienda, de cuyas resultas quedó privado. Nosotros, juzgándolo muerto, lo arrastramos hasta una cerca de un patio, donde nos atacó rudamente la infantería española y nos obligó á dejarlo.

Si Mamerto Romero hubiera sido más liviano, lo hubiéramos llevado á cuestas, pero teniendo en cuenta que pesaba once arrobas, supondrás que era imposible.

Yo no me cansaba de decir que habíamos sido víctimas de una traición, porque nadie contaba con que nos harían un tan rudo fuego, ni una resistencia tan tenáz.

Y cuando me dirijí al Coronel para aconsejarle la averiguación de los hechos, me dijo:

—No señor, no hay nada de entrega, yo me he enterado con una familia de que esta noche, por casualidad, como á las nueve, llegó un tren de tropas compuesto de dos mil soldados con el General Pando.

Así que todo esto que usted vé es debido á nuestra fatalidad.

Quedé convencido, y creyendo que el día se aproximaba, aconsejé al Coronel nuestra retirada que dispuso enseguida.

Efectivamente, si Pando sospecha siquiera nuestra entrada, nos recibe preparado de tal manera con la fuerza que tenía, que no escapa ninguno de nosotros.

De ahí que de las aceras y de casi todas las casas nos hicieran fuego, pues los soldados estaban repartidos por todo el pueblo.

No habíamos preparado nuestros heridos, ni enterrado nuestros muertos, cuando nos sorprendió el dia.

El enemigo, á pesar de ser tan considerable en número, se mpresionó ó se acobardó tanto con nuestra gran hazaña, que no se atrevió á seguirnos de seguida, de lo que me alegré mucho, porque dada nuestra impedimenta de heridos, el cansancio y el desconcierto que reinaba con el gran fracaso de nuestra operación, nos hubiera ocasionado muchas bajas.

Los daños causados en Cruces al enemigo, debieron ser de bastante importancia.

Nosotros tuvímos veinte y dos bajas, entre ellas seis muertos. Ademas el Comandante Mamerto Romero que contábamos por muerto, y cuando volvió en sí, se encontró que solo estaba herido y en poder del enemigo.

A este Comandante, que era un valiente, lo fusilaron pocos dias después en el mismo Cruces, y creo que en el mismo sitio donde lo encontraron privado.

Al pasar nuestra fuerza por el ingenio "Andreita," de D. Lino Montalvo, desde el batey nos hacían fuego, ocasionándonos dos bajas más consistentes en dos heridos.

En vista de estas contínuas operaciones y precipitadas marchas, nos retiramos á lugar seguro donde poder reparar nuestra caballería y descansar algo nosotros.

Con tal motivo escojimos la parte de las lomas como Campamento.

Yo me sentí muy mal de las piernas á causa del gran número de *ñáñaras* ó granos que me salieron, pedí permiso y me fuí á curar al hospital, donde pasé varios dias.

Carta número 23.

Una mañana me dirijí solo á Potrerillo, con el objeto de encargarle á Peyán, nuestro paisano, unas medicinas, pues no había forma de que yo pudiera contener la constante supuración de mis úlceras.

Antes de llegar al pequeño y destruido pueblucho, subí á una loma donde permanecí un rato, mirando á todas direcciones, ó mejor dicho, explorando con mi vista los campos cercanos.

Cuando me convencí de que en un gran ràdio no había señales de enemigos, me dispuse á continuar mi marcha.

Llegué al fin y me desmonté en casa de mi amigo, que se había casado, y como antes te he dicho vivía allí, donde tenía una casa especie de *tiendecita ó bodeguita* que tanto le vendía á las tropas españolas como á nosotros.

Su señora era una bella cosa, por sus sentimientos generosos y por su amable trato; siempre me demostraba distinguirme mucho, y yo cada vez que cruzaba por Potrerillo entraba en su casa, y cuando no almorzaba ni comía, por lo menos tomaba la mañana.

Hacía mucho tiempo que no comía *tasajo* y aquel dia me dijo Peyán, después que le hice el encargo de mis medicinas.

—Si me prestas tu caballo voy enseguida á San Juan de las Yeras, te traigo tus medicamentos y á la vez compro *tasajo* y lo que necesite para hacer un buen almuerzo.

Eso no es posible, le dije yo, vé en tu caballo aunque esté estropeado.

No, si es que el mio lo tengo prestado.

Pues yo no estoy dispuesto á que venga por casualidad la tropa y sea yo el *tasajeado*.

No tengas miedo, acaba de llegar uno del pueblo y me ha dicho que no hay tropas en él, de manera que no te ha

de ocurrir novedad: tú te quedas aquí con Rita, y dentro de un par de horas estamos almorzando *tasajito á la criolla*.

Yo no sé como me convenció mi amigo, que al fin accedí y cometo la estupidez ó insensatéz de prestarle el caballo, no sin antes advertirle que no se le fuera á ocurrir entrar con mi caballo en el pueblo, y sí que lo dejara en casa de algún pacífico allí próximo.

Así lo hizo y se marchó.

Yo, muy fresco, me puse á ayudar á torcer cigarros á la buena de Rita, y tan entretenido estaba con la conversación que habíamos entablado, que me despreocupé por completo de todo teniendo un momento en que me llegué á creer que era pacífico.

Serían las diez de la mañana próximamente. Ya hacia más de dos horas que estaba en aquella casa, cuando de pronto, veo que al entrar una morena vieja me dice, llevando sus manos á la cabeza, *niñito, por Dios, lo cojieron*.

—¿A quién cojieron, negra? le pregunté asombrado.

—A Vd., niñito, *si ya ta qui lo pañole*.

Entonces me incorporé, quise salir á la puerta, pero el ruido de la caballería llegó á mis oidos y ya no tuve tiempo para nada.

Miro para Rita y la veo pálida como un cadáver.

Ten serenidad, Rita, no me descubras, no te aflijas, yo me escondo en tu cuarto.

La pequeña casita no tenía más que un cuarto, la salita y la cocina; el patio estaba todo cercado por alambres

Para la calle no podía ir, pues por ella misma pasaban en aquel momento los soldados, ó mejor dicho, los fieros guerrilleros del Coronel Vazquez, que era un asesino.

El pequeño cuarto donde me oculté, era de tablas y tan viejas y tan mal unidas, que por sus aberturas pude ver pasar aquella mole de soldados.

Aquel cuarto era á la vez que dormitorio del matrimonio, el depósito de víveres y artículos de venta que

componía la pequeña bodeguita, y como de costumbre, allí tendrían que venir los soldados, ya á tomar aguardiente, ya á comprar algo como cigarros, tabaco etc.

Era tal el estado de excitación nerviosa en que yo me encontraba, que no sabía qué determinar, si salir de pronto y que me mataran de una vez, ó quedarme allí dentro, confiando á la suerte mi porvenir.

En medio de esta inquietud, entraba y salía como una loca la pobre Rita, aclamando cadavez que me veía "¡Dios mio, ayúdame á salvar à este hombre!"

Cállese, le decía yo, que empezaba á confundirme ella más que los soldados.

En esto veo que á mis pies había un garrafón que tenía por tapa un jarro de hojalata, y se me ocurrió ver lo que contenía. Era aguardiente puro, y me decidí á narcotizarme, porque me sentía hasta con fiebre.

Así lo hice, y de un sorbo me tomé un jarro grande de aquel líquido, que fué el que vino á darme el ánimo que ya iba perdiendo á medida que llegaban los soldados á comprarle la mañana á Rita.

Todos preguntaban á Rita por su paisanillo (Peyán) que ante ellos se hacía el *Curro*, y á Rita la llamaban *Pancha*.

Momentos hubo en que había más de 21 soldados esperando el turno. Todos los despachaba Rita en persona.

Tal era la cara de aquella pobre mujer, que sufría más que yo, porque á momentos le preguntaban que si estaba enferma, á lo que siempre contestaba que en aquellos momentos acababa de pasar una fiebre muy alta, y de ahí su mal color y estado de debilidad.

Así se las iba componiendo ella, mientras yo pasaba los momentos más angustiosos de mi vida.

Después que me tomé el jarro de aguardiente quedé medio trastornado, pero sin que perdiera la serenidad.

Me dispuse á vender muy cara mi vida si era que me tocaba morir, y para el efecto, desenvainé mi afilado machete colocándome en guardia detrás de la puerta.

Aquí, me decía yo, le voy arrancando la cabeza á todo soldado que entre, hasta que me inutilicen ó me maten.

El aguardiente en gran cantidad que tomé sin agua, me produjo una sed espantosa y me hacía sudar copiosamente.

Mi agonía en este estado duró cuatro horas, que para mí fueron cuatro siglos de crueles tormentos.

Momentos tuve en que me adelanté hasta la puerta con el objeto de salir de aquel cuarto y empezar á machetazos con los soldados, que no abandonaron un momento en ese tiempo la pequeña sala.

Pero siempre me contenía algo que no sabía explicarme.

Cerca de las dos de la tarde eran, cuando oí la corneta de llamada y formación para emprender marcha la columna, y acto contínuo abandonaron la casa los odiosos huéspedes, comenzando el ir y correr de ellos para las filas.

Un momento después entraba Rita y apenas si le entendí lo que me quiso decir, pero supongo que era el anuncio de la marcha de la tropa.

Volvió por segunda vez y me dijo:—Ya han pasado el rio, puedes salir.

Así que me ví sano y salvo, abracé á aquella mujer que me recibió en sus brazos llena de lágrimas.

Yo, completamente emocionado, no podía ni hablar.

Por Rita habían pasado en aquellas cuatro horas diez años de vida, pues en tan corto tiempo noté que se puso vieja y flaca.

He nacido hoy, me dije, y me sentí muy lleno de una tristeza especial á la par que de un gran cansancio.

Le pedí que me hiciera café mientras yo recorría el pueblo para cerciorarme de que ya no habían soldados en él.

Cuando regresé, tomé café, y un poco después estaba en mi estado natural.

Media hora más tarde llegaba mi amigo Peyán con mi caballo, las medicinas y el tasajo.

Al preguntarle si se había enterado de lo ocurrido, me dijo:

—Si por poco perezco yo; figúrate que ya próximo á Potrerillo, ví á la tropa entrando, y retrocedí á la carrera, pues no solo llevaba tu caballo con tus propios maletines, sinó que traía las dichosas medicinas.

No eres capáz de figurarte el susto que pasé, no por mí, sinó por tí, á quien suponía ya en poder del enemigo.

Y al tratar de enterarse de lo ocurrido le dije:

—Pregúntale á Rita, que se encargará de comunicártelo todo.

Yo me marcho enseguida á avisar al Campamento; venga mi caballo, y por hoy, renuncio hasta el almuerzo porque con el susto se me ha quitado el apetito.

Monté y me marché, no sin tener gran cuidado con la tropa que se dirijía á Cumanayagua.

Aquel enemigo había salido de Cruces, dirigiéndose por la *Teresa* á Potrerillo; por eso me sorprendió.

Tan pronto entré en el Campamento situado en las *Carolinas*, empezaba el fuego por una de sus guardias.

Una vez incorporado á mi Regimiento, me retiré con él hasta el *Plátano*, donde convenientemente emboscados y después de haber colocado una bomba de dinamita en una de las veredas de entrada, nos dispusimos á esperar á aquel enemigo que tanto interés tenía en batirnos.

La tropa acampó aquella noche en las Minas, y al siguiente dia por la mañana volvió á tomar nuestro rastro hasta el *Plátano*.

Entró la vanguardia por la misma vereda donde teníamos la bomba, y cuando sobre ésta estaba un gran número de soldados, se hizo explotar.

Las tripas de algunos quedaron colgando de los árboles más próximos, y era imposible poder distinguir después á los cuerpos que pertenecían las cabezas, las manos y las distintas articulaciones que aparecieron esparcidas por aquellos alrededores.

Como en el acto de estallar la bomba también se le hizo fuego desde las emboscadas, la confusión entre ellos

fué extraordinaria, y rechazaron, desistiendo por el momento de penetrar en nuestro Campamento.

Dos horas más tarde intentaron volver á penetrar, mas como cayeran en nuevas emboscadas preparadas por fuerzas del Regimiento *Gomez*, que mandaba el Coronel Cayito Alvarez, tuvieron que retroceder, emprendiendo su marcha para el pueblo, durante la cual fueron hostilizados por las fuerzas del Regimiento *Yaguaramas*, á las órdenes del Coronel Joaquín Rodriguez.

Por espacio de ocho horas estuvo aquella tropa defendiéndose y atacándonos, sufriendo ellos por aquel dia un considerable número de muertos y heridos.

Nuestras bajas esta vez fueron muy pocas, 5 muertos y 4 heridos: también varios caballos muertos.

Carta número 24.

A causa de ser llamado al Gobierno el Coronel Alemán, donde le reservaban un puesto que después desempeñó, de *Secretario de la Guerra*, nos vino un nuevo Jefe para la Brigada, que fué el Teniente Coronel Alejandro Rodriguez.

Con tal motivo tuvimos una reconcentración para cambiar impresiones y reconocer al nuevo Jefe, cuya presencia nos agradó bastante á primera vista.

El Coronel Alejandro traía muy buenos deseos; es hombre inteligente y siempre lo tuve en buen concepto, aunque después disgustó bastante á todas sus fuerzas, debido á lo poco que premiaba los méritos de sus soldados y los servicios que se prestaban, una vez que durante el periodo de su mando no pasaron de cuatro los ascensos que confirió.

En cambio él, allí llegó todavía sin ser Coronel y poco después era General, en la Habana, de cuya Brigada fué también Jefe.

El General Gomez y el Gobierno tuvieron en cuenta sus méritos y servicios, y fué bien recompensado, por cuanto hoy es Mayor General.

Es verdad que durante su mando en Cienfuegos se peleó mucho, se hicieron muy bonitas operaciones, y esto contribuyó bastante á que adquiriera nombre y fama, por que prestigio siempre lo tuvo en el Cuartel General y en el Gobierno.

No recuerdo cual fuè el primer fuego que á sus órdenes tuvimos, pero sí que uno de ellos fué el ataque al convoy de Manicaragua en la loma del *Ternero*.

Por aquella época, debido á los contínuos fuegos que sostenïamos con tropas que salían á operaciones, llegamos casi á imponérnosles de tal manera, que los enemi-

gos no salían al campo sinó en gran número, y siempre en combinación.

Habian transcurrido muchos meses sín que llevaran nada de comer á Manicaragua, y de este pueblo nadie salía al campo, porque constantemente tenían á su custodia, para el efecto, al Comandante Piñeiro cón su escuadra dividida en pequeñas guardias, de manera, que estaban sin comunicación y sin recursos de ninguna clase; nada más que aquel que tuvieran de sus fuertes para adentro. Allí estaba el batallón de "América" y la guerrilla local, que nunca salía sinó cuando llegaban tropas.

Al fin se reunen un dia los españoles, y por columnas de tres mil hombres, en tres flancos, sacan un convoy de 140 carretas para Manicaragua.

Ya ves que eran lo menos nueve mil hombres los que lo defendían, y por ahí podrás juzgar el miedo que tenían.

Nosotros, desde las primeras horas de la mañana, ocupamos las posiciones que nos brindaban las cordilleras de lomas que se extienden cerca de legua y media, y que empiezan en la de la *Sierra* y terminan en la del *Ternero*.

De manera, que pensábamos en toda esta extensión hostilizar, sinó á la columna del centro á la del flanco derecho por lo menos, que por allí debía pasar, es decir, por el faldeo de las lomas.

Las fuerzas nuestras, que se componían aquel día de los Regimientos de caballería "Villaclara", "Gomez" y "Yaguaramas", más la escolta del Jefe de la Brigada, hacían un número de unos cuatrocientos á quinientos hombres, el que más, á 20 tiros, y algunos de los cuales iban desarmados. Estábamos tan repartidos ocupando tantas posiciones, que ya supondrás que en ninguna podía haber veinte hombres.

La que yo ocupaba con el Coronel Fonseca, era una de las de mayor número, y se componía con nosotros de catorce hombres. Estábamos situados en la primer posición, emboscados tras las piedras y algunas palmas, bien separados.

Mientras el enemigo no podía ver á ninguno de nos-

otros, á ellos les distinguíamos hasta los galones y los colores.

Como á las nueve de la mañana empezamos á verlos, y á las once ya los teníamos á buen tiro.

Avanzaban delante como de costumbre, y para que sirvieran de carnada, los desgraciados guerrilleros cubanos, *traidores* y *canallas*.

Además de aquellas posiciones de las lomas, teníamos colocadas otras emboscadas en el trayecto de Manicaragua.

El paso de las minas había sido destruído por nosotros, de manera que una vez allí tenían que hacer grandes trabajos de pala y pico para que pudieran pasar las carretas, durante el cual fueron tiroteados desde las posiciones que ocupaba el Comandante Piñeiro.

Es decir, que cuando rompieran el fuego con nosotros en la posición donde estábamos el Coronel Fonseca y yó, ya no debían caminar dos cordeles sin tener fuego y sin ser hostilizados.

Comprenderás cuán especial era nuestro plan de ataque, la verdadera *guerra insurrecta*, *la guerra de guerrillas*.

Mientras ellos se movían en fracciones de quinientos hombres en batalla, nosotros nos movíamos en número de cinco ó seis, bien desplegados. De manera que era una gran casualidad que sus formidables descargas nos mataran, mientras que nuestros disparos, eran pocos, pero certeros y de éxito, porque se dirigían con puntería cual si estuviéramos cazando.

Al fin se acerca el enemigo por la vanguardia de la columna del centro donde venía el convoy. Nos rompe el fuego, pero sin vernos, como explorando la posición.

Nosotros no le contestamos un tiro.

Entonces repiten sus descargas dirigiéndolas á varias direcciones, y en vista de nuestro silencio, avanzan con el objeto de tomar la loma.

Ya casi encima, le rompemos el fuego nosotros, y como había avanzadas de caballería y la loma era bas-

tante pendiente, retrocedieron enseguida, aprovechando nosotros la retirada tan precipitada que hacían para fusilarlos verdaderamente.

A veces veíamos que la caída de un caballo bastaba para estropear y derribar á dos ó tres.

Mientras esto sucedía, el Jefe de la columna que luego supe era el General Aldave, formaba su plan de batalla, ya que la guerrilla nos había descubierto.

Pasó sobre média hora sin sonar un tiro; allí, casi á nuestros piés quedaron las bajas de la guerrilla, y los caballos muertos.

Cuando el enemigo había retirado su caballería, y tenía bien dispuestas sus líneas de fuego hasta el número de nueve, rompieron el fuego por compañías y por descargas, á la vez que su artillería funcionaba admirablemente en dirección al lugar donde yo estaba, y con tan buena puntería que los pedazos de piedras que saltaban de los peñascos donde estallaban las balas de cañón, venían á herir nuestros ocultos rostros.

Pronto se generalizó el fuego en todas nuestras posiciones, pues á la vez que se sintieron las primeras descargas, corrió el flanco derecho á unirse con el del centro, y de ahí que en todo el faldéo de la loma se entablara un rudo combate.

Pero la infantería española, de la cual nunca me cansaré de hacer elogios ni tendré palabras con que hacerle justicia, (hasta decirte que siempre demostró ser valiente y disciplinada) después de pasar hora y media disparando constantes y atronadoras descargas de Máuser, que apagaban con su ruido el estampido del cañón, al notar que el parque se nos había concluído, tocaron á la carga y, balloneta en mano treparon por la loma hasta desalojarnos de nuestras posiciones.

El Coronel Fonseca, á quien ya sabes he calificado de valiente hasta la temeridad, se empeñaba en vano en defenderse solo con nuestros propios machetes; pero fué tal el empuje y el arrojo de nuestros enemigos, que se hizo imposible resistir más, retirándonos después de haber su-

frido siete bajas, consistentes en siete muertos de los catorce hombres que ocupábamos aquella primera posición.

En nuestra desbandada, por la derrota que sufrimos, hija del desconcierto natural en tan apurado lance, recuerdo que me tiré por unos barrancos llenos de zarzales y maniguas, entre los cuales podia ocultarme á la vista del enemigo que ya había ganado la loma y nos fusilaba en nuestra retirada.

Así pude, cayéndome aquí, y lastimándome allá, llegar hasta el lugar donde había dejado mi caballo, al cual no pude montar de pronto, dado el estado de temblor en que me encontraba debido á la larga y precipitada carrera que por tan accidentados terrenos había dado.

Al fin, aunque con trabajo, llegué á montar, y entonces me dí cuenta de que me faltaba algo grande, y que después noté eran los *espejuelos* y el sombrero, prendas que con seguridad había perdido en la carrera.

Sin embargo, como ni la hora ni los momentos eran aparentes para buscarlos, continué mi marcha, hasta incorporarme al resto de la fuerza que ya se iba retirando, con gran número de heridos.

Entonces empezaba á llover copiosamente, y como tenía capa, la cedí, [con riesgo de perderla como sucedió) para que cubrieran á un compañero, ayudante del Coronel, que venía casi agonizando de un balazo. [Murió pocas horas después.)

Mientras nos acampamos en lugar seguro, el Convoy continuaba su marcha hasta las "Minas de San Fernando", donde acampó aquella noche, durante la cual fué constantemente tiroteado.

Al siguiente día, las fuerzas emboscadas en las Minas, las batieron de duro, y allí permanecieron hasta las tres de la tarde, hora en que á fuerza de gente lograron componer el paso.

Después de tres días sin que tuvieran un momento de descanso, llegó el convoy a Manicaragua, lleno de cansancio y con un considerable número de bajas.

Dos días más tarde regresaban las tropas.

Nuestras bajas también fueron muchas, quedándonos completamente sin parque y con nuestra caballería sumamente cansada.

Carta número 25.

Al día siguiente en que perdí los espejuelos y el sombrero, me dirijí con varios números á reconocer el campo de batalla por órden del Jefe de mi Regimiento, con el objeto de enterrar nuestros muertos, y á la vez traté de buscar mis prendas perdidas.

Allí me encontré con varios pacíficos que ya habían enterrado nuestros muertos, uno de los cuales pacíficos tenía en su poder y en su casa mi sombrero, todo picoteado á machete por los soldados españoles.

Mi sombrero tenía mis iniciales y un escudo cubano pintado con lápiz.

La familia pacífica enseguida lo conoció, pues algunas veces nos acampamos en aquella casa, y como me apreciaban, hasta me habían llorado aquellas infelices mujeres que tantos servicios nos prestaban, creyéndome entre el número de los muertos.

Después de reconocerlo todo y de recojer un gran número de parque botado por las tropas enemigas, me dispuse con mi asistente á buscar mis espejuelos, calculando que estarían enganchados en los zarzales por donde me había retirado ocultamente.

Y así fué, á poco que habíamos seguido mi propio rastro, tropecé á la altura de mi cabeza con mis espejuelos, que colgados de unas espinas estaban intactos con el mis-

mo cordón con que yo los usaba para conservarlos mejor.

Desde aquel día no los usé más con aquel cordelito, que más que otra causa fué la que motivó que se me cayeran, por cuanto se prestaban á ser enganchados fácilmente.

Pocos días después, estando todos reunidos en *Hanabanilla*, nos volvió á atacar la columna del General Aldave, donde tuvimos un reñidísimo encuentro, en el que nuestras bajas consistieron en tres muertos y siete heridos, y del que salimos con muchos caballos inutilizados á causa de haber tenido que sostener el fuego de caballería contra infantería.

Carta número 26.

Varias cosas con seguridad llamarán tu atención, causándote el consiguiente asombro.

La una ¿cómo nos hacíamos de parque?

La otra: ¿cómo nos las componíamos para comer?

Lo primero era muy especial, tanto que ni yo mismo me explicaba cómo y de donde salía.

Algunas veces recogíamos víveres en el campo, dejados por las tropas, ya en los fuegos, ya en los campamentos.

Otras ocasiones los recibíamos enviados por nuestros distintos confidentes desde los pueblos, donde los compraban, según ellos, hasta á los mismos soldados, guerrilleros y voluntarios.

Y alguna que otra vez nos los enviaban desde el Cuar-

tel General de *Gomez*, procedentes de alguna expedición.

Resultado, que pocas veces nos faltaba, aunque nunca nos sobraba, como le sucedía á la tropa enemiga.

Nosotros llegamos á tener talleres tan en buenas condiciones, que en ellos se llegaron á fabricar hasta cañones, que más adelante los presentaré funcionando.

En esos talleres se componían nuestros armamentos, y en algunos otros de la Isla, se llegó también á rellenar cartuchos, que nos servían después.

Por esta época, no habían venido aún expediciones á las Villas.

Era la temporada de las llúvias, y con tal motivo tuvimos una trégua en las operaciones por parte del enemigo. Nosotros no podíamos descansar del todo, por cuanto el hecho de buscarnos la comida, constituía una constante vida de movimiento en todas las épocas.

Sobre la manera de sostenernos, era también inexplicable.

Cada cual tenía que buscarse su comida, y hacérsela, pues el Ejército no lo mantenía el *Estado*.

Así, que cuando nos acampábamos, comenzaban á salir del campamento las Comisiones, unas á buscar ganado, otras viandas, frutas &.

Mientras tuvimos reses que comer no estaba la cosa muy mala, desde el momento en que con carne en abundancia, aunque siempre fuera *asada en pinchos*, y algunas veces sin sal, era suficiente alimento para sostenernos.

Cuando se acabaron los puercos, las gallinas y las reses, entraron en turno las jutías y las béstias, y cuando ya no había nada de ésto fué cuando nos faltaba de todo, ménos el espíritu, la vergüenza y el amor á nuestra Patria que nos sostuvo hasta el final.

Carta número 27.

Una mañana, en cumplimiento de una órden de reconcentración, marchamos al Cuartel de la Brigada, donde me hicieron entrega de mi nombramiento de Capitán, grado y ascenso para el que fuí propuesto por mi Coronel, por el buen comportamiento en las últimas operaciones á sus órdenes.

Después se nos notificó que el Regimiento Villa Clara, al que yo pertenecía, lo habían destinado á operar dentro de la Brigada, pero por la parte de la trocha de Cienfuegos, donde tenían los españoles una bien fortificada línea militar, extensas zonas que dominaban por completo, y que defendían con gran cantidad de Guerrillas locales y particulares que se habian organizado para la defensa de aquel territorio.

Así fuè que dos días más tarde emprendimos la marcha, cruzando sin novedad las líneas que forman el triángulo, donde después de la *célebre reconcentración ordenada por Weyler*, establecieron la gran zona de cultivo enemiga.

Durante la marcha hicimos paradas en el Ingenio *Jova*, en *Santa Rosalía*. en *San Vicente* y la *Pica-Pica*, cruzando la primera línea, entre el Ingenio *Andreíta* y el pueblo de Cruces á la vista de los fuertes, que no dejaron de hacernos sus disparos sin resultado.

Nuestro rastro, que se cruzaba á menudo sobre el del enemigo, iba dejando claramente sus señales, ya cañaverales incendiados, ya cortadas las líneas telegráficas, ya destruído algún puente.

Pronto se puso el enemigo en movimiento y no pasaba un día sin que nos batiera.

Ya casi sin parque, se le ocurre al Coronel Fonseca tomar al pueblo de *Mordazo* situado en la línea de Cárdenas y Júcaro. Al efecto dispuso una noche el ataque.

Estábamos acampados en *Lajitas*. Acababa yo de

llegar de una comisión entre el Ingenio "San Lino" y Rodas, donde fuí en busca de parque y unas armas que debían sacarme aquella noche. Enseguida me notificó el Coronel su idea de atacar á Mordazo.

A mí, que no me gustó la operación, tal vez por presentimiento, ó porque venía cansado de mi viaje, se me ocurrió hacerle algunas observaciones á las que me contestó que si yo también estaba *encasquillado* [término que se usaba entre nosotros para aplicárselo á los que se acobardaban)

—Yo nó, Coronel. Vd. sabe que donde Vd. vaya voy yo, por valor ó por dignidad, así que hágase el cargo que de nada le he dicho, y vamos donde Vd. quiera.

Entónces me contestó. —Le digo á Vd. esto, porque ya veo que son muchos los que tratan de quitarme la idea de atacar á Mordazo, y tienen que saber que cuando yo hago la idea de hacer una operación, aunque sepa que me van á matar, voy—y ya lo he dicho y lo cumplo.

—¡A Mordazo todos!

Poco después emprendíamos la marcha para el lugar indicado.

Así que nos aproximamos, lo volví á llamar, porque á pesar de su graduación lo trataba con alguna franqueza.

—Coronel, dígame ¿Vd. conoce á Mordazo?

—No señor.

—Pues yo sí, y le voy á decir de lo que se compone.

En tiempos de paz, tenía solo una tienda, y los efectos que ésta tenía, no alcanzaban para un rancho nuestro.

En cuanto al botín de guerra que ahí pudiéramos cojer, no sería de ningún valor. Además está bien defendido y no tan fácil, como Vd. supone, se rendirán esos fuertes.

—Mire, capitán, á mi me entregan el pueblo, para que Vd. lo sepa, así es que no me diga más nada.

—Bueno, siendo así, menos mal, vamos allá.

En esto veo que llegan dos pacíficos y hablan con él.

Aquellos debían ser los entregadores ó confidentes.

Ya conoces algo el carácter valiente, temerario, generoso y confiado de mi pobre Coronel.

Poco después salió uno de los pacíficos y tras él nosotros, de infantería.

Empezaban á descubrirse allá en el horizonte los colores rojos que produce la salida de la luna, cuando está llena. Y nosotros abreviamos el paso para hacer nuestra entrada antes que su próxima luz nos alumbrara.

Marchaba á la vanguardia, de Jefe de la misma, el valiente Teniente Coronel Cárlos Mendieta, que machete en mano, seguía lleno de entusiasmo y valor al práctico pacífico.

Mendieta iba acompañado de escojidos Oficiales que se disputaban la entrada.

Detrás de la vanguardia y en una fila, marchaba yo al lado del Coronel con el resto de la fuerza.

Solo habían quedado unos diez hombres cuidando nuestros caballos.

La entrada teníamos que hacerla por una alcantarilla de la vía férrea, á una cuadra próximamente del pueblo.

Al llegar Mendieta y sus compañeros á la tienda, se apoderaron de ella. En aquellos mismos momentos llegábamos á la Alcantarilla nosotros.

El Teniente Coronel pudo evitar que los dependientes ocuparan sus *tambores*, pequeños fuertes situados á uno y otro extremo de la tienda, entablándose una lucha de arma blanca hasta que sonó un tiro, y otro y otro, que fueron los bastantes para descubrirnos.

Entonces los fuertes rompen el fuego sobre nosotros, al que contestamos con entusiastas *Vivas á Cuba*, y algunos disparos. Avanzamos sobre el pueblo en todas direcciones en medio de una granizada de balas.

El escándalo y la confusión pronto reinó, y mientras unos peleaban otros raqueaban &.

Con el barullo se rompió la lámpara que había en la tienda, quedando á oscuras todos los que había dentro, lo que dió lugar á natural trastorno.

Más de dos horas permanecimos dentro del pequeño pueblo en medio del constante fuego de los fuertes.

Durante ese tiempo salieron muchos de nuestros soldados cargados con su botín, consistente en ropas, calzado, víveres etc., hasta que habiéndose fijado en que nuestras bajas se aumentaban, llamé la atención al Coronel, que me hizo caso, y en el acto tocó el *pito*, que significaba la órden de retirada; pero en este momento y cuando aún no había separado de su labio el *pito*, vino una bala de Máuser que después de atravesar un tabique de madera, le entró al pobre Coronel por la ingle izquierda, saliéndole por debajo de la rabadilla, la que le produjo en el acto una hemoragia tan considerable, que cuatro horas después le causó la muerte.

Todo había terminado, muchos arrojaron los bultos que traían para sacar al Coronel que había perdido el conocimiento.

Cuando yo había encaminado ya á nuestro Jefe, me dispuse á hacer salir á toda la gente, nó sin que antes recogieran nuestras bajas que llegaron al número 17 entre los cuales teníamos seis muertos.

Herido hubo que al ser retirado entre cuatro de sus compañeros, con las piernas atravesadas de balas, fueron heridos nuevamente de muerte en la retirada, notándolo debido á las fuertes convulsiones de sus últimos momentos en que espiraban en nuestros brazos.

Con muchísimo trabajo pudimos reunirnos y empren der nuestra marcha, todo lo precipitado que el caso requería, con nuestras camillas de heridos bien acondicionadas.

Los muertos los llevábamos atravesados por delante de algún caballo con su ginete.

Allí cerca de la línea de Cárdenas y Júcaro, en los precisos momentos en que venía un tren de tropa de Cascajal, los enterramos con bastante trabajo, debido á que la tierra estaba muy dura y se dificultaba abrir las sepulturas. Hubo que hacer cinco, una para cada uno á petición de sus hermanos, pues todos los tenían en las filas.

Aunque la luna estaba como el día, parece que los viajeros del tren no nos vieron, porque no nos hicieron fuego.

Se me olvidaba decirte que en la tienda tuvo el Teniente Coronel Mendieta que matar á machete al práctico que llevaba, porque ya dentro de la casa le fué arriba con puñal en mano con el objeto de asesinarlo, lo que con el resultado que tuvimos tan fatal y la inmediata y contínua persecución del enemigo, nos hizo creer ó suponer que fuimos víctimas de una miserable entrega.

Como á las dos horas de haber salido, vinimos á encontrar agua en una laguna que tendría de profundidad á lo más una cuarta de agua depositada y enlodada. Esa nos sirvió para tomar nosotros, para curar lavando á nuestros heridos y para que éstos á la vez apagaran en algo la sed devoradora de que padecen siempre todos los individuos á quienes hieren.

Cuando con muchísimos trabajos habíamos caminado unas dos leguas, y ya empezaba á anunciarnos el día su proximidad con la salida del sol, hicimos una parada para organizar convenientemente la marcha y presentar al Regimiento el nuevo Jefe que se había hecho cargo de la fuerza, conforme lo mandaban las ordenanzas militares.

Yo, que entonces era Capitán Ayudante del Regimiento, les dije

Compañeros:

"Con el carácter del empleo que desempeño en esta fuerza, les hago saber que con arreglo á las ordenanzas, queda hecho cargo del Regimiento Villa-Clara hasta segun da órden el Teniente Coronel Cárlos Mendieta, por baja de nuestro Sr. Jefe.

Todos lo aceptaron muy gustosos y desde aquel momento fué nuestro superior,

Durante la marcha, continuaba en su camilla el Coronel Fonseca, á quien suponíamos dormido.

Al llegar á *Lajitas* lo fuimos á sacar para curarlo, y

entonces una voz llena de dolor exclamó: (era la de su asistente) ¡está muerto el Coronel! ¡qué fatalidad!

Tan pronto como nos convencimos marchamos á enterrarlo, y no habíamos aún terminado la operación del todo, cuando sentimos que el enemigo que nos seguía desde el amanecer, rompió el fuego en la guardia del rastro.

Era la columna del Coronel Segura que había venido en aquel tren la noche anterior, á cortarnos el paso para las lomas, donde calculaba que nos dirigiríamos en vista de la gran derrota.

Nunca pude saber si el enemigo en Mordazo tuvo bajas.

Al sentir nosotros el fuego, como estábamos con heridos y no teníamos parque, emprendimos de nuevo una tan forzadísima marcha, que nos obligaba á dejar á momento un caballo cansado.

La columna, que conocía perfectamente nuestra situación, tampoco perdía tiempo, así que cada vez que hacíamos una paradita para descansar algo, nos alcanzaba y nos batía.

En vista de esta tenaz persecución resolvimos dejar á cargo de los Prefectos nuestros heridos, así como alguna impedimenta, y ya más ligeros pudimos abreviar nuestra marcha hasta que nos sorprendió la noche, en que el enemigo se acampó y nosotros pudimos hacer algo que comer después de pasar cerca de treinta horas de movimiento, sin hacerlo.

Allá por unos montes llamados del *Ajosinado*, pasamos la noche sin tender nuestras hamacas ni desencillar nuestros caballos, debido á la proximidad del enemigo.

Serían las tres de la mañana cuando nos pusimos en marcha, pudiéndole ganar la suficiente ventaja para que no nos diera alcance.

Todo aquel día lo pasamos caminando hasta el anochecer, y dos horas después de pasar la línea nos acampamos en el Ingenio Jova, donde ya más confiados pudimos reponer algo nuestros estómagos.

Al siguiente día continuamos nuestra marcha hácia

el cuartel de la Brigada, con el fin de poner á sus órdenes el Regimiento y de darle conocimiento de todas las desgracias ocurridas.

También por unanimidad se acordó presentarle al Jefe de la Brigada la siguiente instancia, cuya redacción se me confió.

"Los Jefes, oficiales, clases y soldados del Regimiento de Caballería "Villaclara", en reunión celebrada el dia de hoy, en campaña, han acordado elevar á Vd. la presente instancia, solicitando:

1°—Que en vista de las desgracias que ha sufrido este Regimiento con los tristes y últimos sucesos en que la muerte puso fin á la vida de algunos compañeros, y á la del heróico y patriota Coronel Andrés Fonseca, suplicamos á Vd. influya con el Gobierno de nuestra República, con toda la fuerza de su merecido valer, para que sea sustituído el nombre de Regimiento "Villaclara" por Regimiento "Fonseca", pues aparte del aprecio que de él hacíamos y del profundo sentimiento que por su triste muerte guardamos, queremos como recompensa al sacrificio, como premio á su heroismo y como gratitud á su infinito patriotismo, que su memoria y su nombre sean indelebles entre los cubanos que sepan apreciar el mérito de los valientes y sentir la muerte de los héroes que se convierten en mártires.

2°—Que para sustituirlo se nombre Jefe efectivo del Regimiento al que lo es hoy interino, Teniente Coronel Cárlos Mendieta.

Y 3°—Que se nos conceda á todos una trégua de seis días para dedicarnos al descanso.

P. y L. &ª.

Carta número 28.

Cuando se venció el plazo de los seis días todos estábamos en el Cuartel de la Brigada.

Allí se nos hizo saber que en vista de la nueva organización que se pensaba dar á la Brigada, no podían complacer á lo que habiamos solicitado, por cuanto el Regimiento "Villaclara" desaparecería, para formar parte en los batallones de iñfantería que se iban á organizar en cumplimiento de órdenes superiores, y por cuya razón tampoco podía ser nuestro Jefe el Teniente Coronel Mendieta.

Esto dió lugar á que Mendieta, más tarde, pidiera su pase para la Brigada de Santa Clara, donde prestó grandes y meritísimos servicios.

Con la marcha de Mendieta decayó bastante el espíritu en el Regimiento hasta que poco después quedó disuelto, pasando sus plazas á formar la Infantería de Cienfuegos.

Yo, desde entónces quedé á las órdenes del Jefe de la Brigada, incorporado á su Estado Mayor.

A los pocos días tuvimos el fuego más grande que ha tenido la Brigada. El fuego del Hoyo de Manicaragua.

Una tarde supimos que fuerzas enemigas habían entrado en Manicaragua con un pequeño convoy.

Nosotros no teníamos parque, y parece que esta noticia llegó hasta el enemigo, que al siguiente día de su regreso, pensaba sofocarnos algo, sin contar como nosotros, lo que ocurrió aquella misma noche.

Venía del Cuartel General, del General en Jefe Máximo Gómez, una Comisión á cargo del Coronel Ernesto Font y Sterling: acababa de llegar, y era portadora de diez mil tiros para la Brigada.

A aquella misma hora comenzó á hacerse el repartimien

to, y à dar las órdenes oportunas para atacar al enemigo con una buena zurra.

A la mañana siguiente ya estabámos cada cual ocupando nuestros puestos.

El Teniente Coronel Alejandro Rodríguez [ya Coronel] nuestro Jefe, dispuso un bonito plan de batalla, de acuerdo siempre con nuestra táctica de Guerrillas; pero tan bien conbinado, que el enemigo se vió constantemente acosado con nuestras contínuas amenazas de cargas al machete, dando lugar á que se mantuviera siempre á la defensiva, formado en cuadro.

Nosotros, mientras le cerrábamos por completo el camino de Manicaragua, de donde había salido á las cinco de la mañana, le dejábamos franco el de San Juan de las Yeras, para que cayera en nuestras preparadas emboscadas y fuera contínuamente hostilizado hasta el pueblo.

Al llegar la columna al mismo Hoyo de Manicaragua se apoderó de un pintoresco palmar que allí hay, y convenientemente atrincherada tras de las palmas, se defendió heróicamente recibiendo nuestro fuego por todos lados.

Más de cuatro horas permaneció en aquella actitud, hasta que sintió fuego de cañón y se determinó á abandonar la posición, envalentonado al suponer que la Artillería partía de algún refuerzo que venía en su auxilio.

Entonces continuó su marcha, nó por caminos sinó por potreros, formado el cuadro. Su caballería le servía de flanqueos.

Nosotros, al oir el fuego de dos disparos de cañón, también nos sorprendimos, lo bastante para creer que un refuerzo enemigo nos amenazaba, y que venía desde luego á descomponer nuestro plan, cual era el de dar machete á aquella columna, que ya defendía mucho su parque, temerosa de que se le concluyera ántes de llegar al pueblo.

Pero asómbrate al saber que la Artillería era nuestra.

El artillero, un Coronel, había terminado un cañón que ya antes te he dicho estaba construyendo con las campanas ocupadas en varios Ingenios, y al sentir nuestro fuego tan fuerte, se preparó, cargó sus mulas y se dispuso á venir en nuestro auxilio.

Al llegar á una loma que ofrece buena posición colocó la pieza, y conocedor ya de la situación del enemigo, sin encomendarse á Dios ni al Diablo, ni pasarnos aviso á nosotros, hizo dos disparos.

El primero creyó el enemigo que era refuerzo para él; pero el segundo que hizo algún destrozo en la columna formada en cuadro, lo acabó de desconcertar, porque fué el mejor convencimiento que pudiera tener de saber que la Artillería era también enemiga.

Las fuerzas que defendían la pieza al mando del Coronel y constructor á la vez, del cañón, se componían de diez ó doce hombres con ocho mulos.

La columna entónces emprendió decididamente su marcha defendiéndose solo cuando nos tenía encima, y aguantando en cambio nuestros contínuos tiroteos.

El Coronel Rodriguez ordenó entonces al Comandante Arbolaez que con su Escuadrón le saliera por medio de una vuelta al encuentro, y en unos llanos que había después de pasado el río "Arimao", la cargara; pero al pasar éste el río, lo hizo tan cerca de la tropa, que ésta tuvo que hacerle fuego, dando la maldita casualidad para desgracia nuestra de caer muerto el Comandante Arbolaez, Jefe del Escuadrón encargado de hacer aquella operación.

Aunque la fuerza lo recogió y siguió su marcha, no pudo comunicar en el acto la noticia á nuestro Jefe, y desde luego ese entorpecimiento trajo graves trastornos á nuestras combinaciones, puesto que la carga por la vanguardia del enemigo no se dió á tiempo.

Resultado; que la columna estuvo en jaque desde las cinco de la mañana, hasta las 7 de la noche, hora en que pudo entrar en el pueblo, gracias á los buenos prácticos que llevaba.

Sus muertos los quemaban para que no los viéramos; sus heridos en considerable número con grandes trabajos eran conducidos, y cuando llegaron al pueblo escapados milagrosamente del filo de nuestros machetes, apenas si tenían parque.

Nosotros gastamos los diez mil tiros, y tuvimos 22 bajas, consistentes en 8 muertos y 14 heridos.

Entre los muertos estaban los valientes Comandantes Benigno Arbolaez, Wenceslao Caballero y el Teniente Juan O'Bourke, hijo de Cienfuegos.

La columna se componía de unos dos mil hombres.

Nosotros seríamos á lo más cuatrocientos ginetes.

No teníamos infantería.

Los españoles aseguraron después que se habían batido con Máximo Gomez, al frente de 5.000 hombres, y que escaparon milagrosamente.

Dos días después, tuvimos mas de 8,000 hombres per siguiéndonos por todas direcciones, con el propósito de ocuparnos el cañón.

El Coronel Rodríguez, Jefe de la Brigada, en vista de las contínuas marchas que teníamos que dar, ordenó nos fraccionáramos y se escondiera el cañón, que aún hoy en la fecha que te hago ésta, permanece en el mismo sitio, oculto entre las yerbas y las lomas.

Sin embargo; un día en que marchábamos el Jefe de la Brigada con solo su escolta y el Coronel Cayito Alvarez, nos atacó una de las columnas, disparándonos seis cañonazos de bala rasa, que poco faltó para que nos barrieran, alcanzándonos sus potentes y abundantes caballerías, con las que tuvimos que *enredarnos* al machete.

Allí también tuvimos sensibles bajas, como la del valiente Capitán *Lajero*.

El enemigo, debido á su número y potencia, no salió esta vez muy mal, por lo que insistía con tenacidad en perseguirnos.

Carta número 29.

Tan pronto como nos fraccionamos, fracasaron todos los planes y las combinaciones del enemigo.

Atravesamos el periodo de las llúvias y el mal estado de las operaciones por ambas partes fué muy contínuo.

Estuvímos por muchos días acampados en un mismo lugar, casi acuartelados.

Nuestros confidentes nos tenían al corriente del movimiento.

Un día iba yo en comisión para buscar ganado y tenía que pasar por Portrerillo; llevaba seis números por toda fuerza.

Al llegar á Potrerillo, dirijíme á ver á mi paisano y amigo Payán, donde como ya conoces, acostumbraba alguna que otra vez á tomar la mañana &.

El día antes había venido allí expresamente de San Juan, una pequeña columna enemiga con gran número de Guerrillas, y cometieron el más grande de los crímenes asesinando á trece padres de familia que eran los que constituían el pueblo.

Poco después llegaron los insurrectos al mando del Teniente Coronel Cañizares, é informados de que habían sido víctimas de una denuncia vil y miserable, trataron de castigar al canalla espía de los españoles que allí tenía que haber; pues estos pobres trece padres, que el que ménos tenía ocho hijos, habían sido denunciados como protectores de nosotros al Comandante Militar de San Juan, que ordenó el degüello de aquellos infelices que estaban llenos de miserias y de familia.

Pero asómbrate al saber que el traidor envilecido fué nuestro paisano Payán, quien nó solo fué el causante de ese crímen horrible, sinó que abrigaba la idea de entregar á varios Jefes y Oficiales entre los que me encontraba yo.

Estas noticias nos fueron comunicadas desde el mismo pueblo por un teniente de Guerrillas, que cubierto con el uniforme español, nos prestaba importantísimos servicios y en muchas ocasiones nos mandaba hasta parque.

Cuando los insurrectos se enteraron de quién era el culpable salieron en su busca, y al llegar á la casa de Payán, éste echó á correr, pero en vano, porque fué alcanzade y *ahorcado* en una guásima á la orilla del camino real.

En los momentos en que lo mataban, llamaba por mí para que fuera en su auxilio; pero yo no estaba entre sus matadores.

Luego recordé que la noche en que llegó allí la tropa á asesinar á aquellos desgraciados indefensos viejos, el que menos de más de 50 años, y algunos de 75, habíamos sido invitados por Payán para cenar un lechón con pan y con vino, invitación que no pudimos aceptar porque no nos concedieron el permiso que solicitamos, ni aún siquiera para avisarle que no podíamos asistir á su invitación.

Esta falta de contestación con seguridad que él la atribuyó á que iríamos.

Tal vez su plan fué entregarnos cenando, y como fracasó, hubo de culpar á los pobres vecinos que lo ignoraban todo.

Así fué que cuando me enteré de lo ocurrido, no quise ni ir á ver á aquella infelíz Rita, su esposa, por no ver ni las angustias de una mujer cuyo estado lo sería desesperado y desconsolador, ni á presenciar los cuadros de horrores que ofrecía Potrerillo, por el salvajismo de aquellos defensores de la soberanía de España.

Esas eran sus grandes operaciones, esas sus militares hazañas, saciar su ódio y rencor á Cuba, cebándose en sus víctimas y vertiendo sangre de cubanos sín importarles que fueran ó nó inocentes.

Los asesinos del 71, que mataban niños, eran los mismos asesinos del 96 que mataban viejos, los intrépidos y valerosos defensores del Gobierno de España.

Potrerillo desapareció, porque dos días después allí no quedaron más que los escombros de un pueblo que existió.

.....

.....

.....

.....

Vuelve tus recuerdos diez ó doce años atrás, para que juzgues lo que son los hombres.

Aquel Payán, que un día de fecha triste para nosotros, se puso frente á un grupo de cubanos para boicotear el establecimiento del padre de una familia de cubanos, porque negó su voto al *célebre* partido Autonomista en memorables elecciones, y cuyo boicoteo injusto hundió en la miseria á esa misma familia, fué diez años después ahorcado por los defensores de la Independencia de Cuba [en cuyas filas militaban hijos de aquella familia] y nada menos que por el delito de traidor á la Patria y asesino de sus hermanos.

¡Sublime contraste de la humanidad!

Carta número 30.

El día 3 de Octubre de 1896 me sorprendió la entrega que me hicieron de una carta tuya que fué la primera que recibí en campaña.

Por el conducto que vino, no lo supe; sí pude notar que el estilo en que estaba escrita era algo raro, tímido, como quien dice una cosa que no siente; tal parecía una obra ó un disimulo para que no me perjudicara si llegaba á mis manos estando en poder del enemigo, á fin de no comprometer al que fué su portador.

Resultado, que á mí me hizo un efecto malo, tan malo, que dió lugar á que te escribiera la siguiente carta que no sé si recibiste, y cuya cópia pude conservar.

EJERCITO LIBERTADOR

4° Cuerpo—2ª División—2ª Brigada—Cienfuegos.

GLORIOSOS CAMPOS DE CUBA LIBRE

Octubre 3 del 96

Querido hermano Pequín.

Eran muchos los deseos que tenía de saber de todos Vds.; esperaba con verdaderas ansias recibir carta de esa, y anhelaba conocer antes que otra cosa la opinión que de mí debían formar, cuando tomé la resolución de marcharme al campo de la Revolución.

Hoy ha llegado á mi poder tu primera carta y veo con pena cuanto les ha disgustado á todos mi determinación.

No hay que interpretarla de otra manera.

No me trajo á la guerra nada más que los honrados consejos de mi propia conciencia.

Este lugar para mí es santo, digno y honroso.

Aquí se encuentran los que por la libertad de su Pa-

tria no han dudado en sacrificar lo más preciado del mundo, aquello que sin disputa es lo más grandioso que hay sobre la tierra, la vida y las privaciones del hombre.

Tú sabes, tú lo recordaràs muy bien que mi situación en esa, si no llenaba los caprichos todos de un ambicioso, tampoco era desesperada, ni miserable: vivía, [aunque disgustado] con Vds., rodeado de las afecciones familiares, bastante bien considerado y satisfecho si se quiere, porque como Vds., cubría aquellas más perentorias necesidades que mi vida social me exigía.

No creas nunca que fué en México donde se despertó en mí el espíritu patriótico que puedes asegurar reina en mi corazón.

Cuando allí fuí ya iba resuelto á tomar parte en la Revolución por la Independencia de Cuba, de cuya ocurrencia me felicito cada un momento de mi vida.

A ir allí me obligó la circunstancia y el deber para mí sagrado, de ver á la pobre *Vieja*, de quien quería despedirme por si me tocaba morir y á la que en estos momentos contemplo desde aquí, gastada, enferma, triste, inconsolable, pensando no ya solo en mis privaciones sinó en las pocas probabilidades de mi existencia.

Allí, el deber de cumplir con ella y con mi Patria, luchaba en mi corazón y me consumía, me desesperaba.

Allí, si fué cierto me entretuve mucho, perdí preciosos días y acabó de confundirme y de rasgar mi corazón, algo que ya conoces y en que demostré mi gran abnegación y mi grandiosa fuerza de voluntad.

Aquí me tienes, pues, esperando en tus nuevas cartas ver letra de todos y en distinto estilo. Que yo vea en ellas, como reboza vuestro orgullo por tenerme aquí. Y no pienses nunca que he de volver á estrecharlos dentro de mis brazos, antes de que haya quedado enarbolada para siempre en Cuba, la bandera tricolor, la bandera de nuestra libertad á la cual he jurado defender hasta la muerte.

Yo adiviné cuando en esa estuve que tus ideas políticas eran las mías, y por eso me extrañó tu carta.

Ahora bien, su estilo, entiendo fué para establecer el disimulo á fín de no comprometer á nadie.

Perdona, pues, si así es, que te haya hecho ciertas observaciones.

Abraza á mamá y á María.

Carta número 31.

Por el mismo conducto escribí esta otra carta á nuestro amigo Cloridano Betancourt, de esa ciudad.

Querido amigo:

"A los diez meses de separación vengo á cumplir la oferta que te hice al separarnos, en una de las calles de la Habana, después da suculento almuerzo. Hasta allí fuimos compañeros de viaje, y mientras tú ultimabas tus negocios para volverte á México, yo emprendía la tarea que sabe Dios cuándo terminaré.

¡Qué distinta situación la nuestra!

Tú regresabas al seno de tu familia, donde te esperaban las caricias de tus hijos, el amor de tu esposa, la tranquilidad de tu hogar y las afecciones de esa Mérida, que yo bendigo, porque allí Dios y yo solo sabemos las luchas terribles de mis sentimientos, día tras día, hora tras hora, mientras en ella permanecí. A mí en cambio, ¡qué diferentes afecciones me aguardaban con los azares de una guerra horrible, desastrosa, donde no solo hay que combatir con los enemigos de nuestra Patria humillada, sinó con cientos de elementos perturbadores, que nos causan miles de disgustos, (pero que mi patriotismo me obliga á callar) con que tropezamos casi á cada paso, durante la

brosa senda que ha de conducirnos á aquel lugar que todos nos guía, que con tantas ansias anhelamos llegar, y donde al cangear por glorias nuestros sufrimientos de hoy, seremos verdaderamente felices.

La Patria! ¡Qué grande es lo que por ella se siente! A todo se antepone, á todos nos convierte y á todos nos arrastra, sin hacernos volver los ojos siquiera tras el rastro que en su derrotero deja, madres sin consuelo, esposas afligidas, hijos abandonados, cubiertos todos por el negro y rojo manto que como recuerdo indeleble les dejara la guerra.

Aunque desconoces la vida íntima de los que componemos la masa del Ejército que á España combate, debes conocer mejor que yo, [por la prensa] la crítica situación de los quijotes españoles.

Las perturbaciones de Filipinas, el sordo movimiento de los Republicanos de la Península, los vagos rencores de revueltas en la pequeña Antilla, algo que también ocurre por Melilla, la potencia de nuestro Ejército, las abundantes expediciones de pertrechos que contínuamente recibimos de vecinas tierras con verdadero éxito, las victorias de nuestros combates y los sucesivos ingresos en nuestras filas de indivíduos armados, procedentes del Ejército enemigo, te indicarán como á nosotros mismos, que muy pronto veremos realizada la obra sacrosanta del apóstol de la Revolución, obra que lo hará inmortal, porque en cada corazón cubano tendrá un altar quien su vida dedicó á libertarnos, quien supo morir en *Dos Ríos* por la Independencia de la Patria, dejándonos su ejemplo, que sabremos imitar todos los que aquí estamos dispuestos á morir, antes que consentir que la bandera de los crímenes manche de nuevo con su asquerosa sombra esta tierra de indios infelices, sacrificada, humillada y envilecida por esos tiranos impíos, sin alma ni conciencia, parricidas é infames opresores de mi Patria querida.

Pero el dia está próximo en que el mundo entero levante unánime el patíbulo universal, y en él, como criminales empedernidos, sean juzgados con asco y con despre-

cio, los asesinos de inocentes, los violadores de niñas indefensas, los ladrones de honras á mansalva que se cubren bajo un pabellón que, si en tiempos que ya pasaron mereció respeto para alguien, hoy ha de repugnar á los ojos de los pueblos cultos y á la vista de los hombres nobles.

Yo, que como muchos cubanos, me he criado entre españoles dignos, jamás los había odiado, y cuando me lancé al campo de la Revolución, no fué para vengar ofensas, ni para desahogar rencores; me trajo la noble idea de los justos; combatir al Gobierno retrógado que nos explotaba, oprimiéndonos con su tiranía, por medio de una lucha, aunque desigual en armas, generosa y humanitaria como saben hacerla los cubanos, demostrada más de una vez por Rego, Fonseca, Alemán, Campillo, por el General en Jefe y por otros muchos Jefes y Oficiales de nuestro Ejército, perdonando y poniendo en libertad á prisioneros enemigos, curando sus heridos, respetando y acariciando sus desertores, y rechazando todo aquello que á los pueblos civilizados envilece y nó imitando nunca á esa falange inhumana que se llaman soldados españoles.

Pues bien; sus infcuos procedimientos, sus horribles fechorías, y más que todo sus viles asesinatos, me han convertido por completo, haciéndome que á cada un instante de mi vida ansíe saciar mi furor con afilado acero, cayendo sobre los cráneos de los que no solo hoy, sinó siempre, serán acérrimos enemigos de todos los cubanos que sepan sentir la muerte de nuestros compañeros y hermanos y los agravios inferidos á los hijos de esta tierra.

Yo moriré quizá antes de verla libre, posible és, puesto que aún no hemos concluído; pero allí, en el lugar que mis compañeros destinen á sepultar mis restos, si pueden, (lugar que después también se olvidará) el adiós á mi Cuba repercutirá en las entrañas de mi tierra, y sobre mi fosa rebozará eternamente mi odio á los tiranos, y con ellos á esos cubanos indignos que sirven en la causa de sus armas.

No te estrañe que pueda disponer de este tiempo que te

decico, pues en estos primeros días de Octubre nos ha visitado un temporalito de aguas, que por consecuencia nos proporciona alguna calma en las operaciones, y de ahí que podamos acampar en medio de una relativa tranquilidad, à media legua del poblado de Manicaragua, en los desolados sitios que formaban sus ricos veguerío s.

En este momento, en que iba á comenzar á hablarte algo de mi vida de campaña, viene á llamar mi atención el toque de llamada dado por el corneta de órdenes del Cuartel General; suspendo mi larga y monótona carta que de seguro te hastiará, para ir á recibir órdenes y enterarme de la proximidad del enemigo, que de seguro vendrá una vez más á perturbarnos.....

.....

.....

La vista de una enorme columna que hácia Oriente se divisa, nos pone en movimiento.

Se mandan varias parejas á reconocerla y se toman todas las precauciones.

Pronto regresan nuestros exploradores, y una nueva sorpresa cunde por nuestros corazones.

Era el General Mayía Rodríguez, que procedente del Gobierno, venía convoyando un parque para repartir á las fuerzas de Occidente.

A la vez nos anuncian la proximidad del Brigadier Rafael Cabrera, con su expedición íntegra, una de las más grandes que á nuestras playas ha llegado.

Ojalá que no sea esta la última que te haga, y que pronto podamos, sinó almozar nuevamente en los lujosos Restaurants de la Habana, aunque sea comer en los de Mérida, las selectas tortillas Yucatecas, ó los sabrosos panuchos meridanos.

Saluda á los paisanos emigrados que bajo esa libre bandera se cobijan, que aunque triste, es más dulce emigrar que entretenerse con nuestros enemigos.

Carta número 32.

Ya habían pasado algunos días sin que tuviéramos noticias de ninguno de Vds. A continuación te cópio íntegra mi carta de fecha 15 de Octubre del 96; ella á la vez te servirá de relación de los últimos sucesos de esta época.

EJERCITO LIBERTADOR

4° Cuerpo—2ª División—2ª Brigada—Cienfuegos.

GLORIOSOS CAMPOS DE CUBA LIBRE

Querido hermano Paquín.

Como en una de mis anteriores te decía, continúo resignado á vivir sin saber de Vds. No sé á quien culpar, lo cierto es que en vano les escribo; nunca me contestan.

Estoy próximo á la Siguanéa, en unas elevadas y montañosas lomas, que se llaman las del *Ocuge*.

Tras varios días de cansancio terrible y de fatigas contínuas, aquí me tienes descansando en unión de las demás fuerzas, algo protegidos por las estratégicas posiciones que nos ofrece lo muy accidentado del terreno, pues tanto nuestra débil caballería, como nuestros descalzos infantes, bien necesitan de alguna trégua, debido á las forzadas marchas que han sufrido, gracias á la visita que en mala hora nos hizo nuestro General Mayía Rodríguez.

Como aquí no hay otra cosa de que tratar, no siendo que se relacione con nuestra vida de soldados, á fin de poder llenar esta carta voy á contarte algo de los últimos sucesos ocurridos, que me servirán á mí de argumento y á tí talvez de distracción.

No me rodéan comodidades como has de suponer.

Dos pequeños Guamá sostiénenme en mi vieja hamaca, y cúbreme la llovizna, que importuna como siem-

pre aquí en la guerra, tres paños de *filtros prensas*, cojidos en un Ingenio y que unidos forman mi casa de campaña.

A la derecha está pastando tranquilamente una mula, que por ahora me sirve de cabalgadura.

A la izquierda, bajo un pequeño rancho hecho de yerbas, prepara mi asistente, aunque con grandes trabajos por la escasez de leña seca, nuestra comida, que por lo que veo se reduce á tres costillas asadas, y de un viejo buey, sin sal, algo peladas, pues ya por estos lugares que siempre fué de los más ricos en ganado y viandas, vá escaseando algo la comida, como que ya se van haciendo sentir los estragos de la guerra.

Empiezo mi relato.

Estábamos acampados cerca de Manicaragua; escribía en aquellos momentos precisamente á nuestro amigo Betancourt, cuando después de la alarma natural que nos produjo la proximidad de una fuerza, nos anuncian la llegada del General Mayía. Un momento después marchábamos todos á sus órdenes hácia Guabinas, lugar donde estaba acampado el General. Al siguiente día la noticia del enemigo cerca nos puso en movimiento é hizo que tomáramos precauciones.

Ordena el General que ocupáramos varias posiciones y pronto nuestras fuerzas, que serían próximamente de dos mil hombres, estaban distribuídas en distintas líneas de fuego que formaban nuestro plan de defensa.

El enemigo, que se había aproximado bastante á nuestro campamento, desde unas elevadas lomas pudo reconocer nuestro número y las ventajas de las posiciones que ocupábamos, limitando su ataque á tirarnos desde muy léjos unos seis ú ocho cañonazos, sin resultado alguno.

El General entonces dispuso fuera hostilizada la Columna, con el fin de atraerla al campamento, pero todo fué en vano, porque el enemigo se retiraba en vez de avanzar.

Aquella misma tarde emprendimos la marcha.

El General deseaba ganar tiempo para llegar cuanto antes á Occidente, donde le llamaba el cumplimiento de órdenes superiores, consistentes en reforzar al General Maceo que se encontraba sumamente perseguido.

Entre las órdenes que traía Mayía, una era llevarse á Pinar del Río el mayor número posible de fuerzas, así que todas las que á su paso se encontraba las incorporaba.

Aunque el viage era penoso y expuesto, yo iba sumamente contento. En aquella situación y en esta época era gloriosa la marcha de un contingente á Occidente.

Marchaba á la vanguardia el Regimiento de Caballería *Gomez*, que mandaba el Coronel *Cayito* Alvarez, á continuación el Regimiento "Expedicionario", después la infantería Oriental, tras ésta, la Brigada de Cienfuegos, y á retaguardia uno de los Regimientos de Caballería de ésta, el *Yaguaramas*.

Junto con la Brigada de Cienfuegos marchaba el General, su escolta y Estado Mayor.

Un momento antes de llegar á la loma se divisó una caballería, y como resultó ser enemiga, ordenó el General que le fuésemos á la carga.

Inmediatamente suena el clarín y avanza el Regimiento *Gomez*, pero que por mucho que corrió no pudo dar al cance á aquella partida de cobardes que huían á la desbandada.

Como estábamos casi á la vista del pueblo de la Esperanza, pronto se pusieron en salvamento.

Era la guerrilla de este pueblo que por allí operaba, pero que, como todas, solo perseguían *majases* ú hombres indefensos, con los cuales entablaban sus célebres combates.

Reunido á la fuerza de nuevo el Regimiento que cargó, continuamos nuestra marcha.

Média hora después atravesamos la línea entre fuerte y fuerte, sin que nadie nos estorbara el paso.

Aquella noche acampamos en la *Pica Pica*, donde nos amaneció.

Ya estábamos dentro del triángulo que forman las lí-

neas de Cárdenas, Sagua y Cienfuegos, y en el lugar más peligroso del mismo.

Al romper los claros del siguiente día, alegraban nuestros Campamentos los repetidos toques de Diana que nos despertaban. Aquella confusión de clarines y cornetas insurrectas nos llenaban de alegria porque ello significaba nuestra potencia.

Poco después el cornetín de órdenes nos anunció la nueva marcha, que emprendimos en el acto, llegando á las once de la mañana al Ingenio "El Çolorado", donde pensábamos hacer el primer rancho.

Se dispuso acampar y cuando todos nos preparábamos para empezar á hacer de comer y ya estaban colocadas todas las guardias, sentimos unos tiros casi en el campamento mismo, por una de las guardias.

Por mucho que ésta se defendió, fué arrollada por el empuje de una numerosa caballería enemiga, y cuando vinimos á ver la teníamos dando machete en medio de nuestro Campamento.

Como casi todos estábamos regados buscando cada cual su comida, ó leña, agua, &', fuimos verdaderamente sorprendidos, y allá, como se pudo, reunió el Coronel *Cayito* unos sesenta ginetes, y con ellos contracargó al enemigo, celebrándose una verdadera lucha sangrienta, nó de hombres, sinó de fieras.

Al arrojo nuestro se contuvo algo aquel enemigo, cuyo plan era estudiado, y mientras *Cayito* se batía al machete limpio, se le iban incorporando los Escuadrones nuestros que llegaban á reforzarle, hasta que se consiguió hacer huir á la caballería enemiga á la que después se le cargó y se le dió machete.

Pero el enemigo estaba tan bien preparado que caímos en una de sus emboscadas, que nos hizo un gran destrozo porque nos mató algunos ginetes y muchos caballos.

Entonces retrocedimos con *Cayito* todos los que escapamos y á él nos habíamos incorporado, y cuando llegamos al Campamento encontramos que el General Ma-

yía tenía dispuesto un plan de batalla, en el cual debía la Infantería jugar un buen papel.

Ya se había retirado toda la impedimenta y junto á ella habíamos mandado los heridos que trajimos.

Después de varias evoluciones, vuelve á atacarnos el enemigo, pero entonces ya nos encontró prepara dos para la defensa y tuvo que sostenernos uno de los más grandes fuegos de aquella zona.

Nuestras líneas bien combinadas no les permitían el avance y sufriendo grandes pérdidas de hombres y caballos nos sostenían el fuego.

En esta situación continuamos por espacio de tres horas, hasta que el enemigo resolvió retirarse.

Ya, cuando esto sucedió, nosotros teníamos más de cuarenta y cinco bajas y acababan de herir de dos balazos en la pierna buena al General Mayía, que á pesar de estar herido lo ocultaba y continuaba dando órdenes.

Nuestra infantería se portó admirablemente imitando al Ejército Regular en sus evoluciones.

El enemigo supimos después que había tenido ochenta y dos bajas.

Reunidas nuestras fuerzas nuevamente, enterramos once muertos, y colocados en camillas los heridos que la necesitaban, emprendimos la marcha hácia San Márcos.

Ya cerca de este pequeño pueblo, situado en la línea, nos informamos que en ella nos esperaban al cruce considerable número de fuerzas enemigas, en vista de lo cual ordenó el General Mayía contramarchar hácia Cienfuegos.

La enorme impedimenta que nos hacían las trece camillas que llevábamos no nos permitía continuar la marcha á Occidente, y mucho menos estando el General completamente inútil. Además, era sumamente peligrosa la marcha en aquella situación, sin exponernos á tener que pelear mucho.

Aquella contramarcha de cuarenta y nueve horas con-

tínuas de camino, jamás mi pluma podrá describirla; fué la más penosa que he hecho en mi vida.

La noche que nos hizo fué espantosa; el terreno en su mayoría era cenagoso, ni la luz de las estrellas nos favorecía, y aquellas aguas enlodadas y apestosas por las que atravesábamos daban constantemente á las rodillas de nuestros infantes, lo que hacía más difícil la conducción de las camillas.

Pasos había en los que nuestros caballos más débiles se resistían, quedando unos enterrados en los pantanos, otros abandonados por sus ginetes, que preferían continuar á pié, botando todo aquello que no siendo armas y municiones, les estorbaba para la marcha; pero no fué solo el mal estado de los caminos y el consiguiente cansancio lo más calamitoso de la contramarcha, sinó que teníamos que pasar el río de Sagua, que crecido como estaba, ofrecía un gran peligro no sólo para las camillas sinó para cada soldado: mas no quedaba otro remedio; fuerzas enemigas seguían nuestro rastro y teníamos que ganar tiempo adelantando camino por la noche, hora en que las tropas no marchaban por temor á las emboscadas.

El paso de las camillas era lo más delicado y preciso, se buscaron aquellos caballos más fuertes y se escojieron entre los soldados los más animosos y decididos.

Tras inmensos trabajos y rudas fatigas, cayéndose aquí un caballo y mas allá un ginete, se hizo el cruce de las camillas, sobre los hombros de los soldados montados y levantando las hamacas con las manos, hombres á pié, de los más altos, á fin de que no se mojaran nuestros heridos. Antes que ellos, habían pasado unos mil hombres debido á lo cual la barranca de salida, que era muy pendiente, estaba resbaladiza y peligrosa.

Pero era poco, muy poco, lo sufrido hasta entonces; no bastaban los trabajos realizados; quedaban, pues, otros más graves.

Se nos había concluído la noche y llevábamos una hora de día próximamente; ya había acabado de pasar la última camilla y comenzaba á hacerlo nuestra infante-

ría, cuando ¡oh, desgracia! teníamos que retroceder, había que repetir todos los trabajos pasados, con más prontitud, con ménos tranquilidad, cuando ya ni hombres ni caballos tenían ánimo ni fuerzas para nada.

Nuestra vanguardia había roto el fuego con el enemigo que á hostilizarnos en el paso del río venía, y miéntras los de vanguardia se batían, nuestros camilleros y nuestros hridos, llenos de la serenidad y la calma que situaciones como aquellas exigían, repetían su obra *romana*, sufriendo trabajos sin cuento en medio de aquella confusión.

Yo había pasado con el Estado Mayor de la Brigada de Cienfuegos, antes que las camillas, y al retroceder ví que una de ellas quedaba por pasar y estaba médio olvidada ó abandonada, más que por otra cosa por la confusión que reinaba en aquellos momentos en que hasta allí llegaba la voz que corrían nuestros compañeros de *arréen*, *adelante* que el enemigo avanza.

Gruesos grupos de hombres llegaban amontonados y se avalanzaban al río sin pensar que por huir del peligro que ofrecía el enemigo con su carga, caían en otro mayor cual era el de caerse y ahogarse en el rio.

Yo no quise hacer el cruce hasta que no conseguí pasar aquella camilla, que guardaba á un compañero, y á ello me dispuse de la manera siguiente:

Atravesé mi mula en la boca del paso de entrada, único por el cual podíamos hacer la retirada, pues no era posible cruzarlo por otro lugar, desenvainé mi machete y dije; cumpliendo órdenes del General, de aquí no hay quien cruce hasta que no hayan pasado esa camilla.

Avancen cuatro de los que mejores caballos tienen, y á cruzarla.

En medio de aquellas perturbaciones mi órden se cumplió; la camilla con grandes trabajos fué puesta en salvamento; aquel día el respeto á mis tres estrellas valió para salvar á muchos que á no ser por mí, hubieran perecido unos en el río, otros con el enemigo.

A pesar de los gritos de nuestra gente recomendando

que cruzáramos pronto, yo no permití el paso sinó uno á uno, y esta demora, como quiera que no había más paso, obligó à los últimos en gran número á que colocaran sus emboscadas y pelearan tenazmente de infantería, al extremo de que hicieran retroceder al enemigo, nó sin sufrir nuevas bajas.

A un Teniente le dí la órden de que al pasar el río colocara una buena línea de fuego, cosa de protejer nuestra retirada y así lo hizo.

Me iba pesando haber tomado la iniciativa de dirijir el paso, por cuanto la fuerza se alejaba y mi mula no era béstia en la que había que confiar para una retirada; sin embargo, había empezado y tenía que terminar la obra.

Cuando toda la gente pasó mandé á avisar á las emboscadas que ya no sostenían fuego, y con ellos crucé el río nó sin grandes trabajos, porque los mulos no son apropósito para esos casos.

Tras de nosotros venía la línea de fuego que para proteger nuestro cruce yo había dispuesto.

Como dos leguas nos llevaría de ventaja el grueso de la fuerza, y con tal motivo arreábamos para unirnos.

No puedo precisarte á qué distancia dimos con el nuevo paso, pero sí que este no fué tan penoso como el primero.

Unas horas después atravesábamos de nuevo la línea de Cienfuegos, entre la Esperanza y Ranchuelo, casi por el mismo rastro nuestro.

Al llegar á Ramos ya no teníamos ánimo para continuar; nuestra gente caía de sus arrenquines dormidos al suelo, nuestros descalzos infantes se tiraban rendidos de cansancio, preferían morir ante la imposibilidad de continuar marchando: 107 pacíficos que habíamos obligado á cargar camillas, nos mostraban sus hombros ensangrentados y sus piés despedazados, á fin de que hiciéramos alto á la marcha.

En vista de esta horrible situación el General desde su camilla ordenó se acamparan las fuerzas allí mismo, y en el mismo órden de marcha que se traía, con el objeto de

emprenderla de nuevo tan pronto se descansara algo, pues el enemigo era de suponer nos siguiera.

Allí, entre el hambre terrible que teníamos y el sueño que sentíamos, venció el último.

Nuestro cuerpo no buscaba hamacas, ni comida, ni casa, ni nada; allí sobre húmedo espartillo nos tiramos hasta el amanecer del día siguiente en que el sol se encargó de despertarnos alumbrando con su luz aquel cuadro horrible, en que el cubano demostraba una vez más su heroísmo, su sacrificio por el inmenso amor á su Patria.

Al toque de cornetas, volvimos á prepararnos para continuar la marcha.

Tres columnas nos seguían por distinto rumbo, en vista de lo cual dispuso el General se repartieran las camillas en distintas direcciones acompañadas de pequeñas fuerzas, y así marchando unos con una dirección, otros con otras, nos fraccionamos.

Como el enemigo tuvo confidencias de que llevábamos en camilla al General Mayía, hizo cuantos esfuerzos pudo por darnos alcance, mas nuestra estrategia y astucia por un lado, y la forzada marcha que realizábamos por otro, no les permitió el logro de sus deseos.

Después se encontró con más de doce rastros en distintas direcciones, y como no adivinaría cuál era el del General, hasta allí duró el interés que tenían.

Perdidas las esperanzas de quitarnos á Mayía, nos dejaron tranquilos.

Puestos los heridos todos en salvamento y llevado el General á las lomas del Cordovanal, á cada fuerza se le ordenó el descanso.

Entonces la Brigada de Cienfuegos marchó á tomar las inexpugnables lomas del Ocuje.

Aquí, mientras nuestra caballería se repone, y los pobres ginetes se restablecen, me entretengo en hacerte esta carta.

No te extrañe la abundancia de enemigos por este tiempo y por aquellas zonas; son las únicas que guardan alguna riqueza y en las que se propone el General Weyler re-

sistir y hacer sentir más su dominio; por allí cada línea es una trocha, cada pueblecillo un castillo, en cada pacífico, encuentro un traidor y á cada paso que damos somos, como fuímos, vendidos, por cuanto que luego supimos que el enemigo hacía un día que emboscado nos esperaba; solo que no fuímos por el camino por el que ellos creyeron que nos dirijíamos al *Colorado*.

De esto tenía conocimiento toda aquella gente pacífica y no hubo uno que nos diera aviso de nada.

No te podrás quejar por esta vez; ahora, asómbrate de que si quisiera escribir todos los días no me faltaría argumento para hacerlo; esta es la guerra, por eso es tan terrible.

A mamá que siempre la llevo en mi alma, que sus recuerdos no se separan de mí un momento, que su imagen la llevo en mi pecho, que ella aquí es mi religión.

Carta número 33.

Cuando las tropas que nos perseguían regresaban hácia los distintos pueblos de la comarca, salimos de los montes del Ocuje para irnos á acampar á "Pueblo Viejo"

Allí había algo más que comer, porque tanto la vianda como el ganado se conseguía con más facilidad.

Al siguiente día de estar en el nuevo Campamento se recibió una de las noticias más agradables para nosotros.

Que acababa de llegar por la costa Sur, y muy próxima á Cienfuegos, una valiosísima expedición.

Nosotros, que teníamos gran número de desarmados, y que nunca habíamos recibido ninguna expedición, ya puedes figurarte cual fué nuestra alegría.

Un verdadero acontecimiento fué aquel desembarco á las puertas casi de Cienfuegos, puesto que el faro del puerto se veía claramente desde el lugar donde estaba el cargamento.

Por esta causa era urgente marchar en auxilio de dicha expedición, por cuya razón ordenó el Jefe de la Brigada marchasen con él tres Escuadrones de los más descansados, pues la jornada no solo era muy larga, sinó que el camino era penoso, por lo accidentado del terreno que había que cruzar para llegar á la costa.

Se pasó aviso á las Brigadas más cercanas para que vinieran en busca de armas y parque.

La expedición había entrado por la boca del río "San Juan"

Allí se reunieron gran número de insurrectos, y á fuerza de tiros pudieron salvar gran parte del cargamento, pues como el barco expedicionario tuvo fuego con un cañonero, éste avisó á Cienfuegos y enseguida vino un gran

número de fuerza enemiga, con el propósito de ocupar el cargamento.

El fuego que se sostuvo fué reñidísimo, se peleaba con interés, con entusiasmo y sobre todo con parque, mientras otras fuerzas, los prefectos, rancheros y un gran número de mujeres, se ocupaban en esconder en el monte las cajas de parque y armas.

Todos los expedicionarios se salvaron y solo ocupó el enemigo unas cuantas cajas, que cuando llegaron aún estaban en las orillas del río.

Nuestro barco también se salvó.

El enemigo, tan pronto tuvo en sus manos algo que pudiera justificar la carga de la expedición, en vista del nutrido fuego que recibian, retrocedieron llenos de orgullo para llevar á Cienfuegos la noticia de haber capturado la famosa expedición que habíamos tenido el atrevimiento de desembarcar á la vista de Cienfuegos.

He de decirte que los españoles que allí fueron, eran valientes, porque fué mucho arrojo el llevarse lo poco que se llevaron, envueltos en llúvias de balas.

Nuestras fuerzas, después, cada una se iba retirando con su carga.

Hombre hubo que murió de cansancio.

Poner en salvamento por aquellas pendientes lomas cajas de armas y de parque, dinamita y cañones, era verdaderamente una difícil empresa.

Para encontrar agua que se pudiera tomar había que caminar mucho.

La comida no faltó, aunque bien escasa, debido á que la expedición traía carne y galleta.

Venía con la expedición el valiente é intrépido Coronel Fernando Mendez, que con aquella eran nueve las que desembarcaba en las costas de Cuba.

En ella venía á su frente un General de la guerra pasada, de apellido Betancourt. También vino José Mª Coronado que fué Director del periódico "La Discusión", sus pendido por Weyler.

Por esta época, mandaba el 4° Cuerpo de Ejército el

Mayor General Serafín Sanchez, y á las noticias de la expedición llegó á la Brigada de Santa Clara, acampándose en el Marino donde habia ordenado una reconcentración de las fuerzas á su mando, para repartir convenientemente la expedición y disponer importantes operaciones.

Unos días despues estábamos con el General, la Brigada de Santa Clara, la de Cienfuegos y fuerzas de Remedios, Trinidad y Sancti-Spíritus.

Con el General Sanchez, estaban los Generales Carrillo y Rafael Cabrera, y dos miembros del Gobierno, Domingo Mendez Capote y el Dr. Eusebio Hernandez, todos prestigiosos Jefes de la Revolución.

Terminado el repartimiento, cada fuerza marchó á su destino.

El General Sanchez regresó á Sancti-Spíritus, pero tan desgraciadamente, que al llegar á las "Damas" tuvo un encuentro en èl cual después de ganada la acción una bala enemiga le atraviesa, arrebatándole la vida.

Su muerte causó un verdadero desconcierto.

El duelo cundió por todos nuestros corazones.

La revolución había perdido una de sus mejores figuras.

La patria uno de sus más decididos defensores.

Y nuestro Ejército un Jefe cariñoso, culto, valiente y generoso.

Carta número 34.

La Brigada de Cienfuegos acampó de nuevo en Pueblo Viejo, y el mismo día sostuvimos fuego con fuerzas enemigas que llegaron despuès á Manicaragua.

La tropa que adivinaba, debido á la reciente expedición que estaríamos parqueados, rehuía el combate y en vez de regresar por el lugar que la esperábamos, para darle una buena batida, se fué por el camino de Villa-Clara, por cuya causa se nos escapó.

Poco, muy poco fué el parque y las municiones que se nos entregaron, debido al gran número de fuerza que vino á recibir algo; además el General Sanchez creyó que nosotros habíamos ocultado parte del cargamento para disponer despues de más elemento.

Los cañones, que fueron dos, los mandaron [illegible] medios y Sancti-Spíritus, que era donde había [illegible] infanteria.

Por estos días pasè un ataque de paludismo que me hizo sufrir mucho, y con tal motivo, me recogí algo en un raucho que había en el mismo Campamento. Allí había también enfermo uno de los expedicionarios que acababan de llegar, y al que habiéndole preguntado algo sobre el viaje, me hizo la siguiente relación.

"A los siete días de haber salido del puerto de Paswich, costa de Nueva York, en unión de 35 compañeros, llegamos á las playas de Cuba. Cerca de la bahía de Cienfuegos nos alcanzó un cañonero, al que le hicimos dos disparos de cañón y retrocedió.

Ya era de noche y entonces, sin que nos vieran, por que no llevábamos luz, entramos por el río "San Juan" que está bien próximo á Cienfuegos.

A poco de entrar hicimos alto, y entonces los cuatro botes que traíamos se encargaron de trasbordar á tierra al cargamento y á nosotros.

Los botes dieron varios viajes por causa de que se internaron más, río abajo.

Las armas, así como el cargamento en general, fueron escondidos por los expedicionarios cerca de un kilómetro monte adentro, lugar donde se depositaban provisionalmente.

Una pequeña parte había quedado en las orillas del río, que el cansancio de la gente no permitía retirar á tiempo.

Los cañoneros no cesaban de vigilar la costa, y á su pesar pudo escapar después del desembarco, nuestro buque.

Treinta y seis horas hacía que estaban en tierra, cuando se les presentó un Prefecto á reconocerlos, el cual tan pronto se enteró de lo que ocurría, salió en busca de fuerza para protejer y auxiliar la expedición, y mientras se avisaba á las fuerzas armadas, iban llegando rancheros, mujeres, viejas, &., que con bastante entusiasmo trabajaban ocultando pertrechos.

El cargamento se componía de

500.000 tiros.

1.100 armamentos largos.

1.000 de dinamita.

200 machetes.

1 cañón de tiro rápido.

1 cañón de nuevo sistema para lanzar bombas de dinamita, y otros objetos de infantería.

Durante la travesía no tuvimos novedad; pero el encuentro nuestro con un cañonero y los dos disparos que le hicimos, hizo caer en sospechas al enemigo que no cesó de buscarnos, hasta encontrarnos, casi por imprudencia de la guardia, que hizo luz cerca del río, llamándoles con esto la atención á una de las lanchas cañoneras que por el río había penetrado. Esta hizo unos disparos de cañón, y como fué contestado por la guardia, regresó enseguida, volviendo al amanecer con gran número de fuerzas de infantería de Cienfuegos, que allí desembarcaron, ocupando lo que á las orillas del río había quedado, ape-

sar del incesante fuego que se les hacía por los 35 hombres que allí había.

El fuego de cañón que el enemigo hizo era aterrador, porque pasaron de 300 disparos que dejaban tronchados los gajos de los árboles.

La bravura con que nos batieron no se puede calificar sinó de salvaje, y sin embargo, era tan brillante nuestra posición y tan bien atrincherados estábamos, que no tan solo contuvimos el enemigo hasta que vinieron Vds. á roforzarnos,sinó que no nos pudo desalojar de nuestras posiciones.

Lo que pasó después, Vd. lo sabe; hubo que pelear mucho para que desistieran del propósito de llevárselo todo."

Esta fué la relación que me hizo el quinto que acababa de llegar.

Ahora, si tú te dieras cuenta de la impedimenta que encierra en sí una expedición del tamaño de ésta, comprenderías el trabajo que costaba el poderla salvar.

Yo continué enfermo, la fiebres no me dejaban, poco á poco me fuí debilitando y el exceso de quinina que tomé fué tal, que me produjo una disintería que poco faltó para que acabara conmigo.

En esos días la noticia del enemigo cerca en gran número nos hizo mover.

Yo, en una de las jornadas, me resistí à caminar.

Me tiré en el suelo y al pié de un árbol me acosté. Allí, permanecí sobre 20 horas en que el dolor y la debilidad se apoderaban de mi ánimo, de tal manera, que no podía moverme.

Estando en esta situación pasó el Coronel Joaquín Rodríguez Jefe del Regimiento de Caballería "Yaguaramas", que al verme en el estado que me encontró dispuso me recogieran y me llevaran á su casa, donde fuí objeto de todas las atenciones por su señora que me aplicó cuantos remedios encontró, que á su juicio podían aliviarme.

Al fin, á fuerza de una rigurosa dieta de diez días, du-

rante los cuales no tomé nada que no fuera cocimiento de flores de malvas, pude conseguir alivio.

Por esta época ya se había dictado por el Gobierno de Weyler la criminal orden de *reconcentración*, tras la cual venía él con la pequeña columna de 20,000 soldados barriendo los campos con la tea, destruyendo los sembrados y asesinando niños inocentes é indefensas mujeres.

Una vez restablecido algo de mi enfermedad me incorporé á las fuerzas de la Brigada, y como estábamos en periodo de organización me destinaron al Regimiento de Caballería "Yaguaramas", con el mismo grado de Capitán y el empleo de Ayudante del Regimiento.

Ya en mi nuevo empleo, salí con el Coronel Joaquín Rodriguez rumbo á la "Guacacoa"; allí nos acampamos todo el Regimiento.

Nuestros campos se trasformaron de la noche á la mañana con la órden de reconcentración.

Profunda tristeza me causaba ver el estado en que se encontraba aquella rica y floreciente sitiería, que fué en un tiempo la mejor de la zona de Cienfuegos.

Ya estaba completamente desolada; donde antes hubo casas solo quedaban escombros aún humeantes, entre los cuales se conocía que habían ardido los muebles de la casa, á juzgar por los restos de máquinas de coser y otros como calderos rotos etc.

Las familias, mientras unas marchaban con las tropas para el pueblo, otras huían abandonándolo todo para el monte, donde se ocultaban y se convertían después en verdaderas insurrectas.

Las gallinas y los puercos fueron á parar á manos de los guerrilleros y soldados, y las siembras eran completamente destruídas.

La obra del infanme Weyler era sitiarnos por hambre, quitarnos los pocos elementos que los pacíficos nos daban y acabar con las familias que, como cubanas al fin, tenían que producir cubanos.

La reconcentración de familias lo mismo en el pueblo

que en el monte, trajo terrible epidemia de paludismo que tantas víctimas causó en todo el país en general.

Por esta época casi estábamos imposibilitados de operar; nuestro Regimiento tenía el 75 por 500 de enfermos, de fiebre, y el resto de la gente apenas si alcanzaba para buscarles ganado, para su alimentación.

Escuadrones nuestros quedaron en claro, era muy grande el número de los que morían.

Yo volví á recaer y tan mal me ví, que pedí un permiso para alejarme de la Brigada, que creí estaba infestada.

Como me lo dieron, marché á la parte norte de la Isla hácia la Brigada de Sagua.

Con tal motivo me incorporé á la pequeña escolta que tenía el entonces Administrador de Hacienda Teniente Coronel Saturnino Lastra, y con él estuve unos quince días.

Después, aprovechando los ofrecimientos de un compañero, vine hácia el "Jobo", donde se conseguía con facilidad leche en abundancia y alguna medicina.

Unos doce días estuve alimentándome bien y tomando medicinas.

Corría diariamente grandes riesgos, porque por aquella parte operaba mucho la guerrilla de Cifuentes.

Noches hubo en que llegábamos hasta los alrededores de los pueblos cercanos, como Mata, Calabazar ó Cifuentes, y siempre se conseguía algo.

No recuerdo haber pasado un solo día sin que tuviera algún susto mientras estuve por allí. Cuando no nos sorprendían durmiendo, lo hacían mientras comíamos.

Nunca colgué mi hamaca, siempre dormía dentro de los cañaverales y sobre la paja por lo regular húmeda.

Al fin, un día nos atacan gruesas columnas en distintas direcciones, que venían asesinando á aquellos campesinos que habían desobedecido la órden de reconcentración, y con tal motivo nos arrojaron hácia el Sur.

Entonces, ya me encontraba muy repuesto, resolví mar

char nuevamente á Cienfuegos é incorporarme á mi Regimiento.

Así lo hice, y cuando allá me dirijía hube de reunirme á varias comisiones que venían de Vuelta Abajo y que se dirigían al Cuartel del General Máximo Gomez.

Un poco antes de llegar al Ingenio *Berdugón*, nos encontramos con una caballería enemiga, que al pechar con nosotros, nos cargó al machete sin tirarnos un tiro.

Nuestras fuerzas se componían entre las cinco Comisiones que venían, de unos treinta hombres, de ellos quince armados.

El enemigo era considerablemente numérico.

Cómo escaparon mis compañeros nunca pude saberlo porque jamás los he vuelto á ver.

Yo, solo te diré que me guié por mi asistente, y él se encargó de ponerme en salvamento.

Al siguiente día estaba en la Brigada de Santa Clara, en el Cuartel General del General Monteagudo.

Allí, enterado de que el movimiento del enemigo era general y en abundancia, quise esperar que se despejara algo el campo, y con tal motivo me pasé en el Cuartel dos días hasta que al atacarnos el enemigo nos hizo mover de sitio.

Aquel día peleó la Brigada de Santa Clara tenazmente, haciéndole al enemigo considerables bajas.

Después del fuego, seguí mi marcha, y al siguiente día llegué al Cuartel de la Brigada de Cienfuegos.

Ese mismo día me encontré con dos noticias nuevas para mí. Una el traslado del Coronel Alejandro Rodríguez para la Provincia de la Habana, á quien habían ascendido á Brigadier.

La otra: que el nuevo Jefe de la Brigada lo era el ya Brigadier Alfredo Rego, que se encontraba bastante restablecido de su terrible herida

Tan pronto tomó posesión Rego, del mando de la Brigada, ordenó que el Regimiento *Yaguaramas* pasara á la zona de éste nombre á realizar la campaña de invierno, ó sea la de quemas de caña, y por ese motivo, como yo

era Ayudante de ese Regimiento, al siguiente día nos pusímos en marcha á las órdenes del Coronel Joaquín Rodríguez.

De este Jefe, he de hablarte poco, pero en ello no tendré palabras con que elogiártelo.

Era de los valientes por dignidad, amable y cariñoso con sus subalternos, tenía un corazón de oro, como amigo era intachable, como compañero excelente.

Salió á la guerra desde el 95, hizo la gloriosa invasión á Occidente, á la vanguardia del General Gomez, y regresó en la misma forma.

Cuando con él venía, al llegar á Yaguaramas le organizó y entregó un Regimiento el mismo General Gomez, y lo ascendió á Coronel.

A la hora de ponerle nombre á ese Regimiento, se acordó el General que en aquel mismo lugar donde se hallaban se había librado en la pasada guerra el célebre combate en que murió el valiente General Reevé (á) el Inglés. Y con tal motivo puso al Regimiento el nombre del combate:—*Yaguaramas.*

Pues bien; ya con la órden de marchar á Yaguaramas, y después de arengarnos el General Mayía, que allí se encontraba bueno de sus dos últimos balazos, emprendimos la marcha.

Carta número 35.

Era por los primeros días del mes de Febrero de 1897. cuando hicimos nuestra primera jornada, acampándonos en las orillas del Hanabanilla.

Al siguiente día dormimos en "Lomitas", donde dimos un día de descanso á nuestra caballería.

Así que cayó la tarde, aprovechando la oscuridad de la noche, atravesamos las líneas del triángulo, sin otra novedad que la de un carro blindado que encontramos en nuestro camino, y que con seguridad protegía algún corte de caña.

Al llegar á la "Guchanga", descansamos otro día. Habíamos recorrido gran distancia.

Después, atravesando por "Lajitas", "Soledad" y "Guano Cana", nos encontramos en "Las Medidas", próximo al pueblo de Rodas.

Allí nos fraccionamos y cada Comisión tomó su rumbo.

Dos días más tarde, quedaron incendiados los campos de caña de *San Lino, Lequéitio, Trinidad, San Agustín, Santa Catalina, San Isidro y Constancia.*

El día 19, todos nos reunímos en "Arroyo Corrales" mientras las tropas enemigas se multiplicaban en nuestra busca, aterrados por el devorador incendio que á un tiempo barría con las cañas todas de una riquísima y bien defendida demarcación.

De allí atravesamos las sabanas de Yaguaramas, y pasando la línea entre "Jaguey Chico" y Aguada de Pasajeros llegamos á Cayo Palmar, donde nos acampamos después de cruzar por Cocodrilo y el Rosario.

Aquella misma noche ardieron los campos de "Perseverancia" y el "Indio".

Un día después nos encontrábamos ya en terrenos de

"Palma Larga" Centro que había de ser de nuestras operaciones.

Allí se acampó la fuerza, y nosotros ó sea el Coronel y yo, nos fuímos á los montes de Olvea, donde debíamos encontrar una Prefectura, cuyos empleados nos pondrían al corriente, no sólo de la costumbre del enemigo, sinó de las condiciones del terreno para facilitar nuestras operaciones.

Llegamos al fin, y en un mal rancho nos encontramos con un sin número de hombres enfermos y pálidos, en cuyos rostros se revelaba el hambre y la miseria que pasaban.

Casi todos estaban desnudos.

Pronto nos informamos de todo lo que ocurría.

Entre otras cosas nos comunicaron que allí no había más Jefe que el Comandante Desiderio Mato [este era conocido por el tuerto Mato, que llevaba 14 años en el monte, de bandido] que no respetaba á nadie y que no hacía más que asesinar y robar, que todos los insurrectos le tenían mucho miedo, y que nadie se atrevía ni aún siquiera á dejar de cumplir el más insignificante de sus caprichos.

En fin: que era el dueño y señor de aquella zona, y que se imponía á todos los Jefes que por allí pasaban, que más de una vez había dicho que á él ni el General Gomez lo mandaba, y por lo tanto se había hecho temible.

Ya enterados de sus condiciones y antecedentes, recibimos un parte en que se nos denunciaba el último de sus asesinatos, aún reciente, y en tal virtud me ordenó el Coronel Joaquín Rodríguez le formara el correspondiente sumario y procediera conforme á la moral de la Revolución y á la justicia de los hombres.

Enseguida, cumpliendo sus órdenes, me hice cargo del asunto, y á cada momento venían á denunciarnos nuevos crímenes, á tal extremo que llegó á merecernos el calificativo de Mónstruo, con el cual había que proceder enérgicamente.

Pero el hombre tenía muy mala fama y había que an-

dar con pies de plomo; no se podía errar el golpe, primero porque ya enemigo declarado, daría su trabajo no solo el castigarlo sinó el capturarlo.

Mientras la causa seguía su curso regresamos á nuestro Campamento, y se hicieron varias operaciones, como extracción de ganado &.

El día 23 ya estaban terminadas todas las diligencias del sumario, y decreté no solo la prisión de él, sinó la de su hermano también, que estaba complicado en casi todos los crímenes.

Con este motivo dispuso el Coronel Joaquín Rodriguez marchásemos hácia la Ciénega, lugar donde ellos residían, y campo de operaciones de sus crímenes.

Llegó el momento de prenderlos y nadie se atrevía, porque ya era público que ambos habían dicho que el que fuera algún dia, por alguna causa á prenderlos, tendría que matarlos primero.

Yo, que ya estaba significado en la causa contra ellos más que nadie, porque fuí el Juez Instructor, tenía como era natural más interés que otro en su captura y castigo, por cuanto con seguridad sería víctima de sus feroces venganzas, si llegaban á escapar de la mano de la justicia, por cuya razón puse todo lo que pude de mi parte para llevar á vías de hechos lo que la causa arrojara, y el consejo de guerra que los juzgara, sentenciara.

El Coronel Rodriguez puso á mis órdenes diez números de mi confianza, y me ordenó la prisión.

Con ellos emprendí la marcha hácia la casa de los *Mato*.

En el camino me enteré que junto á él estaba su hermano Bernardo, y que á ambos acompañaban de diez á doce hombres que formaban su escolta.

Vivían en *Tierra Bermeja*, y para llegar allí teníamos que pasar una estrecha y larga vereda, en la cual nos sorprendió la noche.

Cuando estábamos próximamente á la mitad de ella nos dan el *Alto, quién vá*, y luego pude ver á Bernardo Mato que afortunadamente venía solo.

La suerte me iba favoreciendo.

Allí mismo quedó preso el referido Bernardo, hermano de Desiderio el Comandante.

Como comprenderás, fué sorprendido, no imaginaba que íbamos por ellos.

Retrocedimos; y de él le hicimos entrega al Coronel Joaquín Rodriguez, que dispuso su custodia en el acto, y que había quedado acampado allí próximo, con el resto de la fuerza.

El número de hombres con que habíamos entrado se componía de veinticinco solamente.

Yo continuè mi marcha hácia "Tierra Bermeja", don de llegué.

La casa de Mato era un bien hecho bohío de guano, donde tenía de todo, y en el cual le acompañaba su querida, sus hijos, su médico, su Secretario y su pequeña escolta.

La estrecha vereda terminaba allí; parece que fué hecha exprofeso para llegar á su casa únicamente por aquel camino y no tener que poner más que una guar dia

Tan pronto me sintieron acercar, una voz de trueno me dió el ¡Alto, quien vál y después de ser reconocidos como cubanos me mandaron á avanzar.

Ya yo tenía á mi gente preparada y cada cual sabía el papel que tenía que representar.

Todas las precauciones que tomáramos resultaban pocas comparadas con la clase de hombre que era Mato, por su valor, por su astucia y por lo desconfiado que era debido al hábito de toda su vida.

Al llegar frente á la casa nos desmontamos. Esta estaba situada en medio de una gran tumba de monte sembrada toda de boniatos.

Después de echar pié á tierra recorrí con mi vista más de 18 caras de fieras, que en muy mal traje asombrados nos miraban.

Yo no conocía al Comandante Mato, y á varios tuve que preguntar quién era.

Llegué al fin frente á la puerta de la casa y allí me salió un hombre alto, tuerto, con un pañuelo en la cabeza y con una cara tan grave que imponía su vista y su presencia.

Estaba armado de rewólver y de machete, de cuyas armas nunca se separaba desde tiempo inmemorable.

—¿Vd. es el Comandante Mato? le pregunté:

—Si señor—qué se le ofrece, me contestó.

—Pues bien, Comandante; yo vengo comisionado por el Coronel Joaquín Rodriguez para solicitar de Vd. un poco de parque, pues con motivo de un fuego que tuvimos nos hemos quedado sin un tiro.

—*Yo no tengo parque, y si lo tuviera lo querría para mí, no se lo daría á nadie.*

Estas sus palabras fueron dichas con un acento grosero y estúpido.

Te confieso que el hombre solo con su tipo y sus estilos amedrentaba á cualquiera.

En aquel momento me dí cuenta de la razón que tenían todos en aquella zona para temerle.

Redoblé mis precauciones y dí un golpe de una manera admirable en la siguiente forma:

Bien, Comandante; permítame que yo entre á la sala, que quiero descansar sentándome un poco; y acompañando la acción á la palabra, penetré en la sala, haciendo mi entrada entre el Comandante Mato que estaba parado en el quicio de la puerta y una de las hojas de ésta.

Naturalmente, al volver yo la cara á su frente tuvo que dar su espalda á la puerta, y esto bastó para que dos de mis mejores hombres lo agarraran uno por cada brazo, en los momentos en que yo ponía en su pecho la boca de mi rifle y le decía: ¡Como Vd. se mueva, lo mato!

A la vez, mis otros soldados decían à derecha é izquierda "¡nadie se mueva!" apuntando con sus armas á todas direcciones.

Y todos, cual si obedecieran á un resorte eléctrico, dimos á un tiempo nuestro golpe.

Allí hubo dos minutos de sepulcral silencio.

Ninguno de ellos se daba cuenta de lo que les pasaba, y nadie se movía ni replicaba.

Sres., les dije: ante que todo sepan Vds. que somos cubanos: lo advierto para que no cometan Vds. una imprudencia.

Yo he venido aquí á cumplir una orden superior, y esta es la de prender al Comandante Mato.

Si me he valido de esta sorpresa es porque ustedes conocen mejor que yo su carácter, y no siendo así, no hubiera sido posible el hacerlo.

Entonces aquella gente que hasta aquel momento nos había tomado por enemigos, respiraron y quedaron tranquilos.

Miéntras, el Comandante Mato vociferaba, me insultaba y hacía titánicos esfuerzos por escapar de sus dos opresores.

En vano le amenazaba con matarlo si se movía y hablaba; era peor; á mis amenazas contestaba—máteme Vd. que matará á un hombre.—Suélteme Vd. que me voy á fajar á los machetazos con todos ustedes juntos: ¡compañeros!, gritaba á los suyos, no me dejen matar de esta manera, que estos me van á asesinar, vengan en mi ayuda, no sean cobardes.

Pero nadie se movía; ya mi gente á todos los había desarmado cumpliendo mis órdenes, y en uno de los rincones de la casa permanecían absortos y mudos, contemplando el cuadro que á su vista tenían y que no comprendían.

En tanto la familia y los chiquillos lloraban y gritaban escandalosamente.

Yo, que desconfiaba de todos, dispuse amarraran á Mato, y cuando me convencí de que estaba seguro, lo dejé que hablara lo que quería y me fuí á consolar á su concubina y á sus chiquillos.

—Señora; no se impaciente, al Comandante no le pasará nada, yo no haré más que llevarlo vivo donde se me ha ordenado, cálmense ustedes y confíen en que la justicia será la que de él dispondrá.

En vano venían á suplicarme su Médico y su Secretario, que solicitaban por lo menos que lo soltara.

No me es posible, les contestaba; tengan ustedes en cuenta la clase de hombre que es este; el grado máximo de su ignorancia le hará cometer un disparate, y yo no quiero ni exponer mis soldados ni tener que matarlo, porque he ofrecido llevarlo vivo.

Cuando ya todos estaban conformes, menos él, que por momentos se enfurecía como el León que se vé entre jaula y no encuentra entre sus garras la presa que desea, dispuse se preparara la marcha.

Hubo que montar á Mato en una mula y llevarlo amarrado á ella, todo á la fuerza, pues se resistía hasta á dar un paso; solo pedía que lo matáramos allí mismo, á nadie oía, á nadie respetaba, á todos nos insultaba.

Después de grandes luchas pudimos salir y tomar de nuevo la vereda, no sin antes llenarnos de precauciones.

Dos horas después hice entrega del Comandante Desiderio Mato, al Coronel Joaquín Rodríguez.

Aquella misma noche se celebró el Consejo de Guerra compuesto por un Tribunal Militar que lo formaban Jefes y Oficiales.

El Médico de Mato fué el defensor de los dos.

Un capitán de nuestro Regimiento, el Fiscal, que pidió la pena de muerte para ambos.

Presidió el Consejo el Comandante Manuel Almeida.

El defensor estaba tan convencido de la culpabilidad de sus defendidos, que apenas si pudo pedir misericordia para ellos.

La causa era tan negra que no tuvieron salvación posible.

A la mañana del siguiente día, 24 de Febrero de 1897, [á los dos años completos del comienzo de la Guerra] y á las siete de una mañana hermosa, ante un numeroso público compuesto de rancheros y empleados civiles y militares de la República, fueron pasados por las armas los que en vida se llamaron Desiderio y Bernardo Mato.

El cuadro estaba imponentísimo.

En los rostros de los espectadores no se revelaba ni la compasión ni la lástima á aquellos desgraciados. Estaban pálidos, sí, pero pálidos de temor, porque aún después de muertos les parecía ver á aquel par de mónstruos cometer nuevas infamias.

Ellos, por celos, habían asesinado á un Oficial del Ejército, á machetazos, y su cuerpo lo quemaron después.

Ellos, teniendo viandas en abundancia en sus casas, dejaban morir de hambre á nuestros pobres heridos que tenían la desgracia de internarse allí en busca de salvación.

Ellos, titulándose dueños y señores de aquella comarca aislada, robaban á padres amantísimos sus hijas más preciadas.

Ellos autorizaban cortes de leña y de caña mediante una fuerte contribución que apercibían, sin que el Estado ni las fuerzas se beneficiaran en nada.

Ellos no cumplían ninguna orden superior.

Ellos, por último, infringían todas las leyes, las de la moral y las del Gobierno de nuestra República.

Apesar de ser yo el Juez Instructor de aquella terrible causa, me tocó también mandar el cuadro.

En medio de un pequeño Sabanetón, rodeado de montes, se colocaron los reos que con un valor extraordinario,después de haber oido leer sus sentencias y de confesar públicamente sus delitos, se dispusieron á morir tranquilos como si esperaran siempre que aquel fuera el triste fin de sus vidas.

A ocho pasos de los reos se colocaron ocho tiradores y un Oficial.

Antes de mandar á hacer fuego leí en público y en alta voz la sentencia del Tribunal.

Pregunté si alguno de los presentes tenía que hacer alguna observación que favoreciera á los reos, y todos á una me contestaron que *ninguna*.

Entonces dí un "¡viva al Ejército!" y otro "¡á la justicia!", que fueron contestados con atronadoras voces de alegría.

Después, una señal á la que siguió una mortífera descarga.....Los hermanos Mato, aquellos empedernidos criminales habían dejado de existir: todo concluyó para ellos aquel día memorable.

Carta número 36.

La zona de Yaguaramas sufrió una gran transformación con la desaparición de aquellos hombres feroces.

La causa fué remitida al Jefe de la Brigada, entonces Brigadier Alfredo Rego, y más tarde recibió el Coronel Joaquín Rodríguez cartas de felicitación del General Gomez, del General Mayía Rodríguez, del General La Rosa y del Jefe de la Brigada.

De manera que el General en Jefe, el Jefe del Departamento, el Comandante General de Matánzas y el Jefe de la Brigada, respectivamente, aprobaron el procedimiento y se alegraron del fallo.

Reunidos nuevamente con la fuerza dispuso el Coronel que una parte al mando del Capitán Diego Morales, marchase hácia las "Charcas" y atacara un corte de caña que allí había é incendiara despuès sus campos.

Mientras, nosotros marchamos con el mismo objeto á la Colonia "La Magdalena"

Ambas operaciones se realizaron, nó del todo satisfactoriamente, porque costó la muerte, la de las "Charcas", al valiente Capitán Diego Morales, después de haber

macheteado á los movilizados y de haber incendiado los campos.

La nobleza de su corazón le costó la vida.

Había hecho un prisionero, no lo quiso matar y se conformaba con darle un culatazo con su rifle. en los momentos en que éste huyó, disparándole en su fuga un tiro tan certero con su remington que le causó la muerte en el acto.

Sus compañeros dieron alcance á su matador, y tambien pagó con su vida la muerte del Capitán.

Murió el pobre Diego como un valiente, gritando ¡viva Cuba!

Las llamas del incendio de aquel día, se encargaron de alumbrarle la Gloria; su muerte fué para nosotros un ejemplo.

Morir por Cuba era nuestro deber.

Nosotros, en el ataque á "La Magdalena", fuimos más afortunados: le dimos machete á doce guerrilleros, ocupamos varias armas y nos quedamos con sus magníficos caballos que estaban muy bien habilitados.

Nos llevamos catorce yuntas de bueyes y quemamos siete carretas junto con aquellos hermosísimos campos de caña.

Sostuvimos un fuerte tiroteo; pero con la gran suerte de no sufrir novedad alguna.

En vista de estas dos últimas operaciones, el enemigo se reunió en gran número y trataba de atacarnos.

Nosotros, que éramos pocos y apenas teníamos parque, resolvimos emboscarnos.

Escondimos nuestros caballos y nos dispusimos á pelear de infantería en el carril de Palma Larga.

Hacía pocos días que en aquel mismo lugar se había emboscado una pequeña fuerza de Infantería, que castigó tan fuertemente al enemigo, que éste no se atrevía á penetrar descuidadamente por aquellos carriles de montes.

En vano estuvimos emboscados día y noche; el enemigo recorrió las sabánas pero no se acercó á nosotros.

Por aquellas tierras abunda mucho el mosquito de to-

das clases, y son tan bravos que á veces se hace imposible el resistirlos.

Yo me he pasado muchas, pero muchísimas noches en teras sin dormir, y sé de casos en que los mosquitos han contribuído á precipitar la muerte de un indivíduo que carecía en absoluto con que taparse.

Después de pasar aquellas terribles 24 horas sin comer ni beber, emboscados, resolvimos marcharnos.

Como el Coronel tenía que despachar varias comunicaciones ordenó que la fuerza marchara á Palma Larga, y él conmigo y dos asistentes nos dirijimos á casa de un ranchero, que como tenía familia, debía con seguridad disponer de algunas comodidades para que pudiéramos escribir y ponernos al día.

Estábamos precisamente á 4 de Marzo, día en que tantas esperanzas teníamos desde hacía tiempo de que terminaría la guerra, pues sin saber el fundamento, entre nosotros fué voz que circuló con el carácter de verídica.

Emprendimos nuestra marcha hácia la citada casa, en la que ya nos esperaban, á virtud de un aviso que dos días antes habíamos mandado.

El dueño de la casa tenía sus confidentes en el pueblo, á quien fué á ver con el objeto de que le facilitara algunos víveres, con los cuales poder obsequiar y atender al Coronel Joaquín Rodriguez y á su Ayudante el Capitán Sanjenís, que íbamos á pasar un día en su casa para escribir, que éramos los màs importantes Jefes de la zona y que deseaba atendernos.

Nuestro hombre parece que consiguió su propósito, porque el día que llegamos nos atendió en el almuerzo, con arroz, tasajo, pan, vino, café y tabacos.

A mí, no dejó de llamarme la atención todo aquel banquete, pero pensé y le dije al Coronel:

—¿Qué le parece á Vd. cómo se cuidan estos *majases*?

—Esto no me gusta ni un poquito me contestó el Coronel.

Cuando esto conversábamos, viene el viejo de la casa

á la carrera y medio gago del susto que había pasado, y completamente turbado nos dice:

Los.....los.....los.....sol.....sol.....dados.

En el acto nos levantamos y pudimos enterarnos con el viejo, de que al ir á buscar leña al monte pudo observar que à diez pasos de la vereda de salida, estaban emboscados los soldados, á quienes pudo ver perfectamene sin ser visto de ellos.

No había tiempo que perder, aquello con seguridad era un lazo, yo estuve por matar en el acto al ranchero que así nos había vendido, pero quise dar lugar á exclarecer primero el hecho, y al ver que la familia y él huían monte adentro, llegué á pensar que podía habernos vendido inocentemente.

Llamamos á nuestros asistentes y les ordenamos tomaran con nuestros caballos rumbo opuesto á los soldados, y monte á monte se pusieran en salvamento, ellos con nuestros caballos, diiciéndoles el lugar donde después debíamos reunirnos.

Nosotros á la vez lo hicimos por otro rumbo, y de esta manera logramos burlar al enemigo que en vano esperaba emboscado para sorprendernos á nuestra salida.

Ya ves cuán expuesto estuve á perecer en manos de aquellos infames el día 4 de Marzo, precisamente cuando todos abrigábamos grandes esperanzas de que en este día ocurriría algo que nos favoreciera.

Los soldados españoles cuando se cansaron de estar allí, se marcharon conformándose con hacer solamente aquella operación que fracasó, y la cual pudo haberles dado un buen resultado, con solo matar al Coronel Joaquín Rodríguez y á mí.

El movimiento del enemigo continuó por unos días algo activo y por consecuencia nosotros tuvimos que fraccionar nuestra fuerzas.

Con tal motivo nos quedamos el Coronel y yo con una pequeña escolta, que se componía de asistentes, asimileros &.

El ganado se nos había concluído, las viandas estaban difíciles de conseguir, y por lo tanto pasábamos unos días muy mal de comida, por cuanto sufrimos hambre.

Una tarde llegó un auxiliar de una Prefectura muy práctico en el terreno aquel y nos dijo:

Si hay fuerza que me acompañe, yo la llevo donde podemos cojer bueyes atacando un corte de caña que lo custodian unos doce ó quince movilizados.

El Coronel entonces en vista de que teníamos práctico, me ordenó arreglara una fuercesita con los asistentes y preparara de acuerdo con el práctico el golpe y lo llevara á vías de hecho.

Así fué; organicé entre asistentes y empleados de las Prefectura una fuerte columna compuesta de veintidós valientes montados en *caballejos*.

Los formé y arengué convenientemente, los llené de ánimo y resueltos todos marcharon á mis órdenes.

Estaba con nosotros el Comandante Manuel Almeida que ofreció ayudarme, en vista de lo cual dividí la *columna* en dos, entregándole á aquel diez hombres que marchaban por un flanco mientras yo con el resto lo hacía por otro.

Ya las tropas habían retrocedido y solo podíamos temerle á alguna que otra guerrilla de las que por allí operaban.

Como á las diez de la mañana emprendimos la marcha hácia la colonia "Cancelo" del Central "Perseverancia"

Llegamos por fin al corte de caña en los mismos momentos que empezaban á trabajar ó sea después de la una de la tarde.

La sorpresa fué completa; cuando nos vieron encima nos dieron los movilizados el "¡Alto, quién vive!" al que contestamos "¡España!" para confundirlos más, y así que los tenfamos al alcance de nuestros caballos les cargamos.

El desguazo fué completo; enseguida estábamos mez-

clados guerrilleros, movilizados, trabajadores é insurrectos.

¡Machete! era la única voz que se oía.

Diez minutos después, quedaban sobre aquellos campos catorce cadáveres de enemigos á quienes ocupamos sus armas. Eran de infantería.

Los bueyes, en número de treinta, fueron safados y conducidos por ocho números enseguida al Campamento.

Pudieron salvarse algunos movilizados que se refugiaron en una tambora que bajo tierra tenían y en la cual se defendían como bravos.

A éstos no insistí en atacarlos, no solo porque era exponer mi gente de caballería, sinó porque hecha ya mi operación cual era la de llevar bueyes, todo lo demás era innecesario.

Salvar los bueyes era lo que me preocupaba por aquellos momentos; por eso mandé retirar la boyada para ganar tiempo, pues era de suponer viniera enseguida refuerzo de guerrillas, como en efecto vino.

Mientras los que llevaban los bueyes se acercaban al Campamento, me quedé con el resto de la fuerza dando candela y protegiendo á la vez el botín de la acción.

Como á la media hora de estar allí, vimos llegar la guerrilla del ingenio "Eulalia"; pero todo el furor que traía se le quitó cuando vió el cuadro de muertos á machete que se encontraron en el campo donde atacamos.

Nosotros nos habíamos retirado unos diez cordeles hácia la sabana por el rastro de los bueyes.

Allí nos vió la guerrilla perfectamente desplegados, y aunque pocos, pues éramos unos quince, en actitud dispuesta á la pelea.

Pronto nos rompen el fuego desde lèjos, al que contestamos con un fuerte tiroteo, que tan pronto les causó dos bajas retrocedieron.

Entonces nosotros continuamos nuestra marcha, seguros ya de que aquellos cobardes no nos seguirían.

Como á las ocho de la noche llegamos al Campamento. . . . . .

Allí nos felicitó á todos el Coronel Rodríguez, y yo á la vez le recomendé el buen comportamiento de todos los que me habían acompañado.

A las diez de la noche estábamos todos comiendo carne fresca.

Yo no tuve que lamentar baja alguna, ni aún siquiera la más mínima novedad.

Dos días más tarde quedaron incendiados los campos de "Las Guásimas", "Eulalia" y "Carreño", y tiroteados sus fuertes.

El día 17 de Marzo fuimos á reunirnos con toda la fuerza del Regimiento que la teníamos citada para atacar el corte de caña de la Colonia "Horquita", del Central "Constancia".

La operación la realizamos con éxito bastante.

Desde las primeras horas de la madrugada estábamos emboscados, para lo cual tuvimos que caminar toda la noche.

Dejamos pasar todas las carretas y los trabajadores, y cuando llegó la guerrilla que los custodiaba, le atacamos, cargándoles en el acto al grito de ¡Machete! y ¡Viva Cuba!.

Ellos, que fueron sorprendidos, emprendieron la fuga dejando algunos sus caballos y tirándose dentro de la caña.

Como estaban cerca del batey, pronto pudieron cojerlo y ponerse en salvamento, no sin ántes dejarnos dos muertos á machete, cuyos Máusers ocupamos, así como sus caballos y equipos.

La boyada quedó en nuestro poder. Se componía de sesenta bueyes.

Después, la candela aplicada á la caña se encargó de barrerlo todo, pues el viento que hacía nos favorecía tanto, que apesar de la humedad la paja ardía admirablemente.

Dispuso el Coronel que los bueyes se internaran en la Ciénega y nosotros nos acampáramos en Palma Larga.

En esta operación tampoco sufrimos novedad.

Carta número 37.

Con estas contínuas operaciones, todas con tan brillante éxito, unidas á las muchas buenas que también realizaba el 2° Jefe del Regimiento Teniente Coronel Casimiro Clavero, en la zona de Soledad, tuvo el enemigo que tomar sérias medidas, pues la guerra jamás se había hecho sentir de aquella manera en esa rica comarca de Cienfuegos, donde al mes de nuestra llegada no había una caña verde parada en toda ella.

Los españoles pidieron grandes refuerzos é hicieron que las fincas aumentaran sus guerrillas y movilizados, para emprender ellos activa campaña de persecución contra el Coronel Rodríguez, que tenía asolada á la zona de Yaguaramas, y contra el Teniente Coronel Clavero que había aterrado á la de "Soledad".

Pronto el General Weyler dispuso de quince mil hombres que contínuamente y en todas direcciones nos batían y nos perseguían, y no nos quedó más remedio que regresar á las lomas, no tan solo por la abundancia de enemigo que nos seguía, sinó porque no teníamos parque.

Además, nuestra campaña estaba terminada, el objeto principal estaba hecho, cual era las quemas de aquellos fértiles campos de caña, para hacer sentir así más fuerte el brazo de la Revolución.

Los soldados españoles penetraron después en la Ciénega, donde había más de doscientas familias, que con ellas acabaron llevándose unas para el pueblo y asesinando á las más, después de violar las niñas y de quemarles las ropas, muebles y casas.

Fueron tantos los crímenes que aquellos infames cometieron con aquellas indefensas familias cubanas, que no quisieron reconcentrarse en los pueblos, marchándose á vivir á los montes, que ni mi pluma puede describirlo, ni yo quiero recordarlo ni mencionarlo, puesto que to-

dos saben ya cómo andaba el crímen en el periodo Weyleriano.

Nunca hicieron los españoles campaña más tenaz que por esta fecha.

En cada una de las entradas de la Ciénega construyeron un fuerte, hasta el número de catorce.

Convirtieron las costaneras en una verdadera trocha, y por un tiempo fueron ellos los dueños de aquella zona.

A principios de Abril, regresábamos nosotros con todo el Regimiento, á rendir cuenta de nuestras operaciones al Cuartel General de la Brigada.

El Brigadier Rego nos recibió cariñosamente, felicitándonos á todos por el buen éxito de nuestras operaciones.

Sin embargo, insistía el Brigadier Rego en que volviéramos á Yaguaramas, y para el objeto me comisionó á mí á que marchara al Cuartel General del Jefe del 4° Cuerpo, General Mayía Rodriguez, y le expusiera á éste la necesidad de operar en aquella zona, donde el enemigo se había apoderado de todas las familias por falta de fuerzas que las defendieran.

En cumplimiento de esta orden marché rumbo á Oriente con cuatro números por escolta.

No con pocos trabajos pude llegar cerca de Sancti-Spíritus, donde me encontré con el General Mayía, á quien dí cuenta de la comisión que llevaba.

El General no pudo complacernos facilitándonos parque ni refuerzo, por cuya razón tuve que regresar sin ellos, que fué lo que allí me llevó.

Como la jornada era tan larga, les dí dos días de descanso á los caballos, y ese descanso por poco me cuesta la vida porque me encontré en un fuego muy grande que tuvo Mayía, y en el cual nos hicieron los españoles muchas bajas.

Terminado éste, regresé y no pude llegar al Cuartel de la Brigada, por haberme enfermado al llegar á la casa donde vivía la señora del Coronel Rodriguez.

Por escrito remití al Brigadier mi comisión, á la vez que le dada cuenta del estado de mi salud.

Yo, que me sentía muy malo quise quedarme en aquella casa, nó solo porque allí fué donde me sentí enfermo, sinó porque además de estar muy oculta la casa entre el monte, podía contar con la bondad de la familia que allí vivía, que era la del Comandante Sarduy, junta á la cual estaba la señora del Coronel Rodriguez, quien á la vez se encontraba también enfermo.

El Coronel sufrió por más tiempo que yo el rigor de una penosísima y grave enfermedad, de la que por algún tiempo quedó medio loco y de la que escapó milagrosamente.

Yo sufrí mucho, y más de una vez me velaron aquellas infelices mujeres, cuyo patriotismo era tan grande.

Hubo dias en que perdí el conocimiento, viniendo á ser mi salvación, después de la constante y buena asistencia de aquellas dos mujeres, que nunca olvidaré, la visita del Dr. Esperón y las diligencias que hizo el entonces Capitán Abelardo Rodriguez, Jefe que era de Comunicaciones, que me consiguió las medicinas necesarias, acudiendo á los patrióticos Clubs de Cienfuegos.

La clase de enfermedad que tuve fué una enteritis que me tuvo en estado grave cerca de dos meses.

Mi convalescencia fué delicadísima y difícil por cuanto que mis alimentos se componían de frutas, especialmente de mangos, que por esta fecha abundaban.

Durante nuestra enfermedad, corrimos riesgos grandísimos de ser prisioneros.

Nuestro rancho estaba cerca del camino de la Siguanéa, y por éste andaban muy amenudo los soldados, á causa de ir y venir á un hospital que para aclimatarse habían instalado en el mismo asiento de la Siguanéa.

Raro era el día que aquellas pobres y humanitarias mujeres no nos movían de un lugar para otro.

Veces hubo en que en medio de una fiebre altísima,

éramos trasladados, mojándonos en el camino, bien al pasar un arroyo ó con el rocío de las hierbas.

Lo mejor que había en aquella pobrísima casa fué destinado para nosotros y yo fuí tratado por aquellas mujeres como pudieran tratar al más querido de sus hijos.

Un hijo de una de ellas, ó sea, de la esposa de Sarduy, había muerto de bala en el fuego del Colorado: cerca de mí cayó.

Habían transcurrido algunos meses y aquella madre aún estaba inconsolable.

No me hablaba una vez de su hijo el Capitán Lao, que sus lágrimas no corrieran, y se acababa solo pensando y sufriendo por aquella desaparición tan injusta del que fué pedazo de su corazón.

A los quince días de mi convalescencia, y estando en la misma casa, fuimos casi sorprendidos por los soldados.

En esos momentos estaba moribundo mi querido Coronel y buen amigo Joaquín.

Solo un hombre había en la casa, y yo, que apenas podía conmigo.

Pero no era posible entregarse vivo y aquellas mujeres me dieron valor.

Cargaban al Coronel cual si fuera un niño, y aquí cayéndose y allá levantándose pudieron por lo menos alejarlo de la casa donde peligraba.

Llegó un momento en que las fatigas, debido á lo accidentado del terreno, no permitió que caminaran más, y allí quedamos.

Todos los demás se ocultaron bien, loma arriba.

Junto al Coronel estaba Flora, su amantísima esposa, y à su lado yo.

El enemigo cada vez se aproximaba más, y á medida que íbamos apercibiendo el ruido de la tropa, se nos oscurecía más el porvenir deseado.

Hubo un momento de verdadera angustia.

No podíamos mover al Coronel.

El estado de debilidad en que me encontraba, no me permitía hacer nada.

Solo tenía resignación para morir; el abatimiento se había apoderado de mí de tal manera, que le dije á la esposa del Coronel

—Flora: lo único que yo puedo hacer, es lo que voy á decirle.

Me voy á la boca de la vereda, aún tengo fuerza para disparar mi rewólver.

Cuando vea á los que han de ser nuestros asesinos, dispararé sobre ellos, y después me mataré yo mismo.

Al sentir usted el fuego, ya no habrá salvación ni para mí ni para el Coronel Joaquín, cuyo estado es tan grave.

Entonces ya no habrá remedio posible, ¡sálvese usted, Flora! aunque sea sola, huya por el monte, que usted puede hacerlo.

—Nunca, Sanjenís—me contestó aquella mujer de bronce, que era todo corazón.

—*Aquí, junto á Joaquín, moriré yo también.*

Entonces yo, decidido á todo, paso á paso fuí bajando la vereda dispuesto á realizar lo que á Flora había dicho.

¡Valiente consuelo para aquella pobre mujer!

Si sentía tiros, era que yo había muerto, mi muerte era la precursora de la de ella y su querido esposo.

Media hora había transcurrido de indescriptibles angustias para ella más que para mí.

El Coronel Joaquín continuaba sin sentido, la fiebre lo devoraba.

Pasado este tiempo, sentí pasos de un hombre y poco después reconocí quién era.

El esposo de la otra señora acababa de llegar y venía á devolvernos la tranquilidad.

La tropa había continuado su marcha, rumbo á Siguanéa.

Todo peligro había desaparecido, á nada teníamos ya que temer.

A mí me volvió la vida, pero me faltó ánimo para llevarle la noticia á Flora, y de ello se encargó el Comandante Sarduy.

Con grandes trabajos fué traído el Coronel Joaquín, que por momentos se agravaba màs.

Después, poco á poco iban regresando todos.

Yo me tiré en mi hamaca, me sentía mal.

Pasé unos días algo indispuesto, y como me sentía demasiado preocupado, resolví marcharme después al Cuartel de la Brigada á incorporarme á mi fuerza, aunque aún no estaba del todo bien, y sí sumamente delgado, debido á la enfermedad pasada.

Así lo hice y emprendí mi marcha, dejando en aquella casa al Coronel Joaquín, á su esposa y á la familia Sarduy.

Carta número 38.

Al llegar al Cuartel General de la Brigada me presenté al Brigadier Rego que no me conoció; tal era lo delgado que estaba.

Me dijo que á qué había ido allí.

Le manifesté mis deseos de incorporarme á mi fuerza, á lo que me contestó que él entendía que aún estaba muy delicado para emprender la campaña de nuevo; pero como yo insistí en quedarme, consintió y me destinó de nuevo haciéndome cargo interinamente del Regimiento de Caballería "Cienfuegos", que mandaba el Comandante Federico Leal, el cual estaba sometido á un expediente.

La primera operación en que me tocó pelear después de mi larga enfermedad, fué en el ataque del poblado de "Cumanayagua".

Estábamos en la noche del 25 al 26 de Junio del 97, y el Brigadier Rego había ordenado atacar á dicho poblado.

Para hacer la operación fueron destinadas fuerzas de Yaguaramas á las órdenes del Coronel Manuel Aranda; fuerzas de infantería á las órdenes del Comandante Oliva y el Regimiento "Cienfuegos", á mis órdenes.

Dirijía la operación el Coronel Aranda, que había recibido instrucciones del Jefe de la Brigada.

La noche estaba oscura, apenas si veía uno al compañero á quien seguía en la fila.

Durante la marcha, y debido á esa oscuridad, se perdió la Infantería que no pudo atacar por este motivo.

Las fuerzas de Caballería habían dejado sus caballos á una buena distancia y penetraban á pié.

A un tiempo entramos en el pueblo el Coronel Aranda por uno de los extremos, y yo por el otro.

El Teniente Coronel Clavero, 2º Jefe de Yaguaramas, había dirijido sus esfuerzos á ocupar las caballerías.

enemigas, logrando apoderarse de gran número de caballos.

Las fuerzas del "Cienfuegos" hicieron su entrada por el fondo del Hospital Militar, y cuando los soldados vinieron á darse cuenta del hecho, nos vieron dándoles machete en sus mismas camas.

Soldados hubieron que fueron muertos á culatazos, con sus propios Máusers.

Ocupamos once Máusers, muchas carteras con parque y dimos muerte á ocho soldados.

Las fuerzas del "Yaguaramas" mataron al Comandante Militar, al Juez y á un Capitán de Voluntarios.

Nuestros proyectiles causaron gran número de heridos en el poblado.

La guerrilla española peleó voluntariamente; al poco rato el fuego se generalizó en todas direcciones.

Solo se pudo saquear ligeramente una tienda.

Terminada la operación, recojimos dos heridos que tuvimos por toda novedad.

Los españoles se encargaron de dar á la operación suma importancia.

Al siguiente día hizo el Brigadier Rego varias propuestas de ascenso, entre las cuales estaba la mía.

Unos días después recibí mi nombramiento de Comandante.

Tres días más tarde nos visitó el General Francisco Carrillo, que era el nuevo Jefe del 4° Cuerpo de Ejército, debido al movimiento que hubo con la triste muerte del General Maceo.

El General Meceo, ya sabrás que era el brazo derecho de la Revolución.

Su muerte causó entre nosotros tan honda pena, cuanto que la Revolución quedó temblando con ella.

Nada que yo te exagere puede compararse con lo que en realidad pasó.

Los ánimos todos decayeron, nuestras esperanzas se alejaron considerablemente.

Tras ella, la prisión del General Ríus Rivera, su único sustituto, fatalidad que vino á acabar de desconcertarnos.

Unido todo esto á la fuerte campaña emprendida por los soldados de Weyler, puedes perfectamente comprender lo difícil que se nos iba haciendo nuestra situación.

Un día, estando acampados en "Lomitas" con el General Carrillo, tuvimos que sostener un sério combate á causa de habernos atacado una gruesa columna.

En aquel fuego no salimos nada ventajosos, por cuanto sacamos algunos heridos sin que pudièramos hacer alguna baja al enemigo, debido á su número y posición.

Dos días más tarde, y después de revistar el General Carrillo las fuerzas de la Brigada, nos quedamos acampados en Castelló, con el Jefe de la Brigada.

Allí estuvimos un día, pero al siguiente, muy de mañana y en momentos en que nuestras cornetas tocaban la alegre Diana insurrecta, fuimos tan verdaderamente atacados por la tropa que no tuvimos tiempo de prepararnos para la defensa.

El enemigo nos cargó enseguida, dándole machete á ocho de nuestros soldados, y matándonos á uno de los Jefes más valientes de la Brigada, al intrépido Comandante Gerardo Hernandez, Jefe del 3er. Escuadrón del "Yaguaramas".

Nuestra gente, completamente sin parque, no pudo hacer resistencia alguna; de ahí la carga tan dura que nos aplicó el enemigo.

Perdimos también algunos caballos que en la retirada teníamos que abandonar por cansados.

En muy malas condiciones pasamos unos días; la falta de parque no nos dejaba movernos.

Y mientras se enviaron Comisiones al Cuartel General del General en Jefe, permanecimos acuartelados sufriendo con alguna regularidad los rigores del hambre.

Por estos dias, como tenia lugar, escribí á nuestro amigo Betancourt la carta que te cópio.

"Ocúrreseme hacer que mis recuerdos vuelvan á la be-

lla ciudad de Mérida, Capital de Yucatán, donde tan queridas me son las afecciones con que cuento.

Allí, que cubanos y Meridanos deben sufrir cual Cuba luchadora sus amarguras y tristezas; allí, que como aquí el luto, el llanto y el dolor se harán sentir, no es posible que miren friamente este cuadro de matanzas, de horrores y de infamias, donde pronto no habrá tierra que manchar de sangre, ni agua bastante con que lavar las manchas de la infame España.

Pueblos enteros quedan destruidos y larguísimas familias son desaparecidas.

El toque de destrucción del país que se revela, y de exterminio á los naturales del país, es la consigna de nuestros cobardes enemigos.

En los pueblos perecen de hambre nuestras familias reconcentradas; allí la seducción y la violación son armas que emplean nuestros conquistadores, que intentan que al abandonar el país que los expulsa, no quede honra que no hayan pisoteado miserable y cobardemente.

Ya todas las fincas han sido abandonadas.

No hay quien siembre ni quien trabaje.

Se hace sentir en toda la Isla crudamente el rigor de una guerra que parece más de ódio, que de libertad.

El bando de reconcentración, si es verdad que nos arrebató grandes elementos, no dejó de favorecer al corazón de la Revolución.

Nuestras filas mermaron, es verdad, pero las que quedaron se consolidaron.

Estábamos más unidos, más organizados, nuestra gente obligada por las circunstancias tomó más cariño al Cuartel, y desde luego nuestra fuerza adquirió más estilo militar.

Había menos gente, pero más hombres para la pelea.

El hambre pronto empezó á sentirse con todos sus caracteres.

Pero los riquísimos campos de esta Cuba hermosa, son tan prodigiosos, que siempre nos brindaban una fruta

con la cual contentábamos nuestros estómagos, y por lo menos, evitábamos la muerte por necesidad.

¿Quién no se va á sentir orgulloso de haber nacido en ella?

Aquí estamos luchando hambrientos, descalzos y desnudos, pero con fé, con entusiasmo, llenos de esperanza tan grande que nos hace abrigar la defensa de una causa justa y que es la que nos dá abnegación, y la que nos proporciona el valor necesario para combatir y resistir.

Si en una noche de retreta, cuando estuvieras recreándote en la plaza de la Independencia, en esa, vieras desfilar nuestra fuerza por uno de sus frentes: ¡Cuánto asombro te causaría!

Después, si otro día nos vieras desplegados en actitud de espera para batirnos, y te fijaras en nuestro desigual armamento, en el incompleto equipo y en las figuras de nuestros caballejos, nos admirarías!

Y si después del combate te fijaras en cómo recojemos nuestras bajas, con la resignación que sufren los heridos sus desgracias, y con la serenidad y conformidad con que enterramos nuestros muertos, nos bendecirías y no te cansarías nunca de enviarnos votos tras votos de felicidad y de gracias, para los que aquí estamos esperando á diario la muerte, á cambio de conquistar un día la Patria libre, sinó para nosotros, para nuestros hijos.

Aquí no hay ya quien hable de paz, nadie se acuerda de ella, ni del pueblo, ni de su casa, ni de su novia, ni de su esposa, ni de su madre.

La patria solo nos preocupa, todos sufrimos con gusto las peripecias de la campaña al darnos cuenta de sus desventuras, y gozamos solamente acariciando la idea santa de que el día llegará en que llenos de júbilo, de satisfacción y orgullo, podremos decir al mundo entero:

¡Ya tienes un esclavo menos!

¡Ya tienes una República màs!

Carta número 39.

El expediente formado contra el Comandante Federico Leal se resolvió favorablemente, y en tal virtud volvió á ocupar su puesto de Jefe del Regimiento Cienfuegos, que estaba á mi cargo interinamente.

Yo fuí nombrado Jefe del 3er. Escuadrón del Regimiento de Caballería Yaguaramas, cuya plaza estaba vacante por la baja ocurrida en el Comandante Gerardo Hernandez.

Continuaba enfermo el Coronel Joaquín Rodriguez y por lo tanto estaba aún de Jefe del Regimiento el Coronel Manuel Aranda.

Corríamos á mediados del 97, época del furor Weyleriano, en la cual atravesaba la revolución un periodo sinó de completa decadencia, sí de enfriamiento, por cuanto eran grandes las contrariedades que se sufrían.

Habían muerto en poco tiempo grandes brazos para la Revolución y forzoso era que se resintiera.

Los Maceo, Serafín Sanchez, Zayas y otros Generales de importancia que no recuerdo en estos momentos, y un sin número de valientes Coroneles, Comandantes, Oficiales y soldados, todos importantísimos, eran motivos bastantes para sentirse uno preocupado.

Por este tiempo era Jefe de Comunicaciones el Capitán Abelardo Rodriguez, á quien me unía un buen lazo de amistad.

La misión de este jóven Oficial era algo delicada, pues le comprendía establecer la correspondencia entre los Clubs patrióticos de los pueblos y los Jefes de las Brigadas, extraer las medicinas, y en muchas ocasiones ropa para la fuerza, parque, armas &.

Ya puedes calcular el riesgo que corría, entrando y saliendo tan amenudo con comunicaciones de esta natura-

leza, y desempeñando comisiones de la importancia que eran las que en aquella época desempeñaba él.

Como es natural, allí, á su campamento afluíamos todos con alguna regularidad, ya deseosos de tener carta de nuestros familiares, ya á recibir cualquier encargo hecho á algún amigo del pueblo.

Por allí venía la Correspondencia de los Estados Unidos de América, y algunas veces esa comunicación facilitó y proporcionó el éxito á grandes é importantes operaciones.

Por allí salieron las medicinas que á tantos salvaron la vida [como á mí:] en fin, aquel campamento ó mejor dicho, aquel valiente Capitán fué por aquella época la salvación de muchos y el alivio entero nó solo de la Brigada de Cienfuegos, sinó del 4° Cuerpo y hasta del Cuartel General.

Bien: la recompensa que obtuvo como premio á sus servicios importantísimos el Capitán Abelardo, no quiero mencionártela, porque recordarás que al principio de mis cartas he ofrecido no sacar á relucir los trapos súcios de la Revolución; mis pobres cartas, que son escritas expresa y exclusivamente para Vds. los de mi familia, como recuerdo de la guerra, no quiero que sirvan para que nadie conozca las miserias de nuestra revolución, porque fueron tantas y tan pobres, que entiendo que todos los que en ella estuvimos debemos callarlas, ocultarlas, borrarlas, encubrirlas para que no las conozcan quienes no las sufrieron; no quiero que sirvan de armas traidoras para combatirnos luego; por eso en mis cartas no encontrarás nunca nada que te entere de nuestras venganzas, ni de nuestras proezas interiores, advirtiéndote que si usara este material, tendría tanto campo en que extenderme que podría asegurarte como inagotable mi repertorio.

Los cuatro Escuadrones del Regimiento Yaguaramas fueron destinados á distintas zonas, sinó con el objeto de emprender grandes operaciones porque la falta de parque no lo permitía, á lo menos para hacerse sentir una

vez màs que otra, y sobre todo para sostener nuestras Caballerías y nuestra gente.

Gran parte de nuestros hombres, desarmados, fueron obligados á trabajar en ocultas zonas de cultivo con el objeto de poder contar con viandas para nuestros hospitales.

Con la reconcentración había variado el plan de guerra nuestro.

Teníamos que pensar en sembrar para tener qué comer, por cuanto que ya no había ni pacífico que trabajara, ni ganado que cojer, á menos que no fuera cambiado por hombres.

El aspecto que presentaba la lucha era interminable, y ello nos hacía prepararnos para soportarla todo el tiempo que fuera preciso.

A la parte de "Lomitas" fué donde me destinaron, y por allí se dificultaba mucho la comida.

Ya llevábamos cerca de cuarenta días, y nuestros alimentos solo se componían de caña y calabazas de caballo, sin sal.

Para más desgracia, hasta los mangos, cuya fruta tanto nos sostenía, se había concluído.

Ya podrás suponer cómo estarían nuestros estómagos, y cual sería el estado de anémia y debilidad que sufríamos.

De ahí la epidemia de fiebres palúdicas que tan rudamente nos atacó á todos.

Hasta las jutías, que tanto contribuyeron al sostenimiento nuestro, también escaseaban por aquella parte, debido á que no teníamos montes cerca.

Mi amigo, el Capitán Abelardo Rodriguez, sostenía sus entrevistas con distintos Ingenios de la jurisdicción, y como es natural, siempre que iba, unas veces mejor que otras era bien tratado, y por lo regular comía á satisfacción porque los confidentes, conocedores de nuestra situación, les llevaban qué comer.

Una tarde en que sentí un hambre terrible, me dirijí al Campamento del Capitán amigo y le dije:

Chico: ¿no tienes nada qué comer, estoy desesperado?

Nada me contestó, pero me dijo: si quieres venir esta noche á la comunicación, prepárate, que no solo matarás el hambre sinó que conocerás á la distinguida y patriota familia del Administrador de San Francisco.

Desde luego que acepté y nos pusimos en marcha.

Esta finca distaba unas diez leguas del lugar donde teníamos que salir, y como todas ellas, contaba con buenas fortificaciones y con una soberbia guarnición de tropa y guerrilla.

Ya sabes que los dueños de fincas fueron obligados por Weyler á construir fuertes y poner guarnición.

Estaba situada cerca de Cruces, y con frecuencia la visitaban los Jefes y Oficiales del Ejército Español que estaban en el pueblo.

La finca es propiedad de Dª Marta Abreu, la prestigiosa, caritativa, filántropa y patriota dama villaclareña.

Serían próximamente las doce de la noche cuando llegamos, después de seis horas de camino.

La operación de entrada no podía ofrecer más peligro, tanto para nosotros como para aquella familia.

Teníamos que dejar los caballos á una buena distancia dentro de la caña.

Después, pasar la línea de fuertes que protege las paralelas del ferro-carril de Cienfuegos.

Después los fuertes del Ingenio y su zanja.

Luego, la alambrada que rodeaba al batey; y por úl timo saltar el enrejado del patio de la casa de vivienda para caer en el jardín, donde hay una hermosísima arboleda.

Hecho todo esto, estábamos junto á aquella familia, que ya de antemano tenía amarrados los perros para que no ladraran.

Una vez entre ellos, lo mismo nos sentàbamos á aque lla hora, doce de la noche, en la sala que en el comedor.

Todas las precauciones estaban tomadas.

La señora de la casa, que siempre tendrè presente, me

abrazó y me llamó hijo, sintiéndome conmover.

Tres simpáticas señoritas á quienes llamábamos "las cubanitas", nos atendían y obsequiaban á menudo, cual si agradecidas quisieran demostrarnos su admiración y gratitud por el sacrificio que hacíamos para libertar á la patria de todos.

En seguida que llegamos comenzaron á preparar algo de cocina, y pronto nos sorprendieron poniéndonos una abundante y expléndida mesa en que había escojidísimos y variados platos.

Todas se interesaban en servirme, cada una me hacía un obsequio, y yo, lleno de satisfacción y de agradecimiento no sabía cómo demostrarlo; pero estaba loco, tener á mi vista tantas cosas buenas, tener un hambre tan grande y no poderme comer todo lo que allí había, me entristecía.

Además, me preocupaba el recuerdo del mañana, sin tener más que calabazas; en fin, eran tantas las cosas que venían á mi memoria mientras comía, que no oía ni hablaba.

Jamón, fué unas de las cosas que más comí, por saborear la sal.

Todos me miraban como quien contempla algo raro.

Yo estuve tan ridículo, que mientras comía, pareciéndome poco mi estómago, llenaba mis bolsillos y mi canana de galleta y queso, sin darme cuenta del papel que hacía.

Yo no comía, sinó que devoraba y muy de prisa, como el que teme no ha de tener tiempo de concluir sin ser sorprendido.

En fin, cuando ya no pude más, cuando me sentía en la garganta casi la comida, me levanté de aquella mesa donde aún podían comer cuatro más como yo, y á penas si podía moverme.

Eran ya cerca de las tres de la mañana, y no había que perder mucho tiempo, porque el día debía sorprendernos bien lejos de allí, donde tan expuestos estábamos nosotros y la familia aquella.

En tal virtud empezamos á prepararnos guardando y recojiendo la correspondencia y porción de pequeños encargos y regalos conque nos obsequiaban aquellas mujeres patriotas, que tan desinteresadamente nos servían.

Después de una despedida conmovedora, porque en aquellas pocas horas puse cariño á todos los que allí traté, emprendimos nuevamente la misma operación que para entrar.

Un momento después nos dirijimos al Campamento del Capitán.

El apellido de aquella distinguida familia, quiero que lo conozcas. Rodriguez Feo.

Carta número 40.

El regreso de mi viaje fué fatal.

A consecuencia de lo mucho que comí, me sentí indispuesto.

Aquella comida con sal me produjo mucha sed, y como mi estómago estaba sumamente débil, parece que no pudo resistir aquel alimento tan fuerte.

Serían las nueve de la mañana cuando llegamos al Campamento.

Yo tuve enseguida que acostarme.

La repugnancia y el malestar que sentía, se aumentaba por momentos.

Después un fuerte dolor en el vientre me privaba hasta la respiración.

No tenía nada que tomar para aliviarme siquiera.

A los dos días de estar en esta situación, pude conse-

guir que un amigo me facilitara dos cartuchos de "sal de higuera" que había recibido de su casa, los mismos que me tomé, primero uno y como á las ocho horas el otro, sin conseguir que ninguno me hiciera operación.

Oportunamente llegó el médico, Cárlos Trujillo, quien al verme se ocupó de encargar á un Prefecto consiguiera un poco de "lirio" para que tomara dos ó tres vomitivos de este vegetal.

Aquella tarde, ó sea á los cuatro días de estar sufriendo sin poder ni dormir, tomé el primer vomitivo, que no me hizo gran efecto, sintiendo después gran alivio.

Al siguiente día me tomè el segundo, cuyo efecto fué tan extraordinario que no solamente me desmayé, sinó que estuve cerca de ocho días sin poderme sostener sobre mis piernas.

Había perdido la fuerza por completo y esta circunstancia me afectó algo.

Figúrate; en aquel Campamento no había guardia ni fuerza que en caso de ataque nos defendiera.

Por otra parte, el lugar donde estaba situado no estaba nada oculto, y el rastro nuestro nos vendía á diario.

Su proximidad á un camino de tropa era otro peligro.

Yo que conocía esta situación, ya puedes imaginar cuánto me haría pensar mi estado.

Verme allí medio baldado, donde podíamos ser sorprendidos, sin poderme mover, era cosa que á cualquiera preocupaba; pero nosotros, como que siempre lo dejábamos todo al destino, pronto me vino la conformidad, y dije, como decía siempre en todas las difíciles situaciones en que me encontré:

—"*Si estoy dichoso me salvo; si estoy fatal me conformaré con mi suerte, porque es que me llegó el turno de muerte.*

Así pasé aquellos tristes ocho días, sin sufrir ni siquiera alarmas.

Pasado este tiempo me fué volviendo la fuerza en las

piernas, y tan pronto pude montar me incorporé á mi Escuadrón.

Continuaba el malestar general, se sucedían algunas presentaciones y el ánimo lo iban perdiendo aquellos ménos abnegados.

Raro era el día que una fatal noticia no nos alarmara.

Fué aquel uno de los periodos más decadentes de la Revolución en las Villas.

La epidemia del paludismo seguía arrasando.

Brigadas había que casi quedaron en claro.

No se oían más que malas noticias.

Fulano se presentó: mataron á Zutano.

Esperancejo se murió.

Un día de los más tristes, llegó una de aquellas noticias que con más agrado recibíamos.

Que acababa de desembarcar otra valiosa expedición por la costa Sur, cerca de Cienfuegos.

Pronto se corrió la noticia, y al recibir órdenes del Jefe de la Brigada, pasamos á la reconcentración citada.

Por esta época ya se había puesto á las órdenes del Brigadier Jefe, el Coronel Joaquín Rodriguez, que estaba completamente restablecido de su enfermedad.

Como era muy práctico en las Villas, recibió del Jefe de la Brigada la comisión de buscar mulas para el tiro de la Expedición y para el servicio de Comunicaciones, que cada día iba siendo de más importancia.

El Coronel pidió una pequeña fuerza que le acompañara y yo fuí designado al objeto.

Mientras la Brigada de Cienfuegos partió à salvar la Expedición, nosotros nos dirijimos hácia Trinidad en busca de mulas, que excaseaban mucho.

Once días duró nuestra excursión por aquellas lomas: solo con transitarlas, se corría el riesgo de matarse, por el peligro que ofrecían las pendientes y los pasos de los ríos.

Cuando llegamos, ya con algunos mulos, estaba la Expedición en salvamento.

A raíz de esto, por órden del Cuartel General vino á hacerse cargo del mando de la Brigada el Coronel Higinio Esquerra, que relevó al Brigadier Alfredo Rego, que fué llamado al Cuartel General del Jefe.

La Brigada entró en un nuevo periodo de progreso.

La llegada de Esquerra, auxiliado de una expedición, le dió un empuje colosal y comenzó desde luego á entrar en una vida próspera y de operaciones activas.

El primer encargo que traía el Coronel Esquerra del General Gomez, era el de mandar en seguida fuerzas á Yaguaramas, de lo cual se ocupó en primer órden.

Las injusticias, que siempre van acompañadas de alguna calumnia, como de venganzas pobres y rivalidades mezquinas, hicieron que el Coronel Esquerra formara un mal juicio del valiente y honradísimo Coronel Joaquín Rodriguez, por cuya razón, yo, que no sé debido á quién le merecí confianza, fuí llamado para que como conocedor de la zona de Yaguaramas informara sobre quién debía de recaer el nombramiento de Jefe de aquella parte, que pudiera ofrecer éxito.

Mis palabras fueron las siguientes.

Estimo que al único que puede mandarse allí, en la seguridad de que no fracasa, es al Coronel Joaquín Rodriguez, por su pràctica y sus conocimientos, unidos á su valor y honradez.

Tuve la satisfacción de ser oído, y dos días después fué nombrado el Coronel Rodriguez Jefe de la zona de Yaguaramas, para lo cual después de mandarle á recibir de nuevo el Regimiento "Yaguaramas", recibió la órden de marchar en el acto al lugar destinado.

El Coronel Joaquín Rodriguez indicó al Jefe de la Brigada lo conveniente que era mandar á Yaguaramas una exploración, pues como hacía tiempo que allí no iban fuerzas, era preciso conocer antes la situación de la Zona.

El Jefe de la Brigada que comprendió la razón que exponía el Coronel. dispuso que saliera la Comisión.

Fuí yo quien recibí la órden de desempeñar esa difí-

cil comisión, y como se me facultaba para escojer práctico, pedí al Comandante Luís Orizondo que me fué concedido, con el cual acompañado de nuestros dos asistentes y cuatro números más, emprendimos la marcha.

Estaba de Inspección entonces el Jefe del 4° Cuerpo General Francisco Carrillo, quien me extendió el correspondiente despacho.

Una tarde, la del 29 de Abril del 97, dejamos el Cuartel del General para dirijirnos á Yaguaramas.

En aquellos mismos días acababa de llegar mi hermano Pancho, quien después de varios contratiempos pudo, haciendo uso de sus amistades, incorporarse sin novedad.

Poco tiempo tuvimos para conversar.

Venía de México, era quinto, y no quise que me acompañara en una jornada muy larga y demasiado peligrosa.

Su llegada era inoportuna, por cuanto yo no podía atenderlo mientras se aclimatara.

Preciso era, ó bien tener una fuerza de voluntad muy grande, ó mucho patriotismo para sujetarse un *quinto* en aquella época de hambre, en el campo de la Revolución, y más si se tiene en cuenta que era soldado de los de *levita*.

Mas como no quedaba otro remedio, lo dejè incorporado á la Brigada, y por escrito le dije al Coronel que lo destinara.

El Coronel lo afilió á la infantería, y á los pocos días hacía su bautizo de sangre en el ataque al pueblo de San Juan de las Yeras, donde según informes se portó muy bien.

Mientras esto sucedía por las lomas, yo, en unión del Comandante Orizondo, continuaba mi marcha de exploración.

Una noche llegamos á un rancho.

Teníamos hambre y no sabíamos qué comer.

Allí nos encontramos tres compañeros enfermos que

nos brindaron lo que tenían, y como aceptamos, empezaron á cocinar.

Yo noté que allí apestaba algo que estaba podrido, pero no quise decir nada.

Al poco rato nos llamaron á comer.

La mesa era el fondo de una silla de madera, muy súcia.

La comida, un poco de carne seca, salcochada, pero como no tenía sal, se había pasado, y era lo que apestaba.

Así y todo, la comíamos con gusto porque había apetito, y ninguna esperanza de comer otra cosa.

Dos días después nos acampamos en el Cuartel del 1er Escuadrón, en los mismos momentos que mataban una yégua lisiada para comer.

Hacía días que yo había sabido que en Matanzas el General La Rosa había comido un mulo.

Esta noticia me había preocupado algo, aunque nunca olvidaré que siendo ayudante del Coronel Fonseca, me hizo comer por castigo una jutía que había matado con mi rifle, por el solo gusto de tirar al blanco.

Sus palabras fueron estas.

—Vd. se come esta jutía, que por gusto ha matado, para que vaya aprendiendo.

En esta guerra se han de comer béstias, y no es justo que Vd. desperdicie una carne que luego más adelante nos hará falta.

Efectivamente: á poco que él murió ya tuvimos que comer jutías, y en la época que te hablo, probé por primera vez la carne de yégua.

Te confieso que no solo me gustó, sinó que me sirvió de aliento el que me agradara, porque me vino á la imaginación el siguiente pensamiento.

Si la carne de caballo se come, y no hace daño, vengan años de guerra, porque mientras haya béstias no nos moriremos de hambre.

Continuando nuestra marcha llegamos á la línea y pa-

samos la Trocha, llevándonos de paso un buey del Acueducto.

Ya dentro de la Trocha, nos perdimos y estuvimos dos días perdidos sin caminar nada más que de noche y sin podernos orientar.

Solo comíamos caña así que oscurecía.

El buey no era prudente matarlo, porque teníamos la seguridad de que nos descubrían las auras por el día, y por la noche no podíamos hacer candela por el mismo temor de ser descubiertos.

Al tercer día, ya desesperados, resolvimos caminar de día, y corriendo los naturales riesgos de ser machetеados, cometimos el atrevimiento de pasar la otra línea de fuertes por un paso del río, à la vista del enemigo.

Pero fuímos tan dichosos, que los soldados al ver nuestro descaro, y que á presencia suya cruzábamos con un buey, nos tomaron por guerrilleros y no nos dieron ni el ¡alto!

Ya en terrenos de "Soledad", nos acampamos en el monte, donde matamos el buey.

Aquella noche hicimos el almuerzo y la comida de tres días.

Acompañábamos á la carne asada con un poco de miel de abejas que cojimos una noche al pasar cerca del Ingenio Portugalete.

Nadie nos perturbó.

Al siguiente día ya nuestros asistentes pudieron preparar un buen ají aco compuesto con carne de res y *guagüices* de malanga amarillas, que también habían recojido al pasar la trocha de Cienfuegos, en la zona de cultivo enemiga.

La cazuela que teníamos era ocurrentísima.

Mi asistente se había llevado una regadera de lata que encontró, al pié de un pozo.

Dos dias de spués ya estábamos de nuevo obligados á comer asado por cuanto que la regadera se despegó.

Allí, en Soledad, nos repartimos en comisiones para buscar caballos, con los cuales continuar nuestra marcha á Yaguaramas, pues los nuestros estaban cansados.

Una de las comisiones fué sorprendida por el enemigo, y nunca pudimos saber cual fuera el fin de nuestros compañeros; lo cierto es que no los volvimos á ver.

Solo quedábamos el Comandante Orizondo, nuestros dos asistentes y yo.

A los tres ó cuatro días de estar allí, pudimos ver al Comandante Mariano Pino, único Jefe que por allí andaba, y para esto sólo con una pareja.

Aquella zona estaba completamente abandonada.

Este Comandante nos facilitó práctico, y gracias á él pudimos continuar la marcha, después de obtener la información necesaria en cumplimiento de nuestra misión.

Las guerrillas que por allí operaban eran tantas y estaban tan envalentonadas, que á cada paso que dábamos nos encontrábamos con una, de cuyas garras escapábamos milagrosamente.

Al pasar entre el Ingenio Lequeitio y el Central San Lino, nos atacó la Guardia Civil destacada en el primero, y para desalojarnos tuvimos que emprender una gran carrera y pasar el río Hanábana, refugiándonos allá por terrenos de la Brigada de Colón.

[illegible] con fuerzas disgregadas de C[illegible] [illegible] Brigada quedaba [illegible] [illegible] acabado [illegible] [illegible] se [illegible]

[illegible] Brigada con más [illegible] [illegible] armamento [illegible]

[illegible] después [illegible] [illegible] para E[illegible]

[illegible] nuestra [illegible]

damos acamparnos en aquel campamento, aun cuando no ofrecía seguridad ninguna por la falta de guardia.

Estando haciendo el rancho como á las dos de la tarde, nos sorprendió la misma Guardia Civil que nos seguía el rastro, y fué tan acertada en su ataque, que no nos dió lugar para salvar nada absolutamente.

Gracias á un guanal muy espeso que nos favorecía, pudimos escapar á pié.

La Guardia Civil nos ocupó caballos, monturas y todos los pocos avíos de cocina que teníamos, así como nuestras hamacas y hasta algunas armas.

La situación nuestra no podía ser más apremiante.

Sin embargo, no nos faltó serenidad, y continuamos á pié nuestra marcha.

El práctico que nos llevaba nos dirijió á otro Campamento donde pudimos conseguir tres béstias sin monturas.

Las béstias eran de bien poco valer, mas nos servían para evitar que aquella jornada la hiciéramos á pié.

Era una noche hermosa, y había luna.

Cruzamos nuevamente el Hanábana con grandes trabajos, y guiándonos por las estrellas, pudimos llegar á terrenos de Palma Larga.

Sabíamos que los españoles habían constituído un sinúmero de fuertes en las costaneras de la Ciénega, pero con fijeza ignorábamos donde estaban situados.

Nuestros asistentes marchaban todos en un solo caballo, y delante de ellos y en una mala yégua, y en pelo, iba el práctico.

A cierta distancia, y sin perderlos de vista, marchábamos Orizondo y yo.

Al llegar á la entrada de Palma Larga vimos que de repente nuestros asistentes se botan del caballo y lo dejan, corriendo á pié juntamente con el práctico, hácia nosotros.

—¿Qué ocurre?—les preguntamos.

—Un fuerte—nos dijeron.

Entonces retrocedimos y después á pié reconocimos el terreno.

Efectivamente; había un fuerte y sus soldados en aquellos momentos se entretenían en hacer humo, porque la plaga de mosquitos por aquella zona, y en aquella época de llúvia, era insoportable.

Los españoles no nos habían sentido.

Serían las dos ó las tres de la mañana.

Recojimos de nuevo el caballo que nuestros asistentes habían dejado, y tomamos otro rumbo, dirijiéndonos hácia la izquierda por un carril de monte, lleno de agua

Pasos había en que los caballos nadaban.

Por esta època era cuando más agua ofrecía la Ciénega, que se desbordaba por las costaneras.

Después de caminar gran distancia, pudimos convencernos de que estábamos perdidos, y retrocedimos.

Un nuevo camino nos llevó á Manjuarí.

Era tal la abundancia de agua que siempre caminábamos entre ella.

Una vez en Manjuarí nos acampamos, porque el hambre y el cansancio nos rindió.

Allí, en un platanal viejo, encontramos unos plátanos movidos y fueron nuestro desayuno.

De inocentes corrimos un gran riesgo, cual fué el de acamparnos en un sitio que era muy frecuentado por las guerrillas que por allí operaban.

Carta número 41.

Apesar de que los mosquitos no nos dejaban ni un momento, era tal el estropeo nuestro que pudímos dormir.

Si en aquel momento nos sorprende una Guerrilla, no escapamos, por cuanto no teníamos ni guardias.

Nosotros creimos que estábamos muy seguros, y no sabíamos que dormíamos en el mismo camino que usaba el enemigo para ir de un fuerte á otro.

A las seis de la tarde emprendimos nuevamente la marcha, y en vano buscábamos rastros de insurrectos; no los había.

Al llegar á Pamplona, lugar donde nos encontramos sin saberlo, por cuanto andábamos al rumbo, pudimos reconocer los escombros de un fuerte que al abandonarlo los españoles parece que lo quemaron.

Continuando nuestra marcha, llegamos al siguiente día por la tarde sin que encontráramos á nadie, á un cuartón de hierbas brujas donde nos apercibimos que se pastoreaba ganado, por el tránsito que demostraba el rastro que se veía.

Así que nos internamos un poco en el Cuartón, alcanzamos á ver unos bueyes y vacas que pastoreaba un muchacho.

Le dimos el ¡alto, quien vá! y no solo no nos contestó sinó que echó á correr y se desapareció.

Nosotros, por más que quisimos reconocer de pronto el terreno, no acertamos á conocer donde nos encontrábamos, y de ahí nuestro temor.

Desde luego que la desaparición del muchacho no nos gustó; suponíamos que iría á avisar á la Guerrilla de alguna finca ó pueblo inmediato.

El hecho de pastorear un muchacho solo el ganado, nos dió á conocer la situación de aquella zona.

Por allí sacamos en consecuencia que no caminaban

insurrectos, y que muy léjos de eso, los guerrilleros serían los dueños de aquellos campos.

Por si, ó por nó, le dije á mi compañero Orizondo: "vamos á esconder los caballos y á meternos en el monte, que si aquí cerca hay guerrilla pronto la tendremoe aquí, en busca nuestra."

Así lo hicimos; no tocamos para nada los bueyes ni las vacas, apesar de ser capaces de comernos un buey entre los cuatro: tal era el apetito.

Dejemos que se aclare el horizonte negro que yo diviso, dije para mí.

Si se hace de noche y no vienen por los bueyes, les llevaremos nosotros y tendremos carne.

Escondidos nuestros caballos, y ocultos nosotros dentro del monte, salió el Comandante Orizondo á reconocer el terreno á pié y con las precauciones que las circunstancias exigían.

Pasó una hora y ya el sol había desaparecido; solo nos quedaba un rato de luz vespertina.

Al regresar Orizondo de su exploración, me dice:—ya sé donde nos encontramos—próximo aquí hay un fuerte y como á media légua está la Colonia "Horquita", del Central "Constancia": vámonos enseguida que ahorita ha de venir la guerrilla de aquí, que nos buscará hasta con perros si es preciso, y si por fatalidad nos encuentra, somos hombres muertos, porque son unos asesinos estos guerrilleros.

Aún tenemos tiempo de cojer una vereda que hay aquí cerca, y por ella nos escapamos.

Sacamos nuestros caballos y montamos.

Cuando nos habíamos separado unos cuatro cordeles del monte, sentimos un fuerte tropelaje de caballería.

El primero que de ese ruído se apercibió fuí yó, que en el acto retrocedí al monte.

Mis compañeros no necesitaron oirme una palabra; pronto se habían dado cuenta de lo que ocurría.

Nuestros caballos fueron ocultos nuevamente junto con nosotros, dentro del monte.

Orizondo y yo cojimos nuestros rifles y nos dispusimos á vender caras nuestras vidas, en el caso de ser descubiertos y atacados.

La guerrilla, que era efectivamente la que venía á toda carrera, seguramente por el aviso del muchacho, traía la intención de sorprendernos, y con el ruido de sus caballos no se apercibió del que nosotros produjimos al ocultarnos.

Convenientemente emboscados, pudimos Orizondo y yo ver perfectamente pasar á treinta y dos guerrilleros, casi á diez pasos de nosotros.

Pasaron quince minutos próximamente, los mismos que dedicaron ellos á registrar el campo; pero como ya era casi de noche, se conformaron con recojer los bueyes y las vacas, y regresar.

Al pasar ya de vuelta por frente á nosotros, iban diciendo:

"Parece que se los ha tragado la tierra".

Cuando nosotros ya no apercibíamos ni el ruído de sus caballos, ya era completamente de noche y entonces salimos nuevamente del monte.

La suerte nos acompañó á salir en bien de aquel peligro.

A esa hora tomamos la vereda que debía conducirnos á "Babiney Prieto", mas como apenas se veía, nos volvimos á perder.

De pronto nos vimos frente á una gran laguna que por consecuencia sacamos era de las conocidas por el nombre de "Nicolás".

Cuando aquí llegamos, nos alumbraba una hermosa luna.

En vano buscamos el paso, no fué posible encontrarlo.

Al fin resolvimos atravesarla á nado, y así lo hicimos, no sin pasar grandes trabajos y largas horas dentro del agua.

Vueltos á orientarnos de nuevo, y después de algunas fatigas, llegamos al limpio del Babiney.

Aquel punto era conocido por mi compañero, y me lo había recomendado para descansar un par de días á fin de comer algo nosotros y de reponer nuestros escuálidos caballos.

Al entrar, me dice Orizondo, alla más al centro hay un pozo, allí cerca podemos descansar.

Cuando allí nos dirijíamos, sentimos conversar.

Hicimos una parada para reconocer con precaución de donde y quiénes eran los que hablaban, y ¡oh fatalidad! habíamos tropezado con otro fuerte de soldados españoles, que con seguridad á aquella hora, que serían las tres de la madrugada, aún no habían dormido debido á los mosquitos, que por esta época, y en aquella zona, ya te he dicho que acababan con uno.

Una vez reconocido el fuerte le deshechamos, y allí próximo nos acampamos con el fin de descansar siquiera hasta las cinco de la mañana que llegaría el día.

Nuestros caballos, frios por el agua, estragados por el hambre y cansados por la jornada, apenas si valían nada y allí cerca los soltamos.

Nosotros casi no podíamos hablar del frío y la debilidad que sentíamos.

Por otra parte, el cansancio y el sueño nos tenían rendidos.

Allí, á cuatro ó seis cordeles del fuerte; con gran trabajo pudimos hacer luz con un mechero que llevaba Orizondo; al rededor de la candela nos acostamos con la ropa que teníamos, toda mojada, y sobre fango; porque aquel terreno era cenagoso.

Como nuestros asistentes conservaban algunos de los plátanos cojidos en "Manjuarí", pudimos comernos algunos que llegamos á poder asar, sin sal, ni nada con que acompañarlos.

Cuando logramos comer y secarnos algo á la candela tratamos dormir una media hora, pues enseguida nos sorprendió el día.

Volvimos á ensillar nuestros caballos, y con un asistente á pié, y el otro montado, continuámos la marcha.

A la média hora de camino nos enfrentamos con la extensa y prodigiosa Ciénega de Zapata.

A rumbo debíamos atravesarla, pues dentro del agua no hay camino.

Pronto nos resignamos y nos lanzamos, dispuestos à sufrir todo lo que nos ocurriera.

En la Ciénega pasa lo que en el mar, que á gran distancia se divisa cualquier bulto.

Habríamos caminado cerca de 400 metros cuando en los momentos en que pasábamos uno de sus más malos pasos, debido al mucho fango, sentimos que por detrás nos hicieron una descarga de Máusers, tras de la cual siguió otra y otra, hasta que se cansaron.

Era que la guerrilla de la "Horquita" al siguiente día nos tomó el rastro en "Babiney", y nos divisó en la Ciénega.

Como meterse en ella era una empresa difícil, parece que no se decidieron á llevarlo á cabo, y se conformaron con tirar desde tierra firme.

Nosotros, no solo para presentar ménos blanco, sinó por el mal estado de las caballerías, las abandonamos, continuando algo más precipitada nuestra marcha por la Ciénega y aprovechando los júcaros que encontrábamos para ocultarnos y no estar al descubierto.

Ni un solo tiro les contestamos nosotros.

Durante la travesía de la Ciénega por aquella parte, no había ningún lugar alto donde descansar fuera del agua.

Ya á la caída del sol pudimos pisar en tierra firme y seca.

Considera nuestro ánimo y nuestros cuerpos cómo estarían.

Todo un día caminando por dentro del agua rompiendo junco.

Allí en el suelo nos tiramos, y hasta que salió el sol del nuevo día ninguno de nosotros dió señales de vida.

A la mañana siguiente caminamos hasta las once, próximamente, que llegamos á "Saca lo hondo", un lugar situado en una hacienda llamada Cocodrilo.

Ya estos eran magníficos terrenos firmes, donde antes de la guerra se dedicaban algunos ganaderos á criar ganado, y otros á explotar los montes extrayendo las magníficas y abundantes maderas que aquellos montes ofrecían.

Allí se daba muy bien el boniato, y todavía se conservaba alguno que otro boniatal que los mismos trabajadores y monteros habían sembrado, nó para la explotación, sinó para el sustento de sus familiares.

Con la guerra desapareció todo el ganado y se paralizó toda clase de trabajos.

Allí vivieron muchas familias que después fueron asesinadas por Weyler, cuando envió sus tropas á que pasaran á cuchillo á todas las familias que allí encontraran, pudiéndose escapar milagrosamente algunas que se internaron mucho en el monte.

En "Saca lo hondo" nos acampamos, y allí mismo pudimos satisfacer nuestros estómagos con boniatos asados, alimento bastante fuerte y sobre todo que nos llenaba.

No sé si era el hambre que yo sentía, pero fueron aquellos los mejores boniatos que he comido en mi vida.

Ya ves los días que pasaron desde nuestra salida de las lomas, ó sea del Cuartel de la Brigada, y los pocos insurrectos que encontramos en la larga marcha que llevábamos.

Esto te probará el estado de abandono en que se encontraba aquella parte.

Allí nos dispusimos á esperar que algún insurrecto llegara en busca de boniatos, y mientras tanto descansábamos nosotros.

Hicimos de hierbas una casita pequeña para resguar-

darnos del sol y del agua, mientras álguien aparecía y nos informaba de lo que por allí ocurría.

Carta número 42.

Una tarde vimos un perro que llegaba al boniatal y nos escondimos dentro del monte, con el objeto de ver quien era su amo que con seguridad vendría detrás.

Efectivamente, poco después apareció un joven con un *jolongo* (saco donde se carga la vianda) y comenzó á sacar boniatos.

Poco á poco nos fuimos acercando á él, y cuando nos vino á ver ya nos tenía encima.

Se llamaba Ramón y por apodo le decían *vizcaino*.

Insurrecto viejo, y de los buenos, y á quien desde luego conocíamos.

Después de cambiar las primeras palabras nos fuímos al rancho nuestro, y allí al preguntarle nosotros cómo estaba la zona y qué se habían hecho los insurrectos, nos dijo:

Aquí fuerza no queda ninguna, toda ha desaparecido, unos se han muerto de viruelas, otros de hambre y á los otros los han matado.

Muchos se han ido para el pueblo y solo quedamos muy poquitos.

—¿Conocen ustedes el parlamento del Cura?

—No: nada sabemos.

—Pues oigan lo ocurrido.

El Cura del pueblo de Yaguaramas, valido de sus confidentes, solicitó un parlamento con los Jefes que por

aquí había, ó sea con aquellos pocos que quedaron después de la invasión de Weyler.

Conseguido el parlamento pudo reunir unos cuarenta ó sesenta insurrectos á los cuales citó á un lugar próximo á Yaguaramas, en el campo.

Allí los esperó el Cura, el Comandante Militar del pueblo, el Maestro de escuela y otras autoridades.

A cierta distancia se ocultaba la guerrilla local.

Fueron llegando poco á poco los insurrectos, que eran atentamente recibidos y obsequiados con licores, dulces &ª.

Cuando todos habían llegado prepararon la comida, mataron una ternera, comieron perfectamente y consumieron algunos garrafones de vino.

La ropa, calzado y sombreros, estaban en abundancia, y todo el que llegó se habilitó.

Como la noche les sorprendió, determinaron dormir allí, bajo un coposo àrbol.

El objeto del parlamento era atraer á la llamada *legalidad*, á aquellos insurrectos, y dar oficialmente por pacificada la zona de Yaguaramas.

Allí se le echaron discursos á los insurrectos, y se les dijo que todos serían colocados en las guerrillas para perseguir hasta con perros á los que no quisieran someterse.

Se les dijo también que la guerra estaba terminada en el resto de la Isla, que el General Gomez ya se había embarcado para Jamaica, y que apenas si quedaba algún insurrecto.

Aquellos incáutos, que no tenían comunicación con nadie, y que verdaderamente fueron sorprendidos por los organizadores del parlamento, creyeron cuanto les dijeron y aceptaron el marchar con ellos al siguiente día, á Yaguaramas, á celebrar las fiestas de la Paz.

Cuando todo estaba convenido llegamos Serafín Pino y yo, que también fuímos citados, pero que desconocíamos de lo que se trataba.

Estábamos completamente desnudos y descalzos, y fuímos en el acto vestidos.

Serafín Pino y yo pudimos hablar sin ser vistos y nos pusimos de acuerdo para matar á los cabecillas de más importancia en el asunto, ambos insurrectos, el uno Teniente y el otro Alférez, y después invitar á los demás para matar al Cura y al Comandante Militar.

Tanto Serafín como yo nos dimos cuenta de que aquello era una traición y estábamos dispuestos á castigarla.

Nos acostamos á dormir, y cuando todos lo hacían, nos levantamos con precaución, y mientras Serafín se dirigió á matar al Teniente, yo preparaba el golpe para asegurar al Alférez.

Todos estábamos armados.

Cuando Serafín disparó su tercerola sobre el cráneo del Teniente Ramón, produciéndole en el acto la muerte, yo disparé la mía sobre el pecho del Alférez Pedro Hernández, causándole una herida grave en el vientre.

En seguida gritamos ¡Viva Cuba! ¡machete á los traidores!.....La confusión fué general.

De todos lados nos hacían fuego y tuvímos que huir sin poder salirnos con la nuestra.

Después supe que allí mismo enterraron al Teniente Ramón y que al siguiente día llevaron à Yaguaramas al Alférez, herido, junto con todos los que estuvieron dispuestos á presentarse.

Lo que ha sucedido luego, no lo sè, sólo me consta que á Serafín y á mí nos buscaban hasta con perros, los mismos insurrectos que hasta ayer estaban con nosotros y que hoy son guerrilleros.

Aquí no se puede escapar, son tan prácticos, tan atrevidos y tan conocedores de nuestra situación, que hasta á este mismo lugar donde nos encontramos ahora han tenido el valor de llegar cinco guerrilleros, y si es por allá fuera, andan hasta por parejas.

La guerra aquí está perdida, hay que confesar que

los españoles y los guerrilleros son los dueños de todo el campo.

Con esta información ya no necesitábamos nosotros conocer nada más.

La zona estaba perdida, había que trabajar y pelear mucho para reconquistarla.

Como Ramón (á) "vizcaino" nos dijo que allí estábamos en peligro, le consultamos en donde podíamos acamparnos unos días tranquilos para reponernos comiendo algo.

El *Vizcaino* nos ofreció venir al siguiente día en busca nuestra.

Yo le prometí poner en conocimiento la brillante acción realizada por él y por Serafín, y desde luego le ofrecí pedir para ellos les recompensaran su valiente y digno comportamiento, con el grado de Alférez.

Aquella noche la pasamos allí, después de hacer una buena cena de boniatos asados y ajíes picantes, que fuè con lo único que pudo obsequiarnos nuestro nuevo compañero.

Carta número 43

Al amanecer del día siguiente llegó el *Vizcaino* y nos dijo:

En el médio de la Ciénega hay un Cayo que le dicen "Cayo Grande"

Allí vive una famiiia cuyo Jefe es muy diligente, y siempre tiene carne, maíz, y viandas que se lleva de las Colonias.

Ayer trajo una yunta de bueyes; nunca le falta sal porque la hace en la Costa, así es que yèndonos allá pueden ustedes comer bien y estar tranquilos miéntras se reparan algo y consiguen caballos para seguir la marcha.

Aceptamos la proposición y nos dirijímos al Azufre, lugar donde comenzaba por aquella parte la Ciénega.

La travesía era como de una legua de agua y había que hacerla á pié.

Yo me resistí á ello, porque con la anterior marcha había quedado descalzo completamente, y tenía los pies despedazados.

Al ver mi estado, me dijo el *Vizcaino*; espérese Vd. aquí que yo le traeré un cayuco ó sea una canoa, para que haga la travesía embarcado.

Mi compañero Orizondo se embulló á hacer con su asistente la jornada á pié, y la efectuó, mientras yo me decidí á esperar el *Cayuco*.

Mis compañeros llegaron al Cayo en los momentos en que estaban matando un buey y se dispusieron á ayudar.

Allí había arroz, carne, sal, maíz, miel de abejas, muchas viajacas, jicoteas, jutías, boniatos, yucas y una completa habilitación de cocina.

Componían la familia una mulata, cuatro muchachos,

un viejo y el esposo de la mulata; éste no solo era muy práctico, sinó muy listo y atrevido.

Por las noches, solo y á pié se metía en las zonas de cultivo, y muchas veces se robaba hasta puercos, pollos, gallinas, &.

Mis compañeros se pusieron á hacer de comer mientras yo esperaba la canoa.

Ya cansado y aburrido, me acosté en el suelo y me quedé dormido junto con mi asistente.

De pronto un fuerte tiroteo cerca nos sorprendió, é hizo que nos retiráramos.

Yo, que me creía tan seguro allí, me convencí de que los españoles eran verdaderamente los dueños hasta de la Ciénega, pues efectivamente el fuego fué con los del Cayo.

Estándose preparando para comer, fueron sorprendidos por el enemigo. Este avanzaba sigilosamente por dentro del agua, y como los insurrectos no creían que allí pudieran nunca llegar, estaban completamente descuidados.

La sorpresa fué terrible, nadie tuvo lugar ni de defenderse ni de salvar nada. Allí quedó todo lo que había en poder del enemigo, bueyes, arróz, maíz, miel de abejas &.

La familia, como los hombres, tuvieron que botarse á la Ciénega, y gracias á la práctica que tenían de caminar entre ella, pudieron salvarse.

A nadie lograron matar; de ser prisioneros todos escaparon milagrosamente.

El enemigo que atacó era la guerrilla de "Constancia", desmontada; como entre ellos había muchos que fueron insurrectos, conocían perfectamente nuestras *guaridas*.

La causa de que allí llegaran fué que venían siguiendo el rastro de la yunta de bueyes que el día ántes habían sacado.

De manera que fuímos tan fatales, que el hecho de tomar carne de res nos causó la pérdida de todo.

A los tres días pudimos reunirnos Orizondo y yo nuevamente.

Al contarme sus apuros, me dijo: poco, muy poco faltó para que me suicidara.

En medio de la Ciénega me ví desmayado, por causa de tener que romper tanta agua y junco, y casi me tocaban los guerrilleros que me seguían; pero como no me faltó el ánimo, pude ganar un Cayo y cojer después ventaja.

Ya ninguno de nosotros tenía ropa; el mosquito acababa de sacarnos la poca sangre que teníamos.

La situación no podía ser más espantosa.

Al fin pude conseguir un mal caballo y con un práctico, á pié, me fuí á ver al Prefecto, que según noticias estaba á unas treinta léguas de camino, según las vueltas que había que dar.

Tal era lo internado en la montaña que estaba aquel único Prefecto, que por allí quedaba, y solo de nombre.

Cerca de cuatro días tardamos en llegar allá.

El camino tenía un tramo de doce léguas lo menos, por la orilla del mar, en la Costa Sur de la Isla.

Había que ir con precauciones, porque aquella costa era escrupulosamente vigilada por los cañoneros españoles.

El paseo fué preciso: ¡cuántos pensamientos vinieron á mi mente en aquellos momentos en que contemplaba el mar del Sur!

Allá, léjos, se divisaba como cruzaban las grandes embarcaciones.

¿Serían Españolas, Americanas ó Francesas? No se distinguían sus banderas.

Yo me decía; si tuviera qué comer en este lugar, aquí á las orillas del mar sería capaz de estarme veinte años.

¡Qué felíz sería yo si pudiera vivir aquí!

Aquella travesía de doce léguas la hice sin sentir; y cuando tuve que volver la espalda al mar para internarme en el bosque me puse triste, pues ya de hierbas estaba hastiado.

Llegamos á "La Ceiba" y allí nos encontramos al Prefecto.

El tipo y el traje de éste, unido al lastimoso cuadro que ofrecía la casa donde habitaba y tenía la familia, me indicó á la simple vista el hambre y la miseria que le rodeaba.

Pronto me informó de los asesinatos que cometieron las tropas cuando allí entraron, y del estado deplorable nó solo de la Brigada de Cienfuegos por aquella parte de Yaguaramas, sinó que desde que se pasaba la línea de Cienfuegos, hasta la Provincia de Matanzas inclusive, la Revolución había decaído considerablemente.

El año 97 se hará inolvidable para aquellos que lo pasaron en el monte.

El cubano que haya hecho la campaña de este año, no necesita más hoja de servicio: fué el año del hambre, de la miseria, de las infamias, de la epidemia, del desconcierto, el verdadero año del sufrimiento, podemos decir.

Ya yo había terminado mi misión, sabía cómo estaba todo, y podía desde luego dar una exacta información del estado general de Soledad y Yaguaramas.

Solo me faltaba conseguir caballos y prácticos para regresar y rendir mi comisión.

El Prefecto me facilitó un potro serrero que enlazó en la sabana, y en cambio de éste dejé el caballejo que llevaba y que estaba cansado.

Otros tantos días demoramos para llegar á la Bartolina, donde ya me esperaba mi compañero el Comandante Luis Orizondo.

Nos faltaba un caballo para emprender la marcha, y mientras lo conseguíamos estábamos acampados en la Bartolina.

Un día, serían las once de la mañana, estábamos comenzando á almorzar una jutía salcochada cuando sentimos voces como de monteros.

Tomamos nuestras precauciones creyendo fuese alguna trama, y poco después salió el Comandante Orizondo á explorar, ó sea á ver quiénes eran los nuevos huéspedes.

Tomó su rifle y se dirijió á la vereda.

Poco antes de llegar sintió conversación y después pudo ver tres hombres, uno de ellos vestido de saco blanco, camisa y sombrero nuevo de jipijapa.

Al ver que no traían armas les dió el ¡alto, quien vá! al que contestaron "¡Cuba!"

Entonces avanzó hasta ellos y reconoció á tres pacíficos, que interrogados, le dijeron venían á tener una entrevista con el Jefe de la zona que habían sabido era un tal San jenís.

Entonces Orizondo los invitó á pasar á mi campamento, y ellos, dejando los caballos en la vereda, pasaron á verme.

Un hombre simpático á primera vista se me presentó delante.

Al enfrentarse conmigo, con una naturalidad especialísima, me dijo:

—¿Qué tal, Sanjenís, no me conoces?

A la verdad que no recuerdo.

—Si—hombre, soy Márcos Lancís, de Pinar del Río, y nos conocemos de la Habana.

—Perfectamente, vamos á sentar por base que nos conocemos y hasta que somos amigos. ¿A qué debo la honra de su visita?

—Simplemente á una consulta que deseo hacerte.

Aquel hombre era originalísimo. Yo te aseguro que en mi vida nos habíamos visto, y sin embargo me tuteaba y hablaba con una franqueza extraordinaria.

Deseoso yo de conocer algo el objeto de su visita, insistí y entónces me manifestó sus deseos de trabajar si nosotros lo autorizábamos.

—Yo no pude complacerlo, y le expuse mis razones.

Entonces hablamos, entre distintas cosas, de la nueva situación política que se esperaba crearían en Cuba los españoles.

Me habló del relevo de Weyler, por el General Blanco, y de los propósitos de éste de implantar la autonomía

como medida política, que unida á la acción Militar, acabaría la Revolución.

Que aunque el pueblo confiaba en el éxito de la Autonomía él creía que fracasaba, porque, como nosotros, entendía que no había solución posible no siendo bajo la base de Independencia.

Me preguntó si era cierto el descontento nuestro, si era verdad que estábamos cansados, y sobre todo si sabía de qué dependía que se presentaba tanta jente en solicitud de indulto.

Estas preguntas y otras hechas en aquellos momentos y de una manera astuta y premeditada, muy léjos de inspirarme desconfianza, me demostraban que hablaba con un patriota que anhelaba como yo la Independencia y que sufría con las desventuras de la Patria.

El Sr. Lancís terminó su entrevista y se despidió de mí, ofreciéndoseme mucho en el Ingenio "Juraguá"

A mí me dejó su visita una buena impresión; lo tomé por un caballero, por un cubano honrado, por un separatista convencido.

En su conversación no me ofendió en nada y su solicitud de trabajar la estimé como hija de la necesidad que tenía de sostener su familia de alguna manera.

En cuanto à su consulta, me agradó por cuanto que demostraba respeto á las leyes de la Revolución, desde el momento en que no quería trabajar sin permiso nuestro.

Mientras el Sr. Lancís hablaba conmigo, mi compañero le mandó á esconder el caballo, procedimiento que no me gustó, pero que después de realizado no tenía remedio.

Lancís, al ver que le faltó su caballo, ni preguntó siquiera, parece que lo que deseaba era salir cuanto ántes de mi lado.

Se había equivocado completamente con nosotros. Con seguridad no éramos quiénes él buscaba, y al verse engañado trató de engañarnos para salvarse, y como que una vez en la vereda ya se vió salvo, no perdió tiempo en escaparse.

Ya supondrás por esto que te digo, que sus intenciones y su misión eran miserables, pero no se atrevió á proponer nada que fuera indigno.

Su papel de cómico lo desempeñó admirablemente.

Más adelante conocerás algo relacionado con esta célebre entrevista.

Carta número 44.

Como el caballo de Lancís sirvió para completar el número 5 de los que necesitábamos para regresar al Cuartel de la Brigada, emprendimos la marcha.

Teníamos que atravesar un buen pedazo de Ciénega, y después pasar la Trocha de "Constancia".

Esta travesía era peligrosísima para nosotros.

Varias veces nos perdimos, pero al fin, caminando protejidos por la oscuridad de la noche, pudimos salir á rumbo.

Por el dia descansábamos en el monte comiendo caña y por la noche caminábamos.

Al llegar á Santiago nos encontramos con un buen práctico, y como nuestros caballos no podían llegar á las lomas en las condiciones que estaban, resolvimos contramarchar hácia los "Güiros" con el objeto de conseguir mejores caballos.

Así lo hicimos, y á la noche siguiente nos fuimos de operaciones con aquel práctico.

Uno de los fuertes de la Trocha de "Constancia" estaba defendido por fuerzas de la Guardia Civil, de Caballeria.

Los caballos de éstos estaban amarrados cerca del fuerte. La noche completamente oscura. Los centinelas al parecer dormidos.

Nosotros llegamos serena y silenciosamente; safamos seis caballos magníficos sin ser sentidos, nos montamos y emprendimos la carrera.

Ya estábamos bien preparados para la marcha.

Al siguiente día amanecímos en "Soledad."

Allí, el Comandante Mariano Pino me enteró de quien era el Márcos Lancís que me visitó: un canalla, un emisario miserable del General Blanco!

¡Cuánto sentí no haber tenido alguna noticia relativa á su criminal misión, pues no era otra sinó la de conseguir *presentados* por medio del engaño.

La cosa ya no tenía remedio; aquel hombre había tenido la suficiente astucia para ocultarme sus planes y no volverá con seguridad á ponerse á mi alcance, porque conociendo mis sentimientos, temería lo ahorcase.

Por la noche emprendimos marcha hácia la Trocha de Cienfuegos.

La cuestión de alimentos de boca era la que estaba mala, lo mismo que nuestros trajes.

En vista de nuestra situación, resolvimos aquella noche quedarnos dentro de la zona de cultivo.

Escondidos convenientemente en un pedacito de monte, aguardamos que llegara el día para sorprender al primer pacífico que pasara y correr con él el siguiente riesgo. Si era de los buenos nos servía, si era de los malos nos entregaría.

Así que amaneció sentimos pasos de caballos. Eran unos cuantos guerrilleros del Ingenio *Parque Alto*, que venían dándole vuelta, y pasaron sin vernos.

Después sentimos voces de carreteros y más tarde llegaban éstos al mismo lugar donde nos ocultábamos nosotros, pues era una cuadrilla que cortaba leña allí mismo.

Antes de llegar los cortadores, nos vieron unos perritos que comenzaron á ladrar y nos descubrieron.

Ya no teníamos más remedio que jugar el todo por el todo, y así lo hicimos.

Llegamos á la cuadrilla y después de saludarlos les dijimos: Sres; Vds. todos son cubanos. y el que nos venda es un miserable y un cobarde.

Todos nos contestaron que no tuviéramos cuidado por ellos, pero que nos escondiéramos pronto porque allí vendría dentro de un rato la guerrilla á darles vuelta á los cortadores de leña.

Entonces yo le dije á uno que tenía que llevarme un papel al dueño del Ingenio, y como aceptó, se lo dí.

El papel decía:—"Sr. somos una Comisión de seis hombres y no tenemos ni ropa, ni zapatos ni nada en absoluto que comer.

Venimos de Vuelta Abajo y vamos para el Cuartel General.

Si Vd. puede aliviar nuestra situación, se lo agradecerán en el alma, estos que tanto sufren por hacer Patria.

LA COMISION"

En seguida vino el Mayordomo de la finca "Parque Alto" y en nombre del dueño del Ingenio nos trajo una acémila cargada con víveres en bastante cantidad y variados; además ropas, calzado, sombreros &ª.

Aquella fué la verdadera salvación nuestra.

¡Cuánto tiempo sin comer como comimos aquella noche!

Dimos las gracias á aquella gente tan patriota y tan humanitaria, á quienes ofrecimos conservar sus recuerdos siempre en nuestros agradecidos corazones. El Mayordomo se llamaba Gonzalez; el dueño del Ingenio "Parque Alto", Jorge Fowler.

Aquella misma noche atravesamos la Trocha, y cuando salió el sol del nuevo día, estábamos acampados en Breñas.

Allí estuvimos un día; después continuamos hácia

Carolinas, donde nos informamos que cerca estaba el General Monteagudo.

A verlo nos dirijimos y le pude dar cuenta de cuanto ocurría por las zonas de Yaguaramas y Soledad.

Poco después llegó el Jefe de la Brigada, Coronel Higinio Esquerra, á quien rendí mi comisión.

Gran asombro le causó nuestra presencia, pues ya allí no se contaba con nosotros: mientras unos afirmaban que nos habían matado, otros decían que nos habíamos acojido á indulto.

Luego había el hecho de haber demorado más de dos meses nuestro regreso, cuando yo había prometido hacerlo en 15 días.

Pero poco á poco se fué enterando el Jefe de la Brigada de todo cuanto nos pasó, y deshechó sus propósitos, cuales eran los de formarnos Consejo de Guerra, porque según las noticias del confidente de Cienfuegos, el canalla de Márcos Lancís había dicho en pleno "Liceo" que pronto entrarían en el pueblo acojidos á indulto el Comandante Sanjenís con sus fuerzas y el Comandante Orizondo, que con ambos había pactado la presentación mediante la cantidad de diez mil pesos.

Estas versiones se corrieron tanto en el pueblo de Cienfuegos, que llegó á saberlo el confidente y así se lo comunicó al Jefe de la Brigada.

Ya ves el daño que pudo haberme hecho este miserable cubano, si nó hubiera sido la confianza que yo inspiraba á todos mis compañeros, y en especial á mis Jefes.

Todos quedaron convencidos de que se trató de una solemne calumnia, y con tal motivo escribí á Nueva-York las siguientes cartas.

"Sr. Tomás Estrada Palma.

Nueva-York.

Gloriosos campos de Cuba Libre.

Muy Sr. mío y distinguido compatriota:

Aún cuando no tengo el gusto de conocer á Vd. personalmente, voy á permitirme la libertad de dirijirle las pre-

sentes líneas en la seguridad de que ha de disimular mis molestias.

No conozco á ninguno de los Directores de periódicos que sean adictos á nuestra causa, por lo que le estimaré en mucho tenga la bondad de hacer llegar la siguiente carta, á la dirección del periódico "Patria", y de suplicarle á la vez à su digno Director la inmediata publicación de la misma.

Anticipándole las más expresivas gracias, y aprovechando la oportunidad de ofrecerme de Vd. amigo y compañero, le queda con la más alta consideración en P. y L. á 20 de Diciembre de 1897.

El Comandante,
A. S.

"Sr. Director del periódico "Patria":

Muy Sr. mío y distinguido compatriota.

Eterna ha de ser mi gratitud para con la publicación que tan acertadamente Vd. dirije, si permite dar á luz estas mal trazadas líneas de mi carta.

Por primera vez, en el camino de mi vida por el mundo, tengo necesidad de acudir á la prensa con el fin de esclarecer supuestos hechos que no solo atacan á mi conducta de hombre honrado, sinó á lo que es más triste, á mi dignidad de militar y de patriota.

Soy Jefe del 3er. Escuadrón del Regimiento de Caballería "Yaguaramas" y pertenezco á la 2ª Brigada de la 2ª División del 4° Cuerpo del Ejército Libertador de Cuba.

El 27 de Octubre del presente año, cumpliendo órdenes que recibí del Mayor General Francisco Carrillo, que por esta fecha se hallaba cerca del poblado de Manicaragua, marché en comisión y en compañía del Comandante Orizondo, con una pequeña fuerza á mis ordenes sobre los campos de Yaguaramas.

Y estando desempeñando la reservada comisión que allí me llevara, un día ó sea el 1° de Diciembre, encontrándome acampado en unos montes próximos al Inge-

nio "Juraguá", recibí la visita de un señor que dijo llamarse Marcos Lancís, abogado, y que hasta ahora había vivido en la Habana.

Tran pronto como á mí se dirijió, por su trato y presencia no se me ocultó que hablaba con un hombre culto, por lo que traté de recordar todos aquellos modales sociales que mi educación me brindaban, para usarlos con un hombre en el que veía al parecer un caballero.

A su llegada me preguntó si era yo el Jefe de la zona, y como le contestara que sí, me manifestó sus deseos de hacerme una consulta como amigo (que se titulaba] y como Jefe de la Revolución.

Puede Vd. empezar, le contesté sencillamente: dando comienzo á su conversación de la manera siguiente:

—Antes que todo, preciso es que tú sepas que soy cubano y separatista; tengo un hermano en la Junta Revolucionaria de Nueva-York, y soy íntimo amigo del Brigadier Francisco Perez.

Trabajaba hasta ahora en la Audiencia de la Habana haciendo Estrados; pero, amigo mío, la miseria es tan grande, el foro está tan mal, que me estoy muriendo de hambre.

Tengo seis hijos y mi señora, y no sé cómo darles de comer.

Como soy íntimo amigo del Marqués de la Real Proclamación, que es el dueño de estos terrenos de "Mal tún", aprovechando la órden que ha dado el General Blanco á los pacíficos para que salgan á trabajar al campo, se me ha ocurrido establecer un corte de leña en ellos, para tirarla al Ingenio "Juraguá"; *siempre que Vds. autoricen también el trabajo en el campo.*

A la vez tengo que decirle que el Sr. Oliverio Agramonte, Administrador del "Juraguá", desea tener una entrevista con Vd. para tratar sobre la zafra.

Conque ésta es mi consulta y lo que aquí me ha traído.

— Bien, venga Vd. á presencia de mi fuerza para que todos sepan cuál es el objeto de su visita, y cuál es mi contestación.

Formé el pequeño grupo de hombres que me acompañaban, y después de decirles lo que pretendía el visitante y los deseos de Agramonte, me dirijí al Sr. Lancís.

—Dígale Vd. al Sr. Agramonte que si el objeto de su entrevista conmigo es tratar sobre la molienda, que se ahorre el viaje, que nosotros en manera alguna autorizaremos la zafra, por ser una contra-Revolución.

Ahora, en cuanto á Vd., debo decirle que si tiene bastante fuerza disponible puede cortar leña; pero tenga la completa seguridad de que como yo pueda le doy machete á Vd, á sus cortadores y á su fuerza.

Conque puede Vd. hacer lo que le convenga, y retirarse cuando lo tenga por conveniente.

Así que hubo de oir mi categórica contestación, mostrose algo apesarado, como aquel que se le viene el mundo encima, y me dijo:

—Entonces me volveré á la Habana; le diré al General Blanco que no se puede trabajar porque Vds. no lo autorizan, y trataré de buscarme la vida como pueda.

Poco después se despidió y se marchó.

Pasaron unos días y regresé á "Soledad", donde me enteré de la clase de hombre que era el Sr. Lancís, pues éste, antes de verme á mí, ya había tenido una conferencia con el Comandante Mariano Pino, á quien había hecho proposiciones de presentación de parte del Gobernador Civil Márcos García, quien le ofrecía el reconocimiento de su grado en el Ejército Español.

He de hacer constar también que el Comandante Pino rechazó la indigna proposición, y á no poseer un corazón tan noble, hubiera dejado colgado bajo un arbol al asqueroso mensajero.

En resúmen; el Sr. Lancís, en quien estimaba yo un caballero, y lo que es más, un compatriota, resultó que venía desempeñando la denigrante misión de emisario de los Autonomistas, para atraer por medio de falsías y engaños á aquellos cubanos que ignorantes, ó mejor dicho, inocentes, se dejaban llevar y seducir por las palabras dulces, pero súcias, de esos hombres que para matar el ham-

[illegible] cargos indignos, que si bien les dan la vida, también les quitan la honra.

Pero llega más allá todavía la criminalidad, astucia y aspereosidad de Sr. Lancís, como lo demostrará el siguiente hecho.

"Aprovechado de su confidencia, tan pronto hubo de saber mi regreso á las lomas, volvió el Sr. Lancís á entrevistarse con algunos insurrectos, á quienes manifestó que ya había pactado conmigo y con el Comandante Orizondo nuestra presentación, al igual que con el Brigadier Perez, mediante una buena suma de dinero y el reconocimiento de nuestros grados en el Ejército Español. Que la guerra ya estaba concluída, que todos los Jefes se habían transado con la Autonomía que se iba á implantar en Cuba; haciendo de esta manera la propaganda que ese desgraciado partido ha emprendido desde que los españoles confesaron el fracaso de Weyler.

Afortunadamente el Sr. Lancís llegó tarde, puesto que vino después de mi visita de recorrida, si nó, hubiera engañado á toda aquella gente que quedaba.

He de confesar también lo listo y astuto que fué el hombre, como lo demostró en mi entrevista al no atreverse á hacerme proposición alguna de presentación, seguramente porque adivinó que estaba al frente de uno de los convencidos patriotas, que por nada dejaría de sus manos la obra de libertad que había emprendido.

De manera que por medio de la presente quedarán convencidos los lectores de "Patria", de la tamaña calumnia que ha levantado el miserable Lancís contra la honra y dignidad del Brigadier Perez, del Comandante Orizondo y de la mía.

Bueno es también que se sepa que los Autonomistas, conociendo de personal bastante cínico y descarado, estuvieran dispuestos á traer hasta nuestras filas sus proposiciones, han recurrido hasta al Clero, siendo uno de los canallas emisarios el Cura del poblado de Yaguaramas, quien no hace mucho celebró un parlamento con otro grupo de insurrectos, y logrando por medio de la mentira el

engaño las presentaciones de algunos que tan pronto llegaron al pueblo y se dieron cuenta del engaño, burlaron la vigilancia del enemigo y volvieron á incorporarse.

Por todo lo que llevo relatado han de convencerse los lectores de "Patria" de cuánto se valen los ya casi vencidos españoles, para hacer creer al mundo que nosotros nos conformamos con la Autonomía.

Entiéndase, pues, que por lo que á mí toca, son muy pocos los millones que hay en el mundo para comprar mi opinión de separatista cubano, y en cuanto al uniforme y galones españoles, es traje que mucho me repugna para que yo pueda usarlo.

Que estoy dispuesto á continuar en armas contra España, mientras sobre el ensangrentado suelo de Cuba no quede enarbolado para siempre nuestro símbolo de Libertad, representado en esa bandera tricolor, á la que he jurado defender hasta la muerte.

El Comandante,
A. S.

A los pocos días recibí esta otra carta que te envío, del presidente del Club número 40, de Cienfuegos, y que copiada á la letra dice:

CLUB NUMERO 40

A los Ciudadanos Avelino Sanjenís y Luís Orizondo, Comandantes del Ejército Libertador de Cuba.

EN CAMPAÑA.

Distinguidos compatriotas:

Hace días viene circulando con marcada insistencia por esta localidad, el rumor de que un indivíduo nombrado Marcos Lancís, que trae la comisión del gobierno español de conferenciar con los Jefes de la Revolución que operan por esta zona, á fin de atraerlos á la "legalidad", había tenido una entrevista con Vds., entrevista que califica de prévia preparación, pues se dice así mismo que se avistó con Vd. con el propósito de iniciar sus intenciones para conseguir el plan que tiene formado.

Desde que dicha versión comenzó á hacerse pública, fué acojida con el natural indiferentismo, no sólo porque nosotros hemos tenido siempre en grado muy alto la dignidad y honor de Vds, puesto que bien conocidos nos son los diversos hechos de armas y actos de patriotismo realizados como Jefes, en el valeroso y heróico Ejército Libertador, y cubanos dignísimos, sí que también, que no puede ocultársenos que de haber existido semejante conferencia en cumplimiento de lo que previenen las leyss de nuestro Gobierno y las disposiciones que con posterioridad han hecho circular los Jefes de los diferentes departamentos, hubiera sido impuesto á dicho ciudadano el castigo á que por su extremada audacia é inaudito descaro se hacía acreedor.

Esta circunstancia motivó que juzgáramos solo como rumor sin fundamento el que venía propalándose, y considerábamos á la vez que se procuraba con ello hacer decaer el espíritu de los patriotas tímidos, que siempre existen, para conseguir que formasen número entre los pocos cubanos indignos que hoy se ponen al lado del Gobierno de España ayudándolo en su inícua obra autonómica; pero lo que hemos querido desechar en un principio, lo que sólo nos movió la risa, haciendo que propagásemos en contrario à lo que se quería demostrar como cosa cierta, nos hace ahora dirigirnos á Vd, porque esas propalaciones, esos rumores han variado de forma, porque el miserable cubano que se encarga de una misión tan indigna como es la de proponer á sus hermanos que luchan y derraman su preciosa sangre por el logro de una causa tan noble, elevada y sacrosanta, cual es la independencia de su pueblo, transacciones de índole tal con ese gobierno que tanto nos tiraniza, una venta, como si dijéramos de la dignidad y valor pátrios; el comisionado de los asesinos de ancianos, mujeres y niños, ese ente despreciable, nombrado Marcos Lancís, ha tenido el cinismo de manifestar en el Círculo de sus amigos, hasta donde hicimos llegar nuestros espías, vigilando sus pasos, la avilantez de exponer que pronto se proponía á

cumplir la Comisión que se le confiara y que pronto también como testimonio de sus gestiones, había de traer á la población dos ó más cabecillas (son sus palabras) acompañados de sus partidas respectivas.

Ninguna importancia se hubiera dado tampoco á las palabras y promesas de ese canalla, como antes despreciado habíamos dichos y rumores que hasta asco producen, sinó mediara la circunstancia de haber emprendido dicho indivíduo viaje con dirección á la zona por donde Vds. operan. No es, queridos compatriotas, que abriguemos duda alguna ni el más mínimo temor de que pueda suceder lo expuesto por aquel miserable, puesto que demasiado confiamos en vuestro honor y patriotismo, en vuestra abnegación sin límites, que al sacrificio conduce; lo que nos guía á dirigir á Vds estas líneas es el poner en su conocimiento cuanto ocurre; las tramas de ese conocido tahur de los garitos de la Habana, de ese hombre que desprovisto de toda vergüenza ha aceptado una comisión semejante, por echar en sus bolsillos algunas miserables pesetas con que le paga España su indignidad.

¿Se propone Lancís violar las leyes del Gobierno de la República? ¿Quiere, según parece, echar en olvido las disposiciones de nuestro General en Jefe, y las de los demás Jefes, de que no puede estar ignorante, encaminadas á no permitir la presencia en el territorio de la Revolución de ningún indivíduo portador de proposiciones ó tratos que no sean basados en la absoluta independencia, sin que se le castigue cual corresponde? ¿Procura, siendo cubano, servir á España y servirla de un modo tan infame buscando ignominia para sus hermanos?.....

Pues pague su osadía rindiendo cuenta de su vergonzosa acción; que se le apliquen las leyes juzgándosele como reo de alta traición, para los que esas mismas leyes imponen, la pena de muerte. Esto es lo que merece si lleva adelante el plan que intenta.

Duro será para Vds. si ese indivíduo se presenta con semejantes pretensiones y míseras ofertas, el aplicarle un castigo tan tremendo; pero es necesario, lo exige el cum-

plimiento de lo que dispone y exige la Patria; lo necesita Cuba, que puede perdonar, como viene perdonando á sus enemigos; pero que condena y castiga con mano fuerte y severa á hijos que reniegan de su amor, á hijos que roen sus entrañas y remachan más aún los duros clavos de su cadena y tratan de entregarla en manos del verdugo.

Este *Club* de patriotas que os admira, ha creído cumplir con un deber al notificar á Vd. lo que acontece, y si el Sr. Lancís, hombre indigno y sin prestigio lleva á cabo su empeño, y su muerte se decreta y paga con la vida su infamia, la libertad se mostrará satisfecha, porque se quitaría de su camino una impedimenta, sirviendo al propio tiempo de castigo ejemplar, de provechosa enseñanza para aquellos en cuyas conciencias depravadas pudiese extrañar el propósito de ejercer obra semejante.

Deseando á Vd. mucha suerte y todo género de glorias en la actual contienda, y haciendo votos por el triunfo de nuestro ideal, quedan en espera de sus gratas, sus affmos compatriotas

Por el Club "Número 40"
El Presidente,
M. D. I.

Al poco tiempo tuve el gusto de ver mi carta anterior publicada en un número de "Patria".

Ya ves á cuántos comentarios dió lugar la célebre entrevista de Lancís, en la que no tuve motivos para ahorcarlo, pero si lo hubiera hecho, poco ó nada hubiera perdido la sociedad cubana.

Carta número 45.

A mi llegada al Cuartel de la Brigada, ya encontré preparado al Coronel Joaquín Rodriguez, que en seguida recibió órdenes de marchar á Yaguaramas.

Al ver á éste, me manifestó que mi hermano Pancho había sido destinado á Infantería y que había sabido estaba muy enfermo, sin poderse precisar donde se encontraba.

En vista de esto pedí permiso para buscarlo, y á los dos días lo encontré más muerto que vivo.

Le había atacado el paludismo, estuvo como 25 días seguidos con fiebre, se debilitó mucho, lo mandaron á un rancho donde nada había que comer, y solo se alimentaba con cañas, que á fuerza de grandes trabajos podía èl mismo ir á buscar.

Tanto se debilitó que se postró, y entonces una pobre mujer compartía con él la poca calabaza que á duras penas encontraba.

Cuando yo lo encontré ya no tenía conocimiento, apenas veía, no se levantaba y no me conoció.

Estaba completamente desnudo, sin zapatos, y para cubrirse algo solo tenía una pequeña colcha como de una vara en cuadro.

Su rostro parecía el de un negro, era tanta la tierra que tenía pegada.

Su cama era el suelo limpio, lleno de polvo

Y en su cuerpo y cabeza habitaban cuantas clases de bichos había en el monte.

Yo, desde el primer momento, me dí cuenta de su situación, y creí que no tenía salvación.

Sin embargo; le dí un baño con jabón, le dí una de las dos mudas de ropa que yo tenía y le hice una taza de chocolate.

Estuvo un cuarto de hora desmayado. Yo creía que no volvía en sí.

Al poco rato lo ví que revivía y le dí otra taza de chocolate y de nuevo volvió á desmayarse.

Cuando le pasó el símcope, ya me conocía.

Entonces, entre dos lo montamos en un caballo, y con grandes trabajos lo pude traer al campamento.

Recuerdo que al pasar por "Parque Alto" pude conseguir víveres, ropa, &.

Le dije á mi asistente, te encargo de mi hermano, lo que él tiene es hambre, cuídalo y dale de comer tres veces al día.

Así lo hizo, y á los cuatro días ya Pancho dió una jornada á caballo de toda una noche.

El hombre estaba salvado.

Lo incorporé á mi regimiento, y con nosotros marchó á Yaguaramas.

Aquella acémila de víveres sirvió para devolverle la vida.

El 22 de Diciembre se ordenó la marcha.

No pudimos llevar la fuerza que pedimos, pues aun cuando bien conocían nuestros Jefes la falta que hacían, no era posible, no la había.

El contingente que llevábamos á invadir de nuevo la rica y bien defendida zona de "Soledad" y "Yaguaramas", donde pasaban de cuatro mil hombres los guerrilleros, donde operaba el valiente Teniente Coronel de la Guardia Civil, Sr. Luís Lopez Mijares, con fuerzas aguerridas y disciplinadas, y donde no faltaban nunca soberbias Columnas de Infantería, ni voluntarios ni movilizados que en gran número salían á operaciones.

Allí, donde estaba España entera, se nos mandó á nosotros con 55 hombres de Infantería y 15 de Caballería, armados de tercerola y Remington, con solo dos mil tiros y pésimos caballos.

Muchos de nuestros soldados carecían de ropas, zapatos y machetes.

Con aquel puñado de valientes estábamos dispuestos á ir al sacrificio de la vida por la Patria.

Todos sabíamos que íbamos al precipicio puesto que todos conocíamos la zona.

Los quince hombres de caballería casi todos eran oficiales y en su mayoría muchachos finos de Cienfuegos, y todos amigos míos, como los Cueto, Callado, Rodriguez, Alvaré y otros cuyos apellidos no recuerdo.

El 24 de Diciembre del 97, día de Noche Buena, que á todos tantísimos recuerdos nos traía, pasamos la primera línea de la Trocha de Cienfuegos, perdiéndonos después dentro de ella.

Cansados de buscar orientación en el rumbo, resolvimos meternos dentro de un monte hasta que llegado el nuevo día pudiéramos tomar el rumbo.

La cena, junto con el almuerzo y la comida de aquel festivo día, fué caña que pudimos comer durante la noche de la marcha.

Ya de la acémila no quedaban más que los recuerdos de los víveres.

Al día siguiente se orientó el práctico, estábamos en los montes de Maguaraya.

Por la noche seguimos la marcha y al cruzar por los cañaverales del ingenio Maguaraya le dimos candela, ardiendo tan bien que se quemaron extensísimos campos.

Nosotros llevábamos gran cantidad de fósforo vivo.

Aquella noche pasamos la segunda línea y amanecimos acampados en los montes de la Luisa.

Ya estábamos en la zona de "Soledad", próximos al pueblo de Cartagena.

Allí dejó el Coronel Joaquín Rodriguez al Comandante Cabrera y al Capitán Guzmán con veinte hombres, para que operaran en aquella zona.

Con el resto de la fuerza continuamos à Juraguá, donde estuvimos juntos unos días hasta el 9 de Enero de 1898 en que me nombró el Coronel Jefe de Sub-Zona de "Palma Larga", donde fuí destinado con solo 22 hombres de Infantería.

Como verás, el Coronel Rodriguez dividió la zona de

Jefe Militar, en tres Sub-Zo

"Palma Larga": en la pri- Cabrera, en la segunda el Co- tercera yo.

pequeña escolta, recorría la zo-

podía yo hacer con veintidós veinticinco tiros.

me dispuse á emprender la

Larga", supe que en "Tierra los varios soldados de infan- de la Brigada de Colón, y ... las incorporé.

antes quiero saber de una manera franca y terminante, si puedo contar con el apoyo de los buenos cubanos de esta comarca.

Quiero saber si con el cambio de la política española han variado también las opiniones de ustedes.

Si he de tenerlos frente á mi espada, desgraciadamente para mí y nuestra Patria, ó si como espero para el bien de todos, puedo contarlos entre el número de los hombres dignos que se disponen á continuar el sacrificio de sus vidas y haciendas en pró de la bendecida causa de nuestra libertad.

Mientras, queda de Vds. con la mayor consideración en P. y L.

El Comandante,
A. S."

Ya por esta época estaba implantado el tan resonado "Nuevo Régimen de Gobierno Colonial," de forma autonómica.

Con este motivo, un día, lo recuerdo perfectamente, te escribí la siguiente carta que te cópio:

"Gloriosos campos de Cuba Libre.
En campaña.

Mi querido hermano:

He sido destinado á operar en la parte de "Palma Larga", con escasísimas fuerzas, pero más que nunca lleno de esperanzas y de fé.

Pronto va á cumplir 3 años el grito de nuestra protesta dado en Baire contra la dominación Goda; y en tan corto tiempo vá ya apareciendo por encima de las víctimas sacrificadas, por sobre los cadáveres de los hèroes, envueltos en sangre, cubiertos por densas nubes, y entre los escombros humeantes de nuestra ruina.....allá, en lontananza, un átomo más de benditas y futuras esperanzas.

Rodeada de misterios y embozada cual astuta máscara vestida de monje y solapada, como pueblo al fin de Curas y de Frailes, nos concede España la autonomía.....
.....por lástima, por ca-

á los cubanos..... ¡cariño y
hasta ayer llamó bandidos é incendia-
amor á un pueblo después de haberlo de-
nido; cariño y amor á esta desgraciada
mó y ha empobrecido, mandándonos á
más *prestigiosos* Generales, al más afamado
males sanguinarios, al asesino Weyler, con to
rías de déspota, con todas sus entrañas de sal-
cero.
¡Ah! todo fué en vano.
Martínez Campos, ha vuelto á España fracasa-

Sobre España!
Cuan torpes son sus Gobernantes!
Que ridículos, que poca experiencia adquieren en sus
y en sus desgracias!
Vana pretensión!
Es posible que España crea seducirnos?
Engañarnos de nuevo!
Engañar á un pueblo que está desengañado, y desen-
lo al precio sacratísimo de su preciosa sangre.
pado bien y en buen hora España.
La autonomía que hoy nos brinda no representa en
nuestras filas más que dos cosas; una, su impotencia y su
otra la proximidad del triunfo de nuestras ar-

Luego, muy léjos de rendirnos, nos alienta para
perseveremos, por lo que hoy más que nunca, existe
nosotros la fé más grande, el entusiasmo más vivo,
amor más profundo á Cuba, para seguir por ella luchan
y por ella muriendo hasta arrancar el último esla-
de la odiosa cadena que la oprime.

No obstante habrá quien se envilezca. No faltará
que cometa el doble crímen de humillarse, con-
en asesino de su Patria.

Esos desgraciados en el pecado llevarán la peni-
porque habrán pactado con sus conciencias una
ruín y vergonzosa.

Quiero concluir porque necesito del tiempo y èste no sería nunca bastante para terminar mi obra de protesta, porque no acabaría nunca.

Tu hermano

A. S."

A raíz de haberte escrito esta carta publiqué el manifiesto que á continuación te cópio, y que me dió muy buen resultado por cuanto se me incorporó mucha gente.

Estaba escrito en letra de pluma y en papel blanco, español.

Sus ejemplares, que fueron muchos, eran mandados á lanzar en los pueblos, unos, en los ingenios otros y regados en nuestros campos y caminos transitables del enemigo. los más.

MANIFIESTO.

Estando en mi ánimo evitar en todo lo posible el derramamiento de sangre, vengo á recordarles á los pacíficos que se les prohibe en absoluto salir de los poblados ó fincas fortificadas, así como toda clase de trabajos en el campo, bajo la pena de muerte.

Vamos á cumplir tres años de guerra, en sangrienta y cruel lucha, durante los cuales ha enviado España á sus más prestigiosos y afamados Generales.

Todos han fracasado política y militarmente.

España ha mandado al sacrificio un Ejército compuesto de doscientos mil hombres, y todos sus millones disponibles.

Todo ha sido en vano, y desesperada en su desgracia y desengañada con su derrota, hace el postrer esfuerzo mandándonos al General Blanco, *su último representante*, y entregando à Cuba en manos de los Autonomistas, nó para salvarla, pues bien saben que ya esto no es posible, sí para que en manos de ellos se pierda y tener desde luego á quién culpar.

España confiesa su delito aflojándonos sus opreso-

ras cadenas, y á la vez se declara ante el mundo entero impotente para vencernos.

Ahora vosotros, guerrilleros y movilizados, aunque habeis dado bastantes pruebas de vuestra ignorancia, convirtiéndoos en asesinos de vuestros hermanos, de sus hijos y de su Patria; no es posible que creais que esos Autonomistas, ese partido que no es Español ni Cubano, y que representa ante el mundo entero el partido de los hombres humillados, vaya á conseguir con toda su pobre historia, lo que España con toda su Constitución y su Ejército no ha podido lograr:

LA PAZ DE CUBA

No lo dudeis; la guerra solo se acabará concediendo á Cuba su absoluta Independencia, y ésta la obtendremos muy pronto.

Hoy nos dá España la mitad ganada.

Mañana levantará su gallo.

Tiempo teneis, pues, de reivindicaros, borrando de vuestras conciencias la abominable y asquerosa mancha del traidor, que desgraciadamente heredarán vuestros descendientes y servirá de vergüenza y baldón á vuestros hijos.

Olvidaos, pues, de vuestro pasado, despreciad el presente y mirad hácia el porvenir.

Arrepentios de ser españoles para honra de Vds. y de Cuba, y tened presente que el corazón de los cubanos separatistas está siempre dispuesto á perdonar, y yo á estrechar entre mis brazos á todos los que vengan á ayudarnos á libertar á Cuba.—El Comandante, Jefe de esta Sub-zona.—*A. S.*

Carta número 46

Ocho días hacía que me encontraba en "Palma Larga" y solo pequeñas alarmas se habían sucedido.

Como ya te he dicho, teníamos gran cantidad de fósforo vivo, y mi primer objeto fué dar mucha candela á los campos de caña, antes que el enemigo tomara precauciones y emprendiera contra mí gran persecución.

Así fué que constantemente tenía ardiendo la zona de mi mando.

Aquel año puedo afirmarte que no hubo Ingenio de los de por allí que no moliera sus cañas quemadas.

El tiempo favoreció algo á los Hacendados, debido á la seca tan grande que por aquella época había, lo que permitía moler cañas quemadas hasta de veinte dias.

Una tarde recibí la visita de un pacífico que me trajo el siguiente recado.

—"El Sr. Ferrer, dueño de la Colonia "Magdalena", desea que Vd. le conceda una entrevista."

—Bien, le contesté, dígale que puede venir cuando guste á mi Cuartel, que fuera de aquí no lo puedo recibir.

A la mañana siguiente se me presentó un señor grueso y que, como yo, usaba lentes.

Era el Sr. Ferrer.

Después del oportuno saludo me dijo:

Aquí vengo á darme á conocer á Vd., aunque ya es tarde, porque mis campos han volado: tuve la desgracia de ser el primero que Vd. abrasó con su fuego este año.

Y sacando un documento me lo entregó.

Era un salvo-conducto firmado por Tomás Estrada Palma, dirijido á los Jefes Militares y Civiles de la Revolución, y en el cual recomendaba se respetasen los campos y los bateyes de la finca "Santa Gertrudis", así como los de sus Colonias.

La "Magdalena" precisamente era la Colonia principal de esta finca y á la que ya yo había quemado.

—Sr., le dije, yo siento mucho haber destruído á Vd. sus campos, pero en primer lugar traía órden de arrasar con todo, de mi Jefe, que á su vez la cumple del General Gomez.

Precisamente en estos momentos en que se ha implantado en Cuba la Autonomía, es cuando más pruebas de protestas debemos dar nosotros, los amantes de la Independencia de la Patria.

—Bien, me dijo, ya esto no tiene remedio, y yo soy todo lo bastante patriota que se necesita para no molestarme con lo sucedido.

Pasemos ahora á otra comisión que traigo del mismo Sr. Estrada Palma.

En la última entrevista que tuvimos, en Nueva-York, como que él sabía que yo vendría á mi finca y que ésta estaba situada en lugar apropósito para las confidencias, me dijo:

—Ocúpate de ver á los Jefes que operan en Yaguaramas, y diles que estoy muy dispuesto á enviarles una Expedición por la Costa de Zapata, siempre que me manden prácticos de mar y tierra por aquella parte.

Así, que si Vd. me busca los prácticos, mándemelos á mi finca, que se pongan á la disposición de mi Administrador, que yo le dejaré instrucciones para que me los embarque enseguida por cualquier médio, para Nueva-York, que yo me voy dentro de tres días, y mientras venga la Expedición cuente con aquello más preciso y pídamelo, para mandárselo desde Cárdenas, que yo arreglaré cuentas con Estrada Palma.

—Lo que más yo necesito es parque y machetes; así que si Vd. puede, vea lo más que puede conseguir.

—Bueno: yo miraré si puedo remitirle una factura que traiga de todo un poco, porque veo que sus soldados están desnudos y descalzos.

Como traía una buena *guacabina*, almorzamos juntos.

Hablamos después de las razones que teníamos para tener esperanza en el triunfo de nuestra causa.

El había sido deportado por Weyler.

Los españoles lo habían arruinado, y cuando me hablaba de sus pérdidas, me decía que las sentía porque esos ménos recursos tenía para la Revolución.

No olvidaré nunca estas palabras que me causaron mucha risa.

—"Si yo no fuera tan *gordo*, y no usara espejuelos, vendría al monte; pero el hecho de no poder correr, y el temor de perder los lentes enredados en algún bejuco, me hacen desistir de la idea. ¿A usted nunca se le han perdido? ¿Cómo se las compone Vd?

El simpático huésped me agradó mucho y desde aquel día fuímos muy amigos, porque en él ví al cubano patriota y desinteresado.

Terminamos nuestro almuerzo y después quiso dormir un rato en mi hamaca, para poder decir en Nueva York que estuvo, aunque solo un día, en el monte.

Como á las tres de la tarde nos despedimos, y se marchó.

A los pocos días recibí, mandadas por el Administrador de su finca, Sr. Argüelles, 25 tercerolas de Caballería, cuatro mil tiros, 50 machetes de media cinta, ropa, calzado y sombreros para mi fuerza.

Ayudábanme mucho al sostenimiento de mi fuerza, tres cubanos muy buenos y muy patriotas, cuyos nombres escribo y recuerdo con gusto.

El Sr. Pablo Mileza, el Sr. Faustino Leal y el Sr. Wenceslao Martínez, en unión de un primo.

Enseguida mandé comisiones á la Costa en busca de prácticos, y como á los quince días encontré dos, allá por la Ensenada de la Broa, que eran de Matanzas.

No podíamos haber encontrado otros dos más decididos, y siento no recordar sus nombres en estos momentos.

El uno era Alférez, el otro sargento, ambos prácticos de mar y tierra é inteligentes en la navegación.

Enseguida los puse al habla con el Administrador de la "Magdalena", y más tarde, ó sea un mes después, supe que habían llegado á Nueva-York sin novedad.

Carta número 47.

Ya mis fuerzas se componían de unos sesenta individuos, todos armados.

Marchábamos de Infantería hácia "Manjuarí", á proveernos de viandas.

Serían como las once cuando regresábamos, cada cual con su "jolongo" de boniatos.

En la travesía teníamos que cruzar algunos pedazos de sabanas.

Salíamos de un monte cuya vereda acabábamos de abandonar, é íbamos costeando unas maniguas, cuando de pronto sentimos que uno de nuestros centinelas de los que van cubriendo los caminos dió el ¡alto, quién vá! contestándole el enemigo con una descarga, seguramente hecha por la vanguardia.

Yo, que venía al centro de la fuerza, tuve tiempo para dar las órdenes oportunas.

Allí mismo nos desplegamos en guerrilla, y rodilla en tierra, mandé á hacer fuego tan pronto asomó á nuestro frente el enemigo, que ya venía cargando al machete.

Al recibir nuestras tres ó cuatro primeras descargas, á la voz de mando, se sorprendieron de tal manera que viraron grupas, y completamente desconcertados y desbandados huyeron en todas direcciones.

Con seguridad que creyeron (como creían siempre) que allí había mil insurrectos.

Resultado, que no me tiraron un tiro más, y yo no pude cargarles por la falta de Caballería.

Luego supe que el enemigo lo componían dos guerrillas locales y que se habían hasta dispersado.

Este, que fué el primer encuentro de aquella nueva invasión no podía haber sido más favorable, por cuanto que el enemigo se declaró cobarde y nosotros nos envalentonamos.

Pocos momentos después ordené de nuevo la marcha, acampándonos en "Orvea"

Al día siguiente tuve la confidencia de que el enemigo se estaba reuniendo en "Yaguaramas", para venir en gran número á atacarme.

Yo no me moví de mi campamento, solo que al amanecer del otro día tomé mis precauciones emboscando convenientemente mis fuerzas.

Hasta las tres de la tarde no hubo novedad.

A esta hora sentí dos tiros; eran de mis exploradores que me anunciaban el enemigo á la vista.

Retiráronse al campamento, suspendí las guardias y todos quedamos ocultos á unos doce pasos de la vereda, por donde tenían que entrar los soldados que venían avanzando, de caballería.

Componían sus fuerzas cuatro guerrillas locales, el Batallón de "Saboya", de Infantería del Ejército que por allí operaba, y como doscientos movilizados y voluntarios de los distintos pueblos é Ingenios de la comarca.

Tal parece que su objeto fué dar una batalla decisiva.

Delante de ellos, venían como exploradores, tres perros, y como á diez ó doce pasos una guerrilla; cuando ésta se colocó sin vernos, delante de mi emboscada, que la componía una sola línea de infantes, le rompí un fuego á discreción que los sorprendió tanto que no pudieron moverse por un instante; allí se agruparon facilitándonos con ellos la manera de hacerles más bajas hasta que

las fuerzas del Batallón de "Saboya" avanzó por el monte á protejer los soldados.

Tan pronto se me acercó la Infantería española, me rompió un nutridísimo fuego de Máusers que me hizo retirar, por cuanto nuestras fuerzas y recursos no eran iguales.

Frente á nuestra emboscada quedaron algunos caballos muertos y las bajas del enemigo, que pudo recojer.

Yo volví á emboscar las fuerzas como á treinta cordeles por la misma vereda; pero el enemigo, de allí no avanzó, recojió sus muertos y retrocedió.

Nosotros tuvimos la dicha de no sufrir baja alguna.

A las seis de la tarde emprendimos la marcha y nos acampamos en San Pedro.

Ya ves la ventaja de nuestra clase de guerra; á un enemigo considerablemente más grande en número y recursos, le es insoportable combatir con éxito sobre nuestro corto número.

A esta operación dieron tal importancia los españoles que fué lo bastante para que nos respetaran en lo sucesivo, y no salieran á operaciones sinó formando ántes grandes columnas.

Entre los simpatizadores de la Revolución causó tanto entusiasmo, que pude después organizar en aquella comarca el Club "Patria", entre cuyos miembros había un catalán, Escarol de apellido, y cuya agrupación me prestó grandes servicios.

A continuación de este fuego venían á incorporárseme infinidad de cubanos, procedentes unos de las guerrillas, otros del pueblo pacífico, algunos soldados del Ejército Español, y muchísimas familias campesinas que reconcentradas se morían de hambre y de miserias.

A todos recibía con los brazos abiertos.

A las familias con sus Jefes las mandaba á la Ciénega, y allí se dedicaban á las siembras de boniatos, en las tumbas y en los méganos.

Nosotros, á la acción Militar acompañábamos la acción del trabajo, ordenando y obligando á los desarmados á sembrar viandas, mientras nosotros peleábamos, por si la guerra se prolongaba con el Nuevo Régimen que no nos faltara la comida, para poder resistir y sostenerla mientras tuviéramos vida.

Mi sistema, cuando acampaba en un boniatal viejo, era el siguiente.

Mandaba á la fuerza que lo limpiara con sus machetes y en muchas ocasiones lo hacía resembrar.

Te hubieras asombrado si contemplaras el cuadro que presentaba mi fuerza en uno de esos momentos en que trabajaban sembrando bejucos, con el remington al hombro, sin haber comido, mientras otros compañeros cubrían las cuatro entradas del pedazo de tierra que se cultivaba sin más herramientas que el mismo machete que servía para la pelea.

¡Qué pocos cubanos sabrán apreciar en cuanto hay que estimar el heroismo y la abnegación de nuestros pobres y sufridos soldados!

Por estos días vino á verme un confidente de Cárdenas, con el que tuve una larga entrevista.

Entre otras cosas me decía que temía mucho à la campaña que habían emprendido á los Autonomistas, á los cuales veía con tristeza que trabajaban de buena fé, y que sus planes y engaños nos estaban restando mucha fuerza.

Me contó las presentaciones que en los últimos días se habían sucedido, entre los cuales se nombraban algunos Jefes de importancia como el Brigadier Massó Parra, que estaba organizando la Brigada "Cuba Española" para combatirnos.

—Mire, Vd.; cada día voy teniendo doble fé, porque me voy convenciendo más de lo mal cubanos que son los Autonomistas.

En la época en que Cuba estaba pacificada, nunca pertenecí á ninguna agrupación política, en primera por la poca importancia de mi personalidad todo lo oscura que

merecía ser, dada la gran escasez de mi talento é instrucción; en segunda, ninguno de los partidos creados tenía un programa que estuviera de acuerdo con mis ideas políticas; sin embargo, hubiera tenido á orgullo el estar afiliado al partido Autonomista hasta el día 24 de Febrero del 95. Era la agrupación única que representaba legalmente al pueblo cubano.

Indudablemente que el camino trazado por los Autonomistas evitaba derramamiento de sangre, perturbaciones, conflictos, duelos &ª á nuestro pobre país, que se moría de hambre de libertad y de justicia; pero nada hacíamos con tomar aquel camino, si por él yo tenía el convencimiento íntimo de que no llegaríamos nunca al fin de nuestras aspiraciones.

Habían pasado diez años, primero de sangrienta lucha, después diez y siete de Paz, y cada vez que en lontananza aparecía un átomo de esperanzas, las sombras de alguna mano española se encargaba de hacerlas desaparecer.

En vano la actitud pacífica de ese partido, en vano su propaganda; siempre fueron juguetes de muñecos para nuestros Ministros y Gobernantes, hasta que resultó lo *único* que ellos querían evitar, "la guerra", y con ella sus estragos y sus horrores.

Una vez estallada la Revolución por la Independencia, no tenía para qué existir el partido Autonomista; ya no tenía razón de ser.

En sus manifestaciones, reuniones y oraciones políticas, ¿no nos decían que ellos aspiraban á la Independencia de la Patria, ofreciendo y contando con las armas de la palabra, la prensa y la tribuna?

Pero el pueblo, dueño de su voluntad, se cansó de esperar, desconfió con sobradísima razón del triunfo de esas armas, y las trocó por las del combate en campo abierto, aceptando el credo separatista. "Independencia ó Muerte."

Desde luego que este camino era más áspero y más peligroso y lleno de infinitas amarguras; pero recto y se-

guro, por cuanto que por él llegaríamos al fín apetecido, aunque con luto y dolores.

El pueblo lo quiso así, y á su costa lo conseguirá; él es quien sufre, porque él es quien aspira á ser completamente Independiente.

Por eso cruza las barreras, salta los escollos y atraviesa los precipicios, rellenas con las osamentas de sus mártires las escavaciones del camino, para dejarlo convertido en hermosa carretera, por la cual pase después triunfante la carroza de la Libertad, que representará la redención de nuestro pueblo.

Los Autonomistas podrán prolongar la guerra haciendo concebir ilusorias esperanzas de triunfo á las armas españolas.

A nosotros nos tienen sin cuidado; vea Vd. nuestro plan; hacer que se levanten zonas de cultivo en medio de las espesuras de nuestros montes, para hacer frente con nuestras viandas á todos los años de guerra que pretendan sostenernos.

No importa que se cansen unos y se arrepientan otros, acojiéndose á indulto; quedaremos los puros, los convencidos, los que con sus caras y espaldas curtidas por el sol, llenos de fé, sustentan siempre el ideal de Independencia.

Quedaremos todos los que como yo piensen que las causas justas no se pierden nunca.

El día llegará, no lo dude usted, en que esos Autonomistas se avergüencen de haber contribuído con los españoles á asesinar á su pueblo.

Ese día, avergonzados y todo, querrán compartir con nosotros las glorias del triunfo de nuestra libertad, y nosotros seremos tan nobles que trataremos de echar un velo al pasado triste, para que los grandes brazos de nuestra República pueda abrazarlos á todos, y de igual modo cobijarlos nuestra bandera tricolor.

Yo he de revivir en esta zona el espíritu revolucionario que tan decaído encuentro. Mis soldados todos son veteranos y dignos, esos no me abandonan, esos

son de los que sufren con pasmosa abnegación todas las peripecias de nuestra campaña.

Las privaciones poco nos importan; nos basta el manto que nos cubre de honor y de orgullo.

Y si el pueblo de Cuba se vé hoy bajo el Règimen Autonómico, por ventura ¿á quién se lo debe? ¿A los autonomistas? No en verdad; á la Revolución, pues de la misma manera que hoy nosotros, y solo nosotros hemos conseguido en tres años, lo que no se pudo antes en 17, conseguiremos, no lo dude Vd., en seis ó en ocho, nuestra absoluta Independencia.

Nosotros somos la agrupación más fuerte del país, el metal de nuestra voz es el que más se oye en el mundo entero, y somos en fin los únicos que podremos expulsar de nuestra tierra la dominación odiosa que sobre nosotros pesa, desde los tiempos de la conquista hasta la fecha.

Pronto vendrá la reacción, y Cuba entonces entrará aunque desolada y empobrecida, á formar parte en el concierto de los pueblos libres.

El triunfo y nuestra resistencia se encargarán de hacer que la justicia impere sobre este infortunado suelo, lleno de héroes, sembrado de víctimas y regado por tanta sangre preciosa.

Mientras esto suceda, continuaremos luchando y seguiremos muriendo, siempre con honra y por Cuba.

Creo que de nuestra entrevista habrá Vd. sacado impresiones patrióticas; esas son las que yo quiero que les comunique á todos los cubanos de buena voluntad que residen en los pueblos.

Aquí terminó nuestra conversación, mi confidente aumentó sus energías, y salió de mi campamento aquel día más contento que nunca.—"Confiaba en nuestra vergüenza".

Carta número 48.

Aquella entrevista me convino tanto, que pocos días después recibí en dos partidas 1200 tiros de fino calibre recolectados entre los patriotas de la Zona.

Como los fuertes que tenían los españoles en las Costaneras me estorbaban á mis operaciones de quema, con aquel parque preparé la siguiente operación.

Dividí las fuerzas en grupos de seis ú ocho hombres y dispuse que por espacio de tres ó cuatro noches tirotearan los fuertes con el objeto de hostilizarlos bien, á fin de aburrirlos y no dejarlos dormir.

Doce ó trece fuertes cubrían todas las entradas, y fueron atacados en esta forma durante algunos días.

Cuando realizaba esta operación calculábamos muy próximo el día de la llegada de la Expedición, y con tal motivo avisé al Coronel Joaquín Rodriguez por si le parecía oportuno reunirnos y acercarnos á la Costa.

Ya hacía más de un mes que habían salido los prácticos, y poco habría que esperar.

Aunque no habíamos tenido noticias nada màs que de su feliz llegada á Nueva York, el Coronel opinó como yo, y después de suspender nuestras operaciones, reunimos las fuerzas y nos citamos para juntarnos en "Sabánas Nuevas"

El mismo día llegaron y se reunieron nuestras fuerzas.

Los cuarenta y cuatro hombres con los cuales habíamos venido el Coronel Joaquín y yo á aquella parte, se habían triplicado ya, en vista de lo cual dispuso el Coronel la organización de un Batallón de Infantería con toda la fuerza, y del cual me hacía su Jefe tan pronto me propusiera para el ascenso inmediato.

Para el objeto, se formaron las fuerzas una tarde hermosísima, y después de estar organizadas las cuatro

Compañías, se les leyó una Circular que habíamos recibido del General Gomez relativa á la clase de guerra que en lo sucesivo debíamos observar, en vista del cambio de política de Cuba.

Después, yo me dirijí á mis fuerzas en estos ó parecidos términos:

"Soldados valientes de la Patria; ¡gloria á nuestras armas que están de plácemes!

Por doquiera nos sonríe la victoria, por doquiera resplandece refulgente la estrella solitaria de nuestra bandera.

Voy á dirijiros mi humilde palabra, en primera porque aquí no hay más que guerreros, en segunda, para presentaros á nuestro digno Jefe el Coronel Joaquín Rodríguez, que lo es á la vez del Regimiento "Yaguaramas" y de la zona de este nombre.

Los que recientemente os habeis incorporado, reconoced en él á vuestro Jefe, envidiad sus virtudes y su valor, imitad su comportamiento, y seguid sin vacilar su ejemplo, para que todos lleguemos sin mancha al fin que él se propone: á nuestra Independencia.

Por la Circular que acabais de oir leer, de nuestro General Máximo Gomez, habreis de conocer que la cuestión del día, como lo dice también la prensa en general, es el tema de todas las conversaciones, lo mismo en el territorio enemigo, como en nuestros gloriosos campos, como en todo el mundo; es el de la implantación del Nuevo Régimen de Gobierno, de forma autonómica, con el cual pretende y cree España poder darle solución al difícil problema de Cuba, situación que hemos ocasionado nosotros con nuestra Revolución por la Independencia.

Pero es el caso, compañeros, que por la Autonomía no hemos empuñado las armas, ni por ella nos hubiéramos lanzado á la guerra nunca.

La Autonomía hubiera servido solo para evitarla, por lo que una vez que hemos emprendido la carrera por las cadenas del martirio y las corrientes de sangre, no debemos detenernos porque se haya atravesado en nuestro

camino esa Autonomía, que bien podemos llamar "máscara" bajo caya careta ignoramos cuántos nuevos crímenes nos guardará España.

Así, que muy lèjos de proporcionarnos la tan deseada tranquilidad, ha venido de nuevo á sembrar el terror en todos.

Después de tres años de guerra cruel y sangrienta, en la que han ocurrido los episodios más tristes y desagradables que registra la historia de América en sus sacudimientos por la libertad.

¡Después de tanto sufrir!

¿Quién no ha de ambicionar la paz?

¿Quién no ha de apetecer la tranquilidad que todos necesitamos?

Y de ahí el temor que nos infunde la Autonomía.

Ella no ha sido concedida por cariño, sinó por imposición.

A los que la aceptaron, los sorprendieron, porque ellos no se atrevían ni siquiera á pedirla por miedo.

Temblando está la emigración cubana entera, que tantos sacrificios hace por auxiliarnos quitándose muchas veces de su boca el pan, para mandarnos elementos de guerra: y tiemblan porque piensan ¡cuán desgraciada sería Cuba, si después de tanto sufrir, aceptáramos como medida de transacción, la Autonomía!

Y los que rigen los destinos de nuestra Patria, temblando también están, no porque crean que venza el Nuevo Régimen, sinó porque quizá pueda prolongar la guerra. Y no porque su prolongación tampoco traiga consigo la derrota nuestra, pues como ya lo han dicho algunos sensatos españoles, nuestra guerra es invencible.

Bien seguro está el Gobierno de la Revolución de que no habrá uno solo de nosotros que no esté dispuesto á seguir hasta la eternidad nuestra lucha sin cesar por la Independencia.

Se resienten, señores, porque con la prolongación de nuestra guerra se aumentan nuestras aspiraciones, se aumentan nuestras víctimas, se aumentan nuestros sufri-

mientos se aumentan nuestras viudas, se aumentan nuestros huérfanos; y nosotros, señores, por nuestro heróico proceder, no somos dignos ni de tanto duelo, ni de tanto luto; y aunque con la guerra, señores, y sus estragos, se aumentarán tambièn nuestras glorias y coronaremos nuestras frentes con nuevos lauros, bien quisiéramos despreciarlo todo, á cambio de colmar para siempre los dolores y las angustias de nuestras pobres madres, todo á cambio de la inmediata redención de este pueblo esclavo, todo á cambio de que no siguiera aumentándose la ruina y la desolación en la tierra infortunada de nuestra querida Patria.

Por tanto, señores, demostrémosle á nuestro Gobierno, á nuestro General en Jefe y á esa patriótica y dignísima emigración cubana, representados todos en este hermosísimo y solemne momento por nuestro valiente y querido Coronel Joaquín Rodríguez, nuestra fé, nuestra alegría, nuestro entusiasmo, nuestra unión, nuestro ánimo, nuestra satisfacción y nuestros propósitos de Independencia ó Muerte, contestándome bien alto, con toda la fuerza de sus pulmones, que se oiga allá en España, y que lo sientan para que le sirva de orgullo, todo el pueblo cubano que espantado emigró á extrañas tierras, al ver tantos crímenes y tanta sangre vertida; que los oiga ese pueblo que también protestó, trocando y prefiriendo comer á cambio del pan amargo de la esclavitud maldita, el triste pan de la propia y voluntaria expatriación.

Contestadme, repito, bien alto, con toda vuestra entereza y como protesta viril contra ese ramo de oliva infestado que España hoy vencida nos concede; que lo oigan también esos Clubs patrióticos que tanto se han distinguido por sus incansables trabajos, lo mismo los que en Cuba operan en el centro de los Cuarteles enemigos y rodeados de la soldadesca impía, que los que allá en lejanas tierras, en aquellas regiones apartadas, donde han llegado nuestros hermanos aturdidos aún por el estampido del cañón y el estruendo de la fusilería, y han

encontrado noble hospitalidad, desinteresada protección, como ha sucedido en todos los pueblos de las Repúblicas de América, por ejemplo. la ciudad de Mérida, Capital del Estado de Yucatán en México, que siendo casi desconocida para los cubanos antes de la guerra, es hoy uno de los Centros más grande de nuestra emigración y albergue de nuestras familias, que encuentran allí, en aquel pueblo libre y culto, un pueblo amante del derecho, un pueblo que llora cuando nosotros sufrimos, un pueblo que ríe cuando nosotros gozamos, un pueblo que se ha hecho partidario, lo mismo de las glorias de nuestras armas cuando batimos palmas, que de los dolores de nuestros pechos cuando por mortíferos plomos caíamos heridos, moribundos y deshechos.

Contestadme todos, vuelvo á repetir por última vez, y para satisfacción y orgullo propio, con un

¡Viva Cuba Libre!

Las fuerzas todas prorrumpieron à dar vivas por espacio de un buen rato.

Después, el Coronel en dos palabras nos felicitó á todos, y ordenó que fuéramos á acampar.

Carta número 49

Estando acampados, recibí esta carta que te cópio, de mi confidente.

"Cárdenas, Abril 10 de 1898.

Al Comandante Sanjenís.

Distinguido compatriota: Los prácticos que Vd. me envió ya están en Nueva-York, á la orden de Estrada Palma. Este está muy ocupado en la cuestión de españoles y americanos, por el conflicto que ha de provocar la voladura del "Maine". El pueblo americano está indignado y pide que Mac-kinley le declare la guerra á España.

El General Blanco, por mandato de la Reina, ha proclamado una amnistía ó suspensión de hostilidades, para tratar con nuestro Gobierno, y como éste ha ratificado por medio de Estrada Palma ante el Presidente Mac-Kinley, de que no acepta ni trata más que sobre la base de Independencia, comprenderá Vd. que España la ha aceptado y que pronto será un hecho. Yo creo que estas negociaciones no duren más que un mes.

Mi opinión es que no debe moverse Vd. de ese Campamento, y yo lo tendré al corriente de lo que ocurra, y si recibo instrucciones de la Junta de Nueva-York, se las trasmitiré en seguida.

En fin, amigo Sanjenís, puede Vd. estar seguro de que antes de un mes Cuba será libre.

Su affmo. y s. s.

ARGÜELLES."

Ya puedes imaginarte el júbilo y la alegría que nos causaron estas noticias.

La carta se la leí á la fuerza formada y aquel día pa-

ra nosotros fué grandioso, extraordinario, estábamos locos de contento.

Yo, para convencerme de la verdad de la suspensión de hostilidades, quise salir y acercarme á un pueblo, y hablar con algunos cubanos, y al aprobarme la idea mi Coronel, salí de marcha con una pareja.

Montaba para este paseo una mulita que tendría cinco cuartas de alzada, y en ella hice mi excursión.

Crucé la Ciénaga, y al día siguiente estaba en el batey de una Colonia, cerca de la Aguada, en la que había soldados y fuerte, los cuales me vieron pasar por su frente y no me tiraron; ello me demostró que era cierta la suspensión de hostilidades.

Después comí con el dueño de la Colonia, como si estuviéramos en plena paz.

Por allí, y por los alrededores de los pueblos, Real Campiña, Yaguaramas y la Aguada, estuve cambiando impresiones sobre el resultado que tendría el armisticio, hasta que se volvieron á romper las hostilidades un día en que yo ni mis amigos nos enteramos y aprovechándose del secreto unos cobardes y canallas guerrilleros, en unión de la Guardia Civil, salieron en mi busca puesto que sabían poco más ó ménos donde me encontrarían, para asesinarme.

Afortunadamente yo estaba durmiendo la siesta en el monte de la "Magdalena", y tan pronto pasó por el batey aquella fuerza en actitud de operar, vino un pacífico y me avisó en los momentos precisamente en que comenzaban á registrar el monte.

Como éste era grande y yo tenía buenos prácticos, pude escapar sin que ni siquiera me vieran.

Esta era la valentía de los españoles; venían como sesenta para asesinar á tres cubanos, que no debían saber aún el rompimiento de las hostilidades.

Yo me incorporé en seguida á mi fuerza, á comunicar que ya estábamos nuevamente en guerra.

Llevábamos varios días por la Costa, esperando nuestra Expedición, y ya nos habíamos comido todos

los cocodrilos y los manjuarís y los majaes que por allí había.

Y en vista de tal situación pensamos el Coronel y yo no esperar más, debido, en primer lugar, á que no había qué comer, y en segundo que era lógico pensar lo siguiente:

Si los americanos le declaran la guerra á España, ya vendrán en abundancia las expediciones.

Si no se la declaran, intervendrá para poner fin á nuestra lucha con España, y en ese caso no necesitamos expediciones porque se habrá acabado la guerra.

De manera que debemos irnos para fuera, y allí, á la vez que se come se opera y se espera.

Así lo hicimos y toda la fuerza unida salimos.

En seguida nos enteramos de que los españoles habían abandonado todos los fuertes de las costaneras y en tal virtud dispusimos que distintas comisiones los destruyeran, quedando pocos días después completamente libres las entradas de la Ciénega y deshechos los fuertes.

Un día, que nunca olvidaré, *Mártes Santo*, íbamos de marcha y sorprendimos varios guerrilleros y pacíficos pescando en una laguna.

Al darles el ¡alto! nos respondieron ¡España!, y al dispararles una descarga se entregaron todos.

Minuciosamente reconocidos, encontramos varios guerrilleros que habían sido insurrectos, los mismos que sometidos á un consejo de guerra, resultaron salir sentenciados á muerte.

Poco después fueron fusilados.

Los demás eran pacíficos y fueron puestos en libertad después de ser requeridos.

Al siguiente día el enemigo reunido en gran número, hizo el papel de que nos buscaba; pero no quiso nunca llegar á nuestras emboscadas.

Así que el enemigo volvió á los respectivos pueblos me ordenó el Coronel que tomara veinte números de Caballería, de los 40 que ya teníamos, y pasara hácia las Charcas, donde debía sorprender un corte de leña y llevarme los bueyes.

Así lo hice, y poco después contaba nuestra fuerza con 16 yuntas que nos apropiamos.

La guerrilla que los custodiaba no quiso medir sus fuerzas; así que nos divisó se declaró en precipitada fuga, abandonando allí bueyes, carretas y pacíficos. A estos últimos nada les hicimos, solo requerirlos por trabajar en el campo.

Como por el rastro de los bueyes esperábamos al enemigo. se prepararon las convenientes emboscadas; pero sin que afortunadamente dieran resultado, porque el "soldado" no vino.

Pocos días después se atacó el fuerte "Bilbao", de una Colonia, en el cual logramos, después de hacerle un muerto, que se rindiera, ocupándoles ocho remingtons y 170 cartuchos.

El fuerte fué destruído y los siete soldados restantes, que eran del Batallón de Saboya, puestos en libertad después de desarmarlos.

Carta número 50.

Estábamos á fines de Abril, y fuí notificado por el Coronel Joaquín Rodriguez, que con aquella fecha elevaba al Jefe de la Brigada mi propuesta para Teniente Coronel, nombrándome á la vez Jefe efectivo del 1er. Batallón de Infantería "Yaguaramas".

Nos dirijíamos hácia la "Puntilla", y mientras la Infantería atravesaba un camino sumamente pedregoso y cenagoso, marchamos los de Caballería por otro más seco, aunque de más peligro.

En la marcha nos perdimos y fuímos á salir casi al batey de la Colonia "Horquita".

En el limpio á que salimos, vimos una boyada, algunas carretas y una hermosa tienda de campaña.

A la distancia que estábamos no se podía apreciar si había ó nó guerrilla.

El Coronel me ordenó que tomara 10 números y pié á tierra explorara el terreno.

Como había monte cerca, lo fuí costeando, y pude caer de sorpresa sobre los guardadores de los bueyes, que tan pronto nos vieron se quedaron inmóviles.

—¿Quién cuida estos bueyes, les pregunté?

—La guerrilla de la "Horquita", me dijeron.

—¿Y dónde está ella?

—En el batey.

—Pues todos conmigo. Y por delante eché 22 yuntas de bueyes, la casa de campaña y los pacíficos.

Cuando la guerrilla vino, allí no había nadie.

Enseguida llegamos á la Puntilla donde ya estaba la Infantería y colocamos todas las oportunas emboscadas.

En vano esperamos al enemigo: tal era el miedo que nos tomó, que no venía nunca á rescatar los bueyes.

Pasamos algunos días en que solo teníamos ligeras alarmas y pequeñcs tiroteos con fuertes y guerrillas.

No teniendo ya bueyes que comer, dispuso el Coronel que una comisión fuera á matar béstias á las sabánas. Esta Comisión logró traer entre mulos y caballos, unos 26 del Ingenio "Constancia", que nos comimos todos.

El 7 de Mayo estábamos acampados en "Ojo del Agua", y como á la una de la tarde sentimos fuego con nuestros exploradores.

En seguida nos pusimos en movimiento, preparamos nuestras emboscadas y esperamos al enemigo.

Este se componía de fuerzas de la Guardia Civil, guerrillas locales, el Batallón de Saboya y gran número de Voluntarios y movilizados.

Mandaba la Columna el Teniente Coronel de la Guardia Civil Sr. Lopez Mijares.

Nuestros exploradores vinieron tiroteando la tropa hasta la misma guardia.

El enemigo á la carrera y de Caballería, cruza frente á la primera emboscada y cae en ella, sosteniendo á su pesar tan fuerte fuego, que hace que nuestra primera guardia emboscada se retire.

Avanza, unido á mayor fuerza, también de Caballería de la Guardia Civil, hasta el mismo Campamento.

Nuestras fuerzas esperaban.

Al frente de la Infantería me encontraba yo.

Al frente de la Caballería el Coronel Joaquín.

La Caballería nuestra estaba oculta.

Cuando yo tuve á diez pasos de mi línea al enemigo ordené al Corneta tocara fuego á discreción.

El enemigo se desconcierta y huye sorprendido, porque no esperaba encontrar tanta fuerza.

Entonces mandé parar el fuego, y ordenè la carga al machete.

Al oir este toque el Coronel Rodriguez, se lanzó con los cincuenta caballos que tenía, por el flanco izquierdo, mientras mis infantes corrían tras de la guardia Civil con sus machetes, dando grandes ¡vivas! á Cuba.

Arrinconado el enemigo en una esquina de monte, abandona muchos de sus caballos y se interna en las maniguas, yendo á reunirse á rumbo con la Infantería española.

Los caballos que ocupamos fueron retirados; allí quedaron los muertos.

Creyendo que el enemigo volvería, dispuse una nueva emboscada por la vereda misma en que por primera vez entraron.

Allí estaba la 2ª Compañía.

La primera, á las órdenes del Comandante Parra, atacó al enemigo, que había formado el cuadro, logrando desbaratarlo.

La Columna á las órdenes del Coronel, atacó á la Columna por retaguardia, logrando con un fuego cruzado hacerles considerables bajas, hasta que habiéndosele terminado el parque, se retiró.

La 1ra. Compañía volvió á ocupar su primera posición.

Y en esta situación permanecimos una hora.

El enemigo, que creía nos habíamos retirado, mandó de nuevo fuerzas de caballería por la misma vereda y cayeron en la emboscada donde yo estaba con la 2ª Compañía.

Allí nos dejaron sus muertos, que desarmamos, y acto contínuo nos reunimos con la 1ra. compañía, en el mismo sitio en que estuvimos primero.

Repuesto el enemigo, tenaz y valiente, avanza de nuevo, pero entonces con infantería, entablando con nosotros un rudísimo combate.

Así que se me concluyó el parque ordené nuevamente se tocara á la carga al machete, y bastó solo intimarlos para que no solamente pararan el estúpido fuego que nos estaban haciendo, sinó para que se retiraran en el acto, á la desbandada.

Entonces recojimos nosotros nuestras bajas, consistentes en ocho heridos, y nos retiramos.

Nunca pudimos averiguar fijamente las bajas del ene-

migo, porque se ocupó mucho de ocultarlas, repartiendo á distintos pueblos sus heridos y enterrando sus muertos en diferentes lugares.

Al siguiente día ya teníamos nuestros heridos en salvamento.

Nosotros estábamos acampados en "Cayo Navarro"

Allí se nos incorporaron dos guerrilleros armados y montados que nos dijeron que el Teniente Coronel Mijares, de la Guardia Civil, había pedido refuerzo á Cienfuegos y pensaba darnos una buena batida con dos Columnas en combinación.

Como nosotros no teníamos parque, nos retiramos hácia la Ciénega, puesto que no podíamos resistir el ataque.

El mismo día recibí esta carta de mi confidente, en la que me decía lo siguiente:

"Sanjenís. Ha sido declarada la guerra á España por los Estados Unidos.

Sus prácticos, me dice Estrada Palma, han quedado á disposición de Mac-Kinley.

ARGÜELLES.

Esta noticia nos llenó de alegría, porque eso significaba que pronto tendríamos toda clase de auxilios, con los cuales terminaríamos pronto la guerra.

Ibamos de marcha hácia la Costa, cuando sentimos un fuerte cañoneo rumbo à Cienfuegos.

Enseguida nos dimos cuenta de que lo estaban bombardeando.

Entonces el Coronel me ordenó que saliera con toda la caballería hácia "Palma Larga" á operar con ella y á sostenerla á la vez, mientras él con la Infantería trataba de ponerse al habla por la Costa con los Americanos.

Tan pronto llegó á la Costa el Coronel, divisó á lo lejos unos buques que eran de suponer fueran americanos.

En vano se cansaban de hacer señales para que se acercara algun barco.

En vista de esto dispuso el Coronel que una Comisión marchara hácia La Broa y trajera alguna cachucha ó bote que quitara á algún pescador, para que en ella fuera otra Comisión á ver á los barcos americanos.

Pocos días después se apareció el Capitán Ortíz con una Canoa que encontró en la playa, toda abierta.

En el acto se calafateó con pedazos de la escasa ropa que llevaban, y haciéndola andar con dos remos que también se improvisaron, llegaron donde el Coronel.

Este dispuso que el Comandante Orizondo con el Teniente Alvarez que poseía el inglés, se embarcaran, y acompañados de cuatro números fueran hasta donde se encontraba el barco más cerca.

Al mismo tiempo dispuso que una Escuadra de Infantería la protegiera por la Costa hasta cerca del Castillo de Jagua.

La canoa con gran dificultad, porque había mucha agua, iba avanzando.

Momentos tuvieron en que todos estaban cansados y ya no podían regresar á la Costa.

La distancia en el mar solo pueden apreciarla los marinos, y allí no iba ninguno.

Los barcos americanos estaban más léjos de lo que parecía.

Afortunadamente fué vista la canoa desde uno de los buques, y en seguida dispuso que un Remolcador la reconociera.

Cuando éste llegó al lado de la Canoa, ya nuestros hombres estaban desmayados y la Canoa llena de agua.

Desde el remolcador, una voz en español les dió el "¡alto, quien vá!", y como contestaron "¡Cuba!", fueron reconocidos y auxiliados.

Entre los tripulantes venía el Coronel del Ejército Libertador, Sr. Laborde.

Este, pronto los reconoció y se encargó de presentarlos á los Americanos.

El buque que los recibió fué el Massachusset.

La Canoa fué remolcada, y los compañeros nuestros conducidos al buque, donde los atendieron con admiración y cariño.

Lo primero que hicieron fué comer, después bañarse y vestirse con ropas que les brindaron.

Luego pasaron á tierra en unión del Capitán del buque, el Sr. Laborde, y otros Oficiales.

Al llegar á tierra se cansaron de prodigarles atenciones y frases de cariño.

Lo más que se les entendía á aquellos bravos y simpáticos marinos, eran estas palabras:

"¡Salvación Cuba!"

Se llenaban de admiración contemplando nuestros ripiados trajes.

Sacaron varias fotografías en distintos grupos.

Grupo había que solo se componía de hombres completamente desnudos y descalzos.

Todo lo nuestro les llamaba la atención.

Nos regalaban sus ropas y calzado, y nos cambiaban cuchillos, revólveres y otros objetos, por pichones de cotorras, jutías etc.

Todo el Remolcador lo llenaron de Yuraguano, de esas pencas de costas.

Se llenaban los bolsillos de caracoles y conchas de nuestras playas; parecían más que muchachos, locos.

Aquella misma tarde nos regalaron un cargamento de galletas y carne de beef, así como otros artículos de comer y beber.

Al Coronel Rodriguez ofrecieron toda clase de protección, y que en breve le traerían armas, municiones y provisiones de boca, así como ropas y calzado.

Y así fué; dejaron una bandera de señales y nos explicaron cómo teníamos que ponerla, y dos días más tarde le hicieron entrega al Coronel Rodriguez de 200

Máusers y 150 Remington españoles con 26,000 tiros de unos y otros, cuyas armas habían quitado unos días ántes al vapor "Argonauta", de la empresa española de Mennendez y en el cual habían hecho un gran número de soldados prisioneros.

Ellos nos comunicaron que tenían bloqueada la Isla y que creían que dentro de poco se entregarían las Autoridades de ésta.

Que no querían bombardear por no hacerle daño al pueblo cubano.

Juntamente con las armas y municiones, trajeron y entregaron ropas, calzado y víveres.

Pocas veces volvieron á tierra los americanos, porque fueron llamados á Santiago de Cuba.

Mientras esto sucedía en la Costa, con el Coronel Joaquín Rodriguez y su Infantería, yo operaba por los campos de "Palma Larga" y Yaguaramas con la Caballería, la cual no podía llevarse á la Costa por falta de pasto.

Carta número 51

Tan pronto llegué á Palma Larga me fuí en busca de bueyes, pues tenía el encargo del Coronel de mandarle todos los que pudiera.

Con tal motivo, al tener confidencia de que una peque ña guerrilla custodiaba unos cuarenta bueyes de la Colonia "Canto", allá me dirijí.

Al enfrentar con ellos, les cargué al machete, logrando dispersarlos y que abandonaran los bueyes, que yo después recojí y remití à la Infantería.

Pude darle machete á tres guerrilleros, y ocuparles junto con los cuarenta bueyes sus tres caballos, armas y equipos.

Nosotros tuvimos un soldado herido de bala, atravesado por una pierna.

Cuatro días después ataquè una siembra de caña del Ingenio Eulalia, en la que ocupé doce bueyes y dí muerte á cuatro guerrilleros que habían sido tres presentados, y uno Jefe de Movilizados.

En esta operación no tuvimos novedad.

El 30 de Mayo atacamos las siembras de la Colonia "Guasimales", ocupando trece yuntas de bueyes y sosteniendo un ligero tiroteo con la guerrilla que los custodiaba, que en seguida huyó hácia el poblado.

Al remitir los bueyes al Coronel, recibí la orden de marchar hácia su Cuartel, órden que cumplí en el acto.

Allí me hizo saber que había sido llamado al Cuartel General de la Brigada, y que por lo tanto me hacia cargo y responsable de la Zona y de todas las fuerzas del Regimiento.

En seguida salí con toda ella á operaciones.

El Coronel marchó rumbo á Soledad.

Tan pronto salí fuera con toda la fuerza, empeza-

ron á incorporárseme cuadrillas enteras de trabajadores y grandes grupos que venían enviados por el Club "Panchito Gómez", de Cienfuegos.

A todos los armaba y los incorporaba á la Infantería que á momentos iba creciendo.

Estando acampados en "Cayama", sorprendimos cuatro guerrilleros, que vestidos de pacíficos, venían á explorarnos el Campamento; pero fueron conocidos por los que se habían incorporado recientemente, y un consejo de guerra los sentenció á muerte.

Al siguiente día fueron fusilados.

Aquella misma tarde supe por confidencia que la guerrilla de la Horquita forrageaba todas las mañanas en un lugar fijo.

Con tal motivo preparé mi fuerza, y á las tres de la mañana del siguiente día, emprendí la marcha hácia el lugar indicado.

Allí llegué ántes que fuera de día y pude colocar convenientemente dos emboscadas de infantería y la caballería.

Serían próximamente las 7 de la mañana cuando se sintió que venía una caballería.

Pasó frente á una de las emboscadas, llegó al Cuartón de hierbas y comenzó á forragear.

Eran unos treinta hombres que vinieron delante, ó sea de vanguardia.

Aquella era la guerrilla más asesina de la Zona.

Asi que echaron pié á tierra, les cargó al machete nuestra caballería.

Ellos emprendieron la fuga, unos por el monte, á pié, abandonando sus armas y caballos, otros que pudieron montar se retiraron por las dos veredas en que teníamos colocadas ambas emboscadas.

La sorpresa fué tal, y el plan estaba tan bien preparado, que solo escaparon los que se fueron á pié por el monte, quedando en nuestro poder todos los caballos y gran parte de sus armas, que eran de Máusers de Caballería.

La guerrilla aquella la componían en su mayoría, Guardias Civiles licenciados; por eso ninguno se entregó vivo, y á todos hubo que matarlos á machete limpio.

Nosotros no tuvimos ni una sola baja.

Después que reconocimos el campo, nos retiramos nuevamente á Cayama, á esperar el enemigo que con seguridad suponíamos nos atacaría.

Cuando pasábamos á media légua del batey de la Colonia "Horquita", llegaba á éste el Teniente Coronel Mijares con una escolta de 100 Guardias Civiles.

Todo el día estuvo escogiendo fuerzas y preparándose para atacarnos, y al fín se contentó con enterrar los muertos á la mañana del siguiente día, hora en que ya suponía estábamos léjos del lugar del suceso.

Dos días más tarde detuve á un pacífico que vivía en la colonia el "Convento".

Esta colonia era de las mayores y más importantes de la Zona.

Tenía una magnífica y bien abastecida tienda, y con la reconcentración se había fomentado allí un pueblo.

El pacífico me ofrecía servirme de práctico para penetrar en el batey.

Este batey estaba defendido por unos veinticinco movilizados, y tres fuertes, uno de mampostería y dos de madera.

A la noche próxima acordé atacar el batey.

El pacífico me mereció confianza y creí en su honradez.

A las cinco de la tarde emprendí la marcha.

Yo llevaba unos cincuenta hombres de caballeria y dos compañías de infantería de á 48 hombres.

Ya cerca del "Convento" dispuse que la caballería ocupara los cuatro extremos del batey, á medio kilómetro próximamente de éste y en forma de guardias de caminos.

Marchaba el pràctico delante, y tras él coloqué ocho números de los de mi confianza, y á continuación marchaba yo con la infantería.

A pesar del ladrido de los perros, los fuertes no se apercibieron de nuestra presencia y logramos picar el alambre y meternos dentro del batey sin ser vistos.

Serían las once de la noche; ésta estaba todo lo obscura que se necesitaba para el caso.

Una vez en el batey, dispuse que se colocara una línea de fuego, fuerte, y atrincherada tras las casas del recinto.

Y con el resto de la fuerza y el práctico, me dirijí hácia la tienda, entrando por el fondo del patio.

Ya en éste, tocó á la puerta del primer cuarto el práctico, que llamó por su nombre al dueño de la tienda, que á la vez era el Jefe de los Movilizados.

—¿Quién és? preguntó.

—Abre, que me acabo de escapar del Campamento insurrecto, donde estaba prisionero desde ayer.

—Cuéntame, pues, que es lo que te ha pasado.

—Diciendo esto abrió su puerta y se encontró con nosotros, que en el acto le obligamos á no hablar una palabra.

En seguida fué saqueada la tienda, donde había de todo.

Mi fuerza, que se componía de unos 150 hombres, se habilitó de víveres para ocho dias lo ménos.

Armas, municiones, ropa y calzado, todo quedó en nuestro poder.

Una vez averiguado que aquel que abrió era el Jefe de los Movilizados, y de criminales antecedentes con respecto al comportamiento que empleaba con los cubanos reconcentrados y prisioneros, dispuse que en el acto se le diera machete, quedando muerto á los pocos momentos.

Cuando estábamos terminando el saqueo nos sintió uno de los fuertes, y nos rompió el fuego.

En el acto mis tres líneas comienzan á pelear contra los fuertes, à quienes les remeten diez ó doce descargas cerradas.

En los primeros disparos de los fuertes me mataron dos soldados de infantería.

Mandé tocar "¡alto el fuego!" y envié tres Comisiones de pacíficos, una para cada fuerte, intimándole la rendición sopena de ser volados con dinamita.

Cuando regresaron las Comisiones me dijeron: dos de los fuertes han sido abandonados, pero el de mampostería contesta que los vuele si quiere, que no se entregan.

Al ver el valor de aquellos hombres quise respetarlos y los dejé. Ellos no me dispararon un tiro más, apesar de haberlos intimado por tres veces.

Visité todas aquellas familias y las invité á que vinieran conmigo para el monte, que al siguiente día era de suponer que los españoles las mataran á todas.

Allí no quedó familia que no se me incorporara.

Terminada mi operación ya, no quise dar candela, porque el resplandor de ésta permitía que del fuerte hicieran blanco.

Pude retirar toda mi fuerza en completo órden y sin más novedad que aquellos dos muertos, que enterramos allí cerca.

Las familias, al siguiente día, fueron traspasadas á la Ciénega y se destinaron á zonas de cultivo.

Nosotros volvimos á Cayama, donde nos acampamos.

Allí se repartió convenientemente el botín ocupado, y nos dispusimos á esperar tranquilos al enemigo que debía venir á batirnos.

Carta número 52.

Tres días después llegaron los españoles al Convento y redujeron á cenizas fuertes, tiendas y casas, no dejando más que los escombros del que fué "Convento".

Acto contínuo tomaron nuestro rastro que siguieron dispuestos á alcanzarnos y á batirnos rudamente.

Se habían reunido todas las fuerzas de la Zona, y con ellas venía gran número de Guardias Civiles.

Como á la una del día tropezaron con una pareja de mis exploradores á quienes sorprendieron y pudieron quitarles los caballos.

Al sentir yo dos tiros, dispuse las convenientes emboscadas; pero ya los tenía casi encima y no me dieron lugar á prepararme bien.

Ellos, que venían muchos y decididos, habían tomado sus precauciones y avanzaban por tres flancos en conbinación.

Centro por la vereda, y flanco derecho é izquierdo por el monte.

La vanguardia era de Infantería de la Guardia Civil.

Dada la forma en que yo estaba emboscado caía entre el flanco derecho y el Centro; además el flanco izquierdo me fusilaba, al salir al limpio mi Caballería.

Afortunadamente se me ocurrió mandar á explorar el monte al Comandante Parra, por si venía flanco.

Así lo sospeché, y éste pudo verlo sin ser visto por el enemigo que avanzaba á la carrera.

Me avisa el Comandante, ya con ellos casi encima, y apenas pude retirar la fuerza de aquella peligrosa posición.

Sin embargo, no me faltó la serenidad, y ordenando á la caballería que me entretuviera al enemigo, al en-

frentar al limpio, pude, ya roto el fuego, correr y ocupar nuevas posiciones.

Cuando mi caballería, á las órdenes del Comandante Leopoldo Gonzalez, se vió comprometida, se retiró por mi rastro y se puso en salvamento.

Yo tuve tiempo entonces de colocar dos emboscadas.

Al pasar el enemigo por frente á la primera, ésta le rompió un nutridísimo fuego; estableciéndose un verdadero combate que duró tres cuartos de hora sin un segun do de intérvalo.

El enemigo ocupaba una gran extensión de terreno con sus líneas desplegadas.

Viendo que no podían apagar nuestro fuego, tocan la corneta mandando á parar el de ellos.

Enseguida se oían grandes voces de ¡Viva Cuba! ¡Somos hermanos! ¡no tireis más!

Entonces nuestra fuerza paró el fuego, y se salieron de la linea unos cuantos de mis soldados que la curiosidad los obligó á atravesar un expeso sarcero que era lo que nos separaba del enemigo. Este, al ver nuestra actitud, ordenó una repentina carga á la bayoneta, logrando con ella cojerme enredados á seis de mis soldados que hicieron prisioneros y que después asesinaron, matándome además á siete de los de la línea.

Aquella emboscada, con la miserable y canalla estratégia de esos cobardes, se me desconcertó y se retiró.

La segunda emboscada que estaba situada á unos cuatro cordeles más atrás, esperó en vano el avance del enemigo para darle otra buena zurra.

El enemigo lleno de miedo, recojió sus heridos y enterrando todos sus muertos que eran españoles, en un pozo que después derrumbaron, y dejándonos en el campo los cubanos guerrilleros que tuvieron la desgracia de morir, se retiraron.

Aquel fué uno de los fuegos en que más bajas les hicimos á los soldados; se le mataron tres cornetas, algunos oficiales y un buen número de tropa.

Después supe que el Teniente Coronel Mijares, Jefe de

la Zona y de la Guardia Civil, había dicho que hasta ahora no le habían infundido respeto los cubanos, que ya estábamos peleando como ejército regular y que tenía á orgullo tenerse que batir con una fuerza que le esperaba, resistía y rechazaba.

Aquella misma tarde reconocímos nosotros el campo de batalla, en el cual encontramos algunos heridos de los nuestros, á los cuales no se atrevieron á llegar los españoles.

A los dos días después, mis heridos estaban en la Ciénega, bien cuidados, y nuestras fuerzas completamente reunidas y en disposición de pelear.

Así que mis fuerzas se repusieron algo de las fatigas del último combate y de la conducción de los heridos á la Ciénega, preparé y realicé la siguiente operación.

Una madrugada, como á las tres, con unos sesenta Infantes y treinta caballos, me dirijí hácia los alrededores del pueblo de Real Campiña. Este está situado en medio de unas sabánas.

Serían como las diez de la mañana cuando llegamos á la vista de los fuertes del pueblo.

Allí, cerca del mismo, estaba la hermosa zona de cultivo en la que trabajaban los reconcentrados; tenían vaquerías y bueyes de trabajo, mulos, caballos y se encontraba gran número de pacíficos.

Como nosotros entramos de repente con la caballería, nadie pudo escaparse ni salvar nada.

Custodiaban la vaquería dos guerrilleros, que tan pronto nos vieron dejaron sus armas y caballos y se escondieron.

Nosotros habíamos dejado la infantería tras de una cerca, para que si nos salía la guerrilla, hacerle una falsa retirada.

Pero la guerrilla no quiso salir del pueblo, donde todos se conformaban con tocar las cornetas.

Allí no quedó un buey, ni una vaca, ni una béstia que no nos lleváramos, sin que ni siquiera nos dispararan un tiro.

A todos los pacíficos los eché por delante.

Entre ellos venían tres guerrilleros que tan pronto los reconocimos fueron macheteados.

A los demás pacíficos los invité á que se me incorporaran, y como ninguno quiso, á no ser dos, dispuse que les quitaran toda la ropa, zapatos y sombreros que traian, y desnudos los hicieron entrar á la carrera en el pueblo.

Eran cerca de treinta por todos.

Después pasamos por la "Magdalena" con la boyada y aunque allí había un Escuadrón de la Guardia Civil, no quiso meterse con nosotros, antes al contrario, pudimos observar que bajaron, al pasar nosotros, la bandera española de uno de los fuertes donde la tenían.

Lleguè á mi Campamento y desde allí envié el ganado á la Ciénega, quedándome solo con lo necesario para el consumo de mis fuerzas.

Carta número 53

Estaba acampado en Baracaldo, donde se me incorporaba toda clase de Agentes, muchachos de Cienfuegos, guerrilleros, voluntarios y pacíficos trabajadores &.

Hasta por partidas de 30 indivíduos venían á aumentar nuestras filas.

Yo había recibido una comunicación en la cual se me ordenaba pasase al Cuartel General de la Brigada con toda la fuerza, y que procurara llevar todo el ganado posible para el sostenimiento de las mismas.

Yo tenía, en cumplimiento de esa órden, mis planes tirados, y eran los siguientes.

En la marcha entraríamos en el Ingenio "Cieneguita" á llevarnos la boyada y defenderla después á capa y espada; si nos la quitaban en el camino nada se perdía, pero si nó, realizaba una buena operación por cuanto se trataba de 300 reses.

Cuando á esto me disponía, llegó el Coronel Joaquin Rodriguez y me dió contraórden.

Ya no necesitaba ni ir á las lomas, ni llevar los bueyes, pues el Coronel venía con nuevas instrucciones.

Como ya teníamos mucha gente, se necesitaba á menudo ganado para sostener la fuerza, pues con las viandas no había que contar.

Poco importaba comer carne de caballo ó de res; el objeto era no morirnos de hambre.

Quizá te asombres cuando sepas que yo recomendaba á mis infantes, cada vez que los emboscaba, que dirijieran con más interés sus tiros á matar caballos del enemigo, que á matar al ginete.

En primera, porque matando el caballo luego teníamos carne que comer, pues siempre nos comíamos los ca-

ballos muertos; en segunda, el ginete en pié casi era hombre muerto.

Aquella tarde dispuso el Coronel que fuera una comisión en busca de ganado al Central "Constancia", y al efecto así lo ordenó al Teniente Rafael Hernandez.

Nosotros con toda la fuerza nos fuímos á Palmarito, donde debíamos esperar al Teniente Hernandez con los yuntas que pudo pescar del mismo batey del Ingenio.

Al amanecer salió la guerrilla en busca de los bueyes, por el rastro.

Nosotros, desde las primeras horas de la mañana, estábamos emboscados, esperándola.

El Campamento de Palmarito se prestaba, porque estaba situado en la cruz que hacen dos caminos, que permitían tuviera el Campamento únicamente cuatro entradas.

En cada una de estas entradas colocamos una compañía emboscada, y tras una de ellas, la caballería.

Todos pensábamos que la guerrilla entraría por la vereda del rastro, y en ella, me coloqué yo al frente de la primera Compañía.

Eran las tres de la tarde y aún no habían dado señales de vida.

El Coronel estuvo primero al frente de la caballería, y acababa de venir á conferenciar conmigo sobre la demora del enemigo.

Nuestra gente guardaba la misma posición que ocuparon á las cuatro de la mañana, y eran ya las cuatro de la tarde.

Allí no había ni agua que tomar, ni una fruta que comer.

Todos creímos que el enemigo ya no venía.

Cuando de pronto sentí unos tiros, y tras de aquellos, fuertes descargas nuestras.

Era el enemigo que había entrado por la vereda que ocupaba la 2ª compañía, logrando casi sorprender á ésta, que no lo esperaba á esa hora y estaban descuidados.

La guerrilla, que había visto primero la emboscada, le rompió el fuego haciéndonos un muerto y cuatro heridos.

Nuestra emboscada se rehizo y peleó después con entusiasmo, logrando hacerles bastantes bajas y matarles cinco caballos.

Cuando la caballería nuestra vino á reforzar la emboscada, ya el enemigo se había retirado á la desbandada y no se le pudo dar alcance, porque enseguida se metieron en el pueblo de "Las Charcas".

Aquella era la guerrilla de "Constancia", que fué tan astuta, que no solo no entró por el rastro de los bueyes, donde con seguridad hubieran perecido todos, porque allí no nos descuidamos, sinó que al ver la emboscada de la segunda compañía, retrocedió, que si avanza queda cercada por nuestras cuatro emboscadas.

El isleño Marcelino, que era el Jefe de aquella guerrilla, me mereció desde aquel día el concepto de ser un hombre astuto y dichoso.

Retirado el enemigo, nos comimos los cinco caballos y volvimos para Baracaldo.

Luego supimos por confidencias que el enemigo tuvo 19 heridos, de los cuales murieron seis.

Carta número 54.

El Coronel había marchado de nuevo hácia la Costa con el objeto de entrevistarse otra vez con los americanos, y cumplir una orden del Jefe de la Brigada.

Con él habían marchado la 3ra. y cuarta compañía.

Yo me había quedado acampado en las "Chinches", con la caballería y la 1ra. y segunda compañías.

Estábamos á 24 de Junio y por confidencias supe que para celebrar el día de "San Juan", proyectaban los españoles dar un gran baile en Abreus.

Con tal motivo dispuse que se tiroteara al pueblo, á fin de evitarlo ó por lo menos perturbarlo.

Así como que se utilizara también una bomba de dinamita, de mecha.

Una vez cerca de Abreus, se repartió la fuerza que toda era de caballería y en número de cincuenta.

Unos se colocaron detrás del Cementerio, y los otros á un costado del pueblo.

Nuestro dinamitero había colocado su bomba en el mismo Chucho de "Constancia"

Yo había recomendado que no se tirara à herir á nadie en el baile, puesto que en èl habían de estar mujeres y niños.

La fuerza estaba armada con Máusers de Infantería.

Cuando todos bailaban llenos de satisfacción y entusiasmo, y se entregaron al placer, sintieron nuestras descargas de Máusers, á un tiempo por dos lugares.

Las balas cruzaban por encima del techo del salón de baile, y ya puedes figurarte cual fué el desbarajuste que allí se armó.

Los fuertes del poblado empezaron á hacer fuego sin dirección fija, las cornetas á tocar, y todo el pueblo se puso en movimiento.

Nosotros paramos nuestro fuego, y el de ellos se extendió hasta cerca de una hora por toda la cordillera de fuertes de la Trocha.

Cuando ellos pararon su fuego, se apercibió de nuevo el rumor de la música, que demostraba bien que no nos hacían caso, ó bien que los españoles habían obligado á las mujeres á seguir bailando.

De pronto se les rompió de nuevo el fuego y entonces contestaron con tremendas descargas hácia el Cementerio.

Cuando éstas se terminaron, continuaba el baile, y estonces hizo explosión la bomba de antemano colocada.

Después.....el silencio y la obscuridad lo envolvía todo.

El baile terminó y mis fuerzas se retiraron sin novedad.

Tuvimos la satisfacción de salirnos con nuestro gusto; ni se bailó más, ni se hirió á nadie.

Continuamos acampados en las "Chinches".

Dos días después sentí fuego con mis exploradores, y en seguida nos atacó el Teniente Coronel Mijares con fuerzas de caballería é infantería en combinación.

Yo lo esperaba ya emboscado.

Mandé que la caballería los tiroteara con el objeto de atraerlos á la emboscada donde yo me encontraba con la infantería.

Mi caballería los tiroteó, pero ellos que esperaban con su combinación envolvernos, no avanzaban.

Entonces, al ver que los tenía desplegados en guerrillas, á dos cordeles de mi línea, les rompí el fuego.

El enemigo echó pié tierra.

Se entabló un prolongado combate.

Ya mi caballería se había retirado, pues á ésta no la usaba más que para la carga, exploraciones y ciertas operaciones, sosteniendo con la infantería todos los ataques.

Pocas veces peleó el enemigo tan cerca de nosotros como esta vez, en que se oían perfectamente ambas voces de mando, y se distinguían á los Jefes.

Como esto me hizo sospechar algo, retiré mis fuerzas á nuevas posiciones y pude convencerme del lazo que me tendieron, al ver luego que tan pronto yo abandoné mi primera posición, vino el flanco de infantería que pretendió cercarme entre él y la caballería, que me entretenía aguantándome pasmosamente el fuego que yo le hiciera con la infantería.

Pero pude á tiempo burlar sus planes, y después no quisieron continuar su persecución por temor á las embos cadas.

En este fuego fué donde más cerca estuve de ser herido en la guerra; recibí un zapatazo de bala que me hizo creer estaba herido en la pierna derecha, hasta que pasado el combate pude ver su insignificancia.

El enemigo retiró más de 20 heridos. Enterró allí cerca cuatro muertos, y nos dejó ocho caballos también muertos que aquel mismo día nos sirvieron para la comida.

A la mañana siguiente volví á Baracaldo; allí me acampé.

Como á las diez de la mañana recibí por los exploradores la noticia de que el enemigo en pequeño número andaba cerca, á juzgar por un rastro como de 15 ó 20 caballos que habían visto.

Desde luego que no creí que ese rastro fuera de enemigo, porque bien sabía que él no andaba en tan corto número; mas por si se trataba de algunos exploradores de ellos, dispuse que la infantería se emboscara convenientemente y se retirara á Ponce la caballería.

Sobre 4 horas estuvimos emboscados, hasta que se sintieron galopes de caballos.

Todos nos preparamos, pero al darles el "¡alto, quien và!" contestaron "¡Cuba!"

Fueron reconocidos, y resultó ser el Teniente Coronel Joaquín Oropeza, que venía del Cuartel de la Brigada.

Nos saludamos y poco después todos estábamos reunidos en Ponce.

El Teniente Coronel Oropeza siguió al siguiente día

camino á la Costa, donde debía encontrarse con el Coronel Joaquín.

Nosotros marchamos á la colonia "Simpatía", de donde extrajo el Comandante Leopoldo Gonzalez, Jefe de la caballería, unas cuantas yuntas de bueyes que fueron remitidas al Coronel.

Después, con el objeto de descansar la infantería, la mandé para la Costa y me fuí en busca de más bueyes rumbo á Yaguaramas, con toda la caballería.

Así que llegué á la "Puntilla" me enteré de que al lado del Cementerio de Yaguaramas pastoreaban una boyada que custodiaba una guerrilla.

Allá nos dirijimos, y después de dispersar la guerrilla, ocupamos ocho yuntas de bueyes y cuatro vacas.

No tuvimos necesidad de disparar un tiro, pues como allí todo era sabána, así que nos vió la guerrilla desde léjos, emprendió su retirada llevándose algunos bueyes para el pueblo.

Cuando llegué con los bueyes á "Babiney Prieto", me encontré con una órden del Coronel Joaquín Rodriguez en que me mandaba á buscar, con toda la fuerza.

Tres días después estábamos reunidos todos en "Coleta Redonda".

Ya el Coronel se había entrevistado con algunos barcos americanos que le habían hecho varios regalos para su Oficialidad y tropas.

Los americanos le habían facilitado la manera de llevar una Comisión al mando del Capitán Cueto, á las Playas de Trinidad, donde esperaba el Jefe de la Brigada un gran desembarco de hombres, armas, municiones y víveres para la Brigada, según se lo habían anunciado.

La espera de aquella expedición causó la muerte á muchos cubanos, que fallecieron de hambre unos, y à consecuencia de ella otros; porque dada la aglomeración de las fuerzas de Sagua, Trinidad, Remedios, Santa Clara y Cienfuegos, que allí se habían reunido, escaseó tanto la comida que tuvieron que apelar á comerse los caballos y los mulos de las fuerzas.

Pasaron de ciento cincuenta los caballos y mulos que se comieron, teniendo luego que alimentarse con los pocos cangrejos que en aquellas estériles playas podían cojer.

Cansados de esperar la expedición, el hambre se encargó de repartir de nuevo las fuerzas y cada cual volvió á su destino.

En los momentos en que llegaba el barco americano á la Costa, con nuestra Comisión, se encontraban acampados allí los españoles, con dos grandes columnas.

Desde el barco pudieron reconocerlos con sus buenos aparatos de vista los americanos, y tanto se acercaron que los españoles les hicieron fuertes descargas de Máusers.

Entonces el barco americano recojió la comisión que ya la había colocado en un bote para llevarla á tierra, y después de levantar su bote comenzó á tirarles cañonazos sucesivamente hasta el número de 300, en ménos de dos horas.

El desguazo que debieron sufrir los españoles se calculaba de consideración.

Desde el barco se veían volcados los mulos de la impedimenta, y correr en todas direcciones á los soldados de las columnas.

Al regresar el barco á la Playa de Farayones, hizo entrega de nuestros compañeros al Coronel Joaquín.

En esos momentos llegaba yo con la caballería.

Entonces me notificó el Coronel Rodriguez, que sin saber à qué deberlo, había recibido órdenes del Jefe de la Brigada General Esquerra, de entregar toda la fuerza y la zona de Yaguaramas y Soledad al Teniente Coronel Joaquín Oropeza, que acababa de llegar con el objeto de recibirla.....

.....

.....

.....

.....

Como te he ofrecido que mis cartas no revelarían nin-

gún hecho desagradable de la Revolución, ni relatarán ningún episodio que nos ridiculice, ni darán á conocer en manera alguna las miserias de nuestros hombres en la Revolución; solo te diré que el Coronel Joaquín Rodriguez hizo entrega de la fuerza y de la zona.

Yo, en vista de este incidente, descontento por el pago que daban al Coronel, á sus servicios, honradez y sacrificios, protesté, pidiéndole también al Teniente Coronel Oropeza, como nuevo Jefe de la Zona, mi pase para el Cuartel General de la Brigada, donde lo pediría también para otra, por cuanto no estaba de acuerdo con aquella injusta destitución del Coronel.

A mi protesta siguió la de todos aquellos Oficiales que profesaban cariño al Coronel, y todos juntos nos dirijímos al Cuartel de la Brigada.

Nos despedimos de toda aquella fuerza que nosotros habíamos organizado, instruído y levantado.

El Coronel y yo tuvimos que aconsejar é intimar á aquellos cariñosos soldados, compañeros nuestros, que también querían en son de protesta seguirnos hasta el Cuartel.

Nosotros les hicimos recordar el principio de disciplina que les habíamos enseñado y todos quedaron al parecer contentos, confiando en que al resplandecer la justicia, volvería á su puesto el Coronel Joaquín Rodriguez.

Carta número 55

Marchábamos al Cuartel General de la Brigada con el Coronel Joaquín Rodriguez, los indivíduos siguientes:

El Comandante Manuel Almeida, Capitán Eusebio Campo, los Tenientes Rafael y Alejandro Cueto, Rogelio Rodriguez y Ernesto y Cleto Callado; además nuestros Secretarios Eduardo Ferrer y Leonardo Grau.

Pasamos por Quemado Grande y Bartolina, acampándonos en Ponce.

Con nosotros marchaban nuestros asistentes y los prácticos.

A la mañana siguiente nos dirijímos hácia "Alcalde Mayor"

Allí nos acampamos, después de sacar algunos boniatos para hacer el rancho.

El día estaba lloviznoso y pusimos nuestras tiendas de campaña.

Yo me sentí enfermo de fiebres, y me acosté.

Contra mi costumbre me quité los zapatos, las polainas, las armas y el sombrero.

Coloqué dentro de éste mis espejuelos y me envolví en la frazada.

Debajo de mi tienda estaban mis alforjas, y entre ellas gran parte de mis papeles.

Con éstos, tenía el diario de mis operaciones al corriente, en el cual constaban minuciosamente detallados todos los pasos de mi vida en la Revolución, apuntes que con grandes trabajos pude ir anotando, y cuya colección no hubiera vendido por ningún dinero, no solo por los sublimes episodios que contaba, sinó por el estilo y la inspiración con que estaba escrita.

Mi asistente, que había salido á buscar viandas y

mangos acababa de llegar, y me llevaba en sus alforjas mis libretas de correspondencia.

Para reservarse del agua, se había colocado debajo de mi hamaca cual fiel compañero.

Cuando yo dormía y la fiebre me hacía delirar, mis compañeros estaban recojidos, pero despiertos.

Solo dos hamacas había tendidas; eran las del Coronel y la mía.

Cubrían nuestro Campamento dos guardias de á dos hombres cada una.

Serían las doce del día y llovía copiosamente cuando se sintieron dos tiros.

La detonación me despertó, pero yo supuse en el acto que había sentido tiros, soñando.

Pero enseguida me descubrí la cabeza y me apercibí del movimiento rápido de mis compañeros.

En ese mismo momento se levanta mi asistente y sin decirme nada corre en busca de mi caballo, que me trae en el acto, sin freno, y me dice; monte, Teniente Coronel, que lo matan.

Pasa á mi vista la pareja de guardias que tiró los dos tiros, y acto contínuo siento la voz de "¡Viva España!" y el estruendo de una descarga de Máusers sobre mi mismo pabellón.

Era la Guardia Civil.

Apenas si tuve tiempo de ponerme los espejuelos y mis armas; montè en el acto abandonándolo todo y haciendo fuego con mi revólver y corriendo á todo escape.

Algunos de mis compañeros no pudieron montar y se escaparon por el monte; otros, como yo, montaron y haciendo fuego cuerpo á cuerpo, lograron ganar terreno para emprender después la carrera y retirarse.

Mi asistente, lo mismo que el Coronel, pudieron montar y salvarse también.

Todo lo mío allí quedó, menos lo que yo y mi asistente salvamos, consistente en nuestros caballos y en

las alforjas de la correspondencia, con cuyos documentos he podido coordinar estas cartas que te escribo.

Mientras el enemigo se entretuvo en recojer nuestros objetos, nosotros nos salvamos.

Solo nos mataron dos caballos; todos mis compañeros escaparon milagrosamente.

Al oscurecer reconocímos el campo, y á esa misma hora emprendimos la marcha hácia Soledad, atravesando la Trocha de "Constancia" y "Abreus" durante la noche.

Amanecimos en la loma del "Agua" donde nos incorporamos á las fuerzas del mismo Regimiento "Yaguaramas", que el Coronel Rodriguez había dejado en Soledad, cuando vinimos á reconquistar la Zona.

Estas fuerzas, como la mía, habían prosperado mucho y realizado importantes operaciones á las órdenes del Comandante Eduardo Guzmán, que había ascendido cuando destituyeron al Comandante Cabrera, por órden del Jefe de la Brigada.

Aquellos 55 hombres que con nosotros habían venido cuatro ó seis meses antes, se habían convertido en serecientos, entre los cuales había unos 300 caballos.

Al siguiente día de estar en la "Ayúa" nos atacó una gruesa columna.

El Comandante Guzmán, que tenía dinamita y máquina eléctrica, había colocado de antemano en la entrada de su Campamento tres bombas, que podían explotar á la vez.

Se le dejó franca la entrada al enemigo.

Nosotros nos emboscamos, después de esconder la caballería.

Cuando la vanguardia del enemigo estaba parada sobre las bombas, se hizo que explotaran éstas, pudiendo ver en el acto cómo volaron los soldados que sobre ellas estaban de piés.

Al mismo tiempo rompimos el fuego sobre los grupos que corrían, haciéndoles infinidad de bajas.

Rehecho el enemigo nos atacó de duro y sostuvimos con él un vivo y tenaz fuego.

Al fin se retiró dejándonos sus muertos enterrados dentro de las escavaciones que abrieron las bombas al explotar.

Nosotros tuvimos cuatro muertos y varios heridos también.

Tres días después estábamos en el cuartel General de la Brigada de Cienfuegos.

Los disgustos que ocasionó la destitución injusta del Coronel Joaquín Rodríguez, las sérias y acaloradas discusiones de sus consecuencias, las calumnias y los cargos indebidos que contra él se levantaron, permíteme que por mis promesas no te las pueda contar.

Solo has de saber que siempre estuve á su lado, mientras lo ví envuelto entre las pobrezas que engendraron la envidia y las pasiones de los hombres.

Por ser yo su decidido defensor se retardó en seis meses mi propuesta á Teniente Coronel, y por la misma causa me capté la antipatía de algunos compañeros.

En vista de la situación tirante en que me coloqué por defender á capa y espada al cubano honrado y al Militar valiente y pundonoroso, tuve que pedir mi pase ó trasladado de aquella Brigada, en la que tanto había trabajado.

Resueltos los expedientes que se mandaron formar al Coronel, favorablemente, y en que demostróse su honradez é inocencia, lo rehabilitaron y le entregaron sus fuerzas nuevamente.....

.....

.....

.....

.....

Puedo copiarte la siguiente carta dirijida al Jefe de la Brigada, General Esquerra, en la que le pedía mi separación de la misma.

"General: Con el mayor respeto suplico á Vd. que hoy que todo se ha resuelto con la justicia debida, se sir-

va concederme mi separación de la Brigada de su digno mando.

Al separarme de ella, cuyo progreso siempre he anhelado tanto, por razones de patriotismo y simpatías, no puedo negarle que lo hago con pena, nó sólo por el tiempo que hace que en ella opero, si no porque en los últimos momentos de la lucha y cuando empezaban á sonreírnos las glorias de la victoria, me veo providencialmente envuelto en una sèrie de disgustos que vienen á entorpecer tristemente para mí, aquello que en la paz como en la guerra, he estimado lo más sagrado del hombre, la nobleza del caballero y la conducta y la dignidad del militar.

Pero á estas alturas y en estas circunstancias, solo cabe mi determinación, porque ella viene á tranquilizar aquellos ánimos que injustamente contra mí se levantan y para los cuales yo no siento más que mis deseos de complacerlos.

El tiempo, que indiscutiblemente es el encargado de aclararlo todo, desvanecerá sin duda la atmósfera que sobre mí se ha formado, al tildárseme de carácter ágrio, revoltoso y amotinador.

Algún día, sabe Dios cuándo, ¡quién sabe si prontol alguien se convencerá de la lealtad que ha guiado mis procedimientos.

De todos modos, no olvide nunca que mi gratitud será eterna, y que no lo culpo á Vd. si no "á las cosas de la guerra".

Así, con mi conciencia tranquila por haber hecho todo lo que he podido, y haber cumplido con mi deber de compañero y amigo, me marcho repleto de satisfacción, con la misma fé de siempre, á continuar la obra santa de hacer Patria.—SANJENIS"

Carta número 56.

Mi pase fué estendido para la Brigada de Sagua, donde sabía que era muy difícil hacer la guerra.

Yo así lo deseaba; me gustaba trabajar en la Revolución activamente.

Dos días después, como á las once de la mañana, pasaba la línea férrea de Villaclara á Cienfuegos, por entre dos fuertes.

Me acompañaban mi fiel asistente y un práctico.

Al llegar al Purial me acampé; allí dormí bajo los gajos de una cerca de piñón, y al siguiente día, pasando por San Gil, llegué á Manacas, donde me encontré al Jefe de la Brigada Josè Luís Robau, á quien acompañaban su Estado Mayor, Escolta y dos compañías de infantería, todos descalzos y muchos completamente desnudos.

Presenteme á él, le entregué mi pase legal para la Brigada de su mando, y desde aquel momento pertenecí ya á la Brigada de Sagua.

Preciso es que sepas también que á ésta se le temía por lo peligrosas y difíciles que resultaban en ella las operaciones: en primera, porque siendo muy rica, la defendían con gran interés los españoles; en segunda, por la topografía del terreno; tenía muchos campos llanos y limpios; en tercera, por el gran número de guerrillas que contaba, cuya cifra pasaba de cuatro mil hombres, en su generalidad conocedores del lugar.

Con gusto te diré que el Brigadier Robau me recibió muy atentamente y no sé por qué causa me demostró alegrarse mucho de mi incorporación á sus fuerzas.

Desde luego ofreció destinarme en primera oportunidad. Miéntras, permanecía agregado á su Cuartel ó sea á su Estado Mayor.

Robau, aunque jóven y sério, tiene un carácter algo

más divertido ó jovial que el mío, y aunque la primera impresión que le causé fué buena, después que hubo de notar mi retraimiento y excentricidades, me calificó de poco comunicativo.

Dos días más tarde nos reuníamos con el Jefe de la División, General José de Jesús Monteagudo, quien acompañado de dos compañías de Infantería, dos Escuadrones de caballería de la Brigada de Villaclara, su Escolta y Estado Mayor, se unía á las fuerzas de la Brigada de Sagua con el propósito de dar un recorrido por esta, y ver si así se conseguía zurrar algo á las envalentonadas fuerzas españolas que por allí operaban.

Enterado el General Monteagudo de mi incorporación á Robau, lo felicitó, recomendándome mucho por los méritos que me reconocía pues conocía perfectamente mi comportamiento, como militar, como Jefe y como cubano.

Ya habíamos hecho la primera marcha con dirección á Sagua, y estábamos acampados en Dinamarca, á una legua próximamente de Santa Clara.

De antemano se había ordenado una Comisión para que sacara ganado de la Zona de Cultivo, y por el rastro de éste venía al siguiente día una gruesa Columna enemiga, á cuya vanguardia venía la Guardia Civil.

Sentimos dos tiros con los exploradores, y el General dispuso nos pusiéramos en condiciones de recibirlos. Había gente, teníamos parque, y justo era que peleáramos.

A las tres horas de esperar al enemigo nos rompe el fuego por dos lugares á la vez, y pronto españoles y cubanos nos disputábamos la victoria. Se peleó mucho, mucho, y al fin nos retiramos nosotros los primeros, en vista del número considerable de que se componía el enemigo, como siempre superior. Tuvimos cinco muertos y cuatro heridos.

Aquel fuè mi bautizo de sangre en la Brigada; era el primer fuego que tenía en ella.

Al siguiente día, en vista de que, con motivo de aquel

fuego habíamos gastado gran parte del parque con que se contaba para hacer el avance á la zona peligrosa, resolvió el General Monteagudo desistir del viaje, y de acuerdo con el Brigadier Robau determinaron mandarme á mí con bastantes elementos á emprender con actividad las operaciones en la referida zona, que se extendía desde la línea hasta la Costa del Norte; y desde Sagua la Grande hasta el río "La Palma" ó Cascajal, por el otro.

Yo acepté el honroso aunque peligrosísimo puesto que se me confiaba, si bien fué con la condición de que se me entregara un Batallón de Infantería, compuesto de dos compañías de Sagua y otras dos de las que yo había organizado en Cienfuegos, y en las que tenía gran confianza, no solo por lo mucho que me querían aquellos soldados que eduqué, sinó por la confianza que me inspiraban su valor, disciplina é instrucción militar.

Excuso decirte que los generales Monteagudo y Robau me hubieran dado todo cuanto les pidiera à cambio de que hiciera sentir la guerra en esta parte donde tanta falta hacía; por lo que conseguí nó solo la órden para que me fuera entregada dicha fuerza, sinó gran cantidad de parque adquirido en la última expedición que desembarcó por Remedios ó Sancti-Spíritus, y cuyo aviso acababan de recibir mis Jefes por parte del General Carrillo, que fué el que les hizo el ofrecimiento del parque.

Todo estaba preparado y dispuesto, y á cumplir las órdenes que me dieran me dispuse.

Salimos en marcha, y al llegar á Sagua la Chica, en los mismos momentos en que se acababa de batir una parte de nuestras fuerzas, en la que por poco peligra el Teniente Coronel Mirabal que las mandaba, recibíamos en el pabellón del Brigadier un suplemento del periódico "La Lucha" que nos traía un pacífico, en el que se publicaba la suspensión de hostilidades entre España y los Estados Unidos para tratar sobre la paz.

¡Gratísima noticia! ¡Cuántos gritos de hurras y vivas, cuántos brincos, cuántos saltos, cuántas emociones y alegrías! Nuestros corazones palpitaban; en nuestros pe-

chos, oprimidos, rebozaba el regocijo; todos corrían de uno á otro lado, nadie se daba cuenta de lo que pasaba. Era que aquella noticia tan importantísima nos volvía locos.

¡Oh! Cuánto siento no poder escribir ni explicar lo que yo gozaba, cuánto lamento no poder describir aquel gran dioso momento, tan felíz, que para nosotros significaba tanto, pues teníamos la seguridad de que esta vez, como se trataba entre España y los Estados Unidos, y no entre aquella y nosotros, el armistisio no sería una nueva engañifa como fué el otro para nosotros.

En seguida recibimos también órdenes superiores de suspender nosotros las hostilidades y respetar el armisticio, y con él á toda clase de indivíduos y propiedades, autorizándosenos acudir al patriotismo de nuestros hermanos pacíficos para el sostenimiento de las fuerzas cubanas.

Con tal motivo, dispuso el Brigadier marcháramos á los alrededores del pueblo de Cifuentes y nos acampáramos allí, á dos kilómetros de los fuertes, distancia señalada por las autoridades españolas.

El día 20 de Agosto, ó sea ocho días después de celebrada la paz, si como se dice fué acordada el día 12 del mismo, estando acampados con muy pocas fuerzas de caballería en este lugar, nos sorprendió el ataque de una guerrilla española, que de la manera más villana se nos mete en nuestro Campamento, descuidado á causa del armisticio, pues nunca creíamos, aunque sabíamos lo canallas que eran los guerrilleros, que fuesen á ser tan miserables que se valieran de nuestra confianza para atacarnos tan cobardemente.

Ya puedes figurarte cuán grande sería la sorpresa, cuándo casi se puede decir que no teníamos ni guardia, porque ésta entendía que el enemigo no nos atacaría.

Todos los Oficiales se encontraban fuera, asi como nuestros asistentes.

Nuestras hamacas colgadas confiadamente, y el qué más y el que ménos pensando en el próximo y felíz dia

en que veríamos á nuestras familias salvas, á nuestro pueblo tranquilo y á nuestra querida Patria libre del yugo español. De pronto sentimos un fuego á discreción, cuyas balas nos silvaban casi en nuestras cabezas, miéntras grandes gritos de "¡Viva España!" nos aturdían.

¡"Sálvese el que pueda! por de pronto fué nuestra voz de mando, que estos son unos canallas asesinos; cada cual tomó el mejor rumbo, quedando en el Campamento caballos abandonados, hamacas, calderas, bueyes y todo cuanto no se pudo recojer, dado lo apremiante de la situación.

Yo pude montar y llevarme á las ancas de mi caballo, que afortunadamente era fuerte, al Teniente Coronel Rodriguez, cuyo caballo se le había escapado á los primeros disparos.

El Brigadier montó sin freno, y al no poder contener su caballo brioso se tiró, siendo recojido, ya cansado de correr, por uno de sus ayudantes que fué en su auxilio; tuvimos heridos de arma blanca y fuímos víctimas de la más infame de las traiciones.

Reorganizada nuestra pequeña fuerza, tomamos posiciones y nos dispusimos á esperar al enemigo decididos á darles una buena zurra en castigo de su desvergüenza; pero éste, cobarde como siempre, así que nos ocupó los bueyes y objetos que dada la sorpresa tuvimos que abandonar, se dirijió á la carrera, huyéndonos, y se metió en busca de salvamento tras los fuertes de Cifuentes.

Recuerda muy bien siempre este acto en que pude haber sido asesinado por los españoles, después de la paz, para que me disculpes en algo el lenguaje fuerte que yo empleo muchas veces cuando de calificar sus procedimientos se trata.

Mudamos nuestros campamentos dirijiéndonos á Viana, donde ya debía haber llegado parte de nuestra infantería.

Una vez allí recibimos una notificación del Comandante de armas de dicho lugar, en la que se nos hacía sa-

ber que si tocábamos uno sola vianda de su zona, nos harían fuego de sus fuertes.

Como teníamos órdenes terminantes de respetarlo todo, nos marchamos á acampar en el Acueducto de Sagua la Grande.

¡Qué situación más terrible la nuestra!

Había que respetarlo todo; teníamos un hambre devoradora y no encontrábamos la manera de satisfacer esa gran necesidad de la vida; comer.

¿Qué hacer, santo Dios?

¿A qué nueva prueba quiere sometérsenos?, me decía y preguntaba; pero en nadie encontraba la contestación.

Al fin, ya desesperados y después de pasar el hambre más grande que tuviéramos necesidad de sentir durante el período de la guerra, nos llevó el Brigadier á la vista de la hermosa y pintoresca Villa de Sagua, y en las orillas del caudaloso río de su nombre nos acampó en el lugar conocido por "Guatá."

No hacía una hora que allí estábamos, y ya con todas las prevenciones y guardias convenientemente colocadas, por si se les ocurría una nueva traición, cuando llegó un Oficial de Guerrillas con ocho números á pedirnos parlamento; dijo que quería hablar con él Brigadier, mas éste no quiso ni recibirlo ni oirlo, por cuya razón regresó á la Villa el referido Oficial.

Al siguiente día comenzaron á venir amigos y cubanos á ofrecernos sus auxilios, y poco á poco fuímos dándole solución al difícil problema de la comida, una vez que para atender á nuestras perentorias necesidades, se fueron creando Clubs patrióticos de auxilios.

Una tarde en que pensaba en mi desgracia, que así la estimaba por el hecho de no tener en Sagua quien me conociera, recibí una gran sorpresa.

Ya habían corrido de boca en boca los nombres de los Jefes que en "Guatá" nos encontrábamos, y el mío hubo quien lo reconociera.

Este fué nuestro amigo Agustín Carvajal, á quien no

conocí cuando vino á saludarme, dado el número de años (diez y seis) que no nos veíamos.

Puedes desde luego figurarte mi alegría; estaba casi desnudo, descalzo, y sobre todo, con mucha hambre.

Pronto se me ofreció con verdadera voluntad, y después tuve de todo lo que más necesitaba. Desde aquel momento cesó por absoluto en mí la carencia, sobre todo, de mis ropas.

Así puedes suponer cuán agradecido le estaré á mi amigo de la infancia.

En esos días fueron muchos los cubanos que venían á incorporársenos, elegantemente montados y bien equipados, mas como ya suponíamos terminada la guerra, no eran admitidos. Estos cometían toda clase de disparates; se robaban caballos, monturas &., hasta que una vez que se hizo público que con sus caballos y monturas eran devueltos á las autoridades españolas, para que castigaran el robo ó el abuso de confianza que cometerían, para venir á incorporarse á las filas de un Ejército que ya no hacía falta, se contuvieron y cada cual se conformó con su pasado.

Habían cesado nuestros desvelos y privaciones, para entrar en el periodo glorioso y felíz que nos ofrecia la victoria.

Nuestra campaña estaba terminada.

El día veinte y siete, con motivo de un acta que se había levantado para protestar ante el gobierno Americano de la actitud que con nosotros observó la Guerrilla de Cifuentes, cuando tan villanamente nos atacó encontrándonos dentro del armisticio, ordenó el Brigadier se pasara á la Villa de Sagua y se solicitara un parlamento con objeto de hacer entrega al Cónsul inglés de la referida acta de protesta; mas como al llegar al fuerte fué detenido el comisionado para el efecto, que lo fué el Teniente Coronel José Miguel Tarafa, no pudieron entrar en la población ni él ni sus compañeros, que lo eran Oficiales y soldados en número de ocho; allí vino el Comandante de Armas, Sr. Lomo, Jefe de la Guardia Civil, y se encargó

de hacer llegar el referido pliego al Cónsul inglés. El pueblo, que se había aglomerado cerca del visitante, no pudo contenerse y comenzó á dar grandes vivas á Cuba Libre y al Jefe cubano; hubo su escándalo y hasta sus atropellos.

Mi compañero regresó sin novedad, y en vano nos quedamos esperando la contestación y el resultado de nuestra protesta; no había que olvidar que aún estaba España en el poder, y por lo tanto, á esto, como á todas sus injurias, se le echó tierra.

En tanto, los españoles de Sagua rabiaban; redoblaban su vigilancia, no concedían permiso para salir del pueblo á nadie si nó llevaba un pase expedido por la Comandancia de Armas, y aún á éstos los registraban con escrupulosidad, quitándoles las ropas, tabacos, cigarros &.. que algún infelíz llevaba á su hermano, pariente ó amigo.

He de advertirte que esto se observaba al igual con las mujeres, pues parece que sus propósitos de siempre existían; matarnos de hambre y miseria.

Tan pronto llegó á la Habana la Comisión encargada de dirijir la evacuación de la Isla, cambió algo la situación, y entonces á fuerza de trabajos é influencias se podía sacar algo con permiso de los vencidos, pero los dueños aún de nuestros pueblos.

Se habían impuesto tanto por el crímen los españoles, que les temían verdaderamente con horror, los infelices pacíficos.

Pero aparte de esto, ó sea mientras todo lo que te cuento ocurría, nos servía de orgullo el poder demostrarles nuestro respeto á la disciplina y nuestras virtudes.

Pasamos hambre; por espacio de muchas días estuvimos racionándonos á cinco mazorcas de maíz tierno, sin más nada, á pesar de estar acampados entre varias vaquerías.

Se burlaban de nuestros estómagos, los pollos, las gallinas, los cerdos, los terneros, las vacas y los bueyes;

y con éstos las hermosas siembras que había en aquella zona, sin que uno solo faltara á lo dispuesto; respetar á toda clase de indivíduos y propiedades.

Esto que pasaba en Sagua, sucedió en todos los pueblos de Cuba, y nuestro comportamiento era correcto en general; lo mismo respetaban y sufrían los insurrectos de las Villas, que los de Occidente.

Un día llegan al Campamento tres entusiastas y distinguidas patriotas, y cuán dignas fueron de admiración al ver que bajo sus sayas traían liados varios trajes para nosotros. Con ellos caminaron más de dos leguas para poder burlar la vigilancia de los españoles, que, tan infames como siempre, á esto se oponían con el mayor cinismo.

En este momento acabo de recibir la siguiente carta que te cópio para que saques en consecuencia algo de lo que ya te he contado, sobre mi marcha de Cienfuegos.

REGIMIENTO "GOMEZ"

Jefatura.

"Al Teniente Coronel A. Sanjenís.
Sagua.

Querido Sanjenís: Muy grato me ha sido en medio de este mundo de sensaciones distintas, recibir tu cariñosa carta con la cual textificas el cariño que profesas á tu Jefe, ó mejor dicho á tu compañero de armas. Ahora que estoy tan sumamente atareado y que recibo por estar junto á la Ciudad de Cienfuegos tan contínuas y grandiosas impresiones como las que suceden al cese de las grandes luchas, es cuando echo de ménos á aquellos amigos y compañeros que han compartido junto á uno esos inolvidables momentos de escaceses, privaciones y zozobras...

Después de tu marcha siguieron los disturbios, pero poco á poco, como si la saña fuera apagándose al soplo de los vientos de la justicia y la verdad, recuperé mi prestigio de Coronel, entre los de márras, si acaso por unas cuantas calumnias puede ponerse en tela de juicio, la dignidad y honradez de un Jefe que lleva sus estrellas al

pecho como pago exacto de su conducta. De tí nada se habló; el instigarte á que marcharas para otra Brigada, no fué más que el temor de que me sirvieras de algo en mi situación de juzgado. Yo me alegro con toda el alma de que al ausentarte hayas encontrado un prestigioso puesto como conviene á tus indiscutibles méritos de patriota y militar.

Debo comunicarte que antes de la paz, como un mes, saqué á Flora, mamá y mi niña, de San Juan, instalándolas en un lugar seguro, hasta hace poco que las conduje á "Ojo del Agua", pueblo abandonado por los españoles y tomado por nosotros, donde se encuentran perfectamente bien.

No olvido que serás el padrino de mi hija, cosa que nos servirá de gran satisfacción á Flora y á mí.

Has de saber que el General Monteagndo me escribió felicitándome porque *hubieran desaparecido los conceptos calumniosos que se me imputaban.*

¿Qué te parece esto?

También me decía que había dado curso á mi instancia con todas las formalidades requeridas é informada convenientemente.

En la actualidad estamos acampados en la magnífica Quinta "Santa Rosa", junto á Caunao, motivo por lo cual estamos de romería diaria, pues sale una familia y entra otra. Soy primer Jefe de todas las infanterías, que se componen de un completo Regimiento llamado "Gomez", y uno á medio formar nombrado "Yaguaramas"

Es lamentable que en estos momentos dedicados á las expansiones y grandes alegrías, no te encuentres á nuestro lado para compartirlos juntos. Pero es cierto lo que me dices: el destino se ha empeñado y fuerza es que sigamos la corriente de sus designios.

Mil espresiones te manda Cueto y hermano Ferrer y todos los de aquí.

Y de mí recibe un abrazo que te envía tu siempre fiel amigo. Coronel.—JOAQUIN RODRIGUEZ."

Carta número 57.

El Brigadier Robau había reconcentrado en "Guatá" todos los elementos de que se componía su Brigada para proceder á la reorganización definitiva de la misma; con tal motivo me entregó el nombramiento de Jefe del Regimiento de Caballería "Torres", con el que se había fundado la Brigada y, por cuya razón llevaba el apellido de su primer Jefe.

Este Regimiento componíase de doscientas veinte plazas montadas, que desde luego quedaban á mis órdenes.

El día once me notificó por su órden, que debía marchar hácia la zona donde operaba el Regimiento, con las instrucciones siguientes:

1°—Buscar la mejor manera de conseguir la alimentación del mismo entre los patriotas que existieran en los poblados de mi pertenencia.

2°—Indicar la mejor manera de organizar en dichos poblados los Clubs patrióticos que hoy tienen el carácter de Clubs de auxilios.

3°—Conseguir por medio de parlamentos y diplomáticamente la mayor libertad posible en los poblados, con el fín de establecer la propaganda en favor de la Independencia absoluta de Cuba, y reanimar, desde luego, el decaído espíritu patriótico en los pueblos.

Así, que con esta misión, emprendí marcha hácia los poblados de Santo Domingo, Manacas, Mordazo, Quemado de Güines, Chinchila, Caguaguas, Carahatas, Rancho Veloz, Sierra Morena y Corralillo, [antes Ceja de Pablo.]

Ya supondràs que aunque no me era posible el penetrar con mis fuerzas dentro de estos poblados, me acercaba en unos lo que me habían ordenado: dos kilómetros;

en otros algo ménos, pero siempre lo bastante para ponernos al habla y flotara casi á la vista del pueblo, nuestro glorioso pabellón de libertad.

Al llegar á Santo Domingo, te indicará lo que hice la relación que hago al Brigadier Roban en la siguiente carta:

"Al General de Brigada Sr. José Luís Roban.

Brigadier: He situado mi Campamento en el "Cerrito"

Tan pronto llegué, solicité parlamento en Santo Domingo con el Comandante de Armas y el Alcalde, por creerlo conveniente, pues temía á conflictos y bajezas por parte del cobarde Lazo [Jefe de Guerrillas.]

Ayer, con bandera blanca, mi Ayudante, el Comandante Demetrio, Teniente Troadio Perez y dos parejas me acerqué al pueblo; antes de llegar al fuerte me salió el Alcalde señor Rico acompañado del Comandante de Armas, con varios de Guerrillas [pues ya un pacífico le había comunicado mis proyectos.)

A conveniente distancia quedaron ambas fuerzas, avanzando ellos (el Alcalde y el Comandante) hácia mí, que á ellos me dirijía:

Les dije así: señores:

En cumplimiento de órdenes superiores vengo á situarme cerca de este poblado, con el objeto de recojer varios indivíduos de la clase de tropa que operan por estos alrededores.

Para el efecto necesitaré días, y como quiera que el respeto al armisticio concertado nos coloca en una situación difícil, quiero saber si se les permite á los pacíficos de este pueblo el poder nó solamente salir á ver á sus familiares, sinó sacar víveres y ropa con que atender á nuestras necesidades.

Como me dirijí más que al Alcalde al Comandante de Armas, me dijo:

"Señor. Pondré de mi parte cuanto esté á mi alcance para ayudar á Vds.

Facilitaré la manera de extraer cuanto puedan con-

seguir de víveres y ropas, y daré órdenes para que no se le prive á nadie la salida con lo que quieran sacar.

Comprendo vuestra situación y me inclinaré á que el Sr. Alcalde les ayude en lo que pueda.

Si los vuestros no os dan, ¿quiénes van á daros?

Después de todo, esto es una cosa ya clara; hasta ahora nos hemos roto la crisma, hoy estamos dento de un armisticio y mañana tendremos un piè aquí y otro sabe Dios dónde."

Terminado el objeto de mis investigaciones me dijo que le diera ciertos datos que necesitaba, á lo que accedí.

Número de la fuerza, Jefe que la mandaba, grado de éste, Brigada á qué pertenecía, nombre y grado del que la mandaba; ambos tomaron nota.

El Alcalde se me ofreció mucho, y en verdad que no puedo quejarme de la sensatez del Comandante, ni del comportamiento del Alcalde.

Terminó nuestra entrevista y nos retiramos.

Soy del Brigadier Robau con la mayor consideración, P. y L. Septiembre 15 de 1898.

El Teniente Coronel.—A Sanjenís."

Después tuve necesidad de escribir al Alcalde del mismo esta otra que te cópio.

Al Alcalde Municipal de Sto. Domingo

Sr.: yo siento causar á Vd. la más mínima molestia, pero son tan críticas nuestras circunstancias, podemos tan poco hoy, aquellos que hasta ayer fuímos revolucionarios, que en verdad necesitamos acudir á los que por muchas razones debemos contar entre el número de los *nuestros*.

Conozco por referencias las excelentes condiciones de patriota y de cubano generoso que le son características. Así no he dudado un momento en vuestra complacencia, aún cuando ella le lleve al sacrificio.

¿En nuestra causa común, quién no ha tenido que hacerlos?

Y harto compensados creo estaremos con la Independencia de nuestra Patria, que sin duda alguna devolverá á nuestra infelíz tierra la tranquilidad deseada, al unísono de la eterna prosperidad.

Bien, Sr: necesito saber si puedo contar para el alivio de mis sufridos soldados con que á la mayor brevedad posible me remita Vd.

Ochenta mudas de ropa.

Ochenta pares de zapatos.

Ochenta sombreros de guano.

Si puede ser, doy á Vd. las más expresivas gracias en nombre de Cuba y de su Ejército.

Perdone que tan pronto haya hecho uso de sus voluntarias ofertas.

Veo con satisfacción cuánto se presta el Comandante de Armas de ese pueblo á la ayuda que nos dispensen Vds., y como á Vd. en gran parte se lo debo, mucho tengo que agradecerle.

He determinado situar mi Campamento en "El Cerrito", por ser un lugar alto, mientras se consiga á "San José".

Con tal motivo suplico á Vd. dé conocimiento al Sr. Comandante de Armas para que se sirva ordenar la salida de efectos é indivíduos, según me ofreció, por el fortín número 1 del pueblo.

En espera de su contestación se reitera de Vd. con la mayor consideración.

En P. y L. á 14 de Septiembre de 1898.

El Teniente Coronel.—A. SANJENIS.

Más tarde su valioso donativo consistió en doce sombreros de guano y doce pares de zapatos de vaqueta.

Un día recibí una carta de un repórter pidiéndome algunos datos para publicarlos en un periódico, y en mis deseos de complacerle le envié estos.

"Accediendo á la solicitud de usted debo complacerlo.

Mando el Regimiento de caballería "Torres", que pertenece á la Brigada de Sagua, que tan heróicamente y contra tantas dificultades ha sabido dirijir y sostener en las tristes épocas del pasado angustioso, nuestro general de Brigada Sr. José Luís Robau.

Como Jefe de este Regimiento se me ordenó marchar á las zonas de Santo Domingo, Jicotea, Rancho Veloz, Quemado de Güines, Corralillo y Sierra Morena, con el objeto de incorporar los indivíduos disgregados que por ellas existen, y evitar á la vez que estos realicen actos contrarios á las órdenes recibidas de la Superioridad, que tienden á respetar el armisticio entre España y los Estados Unidos, con el fin de que el órden y la tranquilidad guarden relación con la seriedad y disciplina de este Ejército de hombres abnegados, que sin duda muy en breve se entregarán á los encantos de su gran obra, recreándose después en sus labores y en sus virtudes.

Con este fin he traído solo dos Escuadrones, cuyos Jefes y Oficiales son los siguientes:

Comandantes

Demetrio Rodriguez.
Ignacio Castillo.

Ayudantes

Capitán Enrique Robau.
Tenientes José R. Torres; Serafín Perez.

De los Escuadrones

Capitanes: Luís Aquíno, José Moya.

Tenientes: Luís Acosta, Aurelio Morales y Troadio Perez.

Alféreces: Manuel Díaz, Arturo Pino, Nicolás Zúñiga y Francisco Acosta.

Me encuentro situado hoy en "El Cerrito", casi á la vista de Santo Domingo.

Sobre mi permanencia en este lugar le diré que me siento altamente satisfecho, pues después del parlamento que solicitè y obtuve con el Alcalde Municipal y el Comandante Militar de dicho pueblo, quienes me sorprendieron con su extremada delicadeza y generosa caballerosidad, he tenido en mi Campamento cuanto he necesitado para atender, no sólo á las necesidades de mis soldados, sinó á las exigencias de mis enfermos.

Gracias al carácter humanitario de los habitantes de estas zonas, que han tenido oportunidad de demostrar nos su patriotismo y sentimientos.

Bendita sea la paz, y con ella todos los que contribuyan á establecer de "verdad" entre todos los elementos que han de formarla, nuestra nacionalidad, bajo la victoriosa estrella de nuestra bandera.

Soy de Vd. su affmo. S. S.

Teniente Coronel

A. SANJENIS.

Carta número 58

Como tenía que seguir mi marcha de rec oportuno mandar la siguiente carta-circular cubanos cuyo entusiasmo conocía de antema tes en los distintos pueblos de mi zona.

En el Quemado de Güines, al Sr. Cornelio en Rancho Veloz, al Sr. Wilfredo Leiseca; en S na, al Dr. José Randín; en Corralillo, al Sr. sail; en Manacas, al Sr. Romaní; en Santo D Sr. Casanova; en Jicotea, al Sr. Madrazo. y e al Sr. Ferreiro.

La carta-circular, dice:

"Sr.: La nueva y próspera marcha que m han de tomar las cosas todas de éste, hasta a tunado país, que por los esfuerzos de sus her ha dejado de ser esclavo para siempre, viene nos, si bien no puede ser por mucho tiempo, en ción muy crítica y de difícil solución, si no he der contar con los cubanos pacíficos y patriota los únicos llamados à acudir hoy en nuestra mo ayer acudimos nosotros en ayuda de la P mida y angustiada.

El armisticio concertado entre el Gobierno el de los Estados Unidos, nos obliga á nosotro á suspender también las hostilidades, sinó toda clase de indivíduos y propiedades; por lo ta situación precursora sin duda de otra risue hay que salvarla, y solo se salva contando c ayuda.

De manera, que como yo creo que no ha de solo cubano que no sienta sus deseos de cooper go en nuestro favor, le suplico se tome Vd. la en esa localidad y lleve Vd. á cabo la organiza

grande ó pequeño Club patriótico, para que recabe del mismo todos los auxilios posibles y los remita á este Cuartel.

Entiéndase que por ahora esos auxilios han de consistir en ganado ó víveres para atender á la subsistencia de las fuerzas, en cuyo nombre y en el de Cuba liber tada, doy á Vd. las más expresivas gracias.

P. y L, á 21 de Septiembre de 1898.

El Teniente Coronel, Jefe del Regimiento Caballería "Torres"

A. SANJENIS.

Salí por fin del "Cerrito" después de dejar á cargo de los Clubs patrióticos del pueblo de Santo Domingo, unos 50 enfermos de fiebres, bastante cómodamente alojados, y lo suficientemente atendidos, pues diariamente me los visitaban varios amigos Médicos, entre los que se encontraban el Dr. Cancio y el Frmacéutico Sr. Piña, quien des de los primeros momentos facilitó todos los medicamentos que se necesitaron.

Mi viaje y llegada á los alrededores del Quemado de Güines te lo explica otra de mis comunicaciones al Brigadier: dice así:

"Brigadier: En tren expreso que me facilitó el Sr. Cirilo Gonzalez, dueño del Ingenio "San José", vine hasta la "Cañada de la Perra".

Al llegar al Quemado de Güines pedí parlamento, se me concedió y fuí muy bien recibido y muy atendido por las Autoridades Civiles y Militares.

Después, casi todo el pueblo me visitó, nos han hecho varios obsequios, entre ellos el Comandante de Armas y varios peninsulares, así como algunos Oficiales del Ejército Español.

Hoy nos dieron un buen almuerzo y un baile; de dicho pueblo estoy muy satisfecho.

Han quedado constituidos dos Clubs patrióticos, uno de caballeros y otro de señoritas.

Me han prometido ayudarnos á resolver esta situación: veremos lo que hacen.

Mañana, día 1°, pienso marchar hácia Rancho Veloz; allí, como en todos los demás pueblos, me propongo que se constituyan Clubs patrióticos.

Hasta hoy no he podido conseguir ganado; no crea que me he olvidado de Vd.; veremos más adelante.

Soy de Vd. con la mayor consideración, en P. y L. 30 de Septiembre de 1898.

El Teniente Coronel.—A Sanjenís."

Al marcharme escribí al Presidente del Club esta carta:

"Distinguido compatriota: Tan pronto haya quedado organizado el Club de ese pueblo, sírvase dar conocimiento oficial al Jefe Militar de esta Brigada, Sr. José Luís Robau; á la vez darle la mayor publicidad posible en los periódicos, pues así conviene à nuestros fines, que no son otros si nó terminar nuestra gran obra, que como nos está encomendada á todos los cubanos, necesitamos no desmayar un instante observando el programa de la Revolución, encargado de educar nuestro pueblo para formar nuestra nación.

Soy del Sr. Francisco Rodriguez con la mayor consideración, en P. y L. á 9 de Octubre de 1898.

El Teniente Coronel.—A. SANJENIS."

Después me dirijí hácia la Playa de Carahatas, por haberme enterado de que el día antes había sido evacuada por los españoles. De todos estos pueblos era el único que me encontré abandonado.

En la Playa existen magníficos almacenes con destino á depositar los azúcares que luego embarcan para la Habana &ª, procedentes de los ricos Ingenios "Lutgardita", "San Francisco", "Esperanza y otros.

Sin embargo, en una de las casas de la Playa se izaba aún la bandera de España. Se trataba de una especie de delegación de la Comandancia de Marina; pero que

tan pronto divisó la bandera de Cuba, cuando con ella á dicho lugar nos dirijíamos, la bajaron para no levantarla más y sin que tuviéramos necesidad de requerirlos.

Cuando entré con mis fuerzas me encontré con que todo el pequeño poblado venía á recibirnos, dando grandes y atronadores gritos de "vivas á Cuba y á sus libertadores"

Al pasar por la casa de un Sr. Ciudadano americano, en cuya casa ostentaba el glorioso pabellón de los Estados Unidos, fuè el nuestro atenta y respetuosamente saludado, causándome un efecto satisfactorio aquella deferencia, que aunque no me la hacía una nación, era llevada á cabo por uno de sus súbditos. Entonces mandé hacer alto, frente á ella, presenté las armas y le dí un entusiasta y frenético "¡viva la gran República Americana"! que fué contestado por mis soldados y el pueblo, calurosamente.

Aquella noche tuvimos un gran baile al que concurrieran todas las bellas de la Playa, y en el que no faltó el elemento peninsular de la misma. La concordia y la unión fué el espíritu que reinó entre todos.

Dejé allí destacado al Comandante Ignacio Castillo con las oportunas instrucciones, y después continué mi marcha.

Ya quedaba en la Playa enarbolado y flotando nuestro glorioso pabellón.

Al llegar á Rancho Veloz è informarme de que el poblado estaba atacado de viruelas, no quise demorarme mucho ni permitir gran rozamiento entre la gente del pueblo y mis soldados.

Sin embargo, estuve un día y parte del otro: por cierto que allí me encontré uno de los más estúpidos Comandantes de Armas que había tratado en mi vida. Cuando le pedí el parlamento me contestó con el Sr. Alcalde que él no tenía nada que hablar conmigo y que no quería ni vernos, que lo que me iba á ordenar era que me marchara bien lejos de la zona.

El Sr. Alcalde, que lo era el Sr. Estéban Leiseca, hom

bre muy sensato y lo bastante patriota para que me simpatizara mucho, pudo al fin convencer á aquella béstia de que debía recibirme en el fuerte, porque no podía negarme el parlamento.

Así, se resolvió á venir á las afueras del poblado, no sin que le siguiera un gentío inmenso.

Después de saludarnos y de decirle lo mismo que á los otros, me dijo:

"De la manera que Vd. viene á pedir las cosas, no se le pueden negar; puede Vd. acampar donde quiera y hacer lo que le dé la gana; por lo que á mí toca, estoy dispuesto á complacerle en todo."

Le dí las gracias y me retiré, pero el pueblo entonces no pudo contenerse y prorrumpió á dar grandes gritos de ¡"viva Cuba libre! &."

Tuvo el Alcalde que concederlo y abrirles las puertas para que vinieran á gritar al Campamento.

Al Comandante de Armas, en medio de su borrachera, pues estaba ébrio, le entró miedo y por télegrafo pidió á Sagua un Escuadrón de la Guardia Civil.

Al siguiente día me marché sin que ocurriera novedad.

Más tarde recibí esta Comunicación:

"Sr. Teniente Coronel del Ejército Libertador, Avelino Sanjenís.

En libre y expontánea reunión de cubanos, residentes en esta localidad, en el día de ayer, con el fin de designar los ciudadanos que representen la Directiva del Club, se acordó por igualdad absoluta de pareceres, nombrar á Vd. Presidente de Honor del Club de este pueblo.

Complaciéndonos en alto grado ponerlo en su conocimiento.

P. y L. Rancho Veloz 6 de Octubre de 1898.

Alfredo Leiseca."

Yo contesté la siguiente:

"Distinguido compatriota: Encargo á Vd. felicite en

general á pueblo Rancho Veloz, por formación Club "Martí", como demostración entusiasmo patriótico.

Celebro felíz idea recordar en estos momentos nombre inolvidable Martí, nuestro verdadero redentor; á la vez doy las más expresivas gracias á la dignísima Directiva de ese Club, por haberme honrado tanto con el título honorífico que me han concedido.

Me permito comunicarles den conocimiento oficial del importante acto que se llevó á cabo en esa, el día 5, al Jefe de la Brigada, nuestro querido Brigadier Sr. José Luís Robau.

Soy del Sr. Alfredo Leiseca con la mayor consideración en P. y L. á 9 de Octubre de 1898.

El Teniente Coronel.—A. Sanjenís."

Llegué á Sierra Morena, y para que sepas cómo me trataron, te copiaré un artículo que, con motivo de mi llegada, se publicó en un periódico local:

.....

"Con motivo de que la fuerza cubana al mando de un titulado Teniente Coronel Sr. Avelino Sanjenís, se aproximaba á este poblado, hubo una numerosa concurrencia de señoras, señoritas y caballeros, de lo más selecto del poblado, en la casa del Sr. Gabino Perez, y acordaron la formación de dos Clubs patrióticos denominados "Mendez", recayendo la presidencia del de señoritas en la espiritual Teresa Beovides, é igual cargo en la distinguida y querida persona del Dr. José Randín y Silva.

Como que la constitución de estos obedece á reunir fondos para atender á las necesidades que demande la dicha fuerza, se formaron las oportunas Comisiones y fueron visitadas toda clase de personas, sin distinción de procedencia, é invitadas á cooperar con su óbolo á la santa obra, sirviéndoles de gran satisfacción á las expresadas Comisiones que entre los donantes figuren los nombres de respetables peninsulares.

Al día siguiente una Comisión del Club, presidida por el Sr. Randín, salió á recibir á la dicha fuerza, á la distancia de dos leguas de este lugar; y después del acto de presentación, prosiguió su marcha para la finca denominada "Horizonte", la que actualmente administra el Sr. Justo Torres.

Serían próximamente las cuatro de la tarde del propio día tres, cuando un público numerosísimo presidido por la Directiva del Club de señoritas, enarbolando banderas cubanas, se dirijían á saludar y felicitar á sus hermanos y compatriotas. A la vez llegaron unos y otros á la casa del Sr. Torres, donde fueron recibidos con el clásico "zapateo" y torrentosos vivas á la paz, á Cuba Independiente y al Ejército Libertador, que resonaron en el espacio.

Fué presentado tan escojido como numeroso público á las fuerzas cubanas, por el digno Presidente Sr. Randín, para el que tuvo el Sr. Sanjenís inspiradas y sentidas frases, presentándoselo á su fuerza que ya correctamente formada esperaba sus órdenes, el cual se expresó en esta ó parecida forma.

"Soldados abnegados de la Patria: saludad á este noble y generoso pueblo de Sierra Morena, que de una manera tan expontánea ha venido á decirnos que sus sentimientos patrios son los nuestros. Que ellos, como nosotros, no han aspirado á otra solución para nuestra gran cuestión, que la Independencia absoluta.

Así, ante tan digna manifestación, ante este grupo de cubanos hasta ayer oprimidos, y que hoy vienen á dar expansión á su alma, que tanto la necesitan, y á proporcionarnos un orgullo más, porque son nuestros hermanos, descubrámonos; demostrémosles nuestra gratitud y saludémosles con una ¡"viva Sierra Morena"! Nuevas aclamaciones se oyeron en el espacio.

El Presidente Sr. Randín, en nombre del pueblo felicitó á las fuerzas cubanas por la felíz solución de la lucha.

Momentos después, por lo avanzado de la hora, fué-

ronse despidiendo las familias, ofreciéndoles al dintinguido Sr. Sanjenís, y à sus dignos Oficiales, un baile para el siguiente día.....

Desde las primeras horas de la mañana del día cuatro, fué constantemente visitado el Campamento cubano. Como á las nueve de la misma me enteré de que entre los Sres. Sanjenís y el Comandante de Armas Ruíz de Sabando, se habían cruzado palabras de cordialidad, demostrando ámbos que deseaban la paz, y conviniendo que de la unión de los elementos de Cuba nacería la felicidad de esta tierra y desaparecerían las rencillas, que si hasta ayer se explicaban, hoy ya no tienen razón de sér.

Así que cayó la tarde empezaron á llegar jóvenes y señoritas, á caballo unos, en carretas otras y el resto á pié, que modestamente vestidas ostentaban caprichosas insignias alusivas al acto, notándose en sus bellas é inocentes caras la satisfacción que les embargaba en asistir por vez primera á una fiesta en que orgullosamente ondea ba agitada por la suave brisa, la bandera tricolor.

Los salones, sumamente espaciosos, se hallaban elegantemente adornados, resaltando en el centro de ellos la bandera americana, como eterna gratitud que siempre deberá á tan humanitaria y potente nación, este pedazo de tierra.

Ambos bailes estuvieron sumamente concurridos; con tábanse ochenta parejas blancas por sesenta de color.

Hubo su parte de Velada; se recitaron composiciones de actualidad; se cantó y tuvimos el gusto de oir por segunda vez la fácil y correcta palabra del Sr. Sanjenís, quien poco más ó ménos se expresó en esta forma:

"Jamás tendremos ocasión de demostrar á Vds. lo grande que es nuestra gratitud por habernos proporcionado con nuestra presencia este momento tan hermoso y tan felíz, en que podemos reunirnos españoles y cubanos bajo el pabellón de nuestra República, que es para todos.

Ved nuestra bandera, respetadla; adoradla mucho,

muchísimo; ella significa la vergüenza de un pueblo digno que supo derramar su sangre por adquirir su libertad.

Y vosotras, seductoras damas, cuando tengais hijos, enseñadles á que os imiten, haced sus corazones y sus sentimientos, que de ellos depende la felicidad de nuestra tierra, si saben honrarla en la paz con sus virtudes. Fué calurosamente aplaudido.

La animación y la armonía, al unísono del mayor órden que allí reinó, fué indescriptible, terminando tan agradable fiesta á las primeras horas de la mañana.

Carta número 59.

Desde aquel venturoso y felíz dia, en que allá, en lejanas tierras se firmaba un protocolo de paz, que resolvía tambièn el problema de Cuba, ante la gran República Francesa y entre las dos naciones que más se han distinguido en el mundo, la una por su espíritu de progreso y libertad y la otra por su perseverancia en el retroceso y la esclavitud, han pasado cerca de tres meses, y aún parece por la agitación que me traigo que estoy en lo más vivo de la campaña que acabamos de rendir.

Emprendo largas y penosas marchas á caballo en diligencias del servicio, sufro los rigores del mal tiempo que en estos meses nos visita con frecuencia, me privo del placer de estar á vuestro lado, y alguna que otra no-

che me desvela y preocupa, bien la solución de un problema ó la amenaza de un conflicto.

Tal parece que estamos destinados á poner órden hoy á aquellos que ayer lo perturbaron con la Revolución por la Independencia; con cuánta satisfacción y regocijo oigo cuánto nos admiran y celebran los que ayer tanto nos maldecían y criticaban. Hemos dejado de ser los bandidos para unos, los locos para otros, para ser para todos los únicos dignos y patriotas que hemos sabido cumplir con el deber.

Acabo de hacer un recorrido á la zona de mi mando con el Regimiento de Caballería "Torres", que está á mi cargo, como anteriormente creo haber dicho, y en cumplimiento de órdenes superiores de destacarlo en distintos lugares con el laudable propósito de proteger la propiedad mientras dure esta transitoria situación; pero no te asombres con la noticia, no vayas á presumir que el bandidaje en nuestra tierra nos amenace, nó; ese pequeño temor al raterismo es uno de los muchos recuerdos que le debemos á España. Hasta ayer con la guerra había desaparecido el pillaje, hoy á lo único que tememos es á esa horda de facinerosos y de desgraciados que engañó nuestra titulada madre y trajo á su lado en defensa de su trapo, para soltarlos después á la intemperie con el mayor desprecio, sin honra, sin dignidad, sin dinero y sin .....; son los miserables y canallas guerrilleros, fraticidas asquerosos, cuya ignorancia y la maldad de España nos arroja á nuestra sociedad. Pero afortunadamente ellos nos conocen lo bastante para respetarnos, y en nosotros á la par que encontrarán sin duda un pecho que se dispone à recibirles, hallarán también una mano fuerte que los apriete cada vez que quieran recordar las lecciones de sus buenos maestros.

Pero cuánto siento que no me hayas acompañado en mi excursión á los pequeños poblados de la zona de mi mando, que ya conoces.

He de advertirte que menos en Carhatas, que está ocupado ya por mis fuerzas y es de pequeña importancia,

como ya te he dicho, en todos los demás existen Comandancias Militares Españolas, pues aún no los han evacuado. Sin embargo, te haré solo un pequeño relato de mi llegada á los alrededores de Corralillo, y por éste ya calcularás cómo habrá sido el recibimiento que le hicieron á nuestra gloriosa bandera en los demás pueblos que te he mencionado, pero cuya relación omito.

Serían las diez de la mañana del ocho de Octubre, cuando el banderín de mi Regimiento se divisó desde lo más alto del poblado del que antes se llamó Ceja de Pablo, y mientras yo avanzaba sobre él en correcta formación, de dos en fondo, con mis cuatro Escuadrones ya perfectamente equipados, salían del pueblecillo masas de hombres y mujeres, niños y viejos, blancos y negros, que se dirijían hácia una casa de campo situada á cuatro cordeles del caserío, lugar que ya de antemano habían preparado para recibirnos. Aquello fué un desbordamiento general del pueblo esclavo, al que por primera vez se le soltaban las cadenas que desde el 1492 le ataban y oprimían.

Al pasar á veinte pasos de uno de los fuertes del poblado que ocupaban fuerzas españolas del batallón de Galicia, mandé hacer alto y pedí parlamento al Comandante de Armas y al Alcalde; me fué concedido y después de cumplir mi misión quisieron ambos acompañarme hasta la adornada y expléndida casa destinada á nuestro Cuartel, y en la que ya se había izado una soberbia y gallardísima bandera cubana.

Poco antes de llegar al lugar ya dicho, se despidió el Comandante de Armas, que regresó al poblado, continuando comigo el Sr. Alcalde.

No bien hubimos de acercarnos cuando los atronadores vivas á Cuba libre, á la paz, á los Estados Unidos, á nuestra bandera y á mi Regimiento, resonaron con gran estrépito. Por aquí banderas cubanas y americanas que se desplegaban; por allá ramos de flores que salían de en medio de una masa de señoritas que uniformadas con el triángulo y la estrella de nuestra enseña en el

pecho, y el resto del traje de color azul y blanco, venían á caer sobre las filas de mis soldados, que llenos de orgullo y alegría se emocionaban como yo al ver tanto entusiasmo y tanto patriotismo. En medio de aquellos estupendos ¡vivas! y de aquella confusión de gentes que agitaban sus pañuelos y sus sombreros, se oía el compás del clásico zapateo que apagaba el vocerío inmenso de aquel pueblo loco de regocijo y de satisfacción, que experimentaba en aquellos momentos lo que nunca habían traido ocasión de seneir; lo sublime y lo grandioso de la libertad; en otras palabras, el bautizo de la Patria que acababa de nacer.

Después de formada mi fuerza al frente de la espléndida casa Cuartel, y de contener algo à aquella gente incansable de gritar y de saltar, me fueron presentadas las dos dignísimas Directivas de los Clubs Patrióticos del pueblo, organizados días antes, compuesto el uno de señoras y señoritas, y el otro de jóvenes y caballeros de los más distinguidos de aquella sociedad y que quisieron honrarme tanto haciendo que ambos clubs llevaran por nombre mi apellido: "Sanjenís"

Tú, que me conoces, ya supondrás cuán impresionado debía sentirme ante un cuadro tan imponente de patríotas entusiastas, que con tanta admiración nos recibían.

En medio de la emoción que experimenté me volví loco, porque únicamente asi me atreví por primera vez en mi vida á dirijir la palabra á un pueblo que me hizo sentir una cosa extraordinaria, sublime, y que yo no te puedo explicar.

Pedíla, pues, y lo que les dije no se me olvidará nunca; por eso puedo repetírtelo.

"Cubanas.....Cubanos:

Aquí teneis á los sufridos soldados de nuestra Patria; aquí teneis á nuestros hermanos que os saludan cariñosamente y que sienten como rebosa en su alma el orgullo que les causa ver este hermosísimo y expontáneo recibimiento que nos hace un pueblo digno y generoso

compuesto de todos los elementos del país y entre los cuales con tanta satisfacción vemos que no ha faltado, porque no era posible que faltara, el de la mujer cubana, que tantas veces juntamente con vuestra sangre derramó, angustiosa y triste, sus preciosas lágrimas.

Pero nosotros que allá en los campos santos de la guerra tuvimos ocasión bastante de demostrarle á Vds. el tamaño de nuestra abnegación, de una manera suprema, sentimos en el alma no poder en este solemnísimo momento tan felíz para todos, demostrarles también de una manera elocuente el tamaño de nuestra gratitud por esta muestra de aprecio y consideración con que tanto nos honran y nos distinguen.

Mirad nuestros soldados, admiradlos, tratad siempre de imitar su patriotismo; ellos todos representarán siempre la vergüenza de nuestro pueblo.

Cada uno de ellos, que tiene una historia grandísima de sufrimientos, la encuentra altamente compensada por este momento de inmensa felicidad, y bien quisieran hacer extensiva á todo el pueblo de Cuba la satisfacción y el orgullo que experimentan al ver realizado nuestro sublime ideal, la obra más grande del siglo, y si se quiere, del mundo: "la Independencia de Cuba."

¿Qué otra recompensa pudiéramos desear, qué otra ambición pudiera existir en los corazones de los hombres que todo lo han sabido dar á la Patria? Por eso, terminada en buen hora la sacrosanta obra, solo nos resta pedir para Cuba felicidad eterna, prosperidad eterna y libertad eterna también.

Que desaparezcan los agravios todos que pudieran causarnos los recuerdos del pasado triste, que no exista el ódio, que en nadie más que en nosotros debiera conservarse eterno.

Que nuestros corazones duros, porque se han fundido con los dolores y los martirios de la guerra, sepan hoy olvidar y perdonar, como hasta ayer supieron sufrir y despreciar. Que todos los habitantes de esta hermosa perla ensangrentada, libre ya, al valioso precio de nues-

tra preciosa sangre, seamos hermanos. Que nuestra bandera, ese símbolo de abnegación suprema que hoy ondea victoriosa y hermosa sobre las tumbas oscuras pero inolvidables, de tantos mártires, sobre las tumbas desconocidas de tantas víctimas, sea bendecida y respetada por todos los que se cobijen bajo su luminosa estrella.

Y ustedes, respetadas é inconsolables madres y afligidas hermanas de los muertos, tened resignación; vivid llenas de conformidad, que vuestros hijos viven en el corazón del mundo y de la Patria. Y no olvidarse de que no son pocas, si no que por el contrario, muchas, las madres ¡ay! que sin su amor quedaron, que los que murieron al cielo fueron cubiertas sus frentes de laureles santos, y que al volar legaron para Vds. glorias, para Cuba honra y para nosotros Patria.

Excuso decirte que con lo poco que pude concebir en aquellos grandiosos momentos en que la emoción me ahogaba, fué lo bastante para que volvieran de nuevo los estrepitosos vivas y se sucedieran las contínuas felicitaciones de aquellos vehementes patriotas que se disputaban estrechar mi mano.

Dispuse luego que acampara la fuerza, y me dirijí al salón-Cuartel donde recibí una nueva y tan grande impresión que me conmovió por completo.

Durante un momento no pude articular una palabra. Como ya tenía más ocasión de fijarme en el personal que me rodeaba, hube de notar que entre las bellas que vestían de color azul y blanco había muchas que guardaban riguroso luto, que éstas no cesaban de llorar, que sus lágrimas manchaban sus angustiosos rostros, y tras un pañuelo otro, y otro humedecían; eran las pobres é infelices madres y hermanas de los muertos, que bajo aquel traje de duelo eterno guardaban un corazón desgarrado por el dolor y destrozado por el martirio, que sobre sus almas, y como remembranza imperecedera les dejaba la guerra.

Yo sentí que mis ojos también se humedecían, que mi

...me hallé con valor de decirles
...porque yo también lloraba.

...ería y muy bella, pero que
...aba mi atención invitándo-
...ísimo regalo: era un magní-
...en cuyo centro sobresalía ex-
...oso escudo de nuestra Cuba
...Presidenta con una hermo-
...

...banquete servido por aquellas
...itas, á todos mis Oficiales,
...lante ranchc á mi tropa, nos
...lis y el reposo de sobre-me-

...imaginarte, baile, muchas
...ión nuestra parte de Velada,
...a crónica.
...erdo [hermana de un queri-
...los esbirros de la agonizante
...himno Bayamés.
...dantes, el jóven Ramón Cam
...sición titulada "Saludo á

... Bassail Presidente del Club
...facilidad de palabras habló de
...tenido para apelar al proce-
...sea de la Independencia; é hi-
...estro Ejército, y concluyó in-
...yramos á la unión de todos
...llevar á cabo la obra de la
...la organización de nuestra

...Lecho Club también tomó la
...por la felíz solución que había
...con España, y dedicando
...nitaria Nación Americana,
... un gran simpatizador, mi

amigo Juan Martín Leiseca, que recitó una lindísima composición titulada

"A LOS CUBANOS"

Y así, mientras unos recitaban y otros se entregaban al dulce clamoréo con las simpáticas chicas que nos favorecían, y todos danzábamos, las horas corrían sin sentir, sorprendiéndonos los rayos del sol del nuevo día que vinieron á decirnos....."basta.....dejad algopara luego, mirad que mucho de lo bueno mata, y ya el reposo y el descanso se hacen necesarios, pues vuestros rostros demacrados por el goce del presente y el recuerdo triste del pasado, así lo demandan."

Un momento después todos descansábamos, cada cual en su casa, nosotros alejados en aquel soberbio palacio, si lo comparamos con los ranchos de yerbas que usábamos en campaña.

Pasó todo el día bajo torrenciales aguaceros; un ciclón amenazaba perturbar nuestra nacional fiesta, y casi al descanso exclusivamente nos dedicamos, hasta la tarde del siguiente memorable diez de Octubre, que ya abonanzando algo el mal tiempo pudieron volvernos á visitar muchas de las lindas que nos recibieron el ocho, y que acompañadas de un gran número de jóvenes venían á dedicarnos unos de sus encantadores ratos de placer y alegría; tal parece que pretendían endulzar algo nuestra pasada y ágria vida de la guerra.

Pronto de nuevo se organizó el baile y el festín; comenzaron las parejas á lucir sus nuevos trajes blancos unas, y sus hermosas sueltas cabelleras otras, y al momento, pacíficos é insurrectos, todos nos confundíamos.

Pero se trataba del célebre é inolvidable diez de Octubre, y no era posible que pasara sin dedicársele un recuerdo. Se improvisó otra veladita en la que se recitaron de nuevo patrióticas composiciones; volvió á hablar mi querido compatriota Bassail, que nos dedicó un pedazo de la Historia política de Cuba. No pude yo eximir-

me de decirles algo, porque todos los concurrentes, á una, pedían que tomara la palabra.

Al no quedarme otro remedio, les dije:

"Señoras y Señores: ¿Cómo es posible que estando más de dos cubanos reunidos y en tan gratos momentos, tratándose del memorable diez de Octubre, treinta aniversario de aquel venturoso é inolvidable día en que un cubano insigne, en que un patriota convencido y decidido se levanta y arma al brazo dá el glorioso grito de guerra y libertad, grito que se dió en Yara y se oyó en el mundo entero, no le dediquemos un recuerdo á aquel héroe á quien debiéndosele tanto no pudo ver después de treinta años ondear libremente en nuestra tierra, esa gloriosa bandera, á la que dedicó su vida?

Un recuerdo, señores, á la memoria del célebre caudillo, á Cárlos Manuel de Céspedes, gloria á su nombre, y gloria al mártir de la libertad.

Y aprovechando, pues, este oportuno momento, y con el fín de alargar algo mi conversación, una vez que carezco de dotes oratorias, me van á permitir que yo tenga el gusto de leerles una carta del General Gomez, escrita antes de la paz y que quizá algunos de Vds. no conozcan aún. Ella les servirá de testimonio juntamente con el Programa político del Partido Separatista Cubano, que fué siempre sólo uno el que nos trajo á la guerra, y el mismo que estábamos dispuestos á observar en la paz, cualquiera que fuera el camino que tuviéramos que llevar y cualquiera la solución que nos trajera á la Independencia.

Hé aquí la carta:

"Para andar más pronto el camino de la organización nacional, elegid para directores de vuestros destinos á los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la Independencia.

Debeis ser atinados en la elección de Ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas antes que las

espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habeis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengais Ministros con mujeres que vistan de seda mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended á hacer uso en la paz de vuestros derechos que habeis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con ménos, porque esto conduce al servilismo, ni pretendais más porque os llevaría á la anarquía. La observancia extricta de la ley es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzará el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear á este pueblo de magestad y grandeza. Se debe conceder el perdón á todo el que lo solicite para que la obra sea completa.

Al aproximarnos á las tumbas gloriosas de nuestros compañeros á depositar la siempre-viva, junto con una lágrima del guerrero, es preciso en esa hora piadosa llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni que los que se crean más meritorios los ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres que principiaron siendo grandes y concluyeron pequeños. No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirijir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz, puesto que la palabra Ley, es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

Se tiene que dejar de oir el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple á la augusta magestad de la Historia, porque sinó se mortifica á los que debiendo, no supieron ejecutarlos, y aparecería como un cargo que los

irrita, y predispone á los espíritus á la desunión y á la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado á la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos, el trabajo, la educación y las buenas costumbres—la mejor higiene para preservar el alma de amargos dolores—Cuba será próspera y venturosa.

Mientras tanto, si yo no caigo en lo que falta de la lucha, y cuando me vea tranquilo en un rincón de mi patria, pediré siempre para Cuba las bendiciones del cielo.

General.—M. GOMEZ."

Era y es un gran error, pues, el que se fundaba en creer que Cuba libre sería solo para los insurrectos ó los separatistas. Ya llegará el día, que no está léjos, en que demostraremos á todos los elementos de nuestro pueblo que nuestras virtudes son un poquito más grandes que nuestra misión, ó sea la del partido separatista, que no fué más que una; llevar el pueblo de Cuba á la Independencia por el camino de la guerra, camino áspero y oscuro, triste, peligroso y lúgubre, lleno de escabrosidades peligrosas, pero no tan largo y un poquito más recto y seguro que el de la política autonomista.

Sobre todo, por el nuestro, si alguno no llegaba, servía de escalón para los que le seguían, y así pasando era indudable que llegaríamos al fin ó sea á donde hemos llegado hoy.

No ha de tardar mucho el día, repito, en que se convenza nuestro pueblo y el mundo de que los hombres que ayer supieron por la Patria dejar el arado y la guataca para empuñar el machete y el rifle, sabrán mañana, cuando la Patria lo exija, dejar ese mismo machete y ese mismo rifle para empuñar de nuevo aquel mismo arado y aquella misma guataca.

La gran responsabilidad moral que sobre nosotros pesa, es la que no hay que desconocer. La vida de Cuba,

oidlo bien y no olvidadlo, señores, depende hoy de la política y las virtudes de sus hijos.

Hay que reconstruir, hay que fomentar, hay que perdonar, hay que olvidar, para que tranquilos todos podamos trabajar.

Lo que tiene nuestro pueblo que hacer hoy y mañana es precisamente lo que tenemos que enseñarle nosotros los cubanos.

Lo que se hizo ayer ya ustedes lo saben.

¡Oh España! ¿Haces bien en bendecir á Weyler, que con sus crímenes, ha sellado en Cuba aquello que aunque quisiéramos, no podríamos olvidar nunca; "tu nombre y tu cariño"?

¿Qué se propondría España con arrebatar la vida tan cobardemente á toda una generación humana, que no tenía más causa que la desgracia de ser su esclava humillada?

¿Y creería posible que el mundo civilizado contempla ra de una manera indiferente la muerte de cientos de hombres honrados, y de miles de niños y mujeres inocentes, y perecer de hambre á todo un pueblo más culto que ella y que estaba dispuesto á desaparecer, ántes que continuar bajo los pliegues de una bandera tanta veces empapada en su sangre?

¡Oh, España! Permíteme que use las palabras de uno de tus hombres, dirijidas á nosotros "¡Que ceguera embarga tus sentidos!—¿Lo recuerdan, señores?—que diste lugar á que el vecino amigo arrebatara de tus criminales manos el puñal del parricida, y te expulsara insolente de esta tierra que es la tierra de tus hijos? Qué has conseguido que ni aún ahora, en estos momentos tristísimos para tí, en que tienes luto, llanto, dolor, desesperación y angustia, no exista, porque no puede existir, ahora que dentro de poco ya no habrá quedado en esta hospitalaria tierra de indios inocentes un solo girón de tu derrotado *trapo*, no exista, repito, porque no puede existir, un corazón subano que no sienta por tí desprecio, porque los Weylers que nos mandastes representando en Cuba tu

hidalguía y amor, han sido tantos y tan malos, tan canallas y tan criminales, que resultan ser hoy las figuras más asquerosas, repugnantes y odiosas que se nos presentan á nuestra vista cada vez que tropezamos con los cadavéricos rostros del infelíz reconcentrado?

En cambio, tú, gloriosa bandera americana, reina de la libertad y á cuya sombra ha de vivir la nuestra eternamente agradecida, sabrás cuán digno es de ser libre,

Pueblo que supo pelear,
Pueblo que supo sufrir,
Pueblo que supo llorar,
Pueblo que supo morir.

He dicho.

Yo no sè decirte si con estas mis palabras quedé ridículo ó estuve demasiado ágrio para alguno que me oyera, pues allí los había de todos los elementos; lo único que te puedo decir es que fuí extensamente aplaudido y de nuevo felicitado; quizá más bien por la delicadeza de aquel consecuente público que por que me lo mereciera.

Con mi oración concluyó la improvisada Velada, continuando el baile hasta el amanecer del siguiente día.

El doce, ya dispuesto el Destacamento que había de quedar allí situado, emprendí mi marcha de regreso.

Carta número 60

No puedes figurarte los importantes servicios que al órden público en los campos y al respeto de las propiedades prestan en la actualidad nuestras fuerzas destacadas, y cuya determinación obedeció á la solicitud de los propietarios y vecinos de los pueblos.

Al suspender las hostilidades, ni las tropas españolas, ni la Guardia Civil, ni ninguna autoridad más que la nuestra, atraviesan nuestros campos.

Los reconcentrados tienen necesidad de salir á trabajar y para ello llevan sus bueyes, caballos etc.

Con la guerra y sus consecuencias, la miseria es espantosa.

Las fincas no abren sus trabajos porque esperan aún algo que de nuevo ocurra, sin que se lo expliquen, pues solo es hijo de la desconfianza.

Con el licenciamiento de las Guerrillas y los movilizados, se echan á la calle en el mayor estado de abandono un sin número de hombres desmoralizados y corrompidos que nadie recibe ni atiende, ni quieren, por el papel de traidores y canallas que han representado; y éstos son los bandidos que nos amenazan y á los que exclusivamente tenemos que dedicarnos á perseguir y castigar.

Figúrate, pues, si nuestras fuerzas no se tomaran el empeño que nos tomamos en proteger al infelíz campesino, lo que sería de estos desgraciados que han sido la *bola* de los españoles y de los cubanos.

Hoy que ya nuestras fuerzas han perseguido el robo, han castigado sus autores y han establecido el orden, con cuánto orgullo te digo que convertido en policía interino, he contribuido y estoy contribuyendo á la recons-

trucción de nuestros campos, pues á la par que los vecinos de mi zona todos me respetan y quieren, nos ayudan con gran interés, bien á la persecución de un bandido, bien al sostenimiento de nuestras fuerzas que tanto se desvelan por hacer respetar la propiedad.

Al regreso de mi viaje de recorrida he querido visitar las fincas azucareras, en su mayoría de propiedad de peninsulares, significados como intransigentes.

En cada una de ellas me he encontrado un verdadero baluarte español, grandes fortalezas de defensa que con sus zanjas y alambradas, que guardan cientos de movilizados y guerrilleros, venían á asegurar nuestra difícil entrada en tiempos de la guerra.

No eres capaz de figurarte cuánto les costaba á estas fincas las referidas defensas, en todas las cuales se han formado pequeños pueblecitos con motivo de la célebre reconcentración.

Casi todas estas fincas tienen hoy en sustitución de aquellos cuerpos de Guerrillas y movilizados, un pequeño destacamento de fuerzas cubanas, à quienes solo dan la comida y la ropa, así como son atendidos en caso de enfermedad con todos los requisitos de la ciencia médica.

Con cada uno de estos dueños he tenido la siguiente conversación, que no debe extrañarte, una vez que te he dicho pertenecían al inolvidable Partido Conservador, que ya tú conoces.

—"Le confieso, Teniente Coronel, que únicamente viendolo, como lo veo, creo en el buen comportamiento de los insurrectos, á quienes juzgaba de muy mala manera, por que creía que carecían en absoluto de Jefes que fueran sensatos y honrados. Yo tenía mi juicio muy pobre formado con respecto á Vds. todos, y de ahí casi mi mayor intransigencia con la Independencia; pero hoy estoy muy de acuerdo con Vds. y sobre todo muy satisfecho de que, ya que Cuba ha dejado de ser de España, sea de los cubanos antes que de los yankes, pues nosotros, después de todo, somos hermanos y de una misma raza,

mientras que los yankes son sajones y no tienen más amor que la absorción de lo ajeno para extender sus territorios y hacerse los dueños y señores de la América y hasta del mundo.

.....

.....

.....

—Mire, señor; con respecto á que Vds. prefieran que Cuba sea de los americanos, estoy muy conforme. pues con eso dan Vds. una prueba de generosidad y de sensatez, mas no resulta así con respecto á la opinión que debemos tener de ellos.

Los americanos han intervenido en nuestra cuestión con España por humanidad; si esta intervención se precipitó fuè por los sucesos del "Maine", que sin él también hubiera intervenido, toda vez que sabían que ni España tenía fuerzas suficientes ni talento para acabar con nuestra revolución por la Independencia, ni nosotros los suficientes elementos para botar de nuestra tierra á los soldados de España, y desde luego la lucha se hacía infinita y desastrosa por cuanto la guerra que se nos hacía era sangrienta y cruel. En prueba de que su intervención fué por humanidad, fíjese en lo siguiente:

1°—Piden, consiguen y ofrecen para Cuba, su Independencia.

2°— La ocupan temporalmente; declaran ante el mundo que esta ocupación no obedece á sus deseos de ejercer soberanía ó dominación sobre ella, sinó pacificarla, organizarla y entregarla á los cubanos con el gobierno propio que nuestro pueblo elija ó nombre por sufragio: y

3°—Que una vez en posesión del Gobierno y Administración de Cuba los cubanos, retirarán ellos su poder y sus fuerzas de la Isla.

—¿Y crée Vd. que ellos cumplirán todo esto que ofrecen y dicen hacer?

—Ya lo creo que sí; en primera, porque no tengo el menor motivo para desconfiar en absoluto de ellos, y en segunda, porque una nación tan grande y que tanto se ha

elevado ante el mundo con su gran obra, no vá á descender tanto envileciéndose con absorvernos.

Además, esa es una Nación que piensa muy distinto á España; ella no quiere dominar ni gobernar pueblos esclavos, no son conquistadores y saben demasiado que al oponerse á negar nuestra Independencia, por la cual tanto hemos luchado, se encontrarían con que nos opondríamos, y como España, tendría que sufrir nuestras revoluciones.

Ellos quieren establecer aquí un gobierno propio, libre, estable y fuerte, que todos lo respeten y que sea capaz de llevar adelante la prosperidad y la felicidad del país.

—¿Y como, si tienen esas intenciones, no reconocen ni el Gobierno del Ejército de Vds, los cubanos, y muy lejos de eso no les mandan comida, ni les pagan, y quieren que uno y otro se disuelvan para que aquí no haya más fuerza armada que esos cincuenta mil hombres, que no deja de ser una barbaridad, que nos mandan para ocupar la Isla?

—Pues bien, yo celebro todo eso y me lo explico perfectamente, y no me ofendo aunque soy uno de los Jefes del Ejército Cubano, y algo le diré á Vd. sobre los motivos que tengo para no enojarme.

Los Estados Unidos no pueden reconocer hoy, ni nuestro Gobierno, ni nuestro Ejército, porque uno y otro representan solo un Partido político de Cuba, el separatista, que se fué á las armas para defender su ideal; pero este partido no ha representado nunca la mayoría del pueblo cubano, y sí desgraciadamente, una muy pequeña parte de su minoría.

Al intervenir los Estados Unidos no han dicho que se interesaban por los separatistas, ni por los insurrectos, ni por los revolucionarios, sinó por el pueblo de Cuba, y como le he dicho á Vd, nosotros estamos muy léjos de representar al pueblo de Cuba; por lo tanto no podían constituirse en nuestros protectores en particular.

Ahora, siendo hoy las aspiraciones del pueblo de Cuba, su independencia, una vez que está ofrecida por los

americanos; siendo nuestro único ideal esa misma Independencia, al ofrecérnoslo para todos es muy natural y muy lógico que estemos de perfecto acuerdo una vez que nosotros no hemos ambicionado nunca tener á Cuba Libre para los insurrectos, y sí para los cubanos todos.

Conseguida la Independencia, retirado el Ejército y Gobierno enemigo de Cuba y siendo necesaria y conveniente la pronta pacificación y reconstrucción de nuestro pueblo, para venir á la reorganización definitiva del país, es natural que nuestro Gobierno y nuestro Ejército se disuelva para ayudar á los americanos á terminar su gran obra de verdadera pacificación.

No pueden reconocernos porque entonces tendrían que imponernos al resto del pueblo cubano, que no tomó las armas, y ya no sería un gobierno libre y expontáneo del pueblo, sinó un gobierno impuesto.

No pueden dejarnos con nuestras armas porque entonces, por temor á éstas ejerceríamos presión sobre el resto de la población, é influiríamos en las elecciones y éstas no resultarían expontáneas.

Casi le aseguro que no pueden pagarnos porque no es cosa que á ellos les pertenece, podríamos pedirles un empréstito, pero no tenemos garantías, y solo podrá hacerlo el mismo Gobierno definitivo que después se forme.

Por esto, tampoco nos manda comida como insurrectos; en cambio mandan mucha para los pobres.

Vea usted ahí la cuestión de humanidad.

Sobre sus cincuenta mil hombres destinados á la ocupación, creo que nunca serán tantos, pero aunque así fuera, tampoco debe extrañarle á Vd. por cuanto es de suponerse que despues de la guerra con tanta hambre y tanta miseria, quede algún bandolerismo, y quizá si resulte alguna perturbación.

Además, ellos son únicamente los responsables del orden y de la marcha de los asuntos de Cuba, y á ellos

interesa mucho enviar sus fuerzas para el respeto, pues no solo vienen á un país extraño, sinó ajeno, que no saben cuantos disgustos pudieran originárseles.

A medida que vayan ellos comprendiendo la necesidad de utilizar los elementos de la Revolución ó del país, para emplearlos, bien en su administración, bien en su orden público, irán rebajando sus fuerzas ó reembarcándolas, y nuestras fuerzas quizá sean destinadas á la policía rural ó municipal, sin que por esto tengamos el carácter de Ejército Cubano.

Cuando esté constituido el Gobierno definitivo de Cuba, y los cubanos en posesión de la Isla, quizá se necesitará un pequeño Ejército, y entonces del que sirvió en la Revolución es fácil que se haga una selección, y ese grande ó pequeño número de hombres que forme nuestro definitivo Ejército será juntamente con nuestro Gobierno el que reconocerá no solo los Estados Unidos sinó el mundo entero.

Por otra parte, Cuba, para los peninsulares residentes en el país, no habrá hecho màs que cambiar de Gobierno y de Administracción, con todo lo cual ha hecho mucho; pero me refiero á que nuestras costumbres, nuestra religión y nuestro idioma será el mismo. Ustedes habrán dejado de ser aquí súbditos nacionales para convertirse en extrangeros ó en ciudadanos cubanos, y nada más.

Es más; yo casi me atrevo á garantizarles á todos ustedes que dentro de dos años todos los peninsulares residentes en Cuba han de quererla tanto independiente, como yo, que soy insurrecto.

—¿Y cómo se explica Vd. que exista esa corriente anexionista, que sin duda me confesará Vd. que tenemos?

—Pues bien, yo se lo explicaré á usted en seguida.

No contemos entre esos anexionistas á los cubanos, pues si bien es verdad que los hay, también son tan pocos que no merecen mención. Partamos, pues, de la base de que todos los inícuos anexionistas que tenemos hoy en Cuba, sean peninsulares, como en realidad lo son; ellos

son hombres que han sido tan malos con nosotros, nos han hecho tanto mal, y han formado un juicio tan pobre de los cubanos, que le temen á la "revancha" créen que el dí a que estemos en el poder los insurrectos, bajo nuestra bandera les vamos á tratar de cobardes las infamias, ó los robos, ó los crímenes que bajo el amparo del pabellón de España cometieron, y ahí el miedo que nos tienen y su decisiva resolución por la anexión con la cual creen estar en salvamento.

Otros, que teniendo aún grandes esperanzas de reconstruir sus fincas que la Revolución les hizo destruir, temen que una nueva lucha intestina venga otra vez á demolerlas y arruinarlas, porque son de los que piensan que nosotros no tenemos ni talento, ni carácter, ni hombres para gobernarnos.

Pero con seguridad que á Vd. no habrá extrañado tanto como á mí esa corriente anexionista por cuanto yo no comprendo como odiando tanto, como dicen odian Vds. los españoles á los yankes, prefieran que Cuba forme un estado de su nación antes de que sea libre é independiente: cosa que todo viene á corroborar lo malo que son Vds con nosotros, y la rabia que les produce vernos libres.

—Pues mire Vd, no todos los españoles pensamos como esos á que Vd se refiere, y sin ir muy léjos, aquí tiene Vd. no uno, sinó muchos en mi finca, que si bien es verdad que hasta ayer estuvimos al lado de España, hoy estamos muy dispuestos á estar al lado de vosotros los cubanos, en el caso en que fuera preciso pelear en contra de los yankes para evitar que se apropiaran á Cuba, porque si hasta cierto punto creo que Vds. hacían bien en pelear por la libertad de vuestra Patria, entiendo que una vez retirada, [por la causa que haya sido,] de Cuba la soberanía de España, debemos oponernos, cubanos, negros y españoles á que Cuba sea de los yankes; por tanto, puede Vd estar en la completa seguridad de que tan pronto suene el primer tiro en contra de ellos, con Vds tendrán á todos los españoles que tengan dignidad.

Muchas gracias Sr. y amigo por esas ofertas que me son tan agradables y que sé estimar en todo lo que valen; por lo que en nombre de mi Patria y de los cubanos todos, le viviré muy agradecido. Este mismo ofrecimiento he tenido ya el gusto de recibirlo por parte de algunos Jefes y Oficiales del Ejército Español que me han visitado en mi Campamento.

Ahora, dígame; como siendo nuestra única ambición y el interés de toda nuestra vida, ser Independientes, y siendo esa la manera de pensar de la mayoría de los peninsulares de Cuba ¿es posible pensar en absorción ni en anexión en el caso de que existiera en los propósitos del Gobierno Americano (cosa que como ya le he dicho no he pensado nunca) estimando como indigno é ingrato el abrigar por parte nuestra un ápice de desconfianza?

Bien saben los Estados Unidos, sin necesidad de que se lo demostremos, que de la misma manera que nos tuvo España siempre en su contra peleando por nuestra Independencia, nos encontrarían ellos si nos la negaran; porque si bien es verdad que estamos convencidos de que en veinte y cuatro horas volaríamos, si á ello se empeñasen no es menos cierto que preferiríamos desaparecer del golfo Mexicano, antes que dejar de ser eternamente libres é independientes.

Por este estilo, eran las conversaciones que sostenía en mis entrevistas con los peninsulares que se disponían bien á visitarme, bien á recibirme en sus fincas. Resultando que después de nuestras discusiones, siempre sobre estos puntos, quedábamos muy satisfechos, yo de sus atenciones y deferencias; ellos de mi trato y manera de hablar y de pensar.

Carta número 61

El 18 de Octubre llegué con una pequeña escolta al ingenio "San José," de D. Cirilo Gonzalez, finca por cuyo batey cruza la línea Central de Cárdenas donde ya había estado, y en la que escribí al Brigadier la siguiente carta:

"Como anuncié á Vd en mi anterior ayer llegué á "San José". Debido al mal estado de los caminos, al cansancio de la Caballería y al anunciado ciclón, he creido conveniente hacer una paradita en este lugar, lo que me apresuro á decirle para que sepa la causa de mi demora en el cumplimiento de su órden de marchar á ese Cuartel.

Sobre mi recorrido por las zonas de Quemado de Güines. Çarahatas, Rancho Veloz, Sierra Morena, Corralillo, así como de las visitas que he hecho á las distintas fincas de propietarios españoles, estoy altamente satisfecho; de todos en general he recibido grandes muestras de simpatía y entre todos, creo, he dejado levantado el espíritu patriótico que apesar de nuestro éxito estaba tan decaído. He podido apreciar la gran transformación que todos han sufrido con nuestra visita, que á la vez la creo de grandes provechos á nuestros fines políticos. Todos esos pequeños pueblos han constituído sus Clubs patrióticos, y en ellos no existe otra intención sinó la de hacer suyo tambien nuestro programa.

Pero lo que tambien he podido notar en medio del desbordamiento de esos pueblos, es el estado de miseria porque están atravesando todos los que lo componen.

Usted sabe que desgraciadamente los más simpatizadores y entusiastas son desgraciadamente los mas pobres, de ahí que tuviera ocasión de enterarme de que, gracias á las fuerzas del primer entusiasmo, se hicieran verdaderos sacrificios; más con tristeza he visto después casi

limosnear para conseguir el ligero rancho de la tropa, por lo que comprendiendo ésto, no he querido prolongar mas de dos ó tres días, cuando más, mi permanencia en un solo lugar.

En vista de esto, y obedeciendo á otros fines que ya Vd. conoce, he repartido casi toda la fuerza en Destacamentos. A cada pueblo y á cargo del Club he dejado uno, y ya saben que todos sus sacrificios se concretan al sostenimiento del pelotón destacado, y acudiendo al pacífico del campo, que les facilita viandas, y repartido entre muchos resulta que pueden sostenerlos económicamente.

Así que si Vd. no me llega á autorizar lo de los Destacamentos, me hubiera visto muy apurado para el sostenimiento de la fuerza, y no porque crea que no tengan deseos de servirnos, nó, si nó porque hay que convenir que la situación monetaria de todos en general, está elevada á la "quinta potencia".

No podrá usted imaginar cuanto he hecho por conseguir algún ganado para Vd. y no he podido lograrlo pues no recuerdo haber comido más de tres veces carne de res, porque como lo mas barato hoy es bacalao, frijoles, arroz, etc, de eso se ha compuesto siempre el rancho del soldado. En cambio, de bailes, fiestas, cantos y parrandas, nos han repleto, al extremo que ya me oponía porque no nos dejaban descansar; no he visto gente mas divertida.

Si esto sucedía conmigo que no me conocían, y que valgo poco, dígame ¿qué sucedería con el Jefe de la Brigada?; creo que se volverían locos de entusiasmo, que harían grandes sacrificios para recibirlo, pero no dude también que á vuelta de sus espaldas, muchos, y entre ellos, con toda seguridad, el Destacamento que estuviere á su cargo, más de un día se qeedaría sin comer á consecuencia de los gastos extraordinarios del recibimiento de Vd.

Ya le llevaré el estado explicativo de la distribución de mi fuerza; estoy terminando de organizar la confronta de los Destacamentos, á fin de que por medio de ellos pueda comunicarme de aquí hasta Corralillo.

Carta número 62.

En mis excursiones por la zona hube de encontrarme á una pobre niña abandonada que me inspiró tanta lástima que no pude menos sinó hacer con ella lo que te explicarán las cartas que á continuación puedes leer:

"A la dignísima Presidenta del Club Patriótico de señoras y señoritas de Santo Domingo.

Señora: Un rasgo de nobleza innegable en nuestra raza me obliga á causar á Vd. no un disgusto, porque no es posible que lo tome como tal, pero sí una molestia.

La niña portadora de la presente, está sola en el mundo, sin hogar ni parientes, ni nadie que la mire y la cuide, y yo la he recojido en medio de esa espantosa soledad.

¿Como es posible, pues, que siendo víctima de nuestra lucha par la patria, hoy que la tenemos hermosa cual ninguna, no hagamos los patriotas algo qne para ella significa mucho y para nuestra sociedad todo; por la pobre infelíz que lleva en sus venas la misma sangre que nosotros tan dignamente hemos derramado y que en tanto debemos apreciar?

Muertos todos sus familiares, unos en los campos santos de la guerra defendiendo nuestro honor; otros, víctimas del *Valerianato Weyleriano*, ¿qué cubano se ha de negar á ayudar y recojer á esta desventurada hoy, que mañana quizá pueda ser la madre de un soldado que necesite la Patria? ¿Como no hacer porque se salve un honor más y haya una víctima ménos?

Yo la invito á Vd. y á la dignísima corporación que preside á que me complazcan apoyándome la idea bienhechora, santa y humanitaria que me ha inspirado la triste situación de la niña Agustina Núñez y Ríos.

En nombre de nuestra religión, en nombre de la Pa-

tria común y en nombre de la humanidad, quiero y les pido.

1°—Que se dé curso entre los vecinos honrados y generosos de ese pueblo, á la suscripción que yo encabezo con $5-30 oro.

2°—Que el resultado de la misma se emplée en atenciones de la necesidades de la favorecida, infelíz niña.

3°—Que ese Club de señoras y señoritas, al unísono del de caballeros se tomen gran interés en buscar una familia caritativa que admita en el seno de su hogar á la niña Agustina, donde no le falte la tierna mirada de una madre adoptiva que la vele, ni el cariñoso corazón de un padre que las guíe.

4°—Que una Comisión de Vds. presidida por Vd. visite y solicite de la profesora de esa localidad, la admita á las horas de clases sin renumeración alguna, y

5°—y último: Que todos ustedes, y con ustedes mis compatriotas, la consideren como la hija adoptiva de Santo Domingo.

Prometiéndoles más, que si algún día encuentro una bella que me quiera y me disponga á formar familia, será ella mi primera hija; en el caso de que pese á la familia que para entonces la proteja.

En tanto esto suceda, y contando conque en breve recibiré de Vd la noticia de haberse cumplido mis deseos.

Queda de Vd. y sus pies besa, en P. y L. Ingenio "San José" á 23 de Octubre de 1898.

El Teniente Coronel,

A. SANJENIS.

La contestación de esta carta fué la que sigue:

"Santo Domingo, Octubre 23 de 1898.

Sr. Teniente Coronel Avelino Sanjenís.

Ingenio "San Josè"

Muy señor mío: Hoy hemos recibido en esta, su casa, á la niña Agustina Ríos y Nuñez, y su atenta comunicación poniendo bajo nuestra protección á dicha niña.

Al dirijirle yo á Vd. esta carta, tengo que advertirle que lo hago en particular, pues aunque soy Secretario de dicho Club, no tengo, como Vd. comprenderá, facultad para contestar á Vd. sin autorización de nuestra Presidenta, la señora Rufina Quirós de Melo, la cual por motivos de salud ha estado en Sagua unos días, y regresa mañana, y á la que se le entregará la niña, su atenta y patriótica comunicación y la cantidad que remite para la suscripción que Vd. inicia.

Mi objeto al dirijirme á Vd. es el siguiente: Esta niña hace poco menos de un mes llegó á nuestra puerta acompañada de su hermanita Dolores, y según me ha dicho ella ahora, falleció implorando la caridad pública; el día anterior había llegado yo de Sagua, donde había estado unos días esperando á que pasase la agitación que se notaba entre la Oficialidad del Batallón que desgraciadamente aún tenemos en este pueblo, y que, como usted habrá tenido conocimiento, nos insultaron y amenazaron á las tres señoritas que salimos á recolectar para la adquisición de la bandera que hoy ó mañana se le remite á Vd; allí tuve ocasión de visitar el Asilo de señoritas y niñas que se ha creado bajo la Presidencia de la señora Edelmira Roa de Machado, y que sostienen la señoras de aquella población. Yo, al ver la situación de estas niñas, y la imposibilidad en que me encontraba de poder recogerla, por ser yo también huérfana y vivir en compañía de una hermana que tiene numerosa familia, decidí protejerla de algún modo, y le escribí á la señora Roa de Machado, exponiéndole la situación de ellas y pidiendole las admitiese en aquel Asilo.

La contestación de esa señora se la remito á Vd; pero parece que en esos días pasaron Agustina y su hermanita, á ese Ingenio, y no las encontré por más que les había dicho que volviéran por aquí, y que trabajé mucho por encontrarlas.

En vista de que no parecían, y aprovechando la oportunidad que se presentaba de salvar á dos huérfanas de

la indigencia, y quizá de la muerte, mandé á otras dos, las que fueron admitidas.

Hoy vuelve Agustina á nuestra casa, parece que la Providencia la guía hácia aquí. ¿Quiere usted que esta niña pase á aquel Asilo, ó prefiere que se quede entre nosotros? Si usted está conforme en enviarla allí, yo le escribiré á aquella señora y segura estoy que la admite. Allí estará bien cuidada, y á la vez que la educan, le enseñan las labores propias de su sexo.

Si usted, por el contrario, desea que se quede entre nosotros, le ofrezco por mi parte (si mi hermana, como presumo, se queda con ella en nuestra casa] cuidarla y enseñarle lo poco que yo sé, y creo que llegaré à sentir por ella el cariño de una hermana, pues desde el primer día me inspiró gran simpatía.

Esta, como antes le digo, no es contestación á la suya dirijida à nuestra Presidenta; así es que si Vd. se digna contestarme, lo puede hacer á mí en particular.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerle á Vd, mi amistad y mis respetos. He tenido el gusto de conocerle á usted, aunque nó personalmente, por referencias, en el Campamento del Brigadier, en "Guatá", donde tuve el gusto de pasar cuatro gratísimas horas; me preguntaron sus dignos compañeros por Vd. y le enviaban sus recuerdos, lo que no había podido cumplimentar por no haber tenido oportunidad para ello.

Le reitero á Vd. mi amistad á la vez que mi cooperación, en todo lo que podamos serles útiles en pro de lo que debe ser hoy nuestro ideal, la restauración y prosperidad de nuestra querida Patria, y el alivio y sostenimiento de nuestro heróico Ejército Libertador, del que es Vd. dignísimo Jefe.

S. S. Q. B. S. M.

Belèn Quirós y Beovides."

A esta patriótica y entusiasta señorita, contesté de esta manera:

Al dirijirle yo á Vd. esta c Quirós y Beovides.
que lo hago en particular, pue ...go Domingo.
dicho Club, no tengo, como ... tenido el regocijo de
para contestar á Vd. sin aute ...con el mismo placer con
denta, la señora Rufina Quire ...enviando á Vd. mi más
tivos de salud ha estado en ...
mañana, y á la que se le ent ...iera que mi objeto ha si-
patriótica comunicación y l ...contrario al que le ame-
la suscripción que Vd. inicia ...Sra. Presidenta que me es
Mi objeto al dirijirme á ...a familia que la atienda, ó
ña hace poco menos de un ...nte me dice, sea enviada al
acompañada de su hermani ...encia no tenía yo conoci-
cho ella ahora, falleció imp ...namente preside la Sra. Roa
el día anterior había llegad
estado unos días esperand ...tienen ustedes la idea [que
que se notaba entre la Ofi ...ón sea la portadora de la
graciadamente aún tenem ...les pedía. Me atrevo á indi-
usted habrá tenido conoc ...hasta tanto reciban mi aviso.
nazaron á las tres señorit ...portunidad pienso coordinar
ra la adquisición de la ba ...no de ella con una reunión,
mite á Vd; allí tuve ocasi ...procuro que un tren vaya á ese
tas y niñas que se ha e ...as patriotas que lo componen.
señora Edelmira Roa de ...stedes aviso del día designado
ñoras de aquella poblaci
estas niñas, y la imposil ...encargará de animar el elemento
poder recogerla, por ser ...al todo acto resulta falto de
compañía de una herma ...z. lo haré en lo que concierne al
decidí protejerla de alg
Roa de Machado, expo ...i nombre á la Sra. Presidenta y
diendole las admitiese ...s que componen ese patriótico
La contestación d ...s vivos deseos que tengo de co-
ro parece que en esos ... todas.
nita, á ese Ingenio, y ...dadera amistad, queda á sus piés
bía dicho que volviar... S. S.
por encontrarlas.
El Teniente Coronel,
En vista de que n ... A. SANJENIS."
tunidad que se presen ...n José." 24 de Octubre de 1898.

29 de Octubre, recibí de la Presiden-
ne te cópio:
ta atenta comunicación de Vd, en
aba á la niña Agustina Nuñez y Ríos,
el Club de señoras y señoritas de este
ntinuásemos la suscripción iniciada
ásemos amparo y protección, tengo la
municarle que habiendo recurrido á la
el Asilo de niñas Huérfanas de Sagua la
greso de la misma, en aquel lugar, ésta
osa á ello, y en tal virtud la remitimos
el producto de la suscripción á la expre-
a suscripción se remite á Vd. la oportuna
ña ha estado bastante delicada, según
dico que gratuitamente ha prestado sus
osé García Riera.
ido conveniente publicar el resultado de la
le pedimos á Vd. autorización para hacerlo
comunicación que Vd. me dirijió referente
para satisfacción de los contribuyentes, y á
que no quede obscurecido el noble rasgo de
del protector de Agustina, y pueda mañana
un periódico, el episodio más crítico de su vi-
ón debe su salvación.
to á la comunicación de Vd. acerca de la ban-
se le ha remitido en virtud de la carta particu-
rijió Vd. á la señorita Secretaria de que aguar-
á que nos avisara para llevarla las que com-
el Club.
obstante, si á Vd. le urge, puede remitírsele sin
obstáculo, para que el día que Vd. designe vaya-
sa.
permito indicarle que este Club vería con agrado
lo sucesivo la correspondencia que usted se dig-
nviarle, viniera por conducto del Sr. Presidente
lub "Libertad", Sr. Gustavo Casanova.—Santo Do-
o, Octubre 30 del 98. La Presidenta.—Rufina Qui-
le Melo."

Carta número 63

Había pensado permanecer algunos días dedicado al descanso en casa del distinguido compatriota Cirilo Gonzalez, mas una comunicación del Brigadier me enteró de la orden de marchar á su encuentro: así lo hice, y dos días después estábamos juntos en el "Cerrito", lugar donde yo tenía un destacamento.

Allí vino á saludarnos una Comisión del Club de Santo Domingo, que á la vez nos obsequió con un expléndido banquete.

El Brigadier me manifestó sus deseos de recorrer mis Destacamentos, y hacer una visita de inspección por la zona de mi mando. Con tal motivo se dispuso todo para la marcha. En tanto, no cesaba de llover; esperamos un día y otro á que mejoraran los caminos, pues entonces las grandes crecientes que frecuentemente hacía el río de Sagua, nos privaba de la marcha por sus pasos.

Nos enteramos de qué los patrióticos Clubs de Santo Domingo y Jicotea deseaban hacer al Brigadier una manifestación de simpatía, á la par que saludarlo y felicitarlo, y regalarme á mí una hermosísima bandera para el Regimiento de mi mando: por tanto, que eligiéramos el lugar más apropósito para que los esperáramos.

Yo dí mi opinión, y se aceptó, acordando que fuera en el mismo Ingenio "San José", de Manacas, nó solo porqué la vía férrea que pasaba por Jicotea y Santo Domingo llegaba hasta allí, sinó por cuanto se podía contar con la buena acojida que á todos nos haría el buen cubano y excelente patriota Sr. Cirilo Gonzalez.

En tal virtud, con motivo de que los ríos no daban paso aún, y por los deseos de ganar tiempo, me ordenó el Brigadier me embarcara de incógnito por Sto. Domingo

y llegara á "San José", con el objeto de prepararlo todo.

Así lo hice, y una vez allí, que todo se me facilitó, escribí al Sr. Administrador de la Empresa de los ferrocarriles de Cárdenas y Júcaro, la siguiente carta:

"Sr. Manuel Iribas.

Cárdenas.

Muy señor mío: Los cubanos, en estos momentos de felicidad general é inmensa para nosotros, no necesitamos conocernos personalmente para hablarnos.

Se trata, pues, de hacer al dignísimo Brigadier Sr. José Luis Robau una manifestación de saludo y felicitación, á la vez de estrenar una bandera cubana con que nos obsequian los Clubs patrióticos de Santo Domingo y Jicotea.

Esta fiesta está señalada para el domingo 30 del presente, por la tarde, en la finca "San José", de Manacas, propiedad de D. Cirilo Gonzalez. Este buen cubano y distinguido compatriota facilita su locomotora y un carro de pasaje propio para conducir ese día y á esa hora, á dicho lugar, á las damas y caballeros que componen dichos Clubs; por tanto, solo nos falta lo principal, lo único que nos queda por conseguir, debiendo haber sido lo primero que debimos gestionar; esto es, el permiso de Vd, que tan digna y acertadamente dirije la Empresa de ferro-carriles de Cárdenas y Júcaro, para que nos permita dar ese viaje por la vía de la Empresa, en el tramo comprendido entre "San José" y "Jicotea", haciendo escala en Santo Domingo. El tren saldría de aquí á las cuatro de la tarde, después que pasara el tren de viajeros, regresaría enseguida á "San José", volvería á salir á las cuatro de la mañana del siguiente dia y regresaría antes de que pase carga.

Yo, en nombre del Regimiento de Caballería, (que comando) del Ejército Libertador, en nombre de esos patrióticos Clubs y en general de todos los cubanos de la comarca, suplico á Vd. conceda su permiso, contestándome á mí por telégrafo hoy mismo, y dando órdenes para el efecto á sus empleados.

En caso negativo, que no espero, sírvase también comunicármelo por telégrafo, en el acto.

Si otras fueran las circunstancias porque atravesaran, todos nuestros simpatizadores elementos, acudiríamos á la Empresa en otra forma; mas á Vd. no se le podrá ocultar la triste situación monetaria porque todos hoy en Cuba atravesamos, hija de los esfuerzos que ha habido que hacer y del sacrificio á que hemos tenido que ser sometidos para hacer una patria grande y generosa, que pueda abrazar, como hoy abraza, á todos sus dignísimos hijos.

Aprovecha esta oportunidad para ofrecer á Vd. sus servicios incondicionales, y á la vez, la más sincera amistad.

Su affmo. y S. S.

El Teniente Coronel.

A. SANJENIS."

P. y L. "San José" de Manacas. Octubre 29 de 1898

Al siguiente día, y como contestación á dicha carta, recibí el telegrama que te cópio:

"Sr. Sanjenís.

Ingenio "San José."

He recibido su carta, y en cuanto á lo que Vd. desea, le participo que el Sr. Iribas está ausente, en la Habana; tengo el mayor gusto en hacerle presente que de acuerdo con lo que se sirve interesar, daré las órdenes convenientes para que tal como lo solicita pueda salir la máquina con un coche de "San José", mañana, domingo, á las cuatro de la tarde, hasta Jicotea, para regresar en seguida; volviendo á salir el tren el lunes á las cinco en vez de las cuatro de la madrugada, y regresar cuando se lo autoricen. En nombre del Sr. Iribas le agradezco á Vd. su ofrecimiento y me es muy grato significarle mi consideración personal.

Cárdenas, 29 de Octubre, del 98.—El Sobrestante Mayor.—ANTONIO FREIRE.

—

siguientes telegramas, que
a cuenta ó conocieras que si
Iribas, más lo era Antonio

Cárdenas.
maña satisfacción que me cau-
infinito esa prueba simpatía

gada Brigadier, por estado ca-
der fiesta para un día semana en-
visaré con anticipación. Diga si
por parte Empresa.
nte mi consideración y á la vez ofrez-
También atento saludo al Sr. Iribas
envío gratitud.
El Teniente Coronel,
A. SANJENIS."

Teniente Coronel Sanjenís
"San José"

su atento telegrama pláceme manifestar
arte de la Empresa, no hay inconveniente
itir el paso del tren de esa finca para el
nente señale para la reunión que en el mis

ptar la expresión de mi reconocimiento
de sincera amistad que me dedica, reiterán-
deración más distinguida.
Su atento y S. S.
Antonio Freire"

"Sr. Freire.—Cárdenas.
sta crecientes ríos y mal estado caminos, díga-
ría ser posible qne el tren ya mencionado se au-
con seis carros que están en el batey "San José",
n de que en chucho "Maria Antonia" embarcara
el Brigadier Robau con Escolta, Estado Mayor y

En caso negativo, que no espero, municármelo por telégrafo, en el acto.

Si otras fueran las circunstancias ran, todos nuestros simpatizadores e mos á la Empresa en otra forma; m drá ocultar la triste situación mone hoy en Cuba atravesamos. hija de l habido que hacer y del sacrificio á q ser sometidos para hacer una patri que pueda abrazar, como hoy abraz simos hijos.

Aprovecha esta oportunidad p servicios incondicionales, y á la ve tad.

Su affmo. y S. S.
El Tenie

P. y L. "San José" de Manac

Al siguiente día, y como con recibí el telegrama que te cópio:

"Sr. Sanjenís.
Ingenio "San

He recibido su carta, y en sea, le participo que el Sr. Iribas na; tengo el mayor gusto en hac do con lo que se sirve interesar nientes para que tal como lo so quina con un coche de "San J las cuatro de la tarde, hasta seguida; volviendo á salir el vez de las cuatro de la madru lo autoricen. En nombre del Vd. su ofrecimiento y me es consideración personal.

Cárdenas, 29 de Octubre, yor.—ANTONIO FREIRE.

Co-
as lo

Domin-

a aten-

preso de
rde, pase
scolta em-
recojer in-

sé" por Ma-

Sanjenís.
orque así no
para que me
iente.
el siguiente

nto Domingo.

·ro que fiesta hay
s día difuntos, y me-

an José" á las doce
s para caballos, dos
dos casillas para pa-

icho "María Antonia",
pa, mientras tren con
on Clubs.
salga de esa tempra-

recojerá Robau con fuer-
y pasará en Santo Do-
bs y después no parará
todo arreglado espera con

Sanjenís"

.o, comprenderás que ya te-
y tengo el gusto de decirte
mero que con sus armas y
n cuando me dirijí de San Jo-
Jefe y su Escolta, cuando hizo

onas de ambos sexos se encar-
San José", en la noche del 4 de

noche cuando el silbido de la lo-
llegada de tan dignos huéspe-

ormada á la entrada de la casa
temente adornada con flores y ra-
una magnífica vista.
la, como en los espaciosos corredo-
cos de guano constituían el ador-

a sala y sobre la pared un letrero de

caballería, para ve
ñana? Conteste o

Sr. Sanjenís:
to saludo que le d
bas, ausente aún.
las razones que n
le que puede sali
ta "María Anto
embarque allí e
Mayor y caball
hora que no in
dinarios de la
Se reitera

A la v
mandante d
que vá de a
"Sr. Le
go.
Sr. y a
ción, para
¿Habr
finca "Sa
por Sant
barcada
vitados
Supe
macas.

No
fué, pe
dijera
El
telegr

del Administrador, Ma-
"Viva Cuba"! Debajo de
valiente General en Jefe
ado el del Brigadier Ro-
rigada.
un bouquet; era tanto el

á entrar las bellas de
nienes se encargaban de
véndida, varios de nuestros

debajo del primer arco, un
encargó de saludarle, siguién
ñado del clásico zapateo
Santo Domingo, llegó jun-
sala le esperaban.
ra un momento, hasta que al
nes la Presidenta del Club
ñando en su derecha una
más ó menos estas pala-

ente Coronel Sanjenís.
recer á Vd, dedicado al Regi-
es", que comanda, esta her-
a que, con el mayor gusto, le
s y señoritas del pueblo de

Sanjenís, en nombre de las compa
ración y mi saludo"
en el espacio los melodiosos
r. expléndidamente tocado por

era, y dirijiéndome á la entu-
le lo siguiente:
No hace mucho tiempo, re-
en el fondo de nuestros corazones
dosa opresión de una domina-
nal, y otros por los martirios y

dolores de la guerra, solo existían las remotas esperanzas que animan siempre á los hijos de la fé y á los incansables defensores de una causa santa, justa y noble, como fué la que nos hizo derramar nuestra preciosa sangre y sacrificar nuestras vidas en aras de la libertad de la patria querida. Entonces, ¿quién había de decirnos que en el mañana de aquellos desventurados y tristes días de angustias y sobresaltos, teníamos reservado un momento tan sublime y tan grato como éste, en que podemos respirar el ambiente de nuestra libertad en el seno de nuestras hermanas, condecorados con la explendida hermosura de tantas bellas, y en compañía de tan dignísimos compatriotas?

Pero ¿quién podría emprender la difícil obra de hacer que en este solemnísimo instante de felicidad inmensa, brotara á nuestra vista en forma alguna el tamaño de nuestro orgullo de soldado del Ejército Libertador de Cuba, el tamaño de la satisfacción de ustedes, como patriotas, por sentirse hermanos nuestros, y el tamaño de la gratitud de todos hácia ese pueblo americano que tan oportunamente vino á ahorrarnos tanta sangre, que aún quedaba que derramar en los campos de batalla, y tanto luto que aún quedaba que guardar en nuestros oprimidos pueblos!

Pero ¡oh...! no es posible; tendremos siempre que conformarnos con sentir, como yo siento ahora en mi alma, vuestros pechos que rebozan como el mío el placer y el regocijo que nos ha proporcionado la gloriosa Nación americana, cuya bandera representa la razón, por la ley ó por la fuerza, que ha hecho ondear en nuestra fértil Cuba, á la que por la fuerza del destino y el heroismo y abnegación de sus fieles defensores, ondea y ondeará siempre pura y bella en la tierra más hermosa que ojos humanos contemplar pudieron!

La guerra terminó, mas la obra está por concluir. Aquellos días de pasados tristes, hay que relegarlos al olvido eterno, y juntamente con el polvo de los huesos

de los muertos, tienen que sepultarse los recuerdos tan amargos del ayer, que desgraciadamente han dañado á las vírgenes almas del porvenir.

Qué Cuba será próspera, ¿quién lo duda? También será felíz y eternamente independiente, mas necesita, sí, no lo olvideis, contar con las virtudes de sus hijos.

Por tanto, yo os invito á que contribuyais todos á la reconstrucción de nuestro pueblo, que hemos destruído para libertarlo, y puesto que tenemos Patria, hacedla grande y generosa, *olvidando* y *perdonando*, sembrando por doquier la obra magna de la unión de todos los elementos de Cuba, pues en ella hoy se levanta hermosa y gallarda, grande y gloriosa nuestra bandera tricolor, que simboliza toda la vergüenza de un pueblo digno, que tan heróicamente supo pelear y sufrir, llorar y morir por libertarse; no deben verse á un lado y á otro más que cubanos, porque el que no supo ayudarla y defenderla ayer, como el que su hacienda le negó, como los que sin deber la combatieron, sabrán hoy respetarla, quererla y bendecirla."

Fuí felicitado, quizá por cortesía, por parte de todos que prorrumpieron en entusiastas vivas.

La orquesta de nuevo tocó el himno.

Sin querer habíamos improvisado una velada, y así que terminé me siguieron más de cuatro señoritas que recitaron patrióticas y oportunas composiciones.

Una señorita cuyo apellido no recuerdo, mas su nombre es María Julia, me dedicó los siguientes versos que te cópio:

Salud, valientes cubanos
que luchando con denuedo,
no conocístes el miedo
combatiendo á los hispanos.
Salud, mis bravos hermanos,
que fuísteis á la querella
por salvar mi Cuba bella
de la española opresión.

enarbolando el pendón
de la solitaria estrella.

Cuando en las verdes sabánas
con hambre y con sed luchábais,
y la sangre derramábais
contra las huestes insanas;
vuestras patriotas hermanas
con santo orgullo, con gloria,
en vosotros la memoria
y de vuestra suerte en pos,
rogaban mirando á Dios
por Cuba y vuestra victoria.

Y al fin lográsteis luchando
sin agobiaros las penas,
romper las negras cadenas
que os estaban oprobiando.
Así ya el yugo arrojando
con vuestro valor y maña,
victoriosos en campaña
gritad y que al cielo suba:
"¡viva independiente Cuba,
lejos, muy léjos de España!"

A esta le siguió el Dr. José García Riera, de la Directiva del Club "Libertad"

Ilustre Sanjenís: la Providencia
no tan solo valor te prodigara,
sí que también con próspera indulgencia
de una bella y preclara inteligencia
á tu envidiable cérebro dotara.

Un bravo corazón guarda tu pecho
y altivo elevas tu ardorosa mente
donde mecido en victorioso lecho,
miras hollado, y en pedazos hecho
del león español la altiva frente.

—

Guerra! con voz patriótica gritando,
repercutiendo en la cubana tierra,
al campo se lanzó cuanto se encierra
de nuestra Cuba hermosa, delirando,
y os lanzásteis cual bravos á la guerra.

—

Guerra de abnegación, guerra de luto,
de cruel desolación para este suelo,
mas nosotros jamás de ardor enjuto
vuestro gran corazón, alzásteis vuelo
luciendo el cirio del romano Bruto.

—

Aún parece que vívido y rehácio
de guerra el eco por doquiera zumba,
surgiendo de la obscura catacumba
con voz sublime en el celeste espacio
voces que brotan de cubana tumba.

—

Tú te lanzaste con delirio insano,
heróico Sanjenís, como guerrero,
á combatir de Cuba ante el tirano
ó á exhalar el aliento postrimero
como sabe morir el que es cubano.

—

O libertad ó muerte fué tu guía,
ó morir ó vencer fué tu plegaria:
tu sangre derramar con hidalguía
hasta llegado el venturoso día
de enarbolar la estrella solitaria.

—

Hoy, ya que al cielo bondadoso plugo
y tus ensueños venturosos viste,

libres por siempre de ominoso yugo .....
¡Viva Cuba! gritemos, pues no existe
ya la enseña fatal de su verdugo.

Al terminar este señor sus versos, acabó la velada.

Nos dirijímos entonces al comedor, donde una lujosísima mesa nos ofrecía ricos dulces y delicados licores, conque fuimos obsequiados por parte del dueño de la finca, Sr. Gonzalez.

Aquello contribuyó más al entusiasmo y la alegría.

Un momento después comenzó el baile, en el que pasaban de ochenta las parejas.

Pasó la noche con la rapidez con que parecen pasar siempre las que nos son agradables.

El tren no podía prolongar su salida y á las cuatro se encargó de llevar nuevamente á Santo Domingo y Jicotea, á las simpáticas cubanas que unidas á los patriotas de estos pueblos, nos habían proporcionado un placer tan grande.

Al siguiente día, terminada por completo la fiesta, acompañé al Brigadier hasta Caralhatas. lugar donde nos separamos; él regresaba á Sagua con motivo de un telegrama que recibió de ésta, en la que había una Comisión americana que deseaba tener con él una entrevista.

Yo continué mi marcha hácia Rancho Veloz con el objeto de llegar á Corralillo, de donde acababa de recibir una comunicación del Jefe cubano de aquel destacamento, que me adjuntaba la siguiente del Comandante de Armas, español, de dicho pueblo, y que copiada á letra, dice:

"Habiendo llegado á conocimiento de esta Comandancia de Armas que por la fuerza á su mando se ha dado muerte á dos indivíduos, por robos cometidos en despoblado, y no creyendo estén autorizados para ello, y sí para entregarlos á la autoridad correspondiente, para que los juzgue convenientemente, ruego me diga si es que están autorizados, con el fín de dar cuenta á la Autoridad Superior con objeto de que resuelva en caso contrario.

Un bravo corazón g
y altivo elevas tu ard
donde mecido en vict
miras hollado, y en p
del león español la a

Guerral con voz p
repercutiendo en la
al campo se lanzó
de nuestra Cuba h
y os lanzásteis cu

Guerra de abne
de cruel desolació
mas nosotros ja
vuestro gran co
luciendo el cirio

Aún parece p
de guerra el eco
surgiendo de l
con voz sublim
voces que br

Tú te lanza
heróico Sanjo
á combatir
ó á exhalar
como sabe

O libertad
ó morir ó vo
tu sangre d
hasta llegu
de enarbol

Hoy, yo
y tus ensu

son ya varios los
queja de que no se
debido á las ame-
quiera de que estos
producir su queja á
que se me ha hecho
saber así á mis su-
quien correspondase
jurisdicción, con
que la gente salga á
país.

de 1898.

te de Armas,

gildo Santapau."

anas.

te de Armas de Corralillo:
del destacamento cubano
de fecha 6 de Noviembre,
del contenido de su Oficio de
testación tengo el honor

general el buen comporta-
banas en cuanto al órden
observan en todos los lu-

sensatez que á Vd caracte-
ejerzan influencia sobre su
os que han traído siempre
la infelicidad, y á la pobre

después del armistício con-
los Estados Unidos y Espa-
as de su honradez y virtu-

des, como lo demuestra el órden que han establecido en todos los lúgares donde se hayan situado.

Que los únicos que hasta el presente sienten nuestro rigor son los bandidos, à quienes exclusivamente nos dedicaremos á castigar con dureza, mientras dure esta transitoria situación.

Que tenemos órdenes superiores de perseguir y condenar el robo y el crímen, conforme á nuestras leyes, siempre que estos delitos se cometan en despoblados, donde las autoridades españolas no tienen, ó no quieran, ó no puedan ejercer sus derechos.

Que como somos los únicos herederos de las consecuencias de tantos males que por distintos ramos se nos han causado [á Cuba, á sus hijos y á sus habitantes,] somos, porque debemos serlo, los más llamados á la conservación de la moral y la justicia.

Que cuando en el poblado de su mando ú otro, se cometa un delito y podamos capturar al autor, tendremos sumo gusto en entregárselo, como lo hemos hecho en otros lugares, aunque una vez más pasáramos por la pena de ver sin castigar á verdaderos bandidos entregados por nosotros á autoridades españolas, pues si nó la que ejerce en esa Vd, otros ya así lo han hecho.

Que yo estoy muy dispuesto á retirar mi destacamento, en el caso que así lo disponga Vd, á dos kilómetros del poblado, desde el momento en que si lo tengo más cerca obedece á concesión expontánea de su caballerosidad, y de la que siempre le estaré agradecido.

Que el indivíduo que fué muerto por una pareja, aparte de ser un bandido, trató de fugarse cuando se le traia á mi presencia, donde hubiera sido juzgado prévio consejo de guerra.

Que en cuanto á las amenazas que le han dicho á Vd. son objeto varios indivíduos, por parte de mi fuerza, es completamente incierto.

Que nuestras fuerzas, muy léjos de perturbar á nadie, tienden á llevar adelante por todos los medios la obra de la reconstrucción de nuestro pueblo, porque,

A
vecin
atrev
nazas
mism
mis s
prese
perio
retir
objet
fome
I

...nos que por su libertad y
...estra sangre.
...e de 1898.
...l Teniente Coronel,

A. SANJENIS."

...l hube de encontrarme con
...s, una vez enterado del con-
...negó en absoluto á dar el co
...volvió á meter más ni con
...
...en vista de la proximidad
...la Comandancia de Armas es-
...entras en él se encargan los pa-
...rnos y banderas con que pien-
...pronto entre con mis fuerzas.

de
qu
fec
de

m
y
ga

riz
a
á
E

c
ñ

Carta número 64.

Pasaron varios días sin que evacuaran las tropas, y después, recorriendo los destacamentos que inspeccionaba á menudo, llegué hasta el Cuartel General de la Brigada, situado por esta época en el Ingenio "Manuelita"

Al siguiente día de mi llegada se organizó una excursión en Sagua la Grande, bajo la dirección del Club patriótico "José Luis Robau", y cuyo programa consistía en hacerme entrega de un banderín, dedicado al primer Escuadrón de mi Regimiento, y con tal motivo, celebrar una Matinee.

Llegado el domingo, día señalado para la patriótica fiesta, esperaban á los excursionistas el Brigadier Robau con todo su Estado Mayor; entre ellos me encontraba yo. Todos montados, nos dirigímos al pequeño andén de la finca, en cuyo frente estábamos formados en línea.

El batey, convenientemente adornado con guano, matas de plátanos y caña, presentaba una sorprendente vista con las cuatro calles artificiales cubiertas de arcos y enramadas caprichosas.

En el centro había una especie de Kiosko también formado de ramajes sobre el cual flotaba gallarda y hermosa una bandera cubana.

La primera callle nos llebava del paradero al pabellón de Armas, donde residía el Brigadier con su Estado Mayor.

La segunda calle, ambas en cruz, se extendía desde el magnífico Hospital, tan acertadamente dirijido por el Comandante de Sanidad Dr. Manuel Velasco, hasta el expléndido salón de la casa de vivienda, en la que elegantemente adornada con flores naturales se veían las inscripciones de ¡"Viva Cuba"! "Al Club José Luís Robau", "Unión", "Paz", "Ley" &ª.

Serían las once de la mañana cuando el silbido de la

locomotora que conducía al tren expreso, nos indicaba la proximidad de los distinguidos viajeros.

Siete carros completamente llenos componían la excursión.

Tan pronto se detuvo, comenzaron á desbordarse prorrumpiendo en atronadores vivas al General Robau, á su Estado Mayor y á Cuba Independiente.

Acto contínuo rompió la excelente orquesta que les acompañaba, con la solemne marcha del himno invasor.

Los Jefes y Oficiales hacían entrega de sus caballos á los Ordenanzas, para ofrecer sus brazos á las elegantes damas que con su agradable visita nos favorecían.

En completa confusión nos dirijímos á la vivienda, donde una de las bellas, auxiliada por el patriota ciudadano Miguel Cristo, me hizo entrega oficial del banderín.

En ese momento, á pesar de estar bajo la fuerte impresión que me causó tan solemne acto, y la presencia de dos antiguos amigos muy queridos, pude, si mal no recuerdo, dirijirles las siguientes palabras:

"Impulsado por el gran deseo de demostrar á Vds nuestra gratitud, y solo por el entusiasmo que en este solemnísimo momento de regocijo experimentamos al contemplar el sorprendente y sublime cuadro que representa el testimonio de aprecio y consideración que nos disimulan tantas bellas y simpáticas cubanas y tan dignísimos compatriotas, me animo é inclino á la vez á dirijirles tan solo dos palabras cortas, y quizá mal dichas, pero que no dudo sabrán Vds interpretar y permitírmelas.

Aquellos que en su pecho guardaron siempre la fé que necesitaban para soportar, unos, las peripecias y las privaciones de la terrible lucha por la Independencia; otros, los atropellos, las injusticias y los oprobios del tirano que los oprimía; aquellos que tanto sufrieron mientras conquistábamos con el filo del machete nuestra santa Redención, deben sentir, como yo ahora, la más grande felicidad y la más grande satisfacción proporcio-

nadas por la próxima nueva situación, de la que fué maltratada tierra, y que obtendremos con la marcha del último Virey, en cuyos entorchados se llevará envuelta la tristemente célebre é inolvidable historia de la dominación de España en el suelo bendecido de nuestra querida Patria.

Aquella fé, pues, con la cual siempre contamos durante la campaña, preciso es tenerla, hoy más que nunca, porque la duda en este momento tan delicado nos deshonra, como nos deshonraría también mañana, si por la fuerza de los acontecimientos la empleáramos para dejar de ir de nuevo al sacrificio.

Por tanto, de aquella resignación que tanto nos acompañó à sufrir, no debemos separarnos mientras no termine la segunda parte de nuestra grandiosa obra, cual es en la que estamos.

Ahora bien: no hay que olvidar que si debemos creer que ya tenemos Patria, sea por las leyes del destino, sea por la fuerza del heroísmo y de la dignidad, hay que tener muy presente que nos falta lo que ella necesita para que subsista, *Pueblo*, porque pueblo no tenemos y á Vds más que á nadie corresponde ó pertenece formar y educar; las unas, porque han de ser las tiernas madres de los hombres del porvenir; los otros, porque esa es la campaña en que os toca operar.

En tanto, yo saludo con verdadera admiración al dignísimo Club que lleva el distinguido nombre de mi querido Brigadier, y á la vez de felicitar á su entusiasta y patriótica Presidenta, os invito á todas para que me acompañeis á decir una vez más, "¡Viva nuestra Patria libre de opresores, léjos, muy léjos de la infame España!"

Después habló el abogado, ciudadano Calvo, que debido á su reconocida capacidad resultó sublime, por lo qu efué victoreado por todos.

Terminado el acto de que te hablo, comenzó el Matinee que duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que

locomotora que conducía al t
la proximidad de los distingui
Siete carros completamen
cursión.
Tan pronto se detuvo,
prorrumpiendo en atronad
á su Estado Mayor y á Cu
Acto contínuo rompió
acompañaba, con la sole
sor.
Los Jefes y Oficiales
á los Ordenanzas, para
damas que con su agra
En completa confu
donde una de las bell
dano Miguel Cristo,
derín.
En ese momento,
sión que me causó t
antiguos amigos n
dirijirles las siguie
"Impulsado po
tra gratitud, y s
nísimo momento
plar el sorprend
testimonio de a
tantas bellas y
compatriotas, n
tan solo dos pa
que no dudo s
Aquellos q
necesitaban p
privaciones d
otros, los at
rano que los
tras conquis
santa Red
grande feli

s nos dejaron, suma-
gancia.
llegado á la hermosa
regresé de mi viaje, á
s poblados que pronto

número 65

Diciembre, día de Noche Bue-
a pasaríamos en el pueblo.
arse las tropas españolas.
ba realizando lentamente, no
erar el turno de los pueblos
mi Regimiento.
as no habían evacuado, ha-
todo lo descontentos que pue-
se habían realizado nuestras
pasar en el pueblo la Noche

rde del 25 y nadie sabía que
a los soldados españoles órde-
r el pueblo de Corralillo, que
tocó entrar.

arreglaron los soldados de la guarnición y la marcha hácia Sierra Morena, á unirse os que iban abandonando los pueblos veci-

momento el pueblo de Corralillo se engalanó. os ánimos abatidos parecían revivir al respirar en la tierra que acababan de abandonar los de España.

cambio, los españoles pacíficos que se quedaban que se les venía el mundo encima; todos espera- nosotros tomaríamos la revancha, vengándo- iscrablemente de los que quedaban indefensos y estro poder.

Yo recibí el aviso, y á las cinco y media de la tarde día 25 de Diciembre de 1898, entraba con el Regi- nto "Torres", en correcta formación, de dos en fondo, el pueblo ya libre de Corralillo.

Todos sus habitantes se habían lanzado á la calle á torear mis fuerzas y nuestra bandera, la bandera de Patria Cubana, que entraba á flotar victoriosa.

A un hijo de allí le concedí la honra de entrar con la nseña de la Patria, mi Ayudante Ramón Campuzano.

Tras de la bandera iba yo, y á continuación mi Regimiento.

A nuestra entrada comenzaron los repiques de campanas, y al darles yo el primer grito de ¡"Viva Cuba Libre"! estuvo repitiéndose casi toda la noche, pues las masas de aquel pueblo parecían partidas de locos que brincaban, saltaban y gritaban, embriagados por el placer que les proporcionó la entrada de las fuerzas libertadoras.

El Club "Sanjenís", de señoras y señoritas, que ya estaba organizado desde hacía tiempo, pronto se reunió y vino á felicitarnos, entonando armoniosamente el himno invasor, con cuyo glorioso canto sustituyeron la falta de música con que organizar tan de repente una fiesta.

He aquí los himnos que cantaban en perfecto coro.

las preciosas y simpáticas sagüera
mente admirados de su belleza y

Luego supe que el tren habí
Villa sin novedad.

Pasada esta agradable fiest
mi zona, para aproximarme á l
evacuarían.

Carta

Se aproximaba el
na, y todos creíamos
porque antes debían

Como la evacua
había más remedio
en que yo debía en

Llegó el 24, y l
ciéndonos pasar u
des suponer, una
ilusiones, que era
Buena del 98.

Eran las cin
un momento de
nes del Capitán
fué el primero

SION"

anos,
deber
ano;

a idea
xaltó,
se vea
español.
adorada
el honor,
pada
asor.
sublime
a apreciar,
a redime
atallar.
al frente!
avanzad!
ad á Occidente
ertad!
erdes sabánas
explendor:
cubanas!
mpuje invasor!
ruda campaña
menso fulgor,
dado de España
su valor!
drones, marchemos
clarín ordenó;
os alcemos.
á la Patria ultrajó.

Cubana

MAESTRO JUSTO ALVAREZ

. entre ruinas y escombros
.ba á clavar sus pendones,
·vo con bélicos sones
) ierta del largo sopor!
.s campos de luz permanente
ueven los días de lucha,
su suelo bendito se escucha
) un Himno de muerte y horror.
·alve, oh Cuba! en tu oscuro camino
. simbólica estrella te guía;
·stás solo en tu eterna porfía
brás sola tu triunfo alcanzar.
¡Lucha, Cuba! Que todos tus hijos
abandonen por tí sus hogares,
parapetos serán tus palmares,
fortalezas tus montes serán.
¿Armas quieres?...Tus armas mejores
son la fé y el amor de los buenos;
¿piedras tienen tus campos amenos?
pues con piedras no más lucharán.
No escatimes la sangre preciosa
de tus hijos más fieles y bravos,
que no pueden los pueblos esclavos
sus cadenas sin sangre romper.
¡Lucha, Cuba! La heróica firmeza,
al amor sustituya en tu pecho:
si no vence la fé y el derecho
hasta el cielo contigo haz caer!

FRANCISCO D. SILVEIRA.

HIM

A
á O
de
es
qu
r
m
p

...peraba mi llegada en el

...rmé frente á ellos, con
... la palabra á los que re-

...ubanos que regresan de
...s de gloria y de orgullo.
...s cordial y fraternal abrazo
...me momento de tan gran-
...nidos la grandiosa y tras-
...ertad.
...bre la casa del pueblo la
... traerla aquí, ha costado
...eneraciones.
... de gratitud y de respeto,
...eña de la Unión Americana,
...u nuestro auxilio.....
.....
.....
.....
...s preparadas de antemano, y
... se encargaron de saludar-

...omàs Bassail, Secretario del
...s verdaderamente conmovedo-
... del Ejército Cubano, y nos fe-
...ido, en nombre del pueblo que
...rarnos su gratitud.
...edo decirte si era alegre ó tris-
...aban lágrimas, todos los cora-
...oción, la satisfacción ó el or-
...dos.
...erzas fueron á acamparse, y
...ciales comencé á saludar perso-
... embriagado de placer.
...ido baile, durante el cual no
... obsequiarnos.

Al amanecer del día siguiente, misa de campaña, á la que asistí con el Regimiento, á caballo.

A las 10, un rancho extraordinario para la tropa, y un suculento almuerzo para los Oficiales.

A las doce celebramos un *Meeting* político, con el objeto de dejar preparado al pueblo para la política que yo entendía se haría en toda la Isla; (Unión y Concordia)

El *meeting* estuvo concurridísimo, celebrándose en el portal del Ayuntamiento.

Yo, que lo presidía, me encargué de *romper el fuego* leyéndoles un manifiesto que impreso le dediqué á aquel pueblo, y del cual se repartieron muchos ejemplares.

Decía así:

MANIFIESTO

AL PUEBLO DE CORRALILLO

Permitidme que os invite á oir por un momento las palabras que, para que no se olviden nunca, he querido escribir.

Este acto solemnísimo para todos, tiene que ser para todos también memorable: así, este documento, bien ó mal escrito, pero escrito al fin, será para nuestros hijos el testimonio de la grandeza de este felíz día en que por primera vez ondea en vuestro pueblo esclavo, la bandera de la libertad, cesando para siempre la que hasta ayer representaba en Cuba nuestra esclavitud con todos sus horrores.

Permitidme también que os haya invitado con orgullo á izar como un acto de saludo y cortesía sobre nuestro libre pabellón, la gloriosa enseña de la Unión Americana! A ello nos inclina el deber que debemos de demostrarle á esa gran Nación, lo eterna que ha de ser nuestra gratitud por el término que puso á la matanza de tantos cubanos y que tan dignamente sabían morir por hacer lo que ya tenemos: ¡Patria!

A España no le bastó solo que nosotros conociéramos su odio y sus maldades; tenía necesidad de demostrar ante el mundo también lo que á nosotros nos dijo muchas veces, que quemaría el último cartucho, que gastaría la última peseta y que nos enviaría su último hombre antes que conceder á sus hijos la libertad y el derecho, la consecución de sus ideales, la Independencia absoluta de su país. Así lo cumplió y he ahí la mejor manera de probar el profundo cariño que nos profesaba.

Tal parece que éramos nosotros hijos espúreos que no merecíamos nada y fué preciso primero su confesión innoble, y que los hombres de otra raza protestaran tan enérgicamente ante el mundo de tantos crímenes. é intervinieran, para ponerle fin, con sus cañones, con sus escuadras y con sus valientes.

Pensad, pues, lo que representan hoy ante la civilización, cada uno de los actores del drama que se llevó á cabo entre Cuba, España y los Estados Unidos. Cuba, la primera, la hija que cansada de ultrajes é injusticias, llegada su mayor edad, porque ya es culta, pide libertad, se la ruega, se la suplica, se la pide por muchos medios, ya en la prensa, ya en la tribuna, ya en el Congreso; y solo con el desprecio le contesta España. Se levanta y lucha diez años tenazmente, se sacrifica y mueren millares de sus hijos, y al fin extenuada y pobre, flaquean sus fuerzas por que aún es débil y se rinde ante un enemigo formidable y severo. Pero aunque España no transige, promete reformas de Gobierno, moralidad en su Administración y el justo olvido del pasado.

Pasan en vano diez y siete años de esperanzas bendecidas que se convierten un día en tristes desengaños [oposición á la implantación de las reformas de Maura] y entonces el pueblo de Cuba, á su pesar, exasperado vuelve de nuevo á la lucha como única áncora de salvación y ya con más motivos y más fuerzas, como pueblo digno, desconfiando de nuevas promesas porque para ello tenía razón, porque ya había sido muchas veces engañado, renuncia con toda España en absoluto y se decide á mo-

rir, antes que continuar en forma alguna, esclavo de lá Nación tirana que tan mal nos tratara y que tan injustamente tanto ódio nos guarda.

La segunda España, soberbia y quijote comc siempre, nos lo niega todo de nuevo y frente á nuestro grito de protesta viril nos envía su formidable ejército, nos hace entonces la guerra más cruel y más feroz y para que fuera más espantosa la condecora con el ensañamiento, con el asesinato, con la alevosía y por todos los medios impávida y soez, altiva y descarada, cual si creyera engrandecerse se decide á demostrarnos que antes que la libertad de nuestro pueblo, quiere su destrucción y con ella la desaparición de nuestra raza (olvidando que era de la suya misma] y para ello nos envía sus Weylers con todos sus intintos de ferocidad y maldad, con todas sus conciencias de empedernido criminal. Llegan y á derecha é izquierda su obra comienza á realizarse, y nuestro pueblo á desaparecer villanamente. Mientras sus cobardes matadores rechazan encontrarse en los campos de batalla, con los padres de los niños infelices que asesinan, con los esposos de las mujeres indefensas que maltratan, para acorralarse entre asquerosas bayonetas y entre Fortalezas, y con ellas sentenciar á morir de hambre á las madres y á las hermanas de los que no necesitábamos cubrir nuestros pechos con paredes, para defender honrada y dignamente nuestra idea, ni asesinar niños y mujeres para sacudir el yugo de una dominación abominable y asquerosa, constituida en madre, para ser verdugo de la tierra conquistada que enjendra hijos para tener esclavos, que descubre tierras para explotarlas y convertirlas luego en Cementerio de hèroes y de mártires.

La tercera, los Estados Unidos, que por estar á nuestras puertas oyen el estruendo del cañón y la fusilería y entre ellos los quejidos de los heridos. los lamentos de los moribundos y el grito de piedad de nuestro pueblo que demanda auxilio porque desaparece. Saben el orígen de la lucha, saben la imposibilidad de vencer y que nos venzan, é influyen amistosamente porque se nos dé la liber-

tad y espera confiada, pero espera en vano, quiere, pero crée que no debe intervenir en asuntos de familia, y se retrae; mas un dia se estiende hasta ellos la maldad de España, el crímen y la infamia los alcanza, vuela el Maine y con él cientos de sus ilustres hijos, y ruge y se enfurece como el nuestro, el pueblo americano. Entonces ya no esperan más, se sienten ofendidos y se deciden no solo á la venganza sinó á poner fin á la matanza.

Más tarde, vemos una Nación grande, altiva, generosa y ofendida que se eleva enfurecida; después los barcos de una escuadra de cobardes que se hunde, la mano generosa y noble que á la infame y criminal arrebata el puñal del parricida, y otra nación que fué grande y noble, pero que descendió envilecida, y con su Ejército y sus quijotes, que tuvieron valor mientras lucharon con el pobre y con el débil, porque eran pocos, se rinde cobardemente ante el fuerte porque temen morir, y se humillan y se deshonran con la transacción más vergonzosa y ruin para demostrar unavez más á la faz del mundo, que los que en Cuba defendieron tanto la soberanía de España, son quijotes y asesinos con el débil, son cobardes y sumisos con el fuerte.

Mas no es este el momento de traer á la memoria los tristísimos recuerdos del pasado, ágrio para todos, y solo sí el de hacer que conozcais cual deba ser nuestra actitud en este sublime y hermosísimo momento en que podemos izar nuestro pabellón victorioso en el pueblo que hasta ayer esclavo enarboló la bandera que por espacio de 406 años representaba en Cuba la opresión y la ignorancia, y con ella la soberbia é inolvidable soberanía de España, cuya epopeya bien quisiéramos no tener tantos motivos para conservar en nuestra mente.

¡Oh! cuántos recuerdos tristes nos deja la bandera que acaba de salir para siempre y que ha dado paso á la que ondéa bajo la que representa grande y orgullosa, la razón por la fuerza, la intervención por humanidad y justicia!

Mira con veneración el sublime espectáculo que presencias, pueblo, recuerda lo sagrado del símbolo de nues-

tra dignidad, mira con asombro y adora á esa bandera que con tanta fé, con tanta dignidad y á costa de tanta sangre han sabido sostener tus hermanos, para obtener únicamente la gran satisfacción, el gran orgullo y el gran placer, y sobre todo la gran necesidad de tener Patria.

Cuba ha roto sus cadenas opresoras, Cuba entra ya en el concierto de los pueblos libres, y preciso es dar pruebas inequívocas de nuestra cultura, civilización y nobleza, olvidando y perdonando infamias. Dejando sin perturbar al Gobierno Americano terminar su obra santa de intervención por nuestra Independencia. Demostrando á los españoles que los querremos y los respetaremos, si nos quieren y nos respetan, y que no existe como ellos esperan ni la devolución del miserable odio, ni la de la abominable venganza á que nos pudieran arrastrar los impulsos de la victoria, en contra de aquellos que siendo de nuestra misma raza tanto nos han maldecido. Que seremos tan amigos de la paz y de la justicia, del órden y de la moralidad, como lo somos de la libertad de un pueblo que ha sabido sacrificarse tanto por su Independencia.

Que en Cuba, así como hasta ayer existió el propósito firme de desaparecer, antes de continuar bajo la bandera de España que tanto nos ultrajó, existirá igualmente el de desaparecer también si por alguna causa extraña, si por alguna solución inesperada, se tratara por algún medio ó en forma alguna de imponérsenos una nueva soberanía que desde luego estamos muy dispuestos á rechazar, en primera porque la gratitud no debe nunca cambiarse por la deshonra, en segunda porque nosotros no hemos peleado jamás por odios ni rencores contra España, sinó por nuestra absoluta Independencia.

Por tanto, señores, tened presente nuestra nueva situación; preciso es que os deis cuenta perfecta del cambio radical que hemos sufrido, para que en este momento laveis vuestras almas en la bendita pila de la libertad

y el derecho, y arrojeis de sí todas las maldades, todas las malas costumbres, todos los defectos que pudiérais padecer adquiridos por el contagio, para que seais políticos honrados, para que seais patriotas de buena fé, para que dejando de ser los hijos de los desmoralizados de ayer, podais con orgullo convertiros en los padres laboriosos de los que necesariamente tienen que nacer y vivir bajo el pueblo, que á Vds toca hoy más que á nadie fomentar, dirigir y educar.

Esa es, pues, vuestra obra, secundar la nuestra. El machete y el fusil, que vuestros hermanos supieron empuñar con honra, se encargaron de conseguir la Patria para todos; cuando lo sustituyamos por la pluma y el arado, nos encargaremos también de levantar lo que tuvimos necesidad de destruir; pero ahora Vds, con honra también, con el trabajo, sus virtudes y la moral, con la escuela y la política, haced para todos lo que todos también necesitamos: *Pueblo*: para lo cual es preciso, como base principal, concretarnos á reunir todos los elementos de que se compone nuestro país; necesitamos apartarnos por completo de las ambiciones y el egoismo que pudiéramos padecer, necesitamos amar mucho á nuestra patria querida, que bien se lo merece, porque no de balde nos la dieron, necesitamos pensar de acuerdo, desvelarnos dignamente por nuestro porvenir, ocuparnos mucho del presente y prescindir de nuestro carácter, español al fin, para hacer uso de lo poco que de indios conservemos, á ver si logramos ser menos malos que lo que por desgracia creo que somos, si hemos de reconocer la ley de herencia. A ello debemos inclinarnos todos, á ello debemos dedicar grandes ratos de nuestra vida, porque si lo logramos, seremos felices; en cambio, si desgraciadamente así no sucede, Cuba solo habrá cambiado de bandera.

Unirse, pues; formar muy pronto, porque urge, la agrupación de hombres honrados que han de representar al pueblo, y por medio de la misma enseñar al que no sabe, á conocer sus deberes y sus derechos, y hacer siem-

pre muy público el ideal unánime del cubano, cuyas aspiraciones, cuyas ambiciones, cuyos propósitos y cuyo fin no basta solo que lo sepan los de casa sinó el mundo entero, que queremos ser eternamente libres y absolutamente independientes.

El Teniente Coronel.—A. SANJENIS.

Terminada la lectura de mi Manifiesto, se repartieron.

Después tomó la palabra el Sr. Bassail, que hizo un buen discurso de razonamientos, estendiéndose luego en un género de consideraciones en que demostró sus grandes conocimientos históricos y su extraordinaria memoria.

A este le siguió el Sr. Riquelme que con la reposada palabra de un gran pensador, pronunció un corto pero muy sensato discurso.

El Sr. Darna leyó una muy bonita oración patriótica y á este le siguió el Dr. Viliers que demostró su entusiasmo patriótico.

Resumió el Dr. Quiñones, orador de talla, fogoso, de esos que arrebatan los aplausos, pronunciando un magistral discurso.

Invitó al pueblo á la unión y á la concordia.

Proclamó como única salvadora la política de paz y conmovió con las patrióticas frases que vertía y los hechos históricos que narraba.

Fué calurosamente felicitado y aplaudido.

Después, terminó el acto y nos dispusimos á descansar, para para poder continuar la marcha festival que nos esperaba.

y el derecho, y arrojeis de sí todas
las malas costumbres, todos los d
padecer adquiridos por el contagio
ticos honrados, para que seais pat
ra que dejando de ser los hijos de
ayer, podais con orgullo converti.
riosos de los que necesariamente
bajo el pueblo, que á Vds toca ho
mentar, dirigir y educar.

Esa es, pues, vuestra obra
El machete y el fusil, que vue
empuñar con honra, se encarg
tria para todos; cuando lo sus
el arado, nos encargaremos t
tuvimos necesidad de destrui
ra también, con el trabajo, si
la escuela y la política, hac
también necesitamos: *Pueb*
mo base principal, concreta
mentos de que se compone
partarnos por completo de
que pudiéramos padecer, n
tra patria querida, que bi
balde nos la dieron, nece
velarnos dignamente po
mucho del presente y pr
pañol al fin, para hacer
servemos, á ver si logr
por desgracia creo qu
ley de herencia. A el
ello debemos dedicar
que si lo logramos, so
ciadamente así no suc
bandera.

Unirse, pues: for
agrupación de hom
al pueblo, y por m
sabe, á conocer sus

...TO 66

...que había dejado un
...órdenes de un Ofi-
...pal en la custodia
...órdenes de reconocer,
... de Sierra Morena

...uando entré, en medio

... banderas cubanas, se
...s y aclamándonos.
..."Mendez" compuesto de
...s, que nos colmaban de

...s las calles, y poco des-
banquete.
... las banderas cubanas y
... de nuestra caballería.
...eting político en el cual
...ano tenía impreso y dedi-

...FIESTO
... SIERRA MORENA

...cumento que voy á leeros,
...uerdo del glorioso día en
... señal de la nueva vida que os
...sticia, nuestro pabellón de li-
...sto que presenciais quiero de-
... que soy en este momento del

dor y del dignísimo Gobierno que
ción por la Independencia, que
sobre todo que con detenimiento
ensar lo que para todos represen-

ríodos de desesperaciones y horro-
natural de compensación, la reac-

pues, la hora sublime y felíz en que
llón de la esclavitud, la gloriosa ense-
ión y el progreso!
és, y sin embargo, cuán insignificante
tución de un gobierno opuesto á los
que demandaba la cultura de nuestro pue-
que, interino, no tiene otro fin ú otro ob-
establecer el que de derecho nos pertenece,
opio de un pueblo que tan heróicamente ha
ficar las vidas y haciendas de sus hijos para
libertad de la Patria, que simboliza la justi-
nor de los oprimidos.
ánta satisfacción vemos pagada nuestra vida
entos y martirios, al alejarse para siempre de
nada tierra esclava, la bandera á cuya sombra
al se nos causó. Dios la guíe y quiera que aque-
allá, en la tierra de la dinastía, de los frailes y
toros, la esperan con tristeza, porque aquí no pu-
conservarse eternamente, no tengan nunca, ni remo-
nte siquiera, los motivos que tenemos nosotros pa-
sear que nos olvide por los crímenes que desgracia-
nte á su amparo cometieron los que con aquel or-
o [vergonzoso hoy] se llamaron sus decididos y fieles
nsores.

Admitan, pues, como hemos admitido nosotros, los
hadores incansables de nuestros derechos, la suprema-
temporal de la gloriosa bandera americana.

Crúcense nuestros brazos ante la terminación de su
an obra de intervención por la Independencia y repon-
mos en tanto nuestros pulmones para gritar muy

alto cuando llegue el día, y mostrar el tamaño de nuestra gratitud al pueblo y Gobierno Americano, que tanta sangre nos ahorró, que tanto luto nos evitó guardar, para que podamos siempre contar con el derecho que tienen todos los que saben ser agradecidos.

Y hoy, á la par que celebramos con entusiasmo y regocijo la entrada sublime y triunfal en el esclavo pueblo de ayer, de los elementos que tan desinteresadamente dedicaron su vida á la consecución de una patria digna y libre para todos; celebremos, repito, también con gusto, con orgullo, con satisfacción y con beneplácito la salida de la bandera que representa nó un pueblo, porque no es así, sí un gobierno ó una nación que nos ha despreciado tanto, que jamás ha querido no sólo oir nuestras justas quejas, sinó lo que és mas triste, ni aún siquiera reconocernos el derecho de pedirle lo que un padre no podría nunca negar á sus hijos, el derecho de sus deberes.

Pero hay que olvidar; sinó porque se lo merezcan los que tanto mal nos han causado, sí para que podamos vivir tranquilos y felices, recreándonos en nuestra obra santa de libertad, y porque si no lo hacemos, no habríamos terminado nunca nuestra lucha.

Así, toda la resignación que habeis tenido y demostrado sufriendo tantas infamias á los que ya no serán más los soberbios dominadores de nuestros pueblos, empleadla para que os decidais á perdonarlos; de esa manera los que recuerden cuantas veces pensaron en asesinarnos á todos, como los que esperan que con ellos se emplée la venganza miserable y ruin del vencedor ofendido, al ver que no resulta, porque somos nobles, tendrán que confesar, siquiera sea allá en el fondo de su alma, que no érais digno de ser sentenciados á morir de hambre en la alambrada, ni nuestro pueblo á desaparecer inmolado, por la única causa que si á nosotros nos honra, á ellos y á España la enaltece, puesto que el pueblo que prefiere morir antes de continuar avasallado y oprimido, el pueblo que quiere desaparecer antes de seguir esclavo y humillado, es más digno de ser libre, que de que lo go-

.iarios sin conciencia que
ı á Colón.
os, reanimad vuestro espíri-
s por salvar aún la vida á
s hermanos, que si conseguí-
ı obra infame, si logramos ol-
que España, por medio de sus
e nos ha dejado, habremos con-
nés de nuestra Independencia,
la dicha, la gran pena que nos
do ellos nuestros padres, decre-
minio de sus hijos, nos negaran su
habiéndonos descubierto y con-
, con tantísimos motivos, á rene-
stra sangre española y hasta de

anos, los que habeis tenido la gran
revivido, que hoy que somos libres,
s. tenemos más necesidad que nunca
ceimos nuestra agrupación política
o pueblo moral y social; elegid unáni-
ores para que estos se encarguen de re-
que estos os dirijan por el nuevo camino
rto y que es sólido porque sus cimientos
on los huesos de los muertos y regados
na sangre, que es la sangre del cubano
nra por hacernos Patria."

siguió el Dr. Randín, Presidente del Club
que hizo un corto pero bonito discurso.

stituyó el Sr. Gabino Perez, que leyó una
nzuda basada en la política de Unión y
erminó el Dr. Ruíz invitando al pueblo á
Ejército Libertador.

de comer nos obsequiaron con otro explén-
e, y por la noche cerró la memorable é im-
sta con un magnífico baile.

nterior, por la mañana, había recibido el si-
grama de Rancho Veloz.

alto cuando llegue el día, y mostrar el tamaño de gratitud al pueblo y Gobierno Americano, que ta gre nos ahorró, que tanto luto nos evitó guard que podamos siempre contar con el derecho q todos los que saben ser agradecidos.

Y hoy, á la par que celebramos con entusia gocijo la entrada sublime y triunfal en el escla de ayer, de los elementos que tan desinteresad dicaron su vida á la consecución de una patr libre para todos: celebremos, repito, también con orgullo, con satisfacción y con benepláci de la bandera que representa nó un pueblo, asi, sí un gobierno ó una nación que nos ha tanto, que jamás ha querido no solo oir nu quejas, sinó lo que és mas triste, ni aún si cernos el derecho de pedirle lo que un pa nunca negar á sus hijos, el derecho de sus

Pero hay que olvidar; sinó porque se que tanto mal nos han causado, sí para vivir tranquilos y felices, recreándonos e santa de libertad, y porque si no lo hace mos terminado nunca nuestra lucha.

Así, toda la resignación que habeis trado sufriendo tantas infamias á los más los soberbios dominadores de nues pleadla para que os decidais á perdona ra los que recuerden cuantas veces narnos á todos, como los que esperan emplée la venganza miserable y ruin d do, al ver que no resulta, porque som que confesar, siquiera sea allá en el que no érais digno de ser sentenciad bre en la alambrada, ni nuestro pue molado, por la única causa que si á á ellos y á España la enaltece, pue prefiere morir antes de continuar a el pueblo que quiere desaparecer a y humillado, es más digno de ser l

Carta número 67.

Para no cansarte con el relato de las fiestas que el pueblo de Rancho Veloz celebró el día de nuestra entrada, te copiaré lo que publicó el periódico local "La Idea" del día 6 de Enero, con referencia á las fiestas.

Dise así:

NUESTRAS FIESTAS

Los repiques de campanas, chupinazos, voladores y acordes de la música, anunciaron á las doce de la mañana del juéves 29, la próxima entrada en este pueblo de las fuerzas cubanas del Regimiento "Torres", que manda el Teniente Coronel Sr. Avelino Sanjenís.

En menos de una hora y como por ensalmo, quedó el pueblo engalanado con multitud de banderas, cortinas, colgaduras y ramas de palma: todos rivalizaban en el adorno de las fachadas de sus casas, resultando algunas de un efecto sorprendente por la variedad y buen gusto del adorno. Nos complacemos en hacer constar que no pocos españoles engalanaron también los frentes de sus viviendas, demostrando así que han cesado los rencores y pasadas diferencias.

A las dos de la tarde presentaban las calles una animación nunca vista en este pueblo, particularmente frente al Ayuntamiento, donde se organizaba la manifestación de regocijo en honor del Ejército Cubano. A las dos y media, se dió la señal de marcha, que rompieron cuatro soldados cubanos cabalgando en briosos caballos, haciendo el despejo de las calles, y les seguía la música tocando el Himno Bayamés; el Club "Evangelina Cosío", con una magnífica bandera de seda primorosamente bor-

dada, y un estandarte, obra maestra de las señoritas Rojo, con esta dedicatoria: "Al Ejército Libertador"; una carroza con las niñas María C. San Pedro y Emelina Diaz que representaban, respectivamente, á América y Cuba, con ricos trajes alegóricos y cubiertas por las banderas de ambas naciones, prestándoles guardia de honor dos soldados cubanos, y las cuatro bellas amazonas Blanca y Mercedes Lastres, Ramona Diaz y Clara Aruca; el Club "Martí" con la bandera cubana y un expléndido estandarte, obra inteligente de la Sra. Gonzalez de Ledón, y su simpática hermana Marina, con esta dedicatoria:

"A los héroes de la Independencia"; el Club *Maceo* con su bandera y estandarte con dedicatorias al "Ejército Libertador"; y cerraban la marcha el Alcalde Municipal, Ayuntamiento y demás autoridades, seguidos por más de dos mil personas, en las que estaban representadas todas las clases sociales.

Se dirigió la procesión por las calles de Libertad, Martí é Independencia, haciendo alto á la terminación de esta calle, debajo del arco triunfal allí construído y que ostentaba estas dedicatorias:

AL EJERCITO CUBANO

Al General Máximo Gomez

Momentos después coronó la loma de Santa Clara la bandera cubana que siguió magestuosamente avanzando, seguida por las fuerzas del Regimiento "Torres" con sus valientes Jefes y Oficiales á la cabeza, y al enfrentar al arco un ¡viva! que atronó el espacio salió de todos los corazones cubanos. Restablecido á duras penas el silencio, se adelantó el Alcalde Municipal Sr. Estéban Leiseca, á la cabeza del Ayuntamiento y en sentidas y patrióticas frases, dió la bienvenida al Ejército Cubano, significándole en nombre del Ayuntamiento y del pueblo, que en aquel momento representaba, el más sincero agradecimiento y admiración por su heroismo y valentía, demostrada en el campo de batalla, concluyendo con vivas al Ejército.

á la República Cubana y á los Estados Unidos de América, que fueron contestados por todos los manifestantes con patriótico y delirante entusiasmo.

Conservando el mismo órden y colocándose las fuerzas armadas en correcta formación, seguidamente de las autoridades, retrocedió la manifestación por la misma calle de la Independencia, tomando la de Martí y haciendo alto frente á la Farmacia del Lcdo. Cecilio Rojo, en donde se había levantado otro arco triunfal con las siguientes dedicatorias.

Al General Robau

Al Teniente Coronel Sanjenis;

y en donde se dieron repetidos vivas á Cuba libre y á los expresados Jefes de la Revolución.

Continuó la manifestación por la misma calle, tomando por la de Democracia y Unión, haciendo alto otra vez frente al Ayuntamiento, en donde se había levantado otro arco suntuoso de órden dórico, con estas dedicatorias:

A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

A LA REPUBLICA CUBANA

Después de repetir los vivas, continuó la manifestación por las mismas calles de Libertad, Martí, Unión, haciendo alto frente al Ayuntamiento, en donde el Teniente Coronel Sanjenís, colocando su fuerza en órden de parada, se dirijió al Sr. Alcalde y á la Corporación Municipal, y con frases verdaderamente conmovedoras les presentó á los soldados que han derramado su sangre en defensa de la Patria, y les ofreció su concurso para el sostenimiento del órden. Inmediatamente se izaron los pabellones americano y cubano, que fueron saludados con vivas atronadores, y con tres descargas hechas por la tropa, con esa maestría propia del soldado profesional.

Los Clubs "Evangelina Cosio", "Martí" y "Maceo"

obsequiaron á la tropa con cigarros, tabacos y licores, y el Municipio, en agradecimiento de los buenos servicios que desde hace cuatro meses vienen prestando en la localidad á la causa del órden, obsequió á cada soldado con un peso plata y á los sargentos con dos.

A los Jefes, Oficiales, Clubs y Comisiones se les obsequió con refrescos y licores, y siendo ya muy avanzado el día se dió por terminada la manifestación.

A las 7 de la noche y amenizado por la música con piezas de actualidad, dió comienzo el banquete que el Club "Martí" daba á los Jefes y Oficiales del Regimiento.

El menú se componía de platos verdaderamente criollos, sin faltar el tradicional *ajiaco*. Llegada la hora de los brindis hicieron uso de la palabra los señores Sanjenís, Rojo, Figueroa, Goñi, Leiseca, (Alfredo) y Prieto, pronunciando discursos llenos de entusiasmo y ardor pátrio.

A las nueve terminó el banquete y poco después empezó el baile en la sala de sesiones del Ayuntamiento, que era insuficiente para dar cabida al crecido número de señoras y señoritas que concurrieron á llenar de encantos la Casa del Pueblo. Parecía un río de flores desbordado. Jamás hemos visto aquí reunidas tantas y tan hechiceras damas. Bien se conocía que la patria las llamaba á presenciar la fiesta de su libertad.

Durante el baile y aprovechando un momento de descanso, levantó su reposada voz el Sr. Sanjenís, para pronunciar uno de esos sustanciosos discursos que tan directamente tocan en el corazón del cubano.

Dejaron oir también su voz los señores Campuzano, Prieto, Leiseca, [J. M.] y niños Juan Francisco y Ana María Leiseca, recitando composiciones de actualidad que agradaron al auditorio por la maestría con que fueron pronunciadas.

El Club "Maceo" obsequió también con un baile á las fuerzas de color, que resultó brillantísimo por el órden admirable que reinó.

A las dos de la tarde dió principio en la casa muni-

cipal el *meeting* anunciado para ese dia y hora, pronunciando el Sr. Sanjenís, con palabra fácil y reposada, un brillante discurso, aconsejando la conveniencia de constituir una agrupación política. Hablaron los señores Campuzano, que hizo un bonito discurso de actualidad; Estéban Leiseca, que dió á conocer el primer documento oficial que dirije al pueblo de Cuba el Gobierno americano; el Sr. Prieto, que pronunció un discurso de alto vuelo; Alfredo Leiseca, que con el lenguaje del corazón dijo uno de esos discursos que no tienen desperdicio; A. Figueroa, que con esa calma del hombre pensador trazó á grandes rasgos el camino del porvenir para el pueblo de Cuba; y finalmente, subió á la tribuna el Dr. Quiñones, el verdadero héroe de la jornada. Hizo un discurso magistral sobre la evolución política que actualmente se está llevando á cabo en este país. Con palabra arrebatadora, pero haciendo gala de sus conocimientos profundos, jugó con la retórica á diestro y siniestro, formando periodos completos, sonoros, de esos que no pueden pasar sin el aplauso estrepitoso. Fué un verdadero derroche de galas oratorias, recordándonos con su declamación apasionada y ardiente, al malogrado tribuno Miguel Figueroa.

Terminó el *meeting* con baile, dulces y licores, que se repartieron profusamente entre todos los circunstantes.

El segundo y último baile, que empezó á las 8 de la noche, quedó tan bueno como el primero.

Mucha animación, mucha cara bonita, muchas parejas, mucha armonía y bastante futuros enlaces.

También hubo discursos y poesías; hablaron los señores Sanjenís, Prieto, Campuzano, Leiseca (J. M.) y Dr. Quiñones; todos rayaron á gran altura, demostrando unos sus vastos conocimientos y completo dominio de la palabra y evidenciando otros sus felices disposiciones para la oratoria.

Mucho más podríamos decir de esta fiesta, pero las pequeñas dimensiones de este periódico nos impiden dejar correr la pluma con arreglo á nuestros deseos. Pero no terminaremos sin hacer constar que no ha ocurrido un

solo disgusto, que ha reinado la más completa armonía entre todos y que hemos visto con satisfacción á los españoles y á los que ayer fueron CRIMINALES INSURRECTOS, gozar unidos de las delicias de los bailes que se dieron en honor del Ejército Libertador.

También te cópio el manifiesto que les leí y dediqué impreso.

Decía así:

MANIFIESTO

AL PUEBLO DE RANCHO VELOZ

Tengo gran interés en que no confundais lo que representa en este solemnísimo momento la toma de posesión interina de este pueblo por los soldados del Ejército libertador de Cuba, á cuyo frente represento en este momento á mis Jefes y Gobierno. Por eso quiero dejarles escrito lo que ahora voy á decirles.

Que os deis perfecta cuenta de lo que significa para todos la evacuación que acaba de llevarse á cabo por las tropas españolas. El cese de la soberanía de España y con ella el retiro de sus infamias; la terminación del oprobio y la opresión, de la injusticia y los crímenes, juntamente con el brutal dominio que por espacio de cuatrocientos seis años pesó sobre aquellos que llamó sus hijos para mantenerlos esclavos; sobre la que llamó tierra conquistada para explotarla.

Sin embargo, preciso es que comprendais, para que se lo digan muy alto á los españoles, que Cuba no ha hecho más que cambiar de Gobierno; pero con lo que ha hecho y todo lo que necesitaba hacer para levantar nuestro pabellón de libertar y establecer la justicia y la moralidad, condecorada con la unión de todos los elementos de que se compone nuestro pueblo y demostrar con satisfacción que si mucho ambicionábamos estar bajo la gloriosa bandera de nuestra República, mucho más deseá-

.ime de decirle á nuestra titulada
de esta tierra infortunada hasta
va, tienen hoy gran interés en de-
de la pobre España, que bajo nues-
muy bien vivir contando con todo
os pedíamos y nunca se nos dió; mo-
derecho y unión, ley y libertad.
o precisa también no olvidar nunca lo
ser nuestra gratitud para con el pueblo
Unión, por lo mucho que nos ayudaron
empre las opresoras cadenas del marti-
eslabones de la esclavitud maldita, con-
izaron á un pueblo como el nuestro, tan
igno de ser libre.
más quedó cumplida sobre nosotros la so-
ad de España y con cuanto interés hay que
muy presente sus últimos propósitos, tan
on los de siempre: "Con los cubanos, nada,
, bayonetas, guerra á fuego y sangre—Gue-
el."
darlo, repito, cubanos, y no para que hoy ni
arrastrados por los apasionamientos de la
soberbios como ellos, nos inclináramos á las
sias de la miserable y ruin venganza; eso, nun-
ra recordarles siempre y con tristeza á los es-
que lamenten el retiro de aquella inolvidable so-
cuánta razón tenfamos los cubanos para desear
s desaparecer, antes que de nuevo mancharan
s rostros las sombras del pabellón de España,
ba de salir de una vez, para dar paso á la que eter-
te ondeará hermosa y digna en la tierra libre de
a querida patria.
no porque debamos de sentirlo, pero decídme, ¿á
más que á España debemos el tener que sentir una
tud tan grande hácia la Nación Americana? ¿No
evitarlo, si siquiera hubiera sido con nosotros tan
humanitaria?
¿No tuvo en sus manos muchas veces la gran opor-

tunidad de obligarnos para con ella á esa misma gratitud, dándonos la libertad que tantas veces le pedimos, dándonos la Independencia que otras tantas y de tantos modos solicitábamos?

¿Acaso no la honrábamos vertiendo nuestra sangre por arrancarnos, como ella se arrancó, el yugo de la esclavitud?

¿Y podrá nunca ser más grande su pena, con la zurra que llevó y la pérdida de Cuba, que la que nos causó á nosotros, sus hijos, el hecho de ver que prefería, como prefirió, la más humillante de las capitulaciones, después de la más desastrosa de las derrotas, para venir á una paz que tuvo la bendita ocurrencia de llamar honrosa, antes de pactar nada con nosotros que somos de la propia raza, que nacimos de las entrañas de sus hijos, y á quienes siempre nos negó hasta el derecho al más sagrado de los deberes?

Recordadlo bien, cubanos, para que á cambio de la última y de la más grande de las decepciones que nos hizo experimentar España, le digamos á sus hijos, ahora que tenemos patria, ahora que somos libres y que á fuerza de heroismos y sufrimientos hemos sabido implantar nuestra bandera (á cuyos defensores se cansaron de asesinar y ultrajar) venid á nuestros brazos los que amais aún á esta tierra en que necesitais vivir porque os agrada ó convenga, porque en ella habeis hecho vuestras fortunas y creado una familia; que aquí hoy más que ayer encontrareis desinteresada hospitalidad y encontrareis bajo nuestro pabellón de libertad [¡con cuánta pena y orgullo lo digo á la vez!) aquello que nunca en cuatrocientos seis años de dominación, pudo encontrar bajo el pabellón de España, un solo cubano: ni cariño, ni protección, ni derechos, ni leyes, ni seguridad, ni humanidad, ni justicia.

Y entonces os convencereis cuán injustos habeis sido con vuestros hermanos al declararles siempre el odio que nos profesábais, así como cuán infame fué siempre también nuestra madre España, al emplear con unos hijos

que la honran, un comportamiento tan injusto, porque los hijos que han sabido morir para dejar de ser esclavos, los hijos que tanto enaltecen su procedencia con el valor y el heroismo, con la dignidad y la vergüenza demostrada, al saber sostener la sacrosanta enseña de libertad, que simboliza la civilización y el progreso, la cultura y adelanto de nuestro pueblo, el sentimiento y el honor, que al no ser posible lo heredáramos de España, con seguridad se lo debemos à nuestra primitiva raza; no éramos dignos, no, España, de que declararas en menoscabo de tu honra y de tu grandeza, primero nuestro exterminio por medio de tus Weylers; después tu indigna elección al preferir tu ruina, tu derrota, tu desastre y hasta tu deshonra antes de concedernos nuestra Independencia, lo que te pesará toda tu vida, como expiación contínua y castigo eterno de tus tremendos crímenes.

Formad ahora vuestro pueblo, organizad vuestra agrupación política, eligiendo por sufragio á los hombres honrados que con seguridad encontrareis si los buscais dentro del elemento democrático de nuestra sociedad.

Emplead á hombres nuevos que no se hayan maleado con la antígua corrompida administración española. Tened á orgullo la buena dirección de nuestros asuntos públicos y sed siempre patriotas honrados para que podais ser los verdaderos guardianes de nuestros propios intereses.

Lavad vuestras manos y vuestras conciencias, si hoy, al reflejo de nuestra Estrella Solitaria las veis manchadas, que Cuba al entrar en su nueva vida, olvida y perdona, solo à cambio de que seais honrados, de que seais virtuosos, de que seais en lo sucesivo fieles y leales defensores de su gloriosa y victoriosa bandera.

El Teniente Coronel.—SANJENIS.

Carta número 68.

Estando en Rancho Veloz recibí el telegrama que te cópio, de Quemado de Güines.

"Teniente Coronel Sanjenís.

Evacuado este pueblo: todos unidos.

Diga urgente día fijo que entrará Vd. en esta, para preparar gran manifestación. ¡Viva Cuba libre!

El Alcalde,

A. LOPEZ.

El día 31 á las 10 de la mañana entré en Quemado de Güines, después de dejar fuerzas ocupando á Rancho Veloz.

Aquel pueblo, como los otros, me esperaba lleno de entusiasmo patrio.

Las mujeres perfectamente uniformadas se situaron en el lugar por donde debíamos entrar, y atronadores ¡vivas! resonaban sin cesar.

En todas las casas había banderas y colgaduras de colores nacionales.

La magnífica orquesta preparada de antemano, también nos esperaba amenizando el acto con el armonioso himno Cubano, al son de cuya marcha nos recibieron.

En una de las calles levantaron un arco, verdadera obra artística, [á esta calle le pusieron más tarde Calzada de Sanjenís) en cuyo centro se destacaba una improvisada tribuna.

Al llegar yo á su frente, hizo alto la manifestación, y entonces una preciosísima é inteligente niña, desde aquella altura, nos dedicó una composición sublime titulada á Weyler, que recitó con verdadera maestría.

El aspecto de aquel pueblo, el entusiasmo de aque-

llas mujeres y la presencia de la niña en la tribuna vestida de "Cuba Redimida", te confieso que me causó impresión tan grande que apenas pude, cuando ella concluyó, dirijir al pueblo cuatro palabras, porque me encontraba completamente emocionado.

Sin embargo, no recuerdo lo que dije, pero sí que fué lo bastante para conmoverlos á todos.

Los hombres se pusieron pálidos, las mujeres dejaban de aclamarnos para llorar de gozo.

Continuó después la manifestación; delante un grupo de amazonas, á continuación una cabalgata de cubanos, después, el Club de señoritas con estandarte, luego la bandera de mi Regimiento llevada por un Oficial, hijo de aquel pueblo, á la cual seguía yo con mis fuerzas, recibiendo flores y vivas.

Un gentío inmenso cerraba la soberbia manifestación.

Al llegar á la Casa Consistorial, todos se detuvieron.

Ordené la formación de mis fuerzas en órden de parada, y me dirijí al representante del pueblo, que ya me esperaba rodeado de los Concejales.

Ofrecíle nuestra cooperacción para el sostenimiento del orden, reconocí su autoridad, y los invité á izar ambas banderas, la cubana y la americana.

Presentéle los soldados de la Patria, y rogué al pueblo en nombre de la misma diera pruebas de cordura y sensatez en estos momentos tan precisos.

Entonces el Alcalde me brindó dos hermosas banderas que yo ordené se elevaran para saludarlas.

En seguida, de una manera magestuosa fueron izándose á la vez, accmpañadas del himno glorioso de Cuba, que se encargó en aquel momento de hacernos sentir con toda nuestra alma, el amor á nuestra Patria.

Después, las tres descargas de saludo, con lo que terminó la manifestación.

Las fuerzas se acamparon y fueron á tomar un expléndido rancho.

Mis Oficiales, el Ayuntamiento con otras Comisiones

del pueblo y yo, asistimos al banquete con que el pueblo nos obsequió en los mismos salones de la Casa Consistorial, terminado el cual, hubo entusiastas brindis y elocuentes discursos.

Por la noche un gran baile en el Ayuntamiento, para las personas blancas, y en un hermoso salón para las de color.

A la mañana siguiente, misa de Campaña, á la que asistimos de Infantería.

A las doce el *Meeting* político, que estuvo concurridísimo, y donde hicieron uso de la palabra varios cubanos, propagando la política de Unión y Concordia.

Yo, al igual que en los otros pueblos, les leí el manifiesto que le tenía dedicado, y que á la letra te cópio.

MANIFIESTO

AL PUEBLO DE QUEMADO DE GUINES

Ya que he tenido la alta honra de ser el primer cubano que al frente de un grupo de soldados de la Patria, tomó posesión, si bien sea de una manera interina, de vuestro pueblo; en representación de mis Jefes y Gobierno, voy á tener el gusto de dedicarles mis palabras escritas, al inaugurar, en el esclavo pueblo hasta ayer, la entrada triunfante de nuestra bandera, que simboliza la libertad y el derecho, la justicia y el honor.

Acaba de cesar para siempre sobre vosotros el dominio desgraciadamente inolvidable de la soberbia España.

Y preciso es que os deis perfecta cuenta de lo que significa para todos la nueva situación. Las ventajas que ésta ofrezca hay que esperar sean las mismas que se merece un pueblo digno y hambriento de justicia.

Lo que habeis arrojado junto con las bayonetas y las espadas con que os han cercado para que muriérais de hambre, eso, ya creo que lo sabrán ustedes.

Al marcharse para siempre de Cuba la bandera de los

crímenes, marchó con ella la injusticia, el oprobio, la maldad, la desmoralización, la infamia, y con todas estas "bellas" prendas que la adornaban, desapareció eternamente la maldita cadena que nos ataba al yugo cruel y miserable de la odiosa esclavitud.

Ya no pesará más sobre vosotros la misma dominación de la conquista que en cuatro siglos no tuvo tiempo de modificarse.

Ya vuestras mujeres indefensas no serán maltratadas, ya vuestros infelices niños no serán asesinados, ya vuestras hermanas no serán cobardemente violadas, ya los blancos cabellos de vuestros ancianos no serán ultrajados, ya los amantes de la libertad no serán pasados por las asquerosas armas españolas, ni deportados á lejanas tierras, ni encerrados en oscuros calabozos, todo solo porque ha cesado en Cuba la cruel soberanía de España.

Pero vosotros, que os sentís débiles aún porque el depotismo os aniquiló; vosotros que ostentais en vuestros demacrados rostros los rastros de la criminal obra de reconcentración iniciada por el más verdugo de los hombres, é implantada por los secuaces asesinos que con gusto le imitaban; vosotros, bien por necesidad, bien por falta de valor, bien por atender á sagrados compromisos ó por cualquier causa que haya sido, que desde luego estoy dispuesto á respetar, no habeis tomado parte en la contienda de las armas, no habeis tenido tampoco la ocasión sublime de desahogar vuestros pechos con el entusiasta grito de "¡al machete!" y que secundaban los valientes de nuestra patria haciéndolos caer después sobre los cráneos de los canallas traidores, sobre los crueles defensores incesantes de nuestra horrible esclavitud, sobre los perseverantes mantenedores de un pabellón que fué grande y noble, pero que descendió después á su deshonra por la sangre inocente que ha vertido, por la terrible sentencia que dictó y porque al ser sostenido por cobardes y asesinos, se envileció y humilló, cuando ante el fuerte se vieron, los que fueron siempre tan quijotes y valientes ante el débil.

Por eso comprendo perfectamente que no habiendo ustedes tenido esa ocasión para desahogar vuestros pechos oprimidos, es natural que sientan los deseos de la venganza, que si bien es miserable,no es menos dulce cuando la ofensa ha talado tanto nuestro sentimiento, nuestros corazones y nuestras almas de cubanos; mas preciso es perdonar si es que juntamente con esto no podeis olvidar.

Y si así no lo hacemos ¿habremos terminado la lucha?

¿Y á donde iríamos á parar, si al ódio que siempre nos tuvieron contestáramos con otro mayor?

¿Y qué papel haríamos ante el mundo imitando à sanguinarios gobernantes, á carniceros Jefes y á séres sin conciencia que la maldad les guía, que la avaricia y la ambición les ciega? Nó! preciso es por todo eso, que de la misma resignación que habeis tenido para soportar tantas infamias, hagais uso para no acordaros del pasado triste y os decidais como yo y como todos vuestros hermanos á olvidar y perdonar.

Hay que recobrar las fuerzas que habeis perdido mientras sufríais tanto; hay que reanimar vuestro decaído espíritu para borrar de nuestra tierra las huellas de tanta maldad, para que podamos comenzar la obra magna de la reconstrucción de nuestro pueblo que fué preciso quemar para desinfectarlo, y aplastar y acabar con la plaga tan avará de sanguijuelas que solo venían á chupar del pueblo esclavo el oro con que necesitaban apagar su codicia y su ambición.

Por eso hubo que destruir: Cuba rica, siempre la disputaría España; Cuba pobre y esquilmada, quemada y destruída, con seguridad que la abandonaría: entonces, sobre sus cenizas se levantaría el monumento santo de la libertad, sobre sus escombros ondearía nuestra bandera, pero sobre su suelo dejaría de pisar para siempre el pabellón de España.

¿Qué hacíamos con riquezas siendo esclavos?

¿Qué nos importaba tener en nuestra hacienda fabu-

losas rentas, si mientras los magnates de la soberanía hispana se las robaban descaradameete, nuestros maestros de escuela se morían de hambre para que ignorante nuestro pueblo, continuara esclavo?

¿Y què hacíamos con pagar tantísimos miles de duros para el sostenimiento de nuestra administración general, si moríamos de sed de justicia, mientras la desmoralización era la dueña y señora de los demás ramos?

¿Y qué hacíamos con tener y respetar, y querer á una madre titulada, que nos oprimía tanto, que tan mal nos trataba y que tanto ódio nos tenía, á nosotros, sus propios hijos, porque somos los hijos de los suyos? ¿Y habrá con todo esto un español que nos niegue la razón que teníamos para que empuñáramos el machete y expulsáramos de nuestra casa al inquilino inconsecuente que abusaban tanto de los dueños propios, porque éstos carecían de su mayor edad, y eran débiles y eran pobres, y eran pocos?

¿Quereis saber por fin el tamaño del amor y del cariño que nos profesaba España? Recordad primero la criminal obra de Weyler, pero recordadla con todos sus horrores é infamias. Después, la forma y manera que no quisiera calificar de su vergonzoso pacto de paz.

Lo prefirió todo, todo, todo, su ruina, su descrédito, su humillación, su derrota, su envilecimiento, la pérdida de su escuadra, la pérdida de su grandeza y hasta de su honra, antes de dar á sus hijos la libertad, antes de celebrar con ellos transacción alguna. Para ella, á su entender, era menos digno libertar á Cuba y perder la *chupandera*, único lazo que con ésta le unía, que demostrar al mundo que si peleaban tanto y eran tan fuertes y sufridos, y valientes, cual ninguno, era porque se trataba de un enemigo débil y pequeño, á quien creyó que llegaría con facilidad á asesinar, como hizo con los indios, y de nuevo nos conquistaría; de ahí su feroz guerra á todo lo que oliera á cubano. Pensaba después, de nuevo recrearse en su reconquista, mas no contaba que también

luchaba con la humanidad con quien, desde luego, contábamos nosotros.

Y si bien es verdad que en el viejo mundo no hubo á quien afectara ni sus crímenes, ni sus asesinatos, ni sus ensañamientos, ni sus horrores, en la América hubo quien protestara y en nombre de la santa humanidad pusiera fin á la matanza cruel de seres dignos que se decidían á morir por romper las odiosas cadenas de la más horrorosa esclavitud. Entonces, España fuerte, España altiva, España quijote. España grande mide las fuerzas, se crée impotente y se rinde cobardemente porque teme morir, para soportar después todas las imposiciones del vencedor; y con Cuba perderlo todo.

¿Podrás compararte ya algún día, España conquistadora, en dignidad ni en valor con estos indios conquistados?

¿Nosotros no éramos también pocos y débiles ante tí, como te creiste tú ante el yanke, y no te probamos que primero moriríamos todos antes de rendirnos á tí, que tan infame y tan cruel te portaste con nosotros?

Reconoces nuestro carácter luchador y heróico; pues óyelo bien, España; por los muchísimos y tantísimos motivos que tenemos, lo único que siento es que creas no solo que pudiéramos habértelo heredado, sinó que sea hijo de nuestra raza latina, porque ni á tí que decretaste nuestro exterminio, ni á ella que lo consintió, se lo perdonaré nunca, porque siendo tan grande mi resentimiento, mi dolor profundo, tengo que sentirlo eternamente.

Ahora, á tus hijos yo los respetaré y tendrè siempre gran orgullo en proteger para que ya que tu nada quisiste reconocernos, al menos se convenzan ellos de nuestra nobleza, y cuando vuelvan allá, á la tierra en que nacieron, le digan á sus hermanos: "Qué injusta fué nuestra querida España con los nobles hijos de la heróica Cuba!"

El Teniente Coronel,

A. SANJEGIS.

Después terminó la reunión.
Por la noche nuevos bailes.
Ya aquel día había recibido de Santo Domingo, el siguiente telegrama.

———

"Teniente Coronel Sanjenís:

Mañana, día dos, pueblo delirante lo espera en soberbia Manifestación.
Ayer evacuación; cubanos todos envían abrazo felicitación.

CASANOVA."

Carta número 69.

El dos de Enero, después de dejar fuerzas destacadas en Quemado de Güines, me dirijí hácia Santo Domingo.

El mismo día hacía el Brigadier Robau su entrada en Sagua en medio de una extraordinaria é imponente manifestación y de la cual nada te puedo contar porque, como te he dicho, á la vez la hacía yo en Santo Domingo.

En este pueblo yo no esperaba entrar, por cuya razón no le dediqué manifiestos.

Organizados de antemano allí los Clubs "Libertad", "Sanjenís" y "Benigno Núñez", pudieron preparar una magnífica fiesta.

A las 10 de la mañana todo el pueblo me esperaba por el lugar de la entrada.

Distintas Comisiones componían la Manifestación, que fué la más grande por la categoria del pueblo.

El aspecto de éste era sorprendente por el gran número de banderas que lo adornaban.

La música hizo que la fiesta fuera brillante.

Por empeños de las damas acudí en seguida á la iglesia, después de recorrer varias calles en medio de atronadores ¡vivas! y saludos.

Oímos el Tedeum y continuamos hácia el Ayuntamiento, donde dirijí al pueblo la palabra.

Después se izaron las banderas, y como á las otras, con tres descargas se saludaron.

El acto de izar las banderas al compás del himno invasor fué bellísimo y conmovedor.

Serían las tres de la tarde cuando terminó la manifestación, hora en que ordené el desfile.

Por la tarde, un régio banquete nos fué servido, y por la noche un expléndido baile.

Al dia siguiente tuvimos misa de Campaña, á la que asistimos de Infantería, y terminada la cual, tuvimos el gusto de oir hablar al Sr. Párroco, que pronunció más que una oración sagrada, una oración política.

A las doce el Meeting, al que como á los anteriores asistieron gran número de señoras y señoritas.

En él, tuve que suplir el manifiesto con la palabra.

Hablaron el Sr. Alcalde Municipal Leopoldo Rico, los señores Casanova, Piña y el Párroco del pueblo.

Estuvo animadísimo, y todos quedaron conformes en aceptar la política de Unión y Concordia que yo recomendaba.

Después terminó el acto.

Por la noche nos obsequiaron con otro expléndido baile.

Al siguiente día habían terminado las fiestas.

Dejé el resto de mi Regimiento allí destacado, y por ferro-carril, con un Ayudante me dirijí á Sagua, donde vine dispuesto à tomar el descanso y el reposo que necesitaba mi cuerpo y mi alma, después de tantas emociones y de tantas fiestas.

Once días estuve sin dormir, de fiesta en fiesta, hablando siempre de una misma cosa en distinta forma.

Casi me sentía enfermo, la alegría ó la satisfacción me habian embriagado; el barullo, la parranda y los festejos habían sido tan de repente y tan repetidos, que pronto satisfice mis ánsias de divertirme.

Pero á mi llegada á Sagua, me encontré con que en ella aún no se habían terminado las fiestas de la Independencia.

Los bailes, los banquetes, las romerías se repetían cada vez con más entusiasmo.

Nuestro pueblo parecía no cansarse nunca de manifestar su alegría; era el desahogo natural del oprimido que ya se siente libre.

En estos días todo era unión, todo era regocijo, nadie hablaba del pasado ni del del porvenir: el presente nos ocupaba á todos.

Fueron los días más felices de mi vida; gozaba contemplando la unión que se veía en nuestro pueblo, y con las deferencias y muestras de gratitud, admiración, respeto y cariño que nos dispensaban todos, lo mismo aquellos que pensaron y sintieron con la Revolución, que nuestros contrarios.

Ya yo veía la República modelo constituída.

La sensatez de mis compañeros de armas y el espíritu de paz y de trabajo que se notaba desde el momento en que todos los problemas más difíciles se iban desenvolviendo solos, me hicieron suponer que sin tropezar con escollo alguno, llegaríamos pronto á la realización de todo el único ideal de nuestra vida, á la constitución de la República Independiente de Cuba.

Carta número 70

Debido á apuntes que tuve que facilitar á la prensa, á raíz de haber asistido á un banquete campestre con que nos obsequió el pueblo de Sagua, puedo reproducirte algunos párrafos de lo que les dije aquella noche, que será para mí inolvidable por las atenciones de que fuí objeto.

La casa ó el local era espacioso, y la concurrencia numerosísima.

El pueblo estaba sujeto por cordones de policías que lo contenían, y debido á la gran aglomeración se interrumpía el tráfico.

Los salones no tenían más adornos que ramas de

árboles, pencas de guano, matas de caña y plátanos.

La mesa era extensa y el conjunto le daba un aspecto tal á la reunión, que hacía que allí no se respirara más que el puro ambiente de la Patria Libre.

Terminada la comida, comenzaron los brindis y con tal motivo habló el Sr. Manuel Gutierrez.

Después el pueblo me pidió que hablara, y haciendo los esfuerzos de siempre, traté de complacerlo.

Les dije:

"Señores: Yo entiendo que esta reunión de cubanos debe ser demócrata, y de la misma manera que yo, que no soy orador, no tengo inconveniente en dirijirles mi pobre palabra, puesto que me siento entre los míos, que me saben disimular, os suplico que si quereis oirme mandeis á que pase adelante ese pueblo que á la vista tenemos, y que se compone de hombres como nosotros.

Hubo un momento de barullo porque las masas no esperaron más aviso y se precipitaron hácia el salón, ocupándose todo enseguida, al extremo de no caber uno más.

Cuando los ¡vivas! se calmaron y el silencio se restableció, volví á hablar en esta forma.

"Cubanos: Cuando hay sentimiento, no falta nunca la palabra bien ó mal dicha, bien ó mal empleada.

¡Qué cuadro más sorprendente el que representan ustedes en estos bellísimos momentos tan grandiosos, en que por primera vez saborean el fruto de la libertad que ha brotado del sacrificio de un pueblo y de la dignidad de sus hijos!

Ved como en todos los rostros la sonrisa asoma.

Ved como tan solo en cuatro días hasta las plantas parecen revivir.

Y ved como en este pueblo, donde hasta ayer la sangre y las lágrimas mezcladas corrian á torrentes, se confunden hoy en completísima armonía todos los elementos de que se compone para pedir á una que la libertad sea un hecho, para conseguir que se lleve al terreno de la práctica y de la realidad la consecución del único ideal y de

todas las aspiraciones de un pueblo, que debe y puede ser libre; su Independencia.

Y debe y puede ser libre porque ha sabido morir en la lucha por su redención, y porque ha demostrado en estos últimos momentos tan peligrosos y tan difíciles su sensatez y su cordura, y porque ha pasado y estamos pasando por cuantas pruebas nos ha exigido el mundo, á pesar de llamarnos héroes por lo que hemos luchado y por lo que hemos sufrido.

Nosotros, los que tuvimos la dicha de nacer en este pedazo de tierra bendecida, como los que vinieron á ella á formar una fortuna ó una familia, ahora debemos confundirnos en estrecho lazo, porque todos formamos el pueblo que sufría las consecuencias de un mal Gobierno, el pueblo que sufría los rigores de la odiosa esclavitud, y el pueblo que sin duda gozará de las ventajas que nos ofrezca la nueva situación.

¿Quién entiende que la libertad de Cuba significa la esclavitud de los peninsulares?

¿Quièn entiende que nosotros hemos de seguir sus máximas?

No, no es así, y por lo tanto españoles ó peninsulares lloren vuestras desventuras, si como tal estiman la libertad de Cuba, pero no teman jamás á los cubanos, porque la mayoría de nosotros somos sus hijos y tendremos siempre la gran satisfacción de no imitar el comportamiento de nuestros padres, y sí el gran orgullo de honrarlos en todos nuestros actos.

Y tu, sufridísimo y manso pueblo de Cuba, que fuiste víctima y testigo á la vez, de los criminales caricias de la que fué nuestra infame titulada madre, llénate también de abnegación, domina la sed de venganza que en tu pecho tiene que existir, porque como nosotros, no has podido desahogarte, y perdona también á quien te quiso asesinar y te ultrajó, para que allá en sus conciencias el recuerdo del pasado triste les sirva de baldón contínuo, como castigo eterno á los sacrílegos parricidas que

tos modos pedían y querían el exterminio de nuestra.

Hemos de tener gran orgullo en formar y fomentar el lo que nuestra patria se merece.

Y por eso es preciso que no sea una mentira la unión la hermandad que predicamos, para que aquellos que dignísima porfía, luchando, sufriendo y muriendo, sombraron, preocuparon y conmovieron á un mundo, tengamos siempre de ese mismo mundo por nuestros procedimientos, el mayor respeto al unísono de la más grande admiración.

En esta época, los à libertadores, como nos llamaba el pueblo, todo nos lo dispensaban y lo que decíamos, con razón ó sin ella, lo aplaudían y lo aceptaban.

Fué esta la primera vez que hablé en Sagua, y ya me ví después obligado á repetir en público los disparates que con gran trabajo podía concebir.

Carta número 71.

Como nuestras fuerzas quedaron prestando el servicio de policía en general, yo tuve que volver á recorrer los pueblos en que las tenía para revistarlas y estar sobre ellas, ya instruyéndolas, ya dejándoles órdenes.

Grande fué la sorpresa de todos en general, no solamente al ver el comportamiento tan correcto de nuestras tropas, sinó sus especiales cualidades para policías, y sus aptitudes.

La gran fuerza moral que sobre los demás teníamos, nos proporcionaba una gran ventaja para desempeñar con verdadero asombro nuestra misión, y lo mismo nos miraban, recibían y respetaban los cubanos, que los españoles.

Eramos objeto de la atención de todos.

Siempre que llegaba á alguno de los poblados en que entré, me recibían con el mismo cariño que el primer día, y por lo regular organizaban una nueva fiesta.

Cuando regresé á Sagua, me encontré con las fiestas que preparaban al General Máximo Gomez, que llegaba de un momento á otro.

Como que en ella me ví, pude gozar de la gran manifestación que le hicieron, así como del soberbio banquete y expléndido baile con que le obsequiaron.

El General Gomez vió en Sagua demostrado el alto aprecio que le merece al pueblo que tanto ha luchado por libertar.

Comisiones de todas clases le fueron á felicitar, entre las cuales no faltó la de la Colonia Española, cuyo Presidente se encargó de indicarle cuán dispuestos estaban los españoles de buena voluntad á aceptar su política de Unión y Concordia.

Durante esta fiesta, hice vida de campaña en cuanto

al servicio, pues me tocó estar á las órdenes del General Gomez durante su permanencia aquí.

Después marchó á Santa Clara, y de allí á Cienfuegos.

En estas dos excursiones le acompañé, y tengo la seguridad de que nadie podrá describirte con exactitud (por mucho que te las ponderen), lo grandiosas que fueron éstas fiestas.

En todas ellas sobresalieron por sus patrióticas demostraciones las mujeres cubanas, que veían en nuestro viejo General un sér infinitamente grande

EL PADRE DE LA PATRIA

Santa Clara y Cienfuegos, se desbordaron aclamándolo y vitoreándolo.

El General, de emociones en emociones, lloraba y reía, gozaba y sufría en la confusión ó mezcla del recuerdo de ayer y la satisfacción de hoy.

Completaban el lucimiento de la fiesta, que te repito no te podrá describir nadie, las fuerzas del Ejército Americano que por donde quiera que pasaba le hacían los honores de General.

De Cienfuegos, pasó á Cárdenas; yo entonces regresé á Sagua.

Carta número 72

A los pocos días de estar en Sagua fuí invitado por el General Esquerra para que le acompañase á entrar en Cienfuegos, donde aún no lo habían hecho las fuerzas de aquella Brigada.

Lo complací, y para que tengas una idea de lo que fué aquella fiesta, te cópio la relación que desde el primer dia hizo un periódico local.

ENTRADA TRIUNFAL
DE LA BRIGADA DE CIENFUEGOS

Al fin llegó el ansiado día en que las fuerzas libertadoras al mando del valiente General Esquerra, hicieran su entrada triunfal en esta hermosa Perla del Sur. Ya se han visto colmados los vehementes deseos de todo un pueblo, que de una manera explèndida y entusiasta esperaba el momento de ofrecer á esos héroes cubanos todas las alegrías naturales de sus vivos deseos, todas las manifestaciones de júbilo á que se hacen acreedores.

Desde la víspera del 24 la población se entregaba al movimiento irresistible que consigo lleva el entusiasmo, y la rapidez en terminar los adornos de la ciudad hacían que la noche quedase transformada en horas de labor.

Despunta el alba; la diana cubana avisa á los que han podido conciliar el sueño que ha llegado el momento marcado en el reloj del tiempo para ofrecer al Ejército vencedor nuestros respetos y simpatías, y el compro-

miso contraído con nosotros mismos de concurrir á la

EXPLENDIDA MANIFESTACION

Ninguna, relativamente, ha podido superar á la gran manifestación que á las ocho de la mañana, organizada frente al Liceo, marchaba hácia la Calzada de Dolores, punto donde debíamos recibir à las fuerzas que nos esperaban.

No es posible describir con todos sus detalles, su grandeza y magnitud. Baste decir que de los 50,000 habitantes que tiene Cienfuegos sólo faltaron aquellos cuyas necesidades imperiosas ó causas justificadas, les impidieron ocupar un lugar en las calles y plazas del trayecto que había de recorrerse.

A las nueve salimos de la Calzada por el Arco allí levantado; y en azoteas, balcones, tejados y ventanas, en fin, por todos lados bullía un conjunto de seres humanos que prorrumpían en atronadores vivas y aclamaciones, al mismo tiempo que regaban las calles con preciosas y perfumadas flores.

Suena el clarín anunciando la marcha, y ocupan la cabeza de la manifestación los ciclistas con sus máquinas, después fuerzas de caballería del Ejército Cubano en dos alas al mando de un Jefe; sigue el elegante carro de auxilio del Cuerpo de Bomberos del Comercio, ocupados por seis señoritas representando dos de ellas á CUBA y á la PAZ, y las restantes vestidas de azul y blanco con gorros frígios; después varios coches y carros engalanados con sumo gusto, siendo el último un carro alegórico en que dos señoritas representaban á Cuba y los Estados Unidos, ambas sosteniendo las enseñas respectivas. Después, los treinta y seis grupos formados por Clubs y gremios que con su presencia dieron realce á esa gran fiesta, con sus respectivos estandartes y banderas; la banda cubana tocando aires nacionales, y cerrando la marcha el General Esquerra, su Estado Mayor y Escolta, seguido de las fuerzas de caballería é infantería en número de ochocien-

tos cincuenta, y numeroso público que quedó atrás en el largo, interminable apéndice que no pudo ingresar en los compactos cordones que se habían formado á ambos lados por las aceras.

Las calles de Castillo, Vives, San Cárlos, Paseo de Arango, San Fernando y Plaza de Recreo, lugares recorridos, estaban vistosamente engalanadas con arcos de triunfo como el de Castillo y Vives, que lucía retratos de Agramonte, Martí, Esquerra, Maceo y Cisneros, con la siguiente inscripción:

ESPAÑOLES Y CUBANOS,
AL EJERCITO LIBERTADOR

En Velazco y San Fernando, hermoso arco ojival ocupado por numerosas damas, cubierto de faroles chinescos, escudos y banderas de Cuba y los Estados Unidos, sostenido por cuatro palmas criollas: ostentando á un lado y formado con estrellas, la inscripción "Club Cubanita," y del otro "Colonia China", y á ambos lados, en su pretil "Unión y "Paz", "Gloria al Ejército Libertador".

Frente al Ayuntamiento, y costeado por éste, un gran arco de tres entradas, construcción ojival, imitando piedra, como de 14 varas de alto, teniendo en su remate gallardetes cubanos y americanos, escudos en ambos frentes con estrellas eléctricas y esta inscripción: "Al valiente Ejército Libertador". Merece especial mención por el gusto artístico y elegancia suma, la estación ferro-viaria, donde sobre la acera y frente á la entrada se había construído una hermosa pirámide pentagonal truncada, imitando una torre, formada de guirnaldas de laureles, entretejidas con flores y estrellas que partiendo del suelo, cercada por una pequeña baranda, moría como á doce varas de alto en otro pequeño astro, rematando todo un escudo y una gran estrella eléctrica, plateada, formando además su base ondas de laurel. Todo el frente del edificio lucía cubierto de escudos, gallardetes, banderas, adornos variados que ofrecían un aspecto sorprendente.

La manifestación hizo alto en la plaza de recreo donde se celebró la misa de campaña, en un magnífico altar levantado en la puerta de la derecha á la entrada del templo, oficiando el buen sacerdote señor Pereira, terminando este acto con una elocuente y muy aplaudida plática.

Eran las once cuando se disolvió la manifestación, marchando las tropas á la quinta del señor Tillet, donde debía servirse el rancho extraordinario.

Convenientemente adornado el lugar cedido por el señor Tillet, y bajo la frondosa arboleda que circunda aquella mansión, se habían colocado distintas mesas en las que había de servirse el suculento rancho ofrecido al sufrido Ejército.

Numerosas damas acompañaron á los Jefes y Oficiales durante la comida donde empezó la alegría natural de esa simpática fiesta, siendo obsequiados atentamente antes del almuerzo por los amables dueños de la casa con exquisitos refrescos y licores.

EL MEETING

A las ocho de la noche el coliseo "Tomás Terry" presentaba el más radiante espectáculo.

Las principales localidades eran ocupadas por distinguidas damas de esta ciudad y pueblos vecinos, y la concurrencia era tal que á los pocos momentos prohibiose la entrada por no ser posible poder contener más concurrencia.

Abrió la sesión el Sr. Frías y ocupó la tribuna el licenciado Antonio Calvo. Fué breve y manifestó que aceptaba cordialmente la política actual; significó su agrado para con la marcha de la Asamblea que creía necesaria, y en todas sus elocuentes palabras en sentido optimista expuso que la intervención americana era indispensable para nuestro sostenimiento real y efectivo, y pidiendo la unión y concordia de los elementos del país para el bien general.

El Sr. Morúa Delgado

En cuatro partes puede dividirse su oración: La actual política de atracción.—La intervención americana.—La cuestión social.—La cuestión económica.

Comienza al entrar de lleno en el discurso exponiendo que siempre ha sido su política la de unión y concordia y que hoy con mayor motivo estima que debe ser esa la norma de cuantos quieran servir con provecho á la causa de la libertad de Cuba. Sin embargo, no entiende la necesidad de salir á buscar á los españoles para abrazarlos y convencerlos. Ellos son los que perderán si se niegan á corresponder al movimiento de atracción iniciado por el General Gomez y mantenido por todos los cubanos. Para consumar el programa de unión y concordia, entiende que basta con practicar la justicia, tratando á cada cual según sus merecimientos. Dado que los españoles son por la ley extranjeros y en lo moral quieren ellos serlo asi mismo, el trato que reciban no debe ni puede ser distinto del que á los demás extranjeros se dé. Desposeído de todo apasionamiento malsano cree que el amor sobra en la política, pero que la justicia debe presidir en todos sus actos.

De la intervención norteamericana dijo que había que descartar cuanto con afectado sentimentalismo venía diciéndose del principio humanitario. Humano era el hecho en cuanto se refiriese á obra de los hombres, pero nada más. Los cubanos, por medio de sus hombres representativos habían pedido constantemente la intervención extranjera, sabiendo por la historia que jamás pueblo alguno había obtenido su libertad sin el auxilio extraño; pero siempre habían estado lejos de considerar que se llevase á cabo la intervención de la manera que lo han hecho los Estados Unidos. Humanidad,—dice— ¿dónde está la humanidad? Nuestros compañeros de armas desfallecen de hambre en medio de una paz que sólo tiene para ellos privaciones de toda clase. Y si se alega que la mortandad de los cubanos, por los partidarios de la

tiranía española trajo la intervención, hay que confesar que tardaron los interventores demasiado en ver lo que el mundo entero había visto tiempo hacía. Los americanos pudieron intervenir cuando en la lucha pasada fué tal la inhumanidad de la guerra sanguinaria que se hacía, que motivó el célebre "Libro de sangre" que en Nueva York se publicó allá por el 76 ó 77, y en el cual se detallaban las infamias en que hizo su aprendizaje el Weyler inícuo que después, en esta última guerra, se manifestó maestro consumado en el arte infame de la desolación social. Entonces, por el 73 al 75 se intentó intervenir, pero ¿cómo? Comprando la isla. No pudo ésto ser porque Inglaterra enseñó con desagrado los dientes, y los E. Unidos con tuvieron su acometividad. Pero ahora que Inglaterra había dado su tácita aquiescencia, no tuvieron nada que temer y se lanzaron á sus expansiones humanitarias, y aquí los tenemos, interviniendo en todo, dominándolo todo, absorviéndolo todo y convirtiendo en una paradoja el aprendizaje de gobernación á que nos han sometido. El esfuerzo cubano debe unificarse para restituirse, por el despliegue de todas las enerjías morales, los puestos que debe conservar un pueblo en nuestras condiciones para considerarse en vías de emancipación, esto es: la posesión más completa de la autoridad civil.

La cuestión social, como erróneamente—dijo—se titula á la cuestión de raza, sólo es una fase del problema social, y léjos de motivar el favor que anonada á los impresionables, es cuestión perfectamente resuelta por la Revolución. Esta se ha hecho para conquistar la libertad de Cuba. Desde los primeros tiempos ha sido la libertad de Cuba lo que se ha perseguido, nó la libertad de ninguna clase determinada de la sociedad. La justicia, pues, en los procedimientos futuros consumará la obra de la Revolución. Esos soldados que del campo entraban en la ciudad traían, dijo, el espíritu democrático que había imperado en los Campamentos de la guerra, y nada ni nadie sería capaz de contrarrestar aquel espíritu de equidad y justicia que informaba el Programa de Montecristi y

confirmaba el prospecto fundamental de la Revolución.

De la cuestión económica, dijo, que como inevitable resultante del respeto á la ley y á la justicia, iniciaríase la seguridad material del país, cimentaríase la paz moral, y ésto abriría las puertas á los elementos honrados en todas las naciones, sin preferencias, y afluirían los capitales á Cuba como habían afluído siempre á los pueblos que les ofrecían suficientes garantías de prosperidad.

Resumiendo, expuso que todos los problemas de nuestra naciente nacionalidad podían resolverse basándolos simplemente en la equidad y la justicia, lo cual haciéndonos vivir la vida de la realidad, haría de nuestro pueblo una nación independiente, libre y felíz.

EL Sr. NUÑEZ ROSSIE

Con frase galana hace una sinópsis del sistema actual. No estima conveniente los rencores después de una paz que ha traído nuestra libertad, porque de ellos no resultaría otra cosa que la decadencia, y Cuba tiende al engrandecimiento. Los rencores, al extenderse en el órden social, dice, arrastran para el porvenir desdichas y sinsabores sin cuento. Estima necesaria la modificación de nuestras leyes para la buena marcha administrativa, económica y legal; aboga por la unión y la concordia para llegar à la absoluta independencia nacional, y termina elogiando la cordura y sensatez del pueblo cubano que tras una guerra inícua ha sabido sostener su prestigio en bien del mismo país, debido á la nobleza que es en él congénita.

El Teniente Coronel Sanjenís

Expuso con gallarda sinceridad militar la situación actual de las fuerzas cubanas, "que hoy viven de limosna," los méritos que concurren en el Ejército por demás sufrido, y que tan valientemente ha sabido llevar la enseña tricolor, el cual no obstante aún podía luchar; se le veía siempre dispuesto al sacrificio, si éste era nece-

sario para la consumación de su ideal; porque siempre estaban unidos y compactos. Que él creía ver muy pronto á su patria libre y feliz, como modelo de repúblicas, puesto que para ello se había luchado tan heróicamente debido al esfuerzo de sus hijos.

El General Alemán

Toca el turno al popular caudillo y el pueblo se desborda en aplausos y aclamaciones.

Ocupa la tribuna este fogoso orador y expresa como siempre, sin rodeos, su intransigencia como cubano. Fué muy breve, porque estaba enfermo, purgando todavía el delito de cooperar á la libertad de su patria. Se declara pesimista en todo menos en su confianza inquebrantable en el patriotismo cubano. Con su reconocida elocuencia en nerviosas frases significa que no está conforme con el Consejo de Secretarios á quienes el Gobierno americano maneja, no obstante tener la representación del país; que van en siete los meses desde que el gobierno de Mc Kinley hizo la paz, y cree una de dos cosas: ó que ese Gobierno americano es torpe, ó viene de mala fé, porque en ese tiempo no ha sabido ó no ha querido resolver el problema cubano; por lo cual invita á los cubanos todos sin nécias diferencias, á continuar vigilantes la obra en que tan valerosamente han perseverado: la institución de la patria libre é independiente contra todas las traiciones y todas las tendencias de usurpación.

El pueblo aplaudió con indescriptible entusiasmo.

El Dr. Frías.

De manera magistral resumió el Dr. Frías los discursos pronunciados. Tuvo notas enérgicas para condenar las tendencias que pudieran resultar nocivas, confiando para todo en la demostrada buena voluntad del pueblo cubano y su nunca desmentido patriotismo. Pedimos la intervención, dice. La intervención ha venido. Esperemos de ella los mejores resultados. Toca acerta-

damente todas las cuestiones presentadas por los oradores de la noche y declara que la justicia debe imperar é imperará en todos los actos públicos. Trata desde un punto de vista magnífico la política de unión de españoles y cubanos, y de los que desean seguir siendo extranjeros no concibe el que apliquen la doctrina únicamente al hecho de no tomar parte en nuestras expansiones; porque "los huéspedes de una casa están obligados á llorar las desgracias y reir las alegrías de los dueños que les dan asilo."

En la cuestión social, exclamó, la ley debe ser y es en la actualidad una é indivisible. "Ante ella no hay blancos ni hay negros, sinó hombres de órden, ciudadanos dignos, ó elementos, de desórden, delincuentes sobre quienes cae de lleno la ley." La República ha de establecerse como dijo el Maestro: cordial y para todos, y allá no se llega sinó es por el camino de la unión y la concordia teniendo por base inconmovible el cumplimiento extricto de la justicia.

Aquí terminó el primer día de la fiesta y yo suspendo mi tarea descriptiva, hasta mañana.

Henry.

Después que habló el General Alemán terminó el Meeting.

Mi discurso, comprendí que gustó; no porque tuviera mérito sinó por ser de actualidad; además ya sabes que todo lo de nosotros en aquellos días de delirante entusiasmo, gustaba y se aplaudía.

Aquí te lo reproduzco porque después tratè de recordarlo para escribirlo.

En él verás cuán bueno fué el noble pueblo que se atrevió á aplaudirme y á felicitarme.

"Cubanas, cubanos.

He llegado hasta este lugar y aún no sé qué decirles.

Comprendo cuánto sorprenderá á los que me conocen que me haya atrevido á ocupar este puesto, entre los dig-

nísimos cubanos y eminentes oradores que me han precedido y los que me seguirán.

Siempre he creído que los hombres de mi esfera que nunca han sido nada, nada debian decir; mas como se trata en estos momentos de una fiesta de soldados y de cubanos, permitidme que os moleste un poco de tiempo con mi malísima oratoria.

Nosotros, los que no sabemos hablar, tenemos que utilizar los argumentos de nuestras propias impresiones, unirlos con las palabras de alguien y lanzarlos..... .....exponiéndonos como es natural, bien á la censura, bien á la crítica de aquellos que nos hacen el favor de oir; pero satisfaciendo de todos modos una necesidad grande, cual es la de desahogar nuestros pechos, ya que como debieran, no respiran aún el aire ni libre ni independiente de nuestra querida patria

Siete meses tenemos de paz y aún no hay plan determinado que resuelva nuestra situación.

Ha cesado la Soberanía Hispana y veo que aún impera el caciquismo.

Bendita sea, pues, una vez más la sublime abnegación que nos inspira; bendito sea ese indiscutible amor á la Patria que nos guía, y bendita sea esa cordura y esa sensatez que un día y otro día se predica, para unir todos los elementos que pisan nuestra tierra hermosa, tan rica y tan deseada, cual lo ha sido siempre de heróica y desgraciada.

Primero, diez años de lucha que yo no puedo describir, pero sí imaginar.

Después, cerca de cuatro, terribles y desconsoladores, en los que fuímos sometidos á todas las posibles pruebas de dignidad y de vergüenza, en los que demostramos valer como aliados importantísimos, en los que probamos que lo mismo que servímos para la guerra, servimos para la paz, todo inútilmente, puesto que al llegar al fin glorioso de la contienda heróica, tras larga y penosísima lucha, nos encontramos con que ni nada somos, ni para nada valemos.

¿Qué hacer, pues, compatriotas queridos, de aquellas energías de un día?

¿Qué hacer, compañeros del alma, del heroismo y del valor desplegados en nuestra inolvidable historia de la guerra?

¿Y qué hacer, cubanos generosos, de aquello que nos llevó allá á los campos del deber, que ensangrentamos, sinó llegáramos á ver realizadas todas nuestras únicas y justísimas aspiraciones?

Cordura y sensatez, abnegación y paciencia. Toda la que nos exijan, sí; pero sin olvidar nunca que por encima de todo eso que se nos pide está la Patria, absolutamente libre, está la dignidad del pueblo cubano y la honradez del Ejército, que después que ha demostrado que no se componía ni de incendiarios, ni de bandidos, demostrará también que su misión no ha concluído, aun cuando se disuelva en la apariencia, mientras á la faz del mundo no se vea clara y terminantemente que los cubanos aquí tienen su Patria asegurada, y que los americanos aquí solo tienen, después de aquellas glorias conquistadas en los campos y en las aguas de Santiago, con su Ejército, su Escuadra y sus aliados, la más grande, eterna y profundísima gratitud que la humanidad y nosotros les debemos.

Carta número 73.

Las fiestas en Cienfuegos duraron muchos días, durante los cuales se organizaban cabalgatas, bailes, banquetes, &.

En el programa de estas fiestas estaba también la constitución del Consejo Territorial de Veteranos de la Independencia, bajo las bases que á continuación te cópio.

ESTATUTOS GENERALES

de la Institución Veteranos de la Independencia

BASES

CONSTITUCION

Primera.—Se declara patriótica la constitución de una Asociación política en la que se agrupen todos los elementos revolucionarios residentes ó que residan en las Villas, confórmes en mantener con prestigio la herencia de la Revolución, con la denominación "Veteranos de la Independencia"

Segunda.—El objeto de la Institución, que será á la vez que política de mútuo auxilio, comprende:

A—La lucha inteligente y abnegada en la paz, por los procedimientos los más adecuados para realizar la obra de la guerra, ó sea la finalidad del credo de la Revolución: lograr, y después de lograda mantener la Independencia absoluta de la Isla de Cuba y su constitución definitiva en República Democrática.

B.—Fomentar el desarrollo y reconstrucción de la ri-

queza del país, por el trabajo, considerado como virtud pública.

C.—Rendir culto á los hechos gloriosos de la Revolución, haciendo porque les alcance la veneración de las masas populares; así como mantener viva, honrándola, la memoria de los mártires de la Patria, como estímulo al sentimiento pátrio.

D.—Fomentar en todo el país la instrucción pública, dando al pueblo educación nacional, difundiendo los altos principios de Libertad, Moralidad y Justicia, para crear un cuerpo de ciudadanos útiles y capaces de realizar la grande obra de la regeneración cubana.

C.—Auxiliar por todos los medios lícitos y amparar en sus desgracias á todos los compañeros de armas en la guerra redentora, y á las viudas y huérfanos de los que sucumbieron en la guerra ó con motivo directo de la misma guerra.

SOCIOS

Tercera.—La institución no admite más que una clase de socios; los cubanos de nacimiento y los que como tales reconoce la Constitución de la Yaya de 1897, ó sean todos los que han estado al servicio de la Revolución personalmente con las armas en la mano, por tener grados militares ó desempeñando cargos del órden Civil dentro del territorio de la Revolución.

Cuarta.—Para ser admitido como sócio se requiere:

1° Solicitarlo verbalmente ó por escrito de los Consejos locales. 2° Estar comprendido en las prescripciones de la base tercera; entendiéndose que el servicio á la Revolución se cuenta hasta el último día de la existencia de ésta ó sea hasta el 31 de Diciembre de 1898: y 3°: No háber negado ó negar con actos ó públicas demostraciones el credo revolucionario: libertad é independencia, ó no ser ó dejar de ser acreedor á la estimación de los compañeros por una mala conducta moral.

Quinta.—No se podrán crear sócios honorarios, protectores, ni de ninguna otra clase, ni aún fundándose en

servicios extraordinarios á la institución ni por donaciones á esta, sea cual fuere su valía.

Sexta.—Todos los sócios deberán acatar y cumplir las obligaciones que les dispongan los Consejos ó Cuerpos directores de la Institución.

Séptima.—A los efectos de estas Bases ó estatutos y para tener derecho sus familiares á la beneficencia por parte de la Asociación, se considerarán muertos en el campo de la Revolución: 1° Los fallecidos en el campo de batalla: 2° Los fallecidos por heridas ó enfermedades en el territorio de la Revolución: 3° Los fusilados por el enemigo: 4° Los fallecidos por causa de deportación, ó condena política en los presidios, Y 5° Los que hayan muerto en el extrangero por heridas ó enfermedades adquiridas en la guerra, ó en el servicio de expediciones, siempre que la salida de aquellas haya sido legalmente autorizada.

ASAMBLEAS

Octava.—La Institución estará representada por Cuerpos de Consejos y la Autoridad Superior de la misma por Asambleas.

Novena.—La Asamblea general, en la que residirá la Autoridad suprema de la Institución, deberá reunirse en el punto donde resida el Consejo general; sus acuerdos serán ejecutivos, pero nunca podrá variar lo esencial á la constitución de la Agrupación.

10.—Dicha Asamblea general estará formada por un Delegado por cada Consejo local, pero si alguno pasase de 500 sócios, se elegirá otro Delegado por cada fracción de éstos, si la hubiere, y que no sea menor de 125.

11.—La Asamblea Territorial, donde resida la Autoridad Superior de la Provincia, se reunirá donde resida el Consejo Territorial: la compondrán un Delegado por cada sub-consejo que exista en el Territorio en la forma anteriormente indicada.

12.—La Asamblea local, con residencia en las cabece-

ras de Partido Judicial, la compondrán todos los sócios de la Institución que residan en el lugar donde ejerce jurisdicción.

13.—Las Asambleas serán presididas por los Presidentes de los respectivos Consejos, que tendrán voto de calidad; si fueren á la vez Delegados serán Secretarios de las Asambleas los de los Consejos, y solo siendo Delegados, podrán emitir su voto.

14.—Las Asambleas locales todos los años, en su reunión del 10 de Octubre, elegirán el Consejo Local; cada dos años el mismo día el Delegado y Suplente para la Asamblea Territorial. Y en igual día, cada tres años, el Delegado y Suplente para la Asamblea General. Los Delegados serán uno por cada 500 sócios ó fracción de más de estos.

15.—Para que una Asamblea pueda tomar acuerdo, se requiere la presencia de la mitad más uno de los Delegados ó sócios, según sean la General y Territorrial ó la Local.

16.—Se convocarán Asambleas extraordinarias cuantas veces lo acuerden los Consejos respectivos, á más de las reglamentarias que serán los días 10 de Octubre y 24 de Febrero de todos los años.

17.—Entre las citaciones y celebración de Asambleas, mediarán si se trata de la General, 60 días, 30 si de la Territorial, y si de la Local 15 días.

CONSEJOS

18.—Se creará un Consejo General con residencia en la misma población en que estuviere el Gobierno del País, teniendo la alta dirección de la Institución á su cargo, y componiéndolo un Delegado por cada Consejo Territotorial. Estos cargos durarán tres años, tomando posesión el día 15 de Diciembre, cuidando de que los Territoriales hagan oportunamente las elecciones.

Por votación secreta designará el Consejo entre sus

miembros á los que han de desempeñar los cargos de Presidente, Secretario y Tesorero.

19.—Habrá un Consejo Territorial con residencia en la Capital de la Provincia respectiva, cerca del Gobernador de la misma; se compondrá de un Delegado por cada Consejo Local ó por cada Sub-Consejo que exista en el Territorio y á los que excitará para que realicen oportunamente las elecciones, teniendo á su cargo la dirección de la Institución dentro de dicho Territorio. Los cargos durarán dos años tomando posesión el día 10 de Abril. La elección de Presidente, Secretario y Tesorero se ajustará á lo establecido para los Consejos Generales.

20.—En cada cabecera de Partido Judicial habrá un Consejo Local, compuesto de siete miembros elegidos por todos los sócios de dentro del partido: estos cargos durarán un año y tomarán posesión el día 10 de Octubre. La elección de Presidente se hará al nombrar los siete miembros y éstos luego designarán al Secretario y Tesorero.

21.—En cada Término Municipal que no sea cabeza de Partido Judicial habrá un Sub-Consejo de carácter representativo de los sócios del Término, siendo elegidos por éstos los 5 miembros que deben componerlo: el cargo durará un año.

22.—Los Consejos celebrarán sesión ordinaria cada 15 días y cuantas extraordinarias señalen la Presidencia ó mayoría de Consejeros, citando con 24 horas de anticipación.

Las sesiones para celebrarse en primera convocatoria necesitan la presencia de la mayoría. Los Consejeros tienen el deber de asistir á todas las sesiones, y caso de faltar injustificadamente, los Consejos les impondrán la penalidad que estimen más oportuna.

23—No se puede formar parte de dos Consejos, y á la vez de un Consejo y una Asamblea. Los elegidos pueden optar por el cargo que quieran, debiendo inspirarse en que los cargos de mayor categoría merecen preferencia.

24.—Los cargos todos serán gratuitos.

25.—Las vacantes que ocurran serán cubiertas: las del

Consejo General por el Territorial á que corresponda la vacante; las de éste por los locales en igual forma y las de los Consejos Locales por estos mismos. Igual procedimiento adoptarán para sí los Sub-Consejos. Los electos tomarán posesión inmediatamente.

26.—Se declara la autonomía absoluta de los Consejos Territoriales y Locales en la cuestión económica, pudiendo levantar los fondos que estimen convenientes en la mejor forma que entiendan. Unos y otros atenderán los gastos de los Consejos y Asambleas Generales.

27.—Cada Consejo pagará los gastos de su Asamblea.

28.—Los Consejos pueden y deberán establecer, autorizados por las Asambleas respectivas, locales para solaz è instrución de los sócios, escuelas, periódicos y cuanto redunde en mayor prestigio de la Institución y conveniencia de los asociados.

PRESIDENTES

29.—Los Presidentes de los Consejos llevarán la representación de éstos; firmarán los documentos que emanen de dichos Consejos; contestarán la correspondencia que no exija acuerdo: ordenarán los pagos por el órden que el Consejo acuerde. Dirigirán las discusiones y ejecutarán las resoluciones de su Consejo.

SECRETARIOS

30.—Los Secretarios llevarán el libro de actas, redactando éstas, que firmarán las Consejeros que asistieron á la sesión, haciendo constar los votos particulares; auxiliarán al Presidente y al Consejo en lo que fuere necesario, conservarán los archivos é intervendrán todos los libramientos de pagos expedidos por el Presidente, tomando nota en un libro. Además, los de los Consejos locales llevarán un libro en el que por órden alfabético se inscriban

los nombres de los sócios con todas las circunstancias suficientes para la debida identificación y constancia del grado ó empleo militar ó civil que hubieran obtenido en el campo revolucionario; en el orden alfabético será por apellidos.

TESOREROS

31.—Los Tesoreros son los Depositarios y recaudadores de los fondos, rendirán cuenta en cada sesión del Consejo y formularán la general de éste, para cada Asamblea; llevarán un libro de entradas y salidas, conservarán el archivo guardando cuidadosamente los comprobantes de los pagos, verificando éstos mediante los libramientos del Presidente, intervenidos por el secretario, y por el orden de dichos libramientos si así le fueren presentados y harán los Presupuestos de gastos é ingresos que aprobará el Consejo para cada año

DISPOSICIONES GENERALES

32.—1ª Después de constituídos el Consejo general y los Provinciales solo podrán votar Delegados para las Asambleas correspondfentes á esos Consejos, excepto las primeras, las Asambleas locales de puntos donde el Consejo local tenga más de un año de existencia.

2ª Cuando se vote más de un Consejero ó más de un Delegado en un Consejo ó en una Asamblea, cada elector votará por todos en una misma papeleta.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

33.—1ª La primera renovación del Consejo General será el 15 de Diciembre de 1901; la primera del Territorial el 10 de Abril de 1900 y la primera de los locales el 10 de Octubre de 1899.

2ª Para la constitución de nuevos Consejos locales se celebrará Asamblea en cualquier fecha, y si aún no se

hubieren constituído los Generales y Territoriales, elegirán Delegados para las Asambleas General y Territorial.

3ª Todas las fechas de posesión y celebración de Asambleas no se referirán á la primera vez, pues se autoriza á los Territoriales ó Locales para la adopción de las medidas necesarias al logro de que cuanto antes se constituyan todos los organismos de la Institución.

4ª Para la elección y posesión del Consejo General se poudrán de acuerdo los Territoriales cuando exista la mayoría, y no podrán celebrarse Asambleas Territoriales ni generales sin que ántes estén posesionados y funcionando los respectivos Consejos Territorialrs y Generales.

34.—Los casos no previstos en estatutos serán resueltos por cada Consejo con arreglo á las conveniencias de la Agrupación y comunicado al general para que la primera Asamblea general, si lo aprueba, lo añada al Reglamento.

ADICIONAL

El Consejo Territorial de las Villas cuidará al constituirse de invitar á las demás provincias para que acepten estos Estatutos, á fin de que al constituirse la Asamblea General se obligue su aceptación en todo el territorio de la Isla.

Los miembros de esta Institución están capacitados para ingresar en cualquier partido político que exista ó se cree en el país, con la condicional de que el credo de esos partidos no se opongan á las reglas A. B. C. y D. de la Base 2ª de estos Estatutos.

Villaclara, Abril 23 de 1899.

La Comisión.

Presidente: General José B. Alemán.
Delegado por Trinidad: Justiniano A. Pedraza.
Delegado por Villaclara: F. Lopez Leiva.
Por Cienfuegos: M. Morúa Delgado.

Delegado por Remedios: Narciso Gómez del Olmo.
Delegado por Sancti-Spíritus: Orestes Ferrara.
Delegado por Sagua: Herminio Fuentes.

Fué electo para Presidente de la constituyente el General José B. Alemán.

Por lo que verás, es utilísima esta Institución en que se mantienen vivas las fuerzas de las de la Revolución.

Disuelto el Ejército Libertador por estar en el programa de la Intervención Americana, era preciso que nos agrupáramos de igual manera que estuvimos en la guerra, aunque de distinta forma, por convenir así no sólo á los miembros del Ejército sinó tal vez á los fines políticos.

Ya conocerás que el objeto de la Asamblea de representantes tenía por principio acordar la forma de nuestro licenciamiento y disolución, para que después el pueblo se manifestara expontáneamente en sus opiniones, sin la presión de un elemento armado que le obligara ó comprometiera.

Y como nosotros estimábamos muy conveniente nuestro licenciamiento, fuímos á él, más que de otra manera, voluntariamente.

Por esta época, y mucho después de la llegada á la Habana, de nuestro Caudillo el bizarro General Gómez, y que tan asombrosamente fué recibido por donde quiera que pasó, se sucedían los fracasos que ya conoces de la *Asamblea* y *Gomez*, que tantos disgustos nos dieron y que á tantos comentarios dió lugar.

A continuación te cópio los dos Manifiestos lanzados al país por el General Máximo Gomez en estos días:

Manifiesto del General Máximo Gomez

AL PAIS Y AL EJERCITO

Con las supremas facultades que le son atributivas, la Asamblea de Representantes, del Ejército solamente,

acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador que me había conferido la Revolución redentora, y en cuyo puesto, atento siempre á las inspiraciones de mi conciencia y á las grandes necesidades nacionales, traté en todas las circunstancias de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto el que yo no apoye las gestiones encaminadas á levantar empréstitos de dinero que pueden comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar á ejercer su propia soberanía, en la República de Unión y Concordia proclamada en el Manifiesto de Monte Cristi y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando á salvo el honor nacional. Esta es la causa primordial de la determinación que respecto á mi persona acaba de tomar la Asamblea.

Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos á la vez que me deja libre para retirarme á mi hogar abandonado, única aspiración después de treinta años de lucha y brega decidida por la ventura de este país que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido á servir á este pueblo, ayudándolo á defender su causa de justicia como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada á la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos.

Y en donde quiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo.

General, M. GOMEZ.

Quinta de los Molinos, 12 de Marzo de 1899.

Manifiesto del General Máximo Gomez

EJERCITO LIBERTADOR DE CUBA

El sesgo, en parte esperado, que han tomado los acontecimientos desde que como representante del Ejército reanudé mis gestiones á favor del mismo, cerca de las Autoridades Interventoras en esta Isla, hace que estime llegada la hora de levantar mi voz, con objeto de que sean conocidos el proceso y naturaleza del árduo empeño en que me ví comprometido por un concurso de circunstancias y la voluntad de los cubanos.

Desde mi primer entrevista con el Comandante en Jefe de la División de Cuba, Mayor General John R. Brooke, hube de manifestarle que se estimaba insuficiente la ya histórica suma de pesos con que nos obsequiaba el Gobierno de los Estados Unidos para facilitar el licenciamiento de las fuerzas libertadoras.

Ante la contestación de aquella elevada autoridad en sentido de ser dicha suma la única á nuestro alcance para los fines citados, busqué otra fórmula para conseguir una solución favorable y práctica á un problema de tan grave trascendencia; puesto que, según el representante del Magisterio Supremo de la Unión Americana, no se había tomado ni se tomaría en consideración ningún proyecto de aumentar los caudales y satisfacer los haberes del Ejército Libertador, por más que en el Manifiesto de la Asamblea se asegurase otra cosa.

El fracaso de la Comisión que de su seno envió á Washington la Asamblea de Santa Cruz y que solo obtuvo la cantidad de referencia; lo impracticable é inmoral de acudir á otras fuentes en busca de recursos sin el consentimiento expreso de todos los elementos que constituyen el pueblo cubano; las bases onerosas sobre las cuales brindábanse ciertos especuladores á facilitarnos un empréstito que aún dado el caso de que hubiéramos podido vencer

todos nuestros escrúpulos, resultaba para nosotros inadmisible por exigirse como condición primordial el asentimiento del Presidente Mac-Kinley quien cabalmente, según carta circular de la Secretaría de la guerra, desconocía la personalidad de toda corporación que, con miras de comprometer el erario se atribuyese la representación de Cuba; el mal estado en que se hallaban nuestras sufridas fuerzas; y una alta conveniencia política que también respondía á la necesidad nacional de garantir por medios eficaces y completo la paz pública, moviéronme á pedir la formación de milicias como única solución viable y práctica, en las actuales circunstancias, á los problemas del país.

Propuse, repito, la creación de un Cuerpo de Milicias Nacionales, en el cual, sin distinción de razas, pudieran alistarse por lo menos diez mil hombres y al que nuestro Ejército aportaría el mejor y más numeroso contingente. Al Comandante en Jefe pareció no desagradar este proyecto. Inquirió mi parecer acerca del tiempo necesario para llevar á cabo el alistamiento de los voluntarios, y según sus propias ulteriores manifestaciones, elevó mis proposiciones al Presidente de los Estados Unidos, indicándole como base un cupo igual en número al de cinco regimientos ordinarios de su Ejército. En apoyo de mi proyecto, dirijí en 4 de Marzo larga y razonada exposición al Presidente Mac-Kinley. Por conducto del Mayor General John R. Brooke, acusó con finura oportunamente recibo.

Suspendidas las anteriores gestiones, que con aparente fundamento para esperar resolución favorable practicaba cuando en contra de la opinión pública acaté el decreto que me despojó de la jefatura del Ejército; de acuerdo con la Junta Consultiva que para asesorarme más tarde, constituí, con fecha 1 ? de Mayo reanudé mis trabajos con la esperanza de lograr tan importante objeto, procurando interesar además á un miembro distinguido del Consejo de Secretarios, en la patriótica empresa que embargaba mi atención.

Después de algunas conferencias más, celebradas con el Mayor General John R. Brooke, las cuales, en esencia, versaron sobre la distribución de los tres millones de pesos, hube de remitirle, tras detenido exámen de las dos minutas que sometiera á mi consideración, como fórmula más aceptable que las contenidas en los documentos de referencia, un proyecto de Decreto acerca de esta otra materia en el articulado del cual especificábase que los fondos serían distribuídos entre todos los indivíduos del Ejército Libertador. Para no excluir del reparto á aquellos que por razón de su servicio ú otras causas especiales jamás estuvieron armados, no se estipulaba como condición forzosa la prévia entrega de las armas para poder cobrar la proporción correspondiente de dinero; y al terminar estatuía entre otras previsiones, que las armas recibidas de las fuerzas cubanas, sobreentendiéndose por esto las que se hallaban en poder del Gobierno Americano (como sucede en el Camagüey con las pertenecientes al tercer Cuerpo de Ejército) y las que se recojiesen por nuestras Comisiones, serían almacenadas en los grandes arsenales, al cuidado de armeros cubanos por mí nombrados y con sueldos procedentes del Tesoro de Cuba.

Modificado fundamentalmente por el Gobernador General mi proyecto de Decreto, aunque en las modificaciones no se emplearan tan duros términos como aparecieran en las dos minutas á que más arriba me refiero; estimando que había llegado el momento de proceder sin más dilaciones al reparto de los fondos como en extensa comunicación de fecha 7 de Mayo le manifesté, pues que toda demora redundaría en perjuicio del Ejército y del país, miré como últimas concesiones las que se me habían otorgado en el texto del Decreto, y además, señalar los Jefes y Oficiales en imperiosa necesidad de auxilio para que fuesen socorridos y nombrar armeros cubanos para el cuidado de las armas.

Por otra parte, me hice esta consideración: no debe sonrojar á nuestros soldados recibir de manos de quien

tiene en las suyas los recursos todos que de derecho le pertenecen, algunas monedas con que poder aliviar sus necesidades más perentorias, cuando reciben asignaciones pingües del Gobierno interventor y han jurado solemnemente fidelidad á los Estados Unidos en esta Isla, valerosos Jefes y Oficiales del Ejército Libertador y otros personajes conspícuos en la política revolucionaria. La liquidación de sus haberes, que me preparo á facilitar por medio de hojas especiales de licenciamiento, corresponde á la República de Cuba, una vez que definitivamente se constituya.

Convicción íntima mía es que en tiempos de paz, no deben permanecer armados los miembros de un Ejército que se licencia. Las armas del Ejército Libertador son de Cuba y debían ser usadas mientras hubiese enemigos á quienes combatir. Terminada la lucha en los campos de batalla, siendo propiedad exclusiva del Estado, debían ser conservadas en lugares adecuados como reliquias de la guerra de Independencia.

En presencia de semejantes hechos, resolví no servir de obstáculo á la acción del Poder que rige nuestros destinos, ya que entregadas las armas á los ayuntamientos ó guardadas en Arsenales por armeros cubanos, todo era en el fondo una misma cosa. Ayuntamientos y Arsenales, como el país entero, están bajo la tutela del gobierno Interventor.

Al llegar al terreno de la práctica aquellos deseos, tropiézase con dificultades que, sinó conceden la razón, por otra parte demoran el fin de la obra. Los comisionados cubanos que se nombraron para la repartición del dinero renuncian sus cargos por no estimar practicable la forma que se consigna en los artículos del Decreto. En virtud de esos obstáculos conferencié nuevamente con el mayor General John R. Brooke, manifestándole la necesidad de variar lo dispuesto en sentido al menos de que pudieran dejar sus armas los soldados á los Alcaldes de sus respectivos tèrminos municipales, y que los pagadores americanos diesen á conocer los días y lugares en que

los individuos del Ejército Cubano pueden encontrarse con ellos para hacerles las entregas proporcionales de efectivo, prévia identificación por sus Jefes correspondientes; que de lo contrario sería preferible devolver el donativo que para nuestro Ejército le había mandado el Presidente de su Gobierno.

De acuerdo con este criterio la primera Autoridad de la Isla, en cuya rectitud de principios y buenos deseos abrigo aún grandes esperanzas para el bien público, dijo haber pensado de igual manera desde la tarde del día trece, por ser de todo punto necesario proporcionar á los soldados del Ejército Libertador ocasión de percibir los auxilios que, desinteresadamente, le brindaban los Estados Unidos, llenos de buena fé por encima de toda duda, siendo así que los escrúpulos al parecer existentes respecto á la entrega de los armamentos resultaban tan infundados como extemporáneos, visto el poderío inmenso de su nación y la generosa conducta que observaba con este pueblo, al cual con sangre y tesoros de sus hijos, había contribuído de manera decisiva á libertar.

Cúmpleme declarar en este Manifiesto para desvanecer el gran error que existe tanto en Cuba como en los Estados Unidos, á la vez que me aparto de toda solidaridad en la materia, que no he tenido participación alguna en los actos de gobierno que se han realizado durante mi permanencia en la Capital. Tampoco obedecen á indicaciones mías los nombramientos de altos funcionarios que hasta el presente se han hecho, los que han dejado de hacerse, ni las cesantías acordadas en el periodo de referencia.

Empero, no obstante el ligero entorpecimiento, aún puedo ofreceros mi leal consejo. Con los recursos que ofrecen—y sin ellos—si no los aceptais, retornad en calma á vuestros hogares.

Tened un poco más de paciencia, vosotros, que tantas pruebas inequívocas habeis dado de heroismo y abnegación.

Reconstruid como podais el humilde bohío de los cam-

pos y dedicaos á regar con el sudor de vuestra frente, que aún ciñe el laurel inmarcesible de la gloria, el suelo consagrado por vuestras épicas hazañas á la libertad y el progreso de un siglo que avanza precedido por albores, heraldos de futura grandeza. Paz y trabajo, sean vuestra divisa. Quitad con vuestra espartana actitud todo pretesto que pueda aducirse para demorar el advenimiento del Gobierno Independiente porque han luchado y se han sacrificado tres generaciones de cubanos, y que una nación noble ofreció ayudar á constituír en la solemne declaración y consagración de sus derechos.

Mientras tanto, yo permaneceré al lado del pueblo cubano en cuyo seno me invitó generosamente á vivir.

Trabajaré sin cesar por vuestras aspiraciones supremas dentro de la estrecha esfera de acción á nuestras iniciativas asignada; y si fuese necesario, y cuando todos los medios lógicos y justos se hubiesen agotado estérilmente, aún me quedará el recurso de presentarme en los umbrales de la Casa Blanca para hablar de Cuba y de sus sagrados ideales de independencia y república, al árbitro de los destinos del país que hemos regado con nuestro amor; independencia y república que no pueden jamás ahogarse entre los pliegues de una sutil diplomacia, tratándose de la nación que se apresta á ser, en próximo porvenir, elocuente y respetable voz del derecho, la civilización, la democracia y la justicia.

MÀXIMO GOMEZ.

Quinta de los Molinos, 18 de Mayo de 1899.

Cuando todo el mundo esperaba que el conflicto *Gomez* y la *Asamblea* no podía resolverse pacíficamente, el pueblo de Cuba con su sensatez tantas veces demostrada volvió uña vez más á asombrar á todos dejando al tiempo el desarrollo de los acontecimientos.

A nuestras fuerzas se les ordenó la entrega de sus armas à los Alcaldes Municipales, y la orden fué cumplida.

Después se decretó disuelto el Ejèrcito Libertador, y los hombres que lo componían marcharon á levantar sus destruídas chozas, pobres y llenos de miserias, pero con el alma grande, la conciencia tranquila y orgullosos de haber cumplido siempre, lo mismo en la guerra que en la paz, con sus deberes de hombres y de cubanos.

Carta numero 74.

Poco después fué organizada la Guardia Rural en las Villas, y se me nombró Capitán de la zona de Sagua, en 17 de Abril de 1899.

Nada quiero decirte sobre mi destino, ni lo que és ó será este Cuerpo, porque quiero que mis cartas terminen donde comience mi nueva vida, ó sea donde acabe mi situación de insurrecto.

Hoy que soy policía y que desempeño un puesto público, suspendo el juicio de las cosas de Cuba para dejarlo también al tiempo.

En ésta termino mis apuntes.

Solo deseo que mis cartas no te hastíen al leerlas.

No olvides que no puede negársele el perdón á quien no sabe escribir.

Jamás llames á estas notas *Libro*, y menos donde te oiga álguien que sepa leer, porque podrían creer que yo

me llamo escritor, y eso sería el mayor de los sarcasmos.

Nó poco trabajo me ha costado traer á mi memoria los datos con que te obsequio, solo para recuerdos de nuestra lucha por la Independencia de la Patria.

Morir en la guerra no era seguro, por cuanto tantos hemos sobrevivido, mas como nó así resulta ahora que más tarde ó más temprano me tocará el turno fatal, quiero que conserves este único recuerdo.

—MIS CARTAS,—

que tan gustosamente te dedico.

Termino, pues, copiándote un suelto en que te explicaré por sinó lo sabes, cómo se formó nuestra bandera, cuya estrella aún no nos alumbra desde el Morro de la Habana.

ORIGEN DE LA BANDERA CUBANA

En la Ciudad Fraternal, allá por los años 1848 y 49, vivían algunos distinguidos cubanos á quienes el amor á la libertad había separado con violencia del terruño querido.

Era una tarde en que la naturaleza vestía con sus más expléndidos colores el cielo, casi siempre oscuro y brumoso de los valles del Norte.

Frente á un pintoresco jardincito, cuyas enredaderas esmaltaban de verdes hojas y fragantes flores el muro y las ventanas; en una calle donde en los extremos lejanos resplandece en la mañana el sol y se despide fulgurante en el ocaso vespertino, junto á la cerca orlada de álamos y realzada por modesta y graciosa arquitectura, la mansión de un hijo de Cuba, Sr. Alonso Betancourt, atraía en aquella tarde hermosísima á varios compatriotas.

Oíase en la amenidad de una conversación en que la Antilla esclava era tema predilecto, junto á la modesta frase de Alonso Betancourt, la venerable voz de Domingo Goicuría, la entusiasta de Aniceto Iznaga y de Cirilo Vi-

llaverde y la decidida y convincente de nuestro ilustre *Lugareño.*

La bandera de nuestra república, decía éste, deberá ser tricolor como la escarapela con que los patriotas franceses llenaban de terror á los tiranos.

La formarán franjas azules y blancas, como las nubes y el cielo de nuestra Cuba, interrumpió Iznaga.

—Sea una estrella, replicó Villaverde, la divisa que nos guíe á un venturoso porvenir.

Irguiose Goicouría y dijo:

—No. Al árbol de la libertad la sangre abona: la bandera de Cuba deberá ser roja como nuestra sangre.

En aquel instante, por la ventana cubierta de flores penetraba un haz de luz, postrer reflejo de un hermoso día.

Absorto Alonso Betancourt en la contemplación de aquella luminosa despedida y en la idealidad de la bandera que habíade saludar el advenimiento de la patria libre, al columbrarla hermosa y ondulante, cruzando como un relámpago la mente, rompió aquella discusión llamando á sus compañeros á la ventana, orlada de verdes enredaderas, por donde penetraban los esplendores últimos del día.

—¡Mirad! les dijo.

El sol, como un globo de fuego, descendía. Una roja estela irradiaba su vivo matiz sobre las nubes lejanas del horizonte. Arriba, dos franjas blancas de luz cruzaban el celeste azul. Una estrella fulgente, hermoso lucero de la tarde, rutilaba con vivísima luz sobre la estela de púrpura, cuya forma en aquel instante simulaba la de un triángulo.....

—Mirad, decía él, allí en el confín del cielo, sobre el ocaso iluminado, nuestra bandera. Ved aquel hermoso azul que dividen dos franjas blancas y en aquel triángulo rojo como el fuego de los combates, como la sangre de los mártires, ved rutilante la estrella de la libertad. ¡Sus fulgores guiarán al cubano errante en la noche tenebrosa y hará luz en la conciencia humana!

me llamo escr

Nó poco

los datos c

nuestra luc

Morir

hemos so

más tar

ro que

que t

car

cuy

H

las miradas en el horizonte
allí formada en el reflejo
estaban consagrando con
entre el radiante ocaso del día y
la estrella solitaria en el trián-
franjas azules y blancas de la bandera

de LA PATRIA, *primer periódico cubano que*
en Sagua la Grande.]

FIN

3 2044 017 966 763

THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

MAR 25 1980 LL

CANCELLED

CANCELLED